125

ALREVÉS

Madrid nos mata

CARLOS SALEM

Segundo caso de Dalia Fierro y Severo Justo

125

ALREVÉS

Madrid nos mata

CARLOS SALEM

Segundo caso de Dalia Fierro y Severo Justo

Carlos Salem nació en Argentina y lleva en España «algo más de media vida». Es novelista, poeta y periodista. En narrativa, la novela negra es su campo de acción habitual, aunque como define Fernando Marías: «Salem es un género en sí mismo».

Desde que debutó en 2007, sus obras han sido publicadas en Italia, Alemania y especialmente en Francia, donde goza de gran prestigio.

Ha ganado los premios Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón, Novelpol, París Noir, Mandarache, Internacional Seseña de Novela, Valencia Negra y Violeta Negra, además de ser finalista en varias ocasiones del Dashiell Hammett, o de los Prix 813 y SCNF en Francia.

Entre sus títulos destacados: Camino de ida, Matar y guardar la ropa, Pero sigo siendo el rey, Cracovia sin ti, Un jamón calibre 45, En el cielo no hay cerveza, Muerto el perro, Un violín con las venas cortadas o El último caso de Johnny Bourbon.

Los que merecen morir es su libro número 40, en el que presenta a Dalia Fierro, Severo Justo y la Brigada de los Apóstoles, a quienes

asegura que «voy a seguirles la pista».

Ancianas degolladas mirando hacia La Meca, el líder de los musulmanes ejecutado por el rito kosher judío... El multicultural barrio de Lavapiés es una bomba con varias mechas encendidas y hará saltar Madrid por los aires.

Solo la Brigada de los Apóstoles de Severo Justo y Dalia Fierro puede evitarlo. O

no. Tras un año atrapando asesinos internacionales y distraídos por sus problemas personales, los está derrotando un asesino de barrio.

En paralelo, Justo investiga el secuestro del hijo desconocido de un joven candidato a Papa que solo anhela ser papá con treinta años de retraso.

Como trasfondo, la especulación inmobiliaria, la corrupción, el ascenso de la ultraderecha, las chabolas y los barrios acomodados; una ciudad de acogida e indiferente a la vez.

Madrid puede ser una madre, pero también una diosa que exige sacrificios humanos y siempre los obtiene.

Madrid nos mata

Madrid nos mata

CARLOS SALEM

Segundo caso de Dalia Fierro, Severo Justo y la Brigada de los Apóstoles

Primera edición: marzo del 2022

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ València, 241, 4.°

08007 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2022, Carlos Salem

© de la presente edición, 2022, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-18584-34-3

Código IBIC: FF

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del

«Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro,

comprendiendo la repro-grafía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencio-nados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por telé-

fono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Esta novela está dedicada a mi compadre,

amigo y maestro Pedro Andreu,

una de esas personas —pocas—

que logran con su arte y su humanidad

que el mundo no sea una completa mierda.

A Fernando Marías

La vieja niña que no acaba de crecer se entrega por la noche a los extraños,

usa la máscara de lo que pudo ser

y busca el paraíso en los andamios.

Esta ciudad mordisquea mis poemas,

bebe mi sangre y se marcha sin pagar,

siembra muchachas tristes por la acera,

que no están cuando las vuelvo a buscar.

Me hace el amor si solo quiero sexo,

me enamoro, y se va con otro chulo.

Se sabe lo de cóncavo y convexo,

camina lento, pero meneando el culo.

Es callejón que a veces lleva al cielo,

la mecha que recorre los andenes;

caballeros que se baten a duelo

por doncellas que no bajan de los trenes.

Aunque te deje lamerle las caderas,

nunca sabes si te volverá a llamar.

Guarda en las ingles todas las fronteras

que jamás me canso de cruzar.

Me deja pernoctar entre sus piernas,

me desaloja si le da por recordar.

Me declara su amor por las paredes.

Cuando amanezca,

Madriz

me va a olvidar.

Al mismo tiempo humilde y altanera,

corona de princesa,

bragas por los tobillos.

CARLOS SALEM & ADRIÁN NAVARRO,

«Madriz»

I

JUEVES

Justo a las seis,

en punto, vendrá a buscarte la ciudad

y esta vez quizá el apuro

no te deje ni lavarte los dientes.

Te busca día a día

con sus codos mojados,

sus ojeras de niebla,

sus manos temblorosas diciendo: ¡te devoro!

Para un golpe en la nuca de oficina,

para oxidarte todos los costados

y arrollarte con su tren de piedra.

JORGE BOCCANERA,

«Las seis y lágrima»

1

Seis viejas muertas

El carnicero sonríe triunfal y dedica al joven aprendiz un gesto con el pulgar al-zado. La mano enfundada en el guante profesional de malla metálica le da al mismo tiempo un aire de emperador que perdona y gladiador victorioso. El chico sonríe, articula con los labios un cariñoso y mudo «cabrón» y se despide de los diez euros de la apuesta.

El local es pequeño y está lleno de productos de carnicería y charcutería de primera calidad reluciendo tras las vitrinas. Todo tiene un aire moderno y tradicional al mismo tiempo. Como el rótulo, que en la marquesina anuncia que estamos en el número 3 de la calle del Mesón de Paredes y el apellido del remoto fundador, trazado con la caligrafía original de tiempos de vacas más flacas y jamones pocos. La marquesina es de acrílico, pero conserva la apariencia de las de madera, que ya escasean en Lavapiés.

La cola abarca unos metros fuera del local y la gente espera sin impaciencia su turno para asomarse a uno de los tres mostradores y volver a casa con buen gé-

nero. La clientela se ha modificado con los años y se alternan señoras que acumulan décadas y anécdotas, con clientas y clientes jóvenes y relativamente nuevos en el barrio, porque pese a las apariencias de hegemonía vegana, Lavapiés sigue siendo un barrio carnívoro.

El carnicero le hace un gesto al joven y marcha a la parte trasera con la excusa de buscar algo. Cuando el chico lo alcanza, lanza el desafío:

—¿Triple o nada? Si ganas, te quedas con veinte pavos…

—¿Cómo sabías que Amparito le dejaría su lugar en la cola a la francesita? Es la tercera o cuarta vez que coinciden y no había ocurrido…

—Son años, chaval. Y la nueva apuesta es que va a esperar a que termine de comprar y se irá con ella. Llevo toda la vida viendo a Amparito desde este lado del mostrador y sé cuándo viene con ganas de palique. Aunque puedo equivocarme, pero si te quieres rajar…

—De eso nada. Treinta pavos a que se van cada una por su lado, aunque salgan juntas de aquí. La francesita vive aquí cerca y la vieja al otro lado del barrio.

—Hecho.

Vuelven al local y siguen despachando, sin perder de vista a las dos mujeres.

Amparito es una de esas ancianas que podrías imaginar que nació así, más cerca de los noventa que de los ochenta, aunque su carácter vivaz se empeñe en negarlo.

La francesita tiene unos treinta y es dulce, y se llama Claire, como la ha llamado Amparito hace un momento, y no, no es artista; sonríe cuando la anciana le dice que en el barrio ahora son todos artistas y que cerca de su casa hay un salón donde un grupo de chicos y chicas «pintan unos cuadro raros, pero son muy majos».

—Usted cualquier día se nos hace *hippie*, Amparito —bromea el carnicero mientras le alcanza su paquete y recoge el dinero.

—Ojalá, hijo. Ojalá. Además, igual con un porro de esos se me quitaba el dolor de espalda. Por nacer pronto me he perdido todo lo bueno.

Le festejan la frase y se marcha conversando con Claire. El carnicero sonríe y el joven, con una excusa, sale a la acera. Amparito y la francesita bajan por Mesón de Paredes y la chica lleva las bolsas de la vieja.

El aprendiz sacude la cabeza y, cuando mira hacia dentro, el guante plateado del carnicero muestra tres dedos extendidos delante de una sonrisa.

—¿A que estaba bueno el vermú, Claire? Mejor que los que salen en la tele. Seguro que me deja ciega antes de tiempo, pero para lo que hay que ver…

Se alejan del bar tras casi una hora de charla. Claire siente la levedad del tercer vermú, la anciana está como siempre; vivaz y deslenguada.

—No tenías que desviarte por mí, maja. Que luego, remontar la cuesta es un calvario, como el nombre de tu calle.

Claire dice que le queda de paso, porque bajará hasta el Carrefour de la plaza, y la vieja le recrimina con suavidad y le dice que ella compra siempre en las tiendas del barrio, porque si no van a desaparecer.

—Aunque, la verdad, estos tiempos son mejores que los míos, Claire.

Cuando yo tenía tus años, el barrio era un muermo, puro manoletismo y misa, aunque por las noches se hacía lo mismo que ahora, pero disimulando… Vosotros, en Francia, siempre habéis sido más abiertos para esas cosas. Cuando era joven, conocí a uno de tu tierra que… ¡Uf, qué hombre! Me acuerdo y se me ponen los vellos de punta…

Claire ríe con ganas y va asimilando las anécdotas pícaras de la vieja.

—… y mi padre, tan severo y religioso, no me dejaba salir a la calle en verano por las noches. A la hora de la siesta, sí. Y como no había nadie en la calle por el calor… Ya te imaginas: los zaguanes ardían. Pero mientras los vecinos no se dieran cuenta, todo estaba bien. Hipocresía, hija. Hipocresía.

—Eras una chica muy audaz, Amparo.

—Más tendría que haberlo sido, hija. Mucho más.

—¿Y no te da miedo vivir sola…, con lo que está ocurriendo?

La vieja se endereza y los ojos le brillan, feroces.

—Si lo dices por el cabrón que está degollando viejas, no me asusta. Además, en la tele exageran todo y están empeñados en culpar a los pobres moritos, como los culpan de todo.

—Puede ser… Pero ya son cinco…

—… viejas muertas. Dilo claro. En un mes. Y son seis. Ayer encontraron a otra, cerca de casa. Eso será algún loco fugado, al que no sé cómo no han pillado ya, si ahora en el barrio hay más policía que personas.

Claire tarda en entender el doble sentido de la frase y luego sonríe.

—Eres muy graciosa, Amparo. Y piensas de un modo diferente a otras mujeres mayores con las que he hablado desde que llegué.

—¿Y para qué pierdes el tiempo hablando con viejas, muchacha?

—Es para mi doctorado. Estoy investigando sobre la vida de las mujeres durante el franquismo y si ya existían formas de prefeminismo…

—Prefeminismo, no sé. Pero de la vida en el barrio, te puedo contar lo que quieras. ¿Sabes que dicen que mi calle se llama Amparo porque en ella vivo yo? Es

coña, claro. Pero cuando quieras, quedamos y te cuento.

Han llegado al portal y se ofrece a subirle la compra.

—Quita, que bastante tiempo te he robado ya. Apunta mi teléfono para quedar a comer en algún restaurante hindú, que yo cocino de pena, niña.

—Pero… ¿No es mejor que te acompañe?

—No te preocupes tanto, no creo que el loco ataque a mediodía. Además, mi nieto vive en el apartamento encima del mío y estará al llegar.

Se despiden y en cuanto Amparito cierra el portal, Claire remonta la calle con vocación de riachuelo. Se acuerda del Carrefour, pero también de la reivindicación de Amparo y sigue andando. Busca la calle del Calvario, mientras piensa en la costumbre española de poner nombres católicos (y truculentos) a las calles de un barrio en el que conviven tantas confesiones diferentes. Se deja sorprender por los colores de Lavapiés, que están más en la gente que en los muros, aunque últimamente predomina el azul policía y el gris del miedo en los pocos vecinos que se dejan ver.

Se dice que Amparito ha sido un hallazgo y vuelve a sentirse culpable por no haberla acompañado hasta su piso, pero la vieja tiene razón. A mediodía, y con este sol vertical, hasta las sombras se esconden.

Llega a su portal. Si se apresura le dará tiempo a cocinar, comer y conectar con la profesora Le Ferrand. Eso la devuelve a Toulouse y Toulouse a Roland, pero no quiere pensar en Roland, no quiere llamar a Roland, aunque ahora que la lengua prestada la ha vuelto niña, descubre que Roland rima con felicidad, *pero no rima conmigo, ya no*, se convence a medias y sacude la cabeza recuperando su sonrisa nueva. La escalera de madera, con los peldaños gastados de tantos pasos y tantos años, parece más empinada que de costumbre y Claire se dice que si sube y baja los cinco pisos tres o cuatro veces por día, podrá ahorrarse la cuota del gimnasio.

Amparito llega hasta su puerta con la energía justa para abrirla.

Cada vez me cuesta más, o cada vez yo valgo menos, se dice.

Mientras coloca la compra en la nevera, refunfuña por tener que cocinar para su nieto, *pero es lo menos que puedo hacer por él, aunque guisando como yo guiso, más*

que premio es un castigo.

Una corriente de aire le eriza los vellos de la nuca y se dice que tiene que pedirle a Martín que le arregle la ventana del salón, que cierra fatal, *a ver si un día de estos tenemos una desgracia*.

Claire abre la puerta casi sin aire, la cierra y pasa los dos cerrojos. El piso es poco más que un estudio dividido apenas por la estantería que oculta el dormitorio. El anuncio de la inmobiliaria prometía un ático, pero en realidad es una buhardilla con vistas al mar de tejados irregulares que conforman un paisaje rojizo desteñido que, según el día, le provoca nostalgia o ternura.

Lleva solo un par de meses en Madrid y ya se siente parte de la ciudad, aunque sospecha que nunca acabará de entenderla, y se dice, en ese empeño por pensar en español para hablarlo mejor, que *no hace falta entender para querer*. Y la palabra

«querer», pensada en otra lengua que no es la suya, se le vuelve *aimer* y recuerda a Roland y le vuelve la tristeza.

Amparito, con la economía de movimientos de quien no puede desperdiciarlos, coloca la compra. Todo, salvo la carne, que brilla roja sobre la tabla. Prefiere cortar ella misma los filetes, *que este carnicero llevará el mismo apellido, pero no tiene la mano que tenía su abuelo… ¡Qué manos! A ver si encuentro el puñetero cuchillo, con la cabeza que tengo, igual lo he dejado en el baño*.

Amparito busca, canturreando una canción de la radio, de esas latinas y pican-tonas que le recuerdan al doble sentido de los cuplés. Va inventando la letra y rima

«cuchillo» con «calzoncillos», decidida a que su mala memoria no la ponga también de mala leche. El aire de la ventana mal cerrada le provoca un ligero esca-lofrío.

Claire desenvuelve el jamón y lo deja respirar. Para no pensar en Roland, vuelve a pensar en Amparito y en su abuela, que se parecen bastante, y en que cuando cobre la beca comprará un jamón de los buenos y se lo mandará a su *mammie*. Seguro que su madre protesta, pero lo hará igual.

Amparo se agacha y recoge del suelo el cuchillo delgado a fuerza de afilarlo. Se le habrá caído cuando colocó la compra.

Claire separa una loncha de jamón y cierra los ojos, como si al hacerlo

compar-tiera el sabor con su abuela.

—Este cuchillo ya tiene más filo que acero —murmura Amparito.

Sabor, piensa Claire en español antes de abrir los ojos.

Ya no se consiguen cuchillos como este, piensa Amparito. *Ahora los hacen de cerá-*

mica, no saben qué inventar.

—Sal y sol —dice Claire.

Y no dice más, porque un filo de hielo le cercena la garganta.

2

El día de los Apóstoles

Obedeciendo a una de esas costumbres que han marcado el ritmo de su vida, Severo Justo llega con media hora de anticipación a la cita en el Ministerio del Interior. Y como está aprendiendo a desobedecerse, en lugar de avanzar hacia el cua-driculado edificio de color ladrillo ribeteado de gris, callejea hasta dar con uno de esos raros bares de la zona de la Castellana que siguen pareciendo un bar y no un híbrido entre *boutique* de París y burdel de Budapest. *Aunque no sé cómo será un burdel*, se recrimina al tiempo que piensa, una vez más, que a fuerza de compartir tiempo con Dalia Fierro y Paco Bermúdez se le está pegando la forma de hablar de ambos, directa y a veces brutal, *pero también divertida*.

Y Dios sabe que a Severo Justo le hace falta divertirse.

Aunque el policía lleve años sin hablar con Dios.

Agacha la cabeza como si consultara la pantalla de su móvil y avanza hacia la mesa del fondo. Se siente un poco ridículo, como un famoso de tres al cuarto de la tele, *pero es lo que soy, en lo que me han convertido*.

Pocos funcionarios y menos policías entre la clientela del bar, en el que Justo suele recalar al final de cada visita a la sede de Interior, como un buzo que necesita descomprimir penumbras antes de permitirse la superficie.

Hoy, por aquello de llevar la contraria a sus rituales, ha venido antes.

Sigue existiendo el peligro de que algún parroquiano se pierda buscando el baño, llegue hasta su rincón, lo reconozca y le pida una selfi. Pero de conjurar esos peligros se ocupa Pepe, el camarero, que ahora llega con expresión de conspirador disimulado y evidente.

—No se asome, Justo —murmura mientras deja sobre la mesa la taza de café con leche—, pero los dos de la esquina de la barra son periodistas y preguntaban por usted. Algún cabrón del ministerio se ha chivado de que hoy vendría. Pero no se preocupe, ni se enteraron de que entraba, porque lo vi venir y señalé hacia la calle en el momento exacto.

—Muchas gracias, Pepe. —Olfatea el café, en realidad, la leche que no es leche, y arruga la nariz—. ¿Otra vez soja?

—Exacto, señor Justo. Más sana que la leche y buena para el corazón. Y en lugar de azúcar o sacarina, le traje estevia de la buena. Si no se cuida usted mismo, tendremos que hacerlo los demás.

—Hoy he venido andando desde casa. —Justo se siente como un colegial que proclama ante la maestra el mérito de haber hecho los deberes.

—¡Eso es, Justo! Usted y yo, por generación, podríamos haber sido roqueros y no lo fuimos. Pero al menos estamos a tiempo de dejar un bonito cadáver. Ahora vuelvo.

Un bonito cadáver, piensa Justo mientras da el primer sorbo de la taza y admite sin admitir que la leche de soja le da al café un dulzor recóndito al que se ha habituado. *Bonito, no sé. Pero cadáver…*

En un gesto veloz, de esos que la voluntad permite si se someten a la fuga-cidad, Justo palpa sucesivamente el bolsillo superior izquierdo de su chaqueta y luego su par derecho, como si se santiguara a medias.

Están en su sitio. Los dos pequeños pastilleros de metal.

Cada uno con su carga. Pastilla roja. Pastilla verde.

Un bonito cadáver, pero no todavía.

Primero tú, Avellaneda. Primero tú.

Justo brinda con su taza hacia la nada y Pepe, que vuelve con

redoblada expresión de complicidad y ocultando algo a sus espaldas, lo interpreta como un gesto de aceptación.

—Los plumillas ya se han ido, Justo. Cierre los ojos, por favor.

Y con una mansedumbre que sorprendería al ministro del Interior que en veinte minutos lo recibirá atemorizado en su despacho, el comisario Severo Justo, jefe de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales y la figura pública mejor valorada de España, cierra los ojos.

—Ábralos, por favor.

En la mesa, junto a la taza y dentro de una caja de cartón acondicionada para

su transporte, una miniatura de tarta, decorada y con una sola vela que el camarero acaba de encender.

—Chocolate desgrasado, salvado de avena y de trigo, huevos de granja y nada de azúcar. Más sana, imposible. Felicidades, Severo Justo.

—Hoy no es mi cumpleaños, Pepe.

—Pero se cumple un año desde que le pararon los pies a Nadie.

—¿Un año, estás seguro?

—Yo no, pero los de la radio y la tele, sí. Y ya sabe que a esos no se les pasa una. Llevan con el asunto desde temprano, y si no fuera por el cabrón que está matando viejecitas en Lavapiés, abrían el Telediario con la conmemoración… ¡Hasta hay propuestas en internet para que la fecha de hoy sea declarada oficialmente el día de los Apóstoles!

Justo logra no fruncir el ceño. Ya casi no le resulta irritante el apodo que la prensa adjudicó desde el principio a la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, a raíz de su pasado como sacerdote y la firmeza con que su gente lo siguió desde el primer caso. Alguien en las redes los nombró «los Apóstoles de Severo Justo» y así los llaman en titulares.

Pepe reitera que tiene que cuidarse y vuelve a su barra, reclamado por los clientes. Justo calcula que tendrá, como mucho, cuarenta y cinco años. Casi ocho menos que él, pero veinticinco kilos de más que transporta con buen humor y energía, alimentada su caldera de tren de cercanías con rotundos bocatas de chorizo y envidiables atracones

de torreznos. Sin embargo, se preocupa por Justo, que lleva toda la vida entrenando y con el mismo peso, que no variaría un gramo aunque se dedicara a la vida sedentaria, beneficiado por una lotería genética imprevisible. Las nebulosas imágenes de infancia le dibujan a su madre pequeña y pizpi-reta, con esa tendencia a esferificarse de la que suele disfrutar la gente que sonríe aunque no tenga motivos; y un padre ancho y tosco, brutal por culpa ajena y por propia decisión, más borracho por el rencor del fracasado de antemano que por el pésimo vino en el que se gastaba el dinero de la comida.

¿De dónde habría salido ese chico alto, delgado, fibroso y medido, al que la sonrisa

le costaba demasiado y la urgencia de creer en algo que no fuera su padre lo empujó en busca de un padre más alto y que luego también se mostró ausente?

En el último año muchas cosas han cambiado para Severo Justo.

Antes no hubiera brindado en el aire con el recuerdo de su madre para celebrar la improbable infidelidad que le habría dado a la mujer al menos un goce clandestino y a él la ilusión de tener otro padre.

Y mucho menos habría admitido, como hace mientras se acaba el café, que si ingresó en el seminario y se hizo sacerdote fue para no matar al marido de su madre.

Baja los ojos hacia la llama bailarina de la vela.

Un año ya.

Un año desde que el Gobierno lo recuperó tras un exilio disfrazado de premio en Bruselas para el policía más condecorado del país, pero tan apegado al reglamento que hasta en Asuntos Internos molestaba.

Un año desde que lo pusieron al frente de una brigada con excesiva promoción, para que llegado el momento cargara con las culpas de poder frenar al tal Nadie, el asesino en serie más peligroso de la historia de Europa.

Un año desde que él, consciente de que no podría resolver el caso siguiendo los cauces reglamentarios (y de su incapacidad para saltarse las normas), reclutó a un extraño grupo de policías y asesores externos que, contra todo pronóstico, logró detener a Nadie.

Un año ya.

Luego fue el vértigo y la sucesión de casos notorios resueltos, dentro y fuera de España, que convirtieron a la brigada en uno de los tópicos preferidos por los medios de comunicación, y a su jefe en una especie de celebridad en ausencia, de la que todo el mundo hablaba bien, pero que comparecía solo lo indispensable.

Un año ya desde que, antes de que lo detuvieran, Nadie asesinó a la única mujer que Severo Justo pudo haber amado tras veinte años de viudez y luto in-terno.

Un año desde que, en su afán por corromperlo, el asesino en serie puso en sus

manos al culpable del atropello de su mujer y su hija.

Y en tres meses se cumplirá un año desde que Javier Avellaneda, al amparo de la benevolencia que solo obtienen los poderosos, escapó de la clínica psiquiátrica de lujo en la que estaba recluido en espera de juicio.

Justo repite el gesto horizontal de palparse los bolsillos, pero ahora con lenta profundidad, como si se estuviera rajando el pecho con un puñal.

Su pecho o el pecho de otro. El de Javier Avellaneda.

Hace un año creyó que la herida más profunda de su vida se cerraba con la detención del responsable de la muerte de su mujer y su hija, una herida con dos décadas de antigüedad, abierta cuando Avellaneda, entonces joven heredero de una familia rica y ya un consumado psicópata al volante, atropelló a las dos mujeres de su vida y se dio a la fuga, protegido por el silencio de numerosos testigos bien pagados por el dinero de su padre.

Justo ya era entonces un policía con experiencia de sobra como para hacer lo necesario, dentro y fuera del reglamento, para conocer la identidad del asesino sobre ruedas.

Pero no lo hizo.

Dejó la investigación en manos de Pedro Capiotto, el compañero al que desig-naron el caso, que fue cerrado casi de inmediato, pese a que era evidente que que-daban cabos sueltos. Corrieron rumores de que alguien poderoso había acon-sejado no avanzar en las pesquisas.

Severo Justo fue consciente. De todo. *Pero no hice nada.*

Porque de hacerlo, habría desatado una ira recóndita que solo él conocía y que se multiplicó aquella mañana de domingo en que le arrebataron a sus dos mujeres.

Si hubiera abierto la compuerta, no habría podido cerrarla.

Como con mi padre. Y como mi padre, no.

Lo mejor era atenerse a un orden superior sin cuestionarlo, mejor un dios o un comisario general director, algo o alguien que marcara el límite.

Y siguió viviendo a medias.

Cuando volvió de Bruselas, traía en la maleta una decisión firme: tras resolver

el caso de Nadie, se quitaría la vida. Porque casi no la usaba. Y para fastidiar a un dios en el que ya casi no creía, pero por si acaso.

Dos pastillas. Una verde y otra roja.

Como las que ahora guarda en sendos pastilleros.

Hace un año, cuando Nadie descubrió y atrapó por él a Avellaneda, Justo volvió a creer que la justicia era posible y quizás, también, la vida.

Y tiró las pastillas al retrete.

Tres meses más tarde, cuando el mismo Avellaneda escapó de una exclusiva y poco vigilada clínica psiquiátrica en la que logró entrar en espera de juicio por más de media docena de asesinatos al volante, Justo adquirió las mismas pastillas y actualizó su decisión de suicidarse.

Pero antes de hacerlo, localizará a Javier Avellaneda.

Y lo matará con sus propias manos.

3

Bautizando camareros

—Algo huele a podrido en Lavapiés, Paco.

—No serán estas gambas, están para chuparse los dedos, hermano.

El comisario Bermúdez se chupa los dedos y Pablo Acuña, conocido como el Súper en los altos círculos policiales, imita a su amigo.

Gracias, hermano, piensa, y al mismo tiempo le resulta extraña y normal esa camaradería a punto de cumplir un año, después de décadas de guerra fría entre dos policías que representaban formas opuestas de entender el oficio: él, burócrata y atento a los cambios de poder; Paco, el último de los «hostiócratas» en un cuerpo plagado de tecnócratas.

—Muy pensativo estás tú, Súper, que te conozco. Así que te escucho, pero antes necesitamos más provisiones. ¡Antonio, Antonio, ven por favor!

La voz de Bermúdez retumba en la calle del Ave María, baña la terraza del legendario bar La Mina y horada el estrecho local como un tsunami.

El veterano camarero ya viene con dos botellines de cerveza.

—¡Tú sí que sabes, Antonio! —lo recibe festivo el comisario—. Ya que estás, tráenos dos raciones de gambas; mejor cuatro, así te ahorro el viaje. Y cuatro botellines, no está la cosa como para pasar sed. ¿A que no, Antonio?

El Súper olvida, por un instante, su preocupación:

—¿Cómo sabes que se llama Antonio, lo conoces de antes?

—No lo he visto en mi puñetera vida, pero tiene cara de Antonio. ¿A que sí?

Venga, Pablo, dime qué tripa se te ha roto.

Acuña calibra a Bermúdez. El antiguo enemigo convertido es su mejor, su único amigo. La familia de Paco lleva meses ejerciendo de sustituta de la suya, evaporada como la paciencia de su mujer ante la falta de ambición de un alto funcionario siempre cerca del poder pero que nunca cobró favores. Se dice también que lo que le preocupa no es su

futuro, sino el del comisario.

—No me gusta este caso, Paco. Aquí hay algo que no me cierra…

—Serán las puertas de las buhardillas de Lavapiés, que están todas torcidas. Es un caso más, Pablito. Un cabrón, o un par de ellos, que han descubierto que las viejas no creen en los bancos y guardan la pasta bajo el colchón. Cabrones peligrosos, vale. Pero tontos. Los pillamos en un pispás…

—Pues llevamos diez días metiendo miedo por el barrio y hay otras dos muertas. Y si son simples chorizos, ¿para qué degollar a las ancianas?

—¡Porque tendrán costumbre, Súper! Seguro que son un par de pastores bru-tos, habituados a matar ovejas…

El camarero, resignado ya a llamarse Antonio, llega con el pedido y Bermúdez se lanza sobre una de las estrechas bandejas, sobre la que se alinea media docena de gambas a la plancha, el plato estrella del local.

—¿Tú también con la teoría racista de que es obra de inmigrantes? Eso está bien para la prensa sensacionalista y la ultraderecha, pero tú…

—El racista preventivo estás siendo tú, hermano —responde Bermúdez, chupándose los dedos—. ¿Es que en España no hay pastores y garrulos para exportar?

Es un caso sencillo, comparado con los marrones que nos han caído este año. Y

todos los sacamos adelante. ¿O no?

—Eso es lo que me preocupa. Sabes que crearon la brigada para fracasar y cargar con las culpas cuando estallara lo de Nadie. Lo resolvimos y ya no pudieron jodernos…, de inmediato. Pero lo seguirán intentando.

—¿Con las elecciones a la vuelta de la esquina? No creo. Si los Apóstoles y Severo somos lo único de lo que puede presumir el Gobierno…

El Súper resopla.

—Eso es lo que me preocupa. —Parece recordar algo—: ¿Tú sigues sin tener redes sociales, Paco?

—¿Para que capullos que no quiero ver desde hace años me vacilen cuando pierde el Atleti? Ni loco…

—Hace dos días se puso en marcha una proposición en change.org para que Justo sea candidato independiente a la presidencia y en menos de dos días ya contaba con cinco millones de firmas…

Bermúdez se atraganta y gira para toser. Con el mismo movimiento toma un botellín de la mesa vecina y lo vacía de un trago. El supuesto Antonio avisa con gestos al cliente expoliado que le repondrá la bebida.

—Sí que se ha hecho popular… ¡Pero él no se metería en política!

—Eso lo sabemos nosotros. Pero los políticos no. Por eso te digo que este caso huele a podrido, Paco. Sé que van a intentar algo para joder a Justo y, de paso, a nosotros. Tú mismo has dicho que el degollador de Lavapiés es un caso menor, ¿correcto? Pero desde que nos lo adjudicaron…

—¡Es noticia mundial! —Pasada la sorpresa, Bermúdez se encoge de hombros—. Haremos lo de siempre: resolverlo y santas pascuas.

—Ojalá sea tan sencillo, Paco. Ojalá.

El móvil de Bermúdez resuena con el himno del Atlético de Madrid a todo volumen y el comisario atiende con los mismos decibelios:

—Frontela, ¿qué dices? Apenas se te entiende, chaval. ¿Es que has metido la cabeza en un váter o qué? Repite, que se corta. Se cortó —explica sin necesidad al Súper y al resto de parroquianos de la terraza —. ¿Por qué será tan mala la cober-tura aquí si estamos a tiro de piedra del centro?

Suena la misma melodía, simplificada, y el comisario lee el mensaje:

—Se nos acabó el recreo, Pablo. Frontela me da una dirección y dice que vaya-mos con urgencia. Me temo lo peor.

—¿Llamamos a uno de los coches?

—Hasta que llegue, con el meandro de calles que hay en este barrio, nos habre-mos jubilado. Vamos andando, es en la calle del Calvario.

Bermúdez paga después de insistir varias veces, porque el camarero se niega a cobrarles, y marcha calle arriba sin esperar a su compañero.

Pablo aprovecha para preguntarle al camarero si se llama Antonio.

—Mi nombre es Mercedino —explica—. Pero desde hoy seré Antonio. Cuando un Apóstol te bautiza, es para siempre.

El Súper corre para alcanzar a Paco. Acompasan los pasos, como críos que volviendo de clase se descubren amigos para siempre.

El comisario gruñe:

—Venga, suelta el resto, que algo te guardas.

—Eh… Sí. A ver: supongamos que, como crees, salimos ilesos de esta trampa, de la próxima y de la próxima… Sabes que respeto a Justo y que cuando se formó la brigada me pusieron como espía para avisar del momento en que convenía dejarla caer…

—¡Pero cuando la cosa se puso fea, te pasaste a este lado y aquí sigues, hermano!

—Y seguiré, Paco. Pero a veces intuyo que en cualquier momento Justo va a explotar y adiós Apóstoles. ¿Comprendes?

—Si lo dices por la fuga de Avellaneda, el jefe se lo tomó con calma. Pero no te niego que a veces lo siento lejano, a Justo. Como si no estuviera…

—Y Dalia, la segunda al mando, tampoco está muy fina últimamente…

—Dalia. ¿Cuál de ellas? —bromea Bermúdez, y ríen en corto, como se hace de las bromas cuyas claves pocos conocen—. Creo que sé por dónde vas, pero no adónde, Súper.

Bajan la voz al llegar a la calle del Calvario. Un coche patrulla ocupa parte de la estrecha acera para no impedir el paso de otros vehículos. Un uniformado los reconoce y se pone firmes.

—Relaja, que te dará algo —ordena Bermúdez—. ¿En qué planta?

—La quinta, comisario. Sin ascensor.

—Lógico. Con mi suerte, el día que llueva sopa, saldré a la calle con un tenedor, como decía un amigo argentino.

Suben y Pablo vuelve a la carga:

—Yo no hablo de dejar tirado a Justo ni a la brigada, ¿vale? Además, llevamos un tiempo hablando del asunto, Paco. No te hagas el nuevo…

Bermúdez exagera su respiración al subir, para ganar tiempo.

—¿Te refieres a la idea de…?

—… montar una agencia de investigaciones. Con nuestra experiencia y el prestigio de ser Apóstoles, sería coser y cantar.

Antes de llegar al quinto, donde se asoma Frontela, Paco se detiene y le habla con ferocidad al oído:

—Yo no sé coser, Pablo. Y canto como un gato de escayola. Pero no dejo tirados a los míos. Nunca.

El Súper lo imita. Frente contra frente, parecen a punto de pegarse.

—Y yo tampoco. Solo digo que pensemos el tema con tiempo y lo hablemos con Justo. Pero cuando ya no haya peligro para él.

Bermúdez, propenso a la ira y la sonrisa, cambia, se entusiasma:

—No suena mal, Pablito: «Bermúdez y Acuña Investigaciones»…

—Señores, es mejor que vean esto —pide desde arriba, con impaciencia, el inspector Jorge Frontela.

Bermúdez derrota los escalones restantes en un esprint sorprendente. Pablo lo sigue a menos velocidad, intrigado por la alarma en el rostro del habitualmente imperturbable Frontela.

La pequeña buhardilla no parece la morada de una anciana.

Y no lo ha sido.

Sobre el suelo de la cocina yace el cuerpo de una mujer rubia y joven.

Degollada.

Todo alrededor es un caos de cajones abiertos o volcados.

Paco suelta una colección de insultos en cascada. Se detiene:

—Ya no solo matan viejas. Es casi una chavala.

—Y extranjera: francesa —agrega Frontela.

—¿Francesa? ¡La que nos va a caer! ¿Turista, estudiante?

Frontela retrocede un paso. Conoce a su jefe.

—Profesora universitaria y miembro de una organización de estudios feministas avalada por la Unión Europea.

—Llama tú a Justo, Pablo —pide el comisario en un susurro.

—Lo estoy haciendo. Pero tiene el móvil apagado.

Cuelga y le pregunta a Frontela:

—Tú que lo sabes todo, Jorge: ¿en qué dirección está el cuerpo?

El joven inspector asiente, apesadumbrado:

—La cabeza apunta al sureste.

—Mierda. Mierda. Mierda —repite el Súper.

—¿Qué hay al sureste, para que pongáis esas caras?

—La Meca —responden los dos a coro.

Mientras se apartan para dejar paso a los de la Científica, Bermúdez le pide a su amigo:

—Cuéntame más sobre eso de pasarnos al sector privado, hermano.

4

Cuando el sapo canta fuerte

La sala de espera del ministro del Interior es, seguramente, la mejor acondicionada de toda la Administración. Cómodos sillones, un amplio y actualizado surtido de ejemplares de prensa y revistas de cultura e información general (sorprendente en tiempos en los que todo se lee en una pantalla), una máquina de café de calidad más que aceptable y otra con un surtido de *snacks* y sándwiches que merecen el apelativo *gourmet* a precios insignificantes.

Así lo ha dispuesto el ministro desde que llegó al cargo, en un gesto de humanidad que resultó inusitado para quienes conocían sus antecedentes políticos, pero que quedó rápidamente explicado: esa sala de espera es la mejor provista de España porque también es aquella donde más tiempo aguardan los subalternos para ser recibidos. Muchos miden el estado de ascenso o la inminente caída dentro del invisible andamiaje del poder del ministerio cronometrando al segundo las esperas a las que el titular somete a quien viene a verlo o es convocado a su despacho. Incluso los visitantes ilustres tienen que esperar, pero en una sala interior lujosamente preparada.

Un viejo funcionario, con tantos años de servicio en el ministerio que por momentos se vuelve amnésico al terror, suele afirmar, en un pub cercano y cuando lleva tres copas de más, que la muerte vino dos veces a buscar al ministro, pero se aburrió de esperar y se volvió a sus dominios.

Y casi nadie le celebra el chiste.

Porque son conocidos los accidentes protagonizados por el ministro y que pudieron resultar mortales, pero no lo fueron. Los dos implicaron los peligros de la aplicación del principio de Arquímedes y de ambos salió bien librado: el nau-fragio en alta mar de su yate (que él llama «bote» en tono campechano) y un percance hace unos meses, mientras practicaba *kitesurf*: falló la anilla de seguridad que une el arnés con las cuerdas y la cometa lo arrastró mar adentro a causa de un fuerte viento de tierra. Los testigos temieron lo peor, pero fue rescatado sano y

salvo tras varias horas de búsqueda.

El mismo viejo funcionario borrachín, una vez que el comisario Bermúdez (quien estaba en un estado similar) le preguntó por la condición insumergible del titular de la cartera, respondió con

precisión científica:

—Todo el mundo sabe que la mierda flota.

Nadie, salvo Bermúdez, rio la gracia. Y nadie la repitió, ni siquiera en las esperas de a veces hora y media que los funcionarios tienen que soportar conforta-blemente instalados en la antesala.

De estos cotilleos se ha enterado Severo Justo durante alguna celebración tras resolver un caso de los Apóstoles, con Paco Bermúdez y Pablo Acuña como principales fuentes de información. Justo escuchaba y hasta sonreía, más por camaradería con sus subalternos que por interés en el ministro y sus costumbres. Pero como hace con todos los datos a los que tiene acceso, fueron tabulados y colo-cados en el pertinente casillero de su cabeza.

Por eso le sorprende no ver a nadie en la sala de espera y que sea el propio ministro quien lo aguarda en la puerta, con cordial impaciencia.

Mira de reojo su reloj y comprueba que ha llegado cinco minutos antes de la hora, pero la ministerial sonrisa posterga las reflexiones para más tarde.

—¡Dichosos los ojos, Justo! Y muchas gracias por venir, sé que está usted muy ocupado con el asunto de Lavapiés. Pase, pase, por favor.

Lo conduce por una serie de antedespachos que ejercen de filtro para las visitas y demostración de la importancia de su tarea. Nadie en ninguno de los escritorios de recargado diseño. No desembocan en el excesivo despacho del ministro, sino en una coqueta sala adornada con enormes cuadros de ceñudos antecesores del hombrecillo de color naranja.

Al entrar, el ministro vuelve a sorprenderlo con un abrazo inesperado.

Los reflejos de Justo, que mantiene más activo que nunca su entrenamiento ahora que ha decidido matar, están a punto de costarle un disgusto al policía y una lesión al político. Sintiéndose absurdo, Justo convierte lo que sería un golpe en la correspondencia desganada del abrazo.

Al retirarse, el ministro tiene lágrimas en los ojos y Justo piensa en las viejas plañideras de las que le hablaba su madre cuando era niño, formidables lloronas a sueldo que cotizaban en todos los velatorios de Extremadura y que cobraban más si el muerto era poco querido en su

pueblo y no tenía quien lo llorarse en condiciones. El recuerdo de su madre le duele y lo hace sonreír a la vez. *Hay sonrisas que duelen por dentro*, se dice.

—Disculpe la efusividad, Justo —se explica el ministro, retrocediendo un paso—. Pero es que les debo mucho a usted y a su gente. ¡España les debe tanto!

En apenas un año hemos pasado de ser los graciosos de las reuniones internacionales de seguridad, a convertirnos en estrellas.

«Nieblas altas, aguas bajas», dice remota la voz de la madre, que encadenaba refranes con picardía, y por eso ahora vendría aquello de «Cuando el sapo canta fuerte, lluvia promete», y en la memoria del policía huele a dorado en la cocina materna, a migas, ajo y moléculas de chorizo y pocas pero trabajadas alegrías. Se pregunta a qué viene pensar tanto en su madre y qué querrá el ministro anaranjado para mostrarse tan cariñoso.

Lo primero tendrá que esperar. Lo segundo comienza a desvelarse.

—Y abusando de su generosidad, tengo que pedirle un favor personal.

Silencia el policía con suavidad la voz materna, que ya asoma con un proverbio sobre las vueltas que da un perro antes de dormirse, porque en el tono del ministro hay un miedo nuevo, algo que no logra catalogar.

Se deja guiar hasta unos pequeños y elegantes sillones enfrentados y espera a que el otro prosiga:

—¿Conoce al obispo Juan Lebrón? Es una pregunta retórica. Claro que sabe quién es. Lo que ignoro es si se conocen personalmente.

—No. Pero en efecto: sé quién es.

La voz de la madre ha retornado al rincón en el que llevaba dormida tanto tiempo, porque ahora Justo ha abierto el correspondiente cajón mental y revisa los datos que ya conoce.

Juan Lebrón. Cuarenta y ocho años. A los treinta y cinco fue el obispo más

joven de España. Y desde hace cinco años, arzobispo de Madrid. Un personaje popular y comprometido con una renovación de la Iglesia que resulte asumible para el vetusto aparato eclesiástico, poco amigo

de los focos mediáticos y quizás por ello irresistible a esos mismos focos. Proveniente de una familia acaudalada desde los tiempos en que los ricos españoles no eran nuevos, lleva una vida sencilla sin presumir de obrerismo. Deportista. Practica boxeo *amateur* con excelentes resultados, es quinto dan de kárate, cuarto de aikido y sexto de judo, *demasiadas artes marciales para un hombre de paz*, se dice Justo antes de recordar que él mismo se define como tal y tiene un historial similar al de Lebrón.

Pero yo tengo el quinto dan de aikido, piensa, y se escandaliza.

Él no es así. Él no compite con nadie porque está precavidamente muerto. Solo le falta cumplir un par de requisitos: matar a Javier Avellaneda y matar luego a Severo Justo.

Descubre que el ministro lo observa, intrigado y atemorizado:

—Se lo confío a usted, pero que no salga de aquí: el Papa está por nombrar cardenal a Lebrón. Lleva años siguiendo su carrera, y se dice que quiere tomarlo como protegido con la intención de que sea su sucesor…

—Me alegro por él. Dicen que es buena persona…

El ministro salta en su sillón:

—¿Buena persona? ¡Lebrón está segundo en todas las encuestas de popularidad y confianza por parte de la población!

—¿Y quién es el pri…? —Justo adivina, más que saber, y se detiene.

—¡El primero es usted, Severo Justo! Por eso creo que es la persona ideal para hacerse cargo del caso…

—¿Qué caso?

El sillón es cómodo, pero el ministro se revuelve, busca las palabras:

—Al arzobispo le han sustraído una cartera con ciertos documentos que, de hacerse públicos, podrían truncar su fulgurante ascenso. Mañana, cardenal; dentro de unos años, Papa! ¿Lo imagina? ¡Un Papa español! A los argentinos, desde que tienen el suyo, no hay quien los aguante…

Justo lo mira impasible.

La euforia del ministro cede. La naranja se marchita ante esos ojos que

no dejan escapar ningún sentimiento humano, y el titular de Interior piensa una vez más que la mirada de Justo le recuerda por momentos a la de los santos de algunos cuadros. Y por eso le da miedo.

—¿Por qué? —La pregunta parece resonar por todo el despacho.

—Hombreee… Usted es el mejor activo que tenemos… Y además…

—Dígalo.

Por fortuna, el ministro no puede ver el puño cerrado de Severo Justo, que vuelve a interrogarse por esos cambios en su carácter. Como suele decir Dalia Fierro,

«no eres un hombre manso, sino un hombre amansado por decisión, alguien que necesita creer en un orden y un escalafón para frenar la rabia. Pero la rabia está, Severo. Y cuando salga, arrasará con todo lo que tengas alrededor».

Palpa el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo sabe apagado, *puede que mi gente me necesite y yo aquí, perdiendo el tiempo*, se dice. Ese gesto lo devuelve a los pequeños rituales de la culpa, ese irritante sentido del deber al que le debe lo poco que le queda de vida.

—Se lo diré yo: me encarga este caso porque cree que, debido a mi pasado como sacerdote, seré más prudente al investigar. ¿Es correcto?

—Eh… En cierto modo, sí. Pero no me negará que usted conoce los vericuetos del mundillo eclesiástico mejor que cualquier otro policía… En cuanto a la prudencia, comprenderá que es fundamental…

—Un favor.

—¿Cómo dice?

—Que hace un momento se refirió a este encargo como «un favor personal».

Eso quiere decir que no es una orden.

—Eh… No. Dadas las características del asunto… —La cara naranja ya es de color ocre ceniciento.

—No sufra, ministro. Acepto. En principio. Antes debo saber más sobre el asunto. Pero favor con favor se paga.

—¡Desde luego! Pero ¿qué…?

El ministro no reconoce en este hombre tajante al mesurado Severo Justo de siempre.

—Javier Avellaneda. Que se lo busque de verdad y no solo para cubrir las apariencias, como hasta ahora. No hace falta que proteste, señor ministro: sabemos que tengo razón.

El político duda, pero asiente con la cabeza.

—Entonces ¿acepta?

—Lo decidiré después de hablar con el arzobispo. Que, imagino, estará esperando en su despacho, por eso me ha recibido aquí.

La naranja recobra el color y la dulzura:

—¡Es usted infalible! ¿Comprende por qué le necesito? —Se pone de pie y gira rumbo al despacho—. Venga conmigo, por favor, que le presentaré al señor…

Justo lo adelanta en dos zancadas y le bloquea el paso.

—Si no le importa, señor ministro, prefiero hablar a solas con él. De excura a cura, usted me entiende.

Y antes de que el otro reaccione, cruza la puerta y la cierra.

Lebrón es casi como lo recordaba de las fotos y la televisión. Rubio, facciones regulares y francas, espaldas anchas y hombros poderosos. Y esa barbilla que hace suspirar a las periodistas cuando hablan de él. La misma que Severo Justo, sin saber por qué, tiene ahora ganas de golpear.

Hay algo en este hombre que no había visto en las imágenes públicas: tiene la mirada preocupada de quien teme perderlo todo y la prudencia del que no sabe si en realidad quiere ganar.

Se levanta e intenta sonreír. Justo lo frena con un gesto:

—No hace falta. Seré breve: recuperaré lo que le robaron, pero si descubro algo ilegal, lo llevaré a comisaría yo mismo de las pestañas.

Una furia juvenil asoma a los ojos de Lebrón, que cuadra los hombros:

—Eso habría que verlo, Severo Justo.

—Cuando quiera. —Le tiende una tarjeta—. Medítelo un rato y si está

de

acuerdo con mis condiciones, quedamos mañana a primera hora en el lugar en el que le robaron…, lo que sea que le robaran. ¿Le parece justo?

Los ojos de Lebrón sonríen apenas.

—Me parece severo. Pero justo. Y acepto desde ya sus condiciones. ¿A las siete mañana en mi casa? Le envío la localización al teléfono.

No tienen más que decirse y al policía el móvil apagado le quema en el bolsillo.

Amagan con darse la mano pero no concretan la intención.

Al abrir la puerta se encuentra con la cara naranja:

—No sé cómo agradecer…

—Encuentre y detenga a Avellaneda, ministro. Favor por favor.

Mientras busca la salida, Justo asume que ha cometido en minutos más faltas al reglamento que en toda su carrera, pero se siente ligero.

Para lo que me queda en el convento…, comienza a decirse.

Pero le parece excesivo y no completa la frase.

Además, al encender el móvil comienzan a brotar las notificaciones de llamadas perdidas de Bermúdez.

Severo Justo marca y se prepara para escuchar malas noticias.

5

Dos hermanas

La anciana sube los escalones como si en cada uno fueran a extinguirse sus fuerzas y también ella. Es menuda y parece más pequeña porque está encorvada, pero su charla es vivaz, fluida; la de alguien que no suele tener con quién hablar.

—Ay, hijo, gracias, si no hubiera sido por ti, no sé cómo habría podido con todas estas bolsas. Que me lío a comprar y después no hay quien las suba hasta el cuarto, que ya les vale a los administradores, veinte años llevan prometiendo un ascensor y aquí estamos, gastando escalones…

En su mano izquierda, el gran reloj de oro parece incongruente con el resto del cuerpo. Cuando refleja la luz de las bombillas, su brillo da en la cara del joven argelino que sube detrás de ella, con dos bolsas en cada mano.

La anciana lleva una sola bolsa, muy cargada, pero eso no impide que siga hablando mientras remontan la escalera.

—… y ya me contarás para qué compra tanto una vieja que vive sola… Igual para matar el tiempo. Y como ya solo salgo por el barrio, en algo habrá que em-plear el dinero… Pero antes, cuando vivía mi Rufino, salíamos mucho, le encantaba presumir de su Virtudes; que ahora soy una pasa, pero en mis tiempos… Y no veas las joyas que me compraba… —Con la cabeza señala hacia el final de la escalera—.

Ahí las tengo, aburriéndose en el segundo cajón de la cómoda. En fin, cosas de la vida, que tú también habrás pasado lo tuyo para venir desde Marruecos…

—Vengo de Argelia —corrige el muchacho, que mira hacia todos lados para no mirar el reloj de oro.

—Pues más lejos todavía, pobrecillo. Ya hemos llegado. Ay, hijo, si no te llego a encontrar en la esquina y te pido ayuda, todavía estaría tirada en la calle con todas estas bolsas.

Mientras habla, saca una llave y abre la puerta.

—¿Quieres que te prepare un café y un bocadillo? Pasa, pasa…

El argelino está nervioso:

—No. Gracias, yo… Me esperan.

Y deja las bolsas en el umbral.

—Esta juventud, siempre con prisas. Espera un momento…

Saca del bolso una cartera y dentro se ven varios billetes de cincuenta y un buen fajo de veinte. La anciana revuelve el fondo y saca una moneda de dos euros y se la alcanza al muchacho. Sin cerrar la cartera, cambia de idea:

—¡Qué miserable que soy! Aguarda, que te doy algo más…

—¡No, no, gracias, señora!

El chico baja las escaleras a toda velocidad.

La anciana suspira, mira alrededor, endereza la espalda y recoge sin mucho esfuerzo las cinco bolsas. Antes de entrar, dice en voz baja pero clara:

—Cuidado, que entro sola. No vayas a desnucarme, «hermanita»…

Dentro, a un lado de la puerta, espera una mujer más alta, octogenaria y con mirada fiera. Con sus dos manos levanta un bate de béisbol de metal en el que puede leerse, en enrevesada letra de grafitero: «@grafuwolf».

—Vaya mierda —dice bajando el bate—. A este paso, jamás estrenaré el regalo que me hizo Mingo…

La más baja cierra la puerta y se quita la peluca. Luego los postizos de la cara, que dejan al descubierto el rostro de una mujer que podría rondar los cuarenta años, con la clase de belleza medida que resiste al paso del tiempo.

—¿Es que ese novio tuyo no puede regalarte flores, como todos, Dolores? O

bombones, o un *satisfyer*…

—El *satisfyer* me lo regalé yo sola y hace tiempo, Dalia. Mira que eres anticuada, tú.

Dalia Fierro se despoja del resto del disfraz de anciana, hasta quedar desnuda.

Y Dolores vuelve a pensar, una vez más, que la pequeña psiquiatra debe de haber firmado algún pacto diabólico para mantener ese físico del lado bueno de la trein-tena, aunque esté a punto de cumplir los cuarenta y nueve.

Dalia marcha hacia la ducha.

Dolores prepara dos vasos con vermú y entra en el baño.

—¿Nada?

—Nada —responde desde la ducha—. Mira que he dado vueltas a la manzana con las bolsas, mostrando el reloj y la cartera llena de billetes, pero nada. Al final, me ayudó a subir las bolsas un pobre chaval argelino que salió corriendo en cuanto llegamos a la puerta.

Sale de la ducha y recoge el vaso que le tiende su compañera:

—Gracias. Me hacía falta.

Se seca, bebe un trago y se envuelve en la toalla.

—Quizás el problema soy yo —comenta mientras salen del baño—. Igual exa-gero demasiado el papel de fósil desprotegida.

No ve venir el capón seco y firme que Dolores le propina en la nuca.

—Fósil, tu prima, cabrona. Que en este sainete *lavapiecero* que te has montado, eres mi hermana cuatro años menor, querida «Virtudes»…

No es el primer coscorrón que Dalia recibe desde que se mudaron a este piso para representar el papel de dos viejitas vulnerables y adineradas. Y se dice, una vez más, que *para sus ochenta o casi, Dolores mantiene una fuerza más que respetable*.

—Paz —pide—. Soy idiota. Pero es que esto me pone de los nervios… Desde que llegamos, se han cargado a otras dos… señoras. Y por más que me exhibo, presumo de dinero y lo pongo fácil…, nadie intenta asesinarme.

—Pero ¿tú te has escuchado, mujer? Para ser alguien que tiene cuatro doctorados en Psiquiatría y similares, suenas como una completa chalada… Además, tu mal humor no tiene que ver con el caso, sino con el móvil, al que no le haces ni puto caso… Otra vez te lo has «olvidado» y no dejó de sonar.

Le alcanza el teléfono y Dalia comprueba.

Veinticuatro llamadas. Todas del mismo contacto. Olga.

También hay decenas de mensajes de WhatsApp. Hace el gesto de guardar el móvil para no mirarlo, pero las toallas de baño no tienen bolsillos.

Se siente absurda, septuagenaria como su personaje y al mismo tiempo casi niña, indecisa y frágil. Una sensación que la enfurece, y si estuviera en el *dojo*

podría canalizarla con algún desafortunado compañero de kárate. *Pero tampoco eso serviría, y lo sabes*, le dicen a coro varias de las voces que habitan su cabeza, las de sus otras Dalias.

—Ya que no vas a hablar con ella, habla conmigo —propone Dolores. Su voz adquiere uno de esos raros momentos de ternura y calma que en más de una ocasión han salvado a los Apóstoles del desastre.

La doctora Fierro se deja guiar hasta la pequeña cocina y se sienta dócilmente, mientras Dolores llena su vaso de vermú.

—Tú primero —pide Dalia, y dentro de su cabeza, todas sus otras.

Dolores sonríe y algo se relaja en el resorte tenso y siempre a punto de dispa-rarse en Dalia.

—Veamos: cuando nos adjudicaron este jodido caso del asesino de viejas en Lavapiés, tú propusiste infiltrarnos y disfrazarte para hacer de carnada. No es lo más idiota que hemos hecho en un año de apostolado… Pero hay algo más. Yo lo sé y tú lo sabes. Pero si no lo dices en voz alta, te seguirá sonando en esa cabecita de genia demente que tienes, Dalia…

Ella bebe un largo sorbo de líquido dulzón, deposita el vaso con exagerada deli-cadeza, como si fuera a romperse, y dice:

—No soporto a Olga. No puedo más, Dolores. He pasado casi media vida culpándome por la paliza de su exnovio que la dejó en coma y cuidando de ella. Convertí a Olga en un motivo para vivir en círculos, me entrené hasta lo impensable, le rompí los huesos a docenas de cabrones como su ex, aceché su retorno al país para matarlo… Pero nunca pensé que Olga volvería del coma y, en lugar de la dulce muchacha de la que me había enamorado, sería una niñata de cuarenta, que me hace chantaje emocional y para colmo… ¡Recuerda todo lo que le he contado en estos años mientras estaba inconsciente! ¿Comprendes, Dolores? ¡Cada polvo, cada tía o cada tío con que me

he acostado mientras ella estaba del otro lado de la vida! Y me lo echa en cara a diario. Critica mi trabajo en la brigada, me cela de todo el mundo… No puedo respirar, pero tampoco dejarla…

Abrumada por la intensidad de su confesión, Dalia se detiene.

Dolores apoya apenas la mano en la suya.

—No pares ahora. Déjalo salir. Todo. O se te pudrirá dentro.

Y Dalia Fierro lo deja salir.

Habla de la sorpresa incrédula cuando, hoy hace un año, estaba a punto de vengar a Olga y su madre la llamó para decirle que había despertado; de la sensación de milagro después de tantos diagnósticos pesimistas; de la cauta alegría ante los primeros signos de un retorno de la muerta en vida que había velado durante dieciocho años; de cómo siguió los pasos lógicos al acompañar su rehabi-litación cuando le dieron el alta, o mudarse con ella y su madre al chalé que Dalia llevaba pagando desde que en el hospital la dieron por perdida; del matrimonio en cuanto la enferma tuvo capacidad legal para celebrar que había regresado; de la extrañeza al no reconocer a su Olga en esa misma Olga cuyo sueño de flor había velado tanto tiempo; incluso admite que su voz no es como la recordaba: la de la dulce Olga que arrullaba como un pájaro feliz tras el amor es ahora un graznido que crispa a una Dalia que, capaz de abatir con sus manos a rivales que la doblan en tamaño, se siente pequeña y en falta ante una mujer a la que amó cuando no estaba viva, pero que resucitada es una extraña insoportable.

—Y tienes razón, Dolores: creo que nos ofrecí como cebo para un degollador de mujeres para no acabar degollando la mía.

—Estás enferma, doctora.

No sabes bien cuánto, dicen las voces secretas en la cabeza de Dalia.

—Estás enferma de obligaciones a las que no estás obligada. Lo llaman «matrimonio». Y a la cura, «divorcio». No le debes nada a Olga. Y si lo debías, lo has pagado con una hipoteca de casi dos décadas.

—¡Es que llevamos meses yendo a una clínica para que ella se quede embarazada por inseminación artificial! Le hacía tanta ilusión, a la pobre…

—Pero está claro que a ti no. En fin, todavía estás a tiempo, de ti

depende.

¿Quieres que hablemos de trabajo, para cambiar de tema?

—Por favor.

—Hoy tomo el mando y ordeno que: a) nos terminemos este vermú y abramos

un vino del bueno; b) pidamos un banquete a domicilio del mejor restaurante de Madrid a cuenta de los fondos del Estado; c) por un día dejes de salir disfrazada de vieja a tentar pobres chorizos de barrio con el *peluco* de oro del inútil de mi di-funto, y d) cuando nos repongamos de la resaca, pensemos juntas en una estrategia un poco más elaborada. A cambio de eso, yo lidiaré con tu Olga hasta que te sientas con fuerzas para mandarla a tomar viento. ¿Aceptas estas órdenes?

Los tres vermús sabiamente cargados por Dolores han hecho efecto en Dalia, que se pone enérgicamente de pie y hace la venia con tanta energía que se le cae la toalla:

—¡Señora, sí, señora!

Dolores la mira de arriba abajo y murmura:

—Si yo hubiera tenido a los cuarenta y nueve todo eso como lo tienes tú, te aseguro que habría enviudado mucho antes.

Dalia, ligera y divertida, sin voces dentro por un rato, gira y baila desnuda un par de pasos sin más música que la de sentirse libre.

Dolores le da una palmada en el culo.

—¡Venga, ponte algo de ropa, o el del restaurante, cuando venga con el pedido, en lugar de pedir propina, nos la dará a nosotras!

Mientras Dalia obedece, Dolores se preocupa sin testigos.

Los Apóstoles no son lo que fueron, si es que alguna vez fueron algo.

La doctora Fierro no puede dar el cien por cien en este caso.

Severo también está abstraído, más preocupado por sus dos mujeres muertas y por la viva que por estar a la altura de la fama que se han forjado en un año de casos imposibles de resolver, pero resueltos.

Bermúdez y el Súper piensan en pasarse al sector privado y no en seguir sir-viendo a un país que piensa y vota al dictado de las redes sociales, y hasta su propio nieto, el versátil inspector Jorge Frontela, lleva unas semanas errático y hermé-

tico, no se deja alcanzar por su abuela, la confesora habitual de sus pensamientos más extravagantes.

—Menos mal que siempre nos queda Caronte —murmura mientras marca el número del restaurante Botín—. Ese tío raro nunca falla. Con media docena de viejas muertas a su disposición en la morgue, a estas alturas ya le habrán dado hasta el DNI del asesino.

6

Cuando los muertos callan

—El silencio de la morgue es como el de una biblioteca, ¿no le parece, doctor?

Caronte García asiente con la timidez sorprendida de quien está habituado a que no le dirijan la palabra más que lo imprescindible.

Entre su oficio de forense y su aspecto físico, la gente suele evitarlo.

Aunque eso ha cambiado desde que Severo Justo lo convocó, hace un año, para formar parte de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales.

Los colegas que se burlaban de su cuerpo breve y su gran cabeza, su amplia frente cejijunta y sus orejas de soplillo, ahora lo saludan con respeto, como corresponde a un miembro de la Brigada de los Apóstoles.

Lo saludan, pero desde lejos. *Nada cambia del todo.*

Con sus compañeros de brigada es diferente, porque se siente valioso y com-prendido, pero suele rehuir los esfuerzos del comisario Bermúdez para incluirlo en las celebraciones que organiza tras resolver cada caso.

Caronte García nunca se ha sentido cómodo con los vivos, no suele comprender lo que dicen, las capas de intenciones y sentidos contradictorios que se entretejen en sus frases.

Con los muertos era otra cosa.

Caronte «escuchaba» lo que le contaban, nunca pudo explicar cómo lo hacía, porque cada vez que lo intentó vio apagarse una luz en la mirada de sus interlocutores, encenderse la decepción blanda de quien te da por loco o por excéntrico.

En realidad, no había forma de explicar cómo le hablaban, solo lo hacían. Lla-maban su atención sobre detalles que otros forenses hubieran pasado por alto, le indicaban cómo murieron en realidad y a menudo hasta quién los mató.

Durante buena parte de este año, Caronte ha sido casi feliz, valorado por sus compañeros y sin tener que hablar demasiado con los vivos.

—Para usted este lugar debe de ser como una biblioteca llena de conocimiento, y cada cuerpo, un tomo en el que lee hasta la última línea, doctor —insiste

Libitina Molina, y a Caronte lo recorre un estremecimiento dichoso y alarmante cada vez que la muchacha lo llama «doctor».

Para disimular, no levanta la mirada del cuerpo de la anciana, en el que el limpio tajo en el cuello que le causó la muerte parece menos obsceno que los quirúr-gicos de la autopsia, pese a que las puntadas de Libitina al coserlo han sido precisas, *casi tan bellas como ella*, se dice Caronte y se sonroja.

—Perdone, doctor —dice la chica—, no hago más que parlotear y lo distraigo…

¡Es que todavía no acabo de creer que yo esté trabajando con el gran Caronte García!

Caronte murmura que no se preocupe, que no es su culpa, que está siendo de gran ayuda y que su técnica para coser el cadáver ha sido impecable, como siempre.

Y todo lo dice sin mirarla.

Porque no puede mirar a su ayudante a los ojos.

Hace dos semanas, cuando Justo le ordenó aceptar otro forense para que lo asistiera en las tareas menores, Caronte amagó con rebelarse, pero nunca puede hacerlo contra la autoridad respetuosa y educada de su jefe. Solo consiguió librarse de la aburrida labor de seleccionar candidatos, y la doctora Fierro, que parece por momentos leer el pensamiento de Caronte, se ofreció para la tarea.

Eligió a Libitina Molina, una joven forense con capacitación suficiente como para dirigir su propio departamento, y que insistió en ser su asistente.

Cuando la conoció, Caronte recuperó sensaciones que creía olvidadas y estrenó otras que nunca había conocido. No solo fue una respuesta física y vergon-zante, había algo más que el forense no podía nombrar, y que le provocaba no ya la proximidad de la joven colega, *incluso la sola noción de saber que existe alguien como ella*, admite desorientado.

—Doctor, míreme, por favor —pide Libitina con un tono tan dolido que Caronte no puede dejar de hacerlo.

Y la mira.

Cualquier otra persona vería a una muchacha delgada, muy delgada, de cabello

lacio y negrísimo, cutis blanco nieve y ojos de brea profunda.

Caronte ve la belleza personificada como nunca la ha visto en una mujer viva.

No es que le exciten los muertos, como ha dado a entender más de un colega envi-dioso durante años. Es que García ha conocido, en algunos muertos, una paz con ecos, una inmensidad sin prisas y llena de respuestas, una plenitud que nunca había percibido en un vivo.

Hasta que llegó Libitina Molina, casi transparente de tan pálida, con un nombre hecho a su medida *y esa voz como un lago que solo se puede cruzar una vez*, se dice.

—Admiro su trabajo desde que estaba en la facultad, doctor García. Y para mí, trabajar a su lado es cumplir un sueño. Pero si lo molesto o dificulto su tarea con mi inexperiencia, solo tiene que decirlo y presentaré la renuncia.

—¡No, no! —pide Caronte con excesiva vehemencia que ella no parece notar, aliviada por no tener que marcharse—. No es algo que tenga que ver con usted, doctora. Es que…

No sabe cómo decirlo, no se atreve.

—Puede contarme lo que sea, doctor.

Se decide.

—Dice usted que sigue mi… carrera, desde hace años.

—Cada caso, cada éxito imprevisible, doctor. Por eso lo admiro.

Caronte duda, perdido entre la mirada de ella y su tono apasionado.

—Si le digo cómo conseguí esos logros, dejará de admirarme, Libitina.

—Me encanta cómo pronuncia mi nombre…, Caronte.

—Todos esos casos, esas pistas invisibles o tan ocultas que parecía imposible detectar o relacionar entre sí, todos esos éxitos, como usted los llama, no se deben a mi pericia como forense. ¡Es que, de alguna

manera, podía hablar con los muertos, Libitina!

Ella lo mira un largo rato.

Ahora veré en sus ojos la lucecita de alarma ante mi locura, se dice él.

Pero Libitina sonríe y es como si se hubieran encendido todas las lámparas de la morgue.

—¡Ya lo sé, Caronte! Mucha gente bromeaba a su costa por eso. Yo no. Yo quería conocerlo y por eso no he parado hasta lograr trabajar con usted.

Le toma la mano y el tacto de ella es frío, *como lo he soñado desde que llegó*, se dice Caronte. Hay algo de súplica y ternura en ese contacto.

—Quiero que me enseñe a hablar con los muertos, Caronte. Por favor.

Y la precaria dicha del forense se deshace como humo en el viento cuando admite ante la muchacha lo que viene rumiando en secreto desde hace días, una certeza que lo atormenta y no ha querido reconocer hasta ahora:

—Ese es el problema, Libitina. ¡Que ya no puedo escucharlos, los muertos han dejado de hablarme!

7

Ocho segundos de eternidad

El presidente se dice, una vez más, que hay decisiones que no se pueden pos-tergar y que *un buen estadista nunca elude una verdad, por dolorosa que pueda resultar*.

Lleva demasiado tiempo retrasando el momento.

Hay que hacerlo. Y lo hará.

Con mano levemente temblorosa, prepara el teléfono móvil, se planta ante el espejo de su despacho en un ángulo tan ensayado que no necesita comprobarlo, mira con severidad a su gemelo del otro lado del cristal.

Y sonríe, mientras cuenta mentalmente y con la precisión cronométrica que concede la práctica: *uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho*.

Ocho segundos.

Un millón de votos por cada segundo. El resultado de las últimas elecciones le devuelve una confianza vaporosa que se deshilacha cuando asume que *fueron hace más de tres años y parece que han pasado siglos*.

Sin cambiar de posición, manipula el aparato con una sola mano, *como los chavales*, se dice antes de concluir que la palabra «chavales» *es de lo más boomer que existe*. Sacude la cabeza, abre la foto reciente, la recorta y resiste a duras penas la tentación de aplicarle un filtro. La abre en otro programa y busca en una carpeta llena de fotos de sí mismo, ordenadas por fecha. Llega hasta el año anterior y selecciona una que parece, a primera vista, gemela de la recién nacida. La abre y las coloca a la par.

Suena el teléfono oculto del despacho, ese que hasta hace poco era el Teléfono Rojo, pero lo cambió por uno verde, que parece más sostenible y no espanta a los votantes de centro y proximidades.

El presidente parece no escuchar el anacrónico timbre.

Sus ojos analizan las fotos iguales. El mismo traje. *La misma elegancia viril, pero progresista y deconstruida, que conste.* El mismo peinado. *La misma…*

—Maldición —murmura.

Amplía ambas fotos y vuelve a comprobar, mientras su pie derecho marca, inconsciente, la cadencia del timbre cansino del Teléfono Verde cuyo número solo tiene una docena de personas en el mundo.

—Mierda —susurra con desaliento.

Ahí está.

La foto de la izquierda, de hace un año.

La de la derecha, tibia todavía en la pantalla.

Ambas con la misma sonrisa, *que ya no es la misma*, se dice el presidente, *a la de ahora le falta esa juvenil confianza y el atractivo de una madurez incipiente, como tan bien definió aquel periodista, ¿cómo se llamaba?; da igual, luego lo pregunto en Personal, que por algo lo tenemos en nómina desde que publicó eso; pero no, ya no, puede que una persona menos profunda pase por alto las sutiles diferencias y se limite a medir duración, extensión y curva de la sonrisa, pero no son iguales, ya no, ya nunca, la de hoy es la sonrisa de uno que sabe que ganó el partido de su vida, pero en el próximo le tocará perder*.

Para no seguir pensando en eso, deja el móvil sobre el escritorio y descuelga el aparato con la línea más segura de España, o al menos eso le ha asegurado docenas de veces Interior.

Y casualmente es el ministro del Interior el que llama, el único superviviente de su primer gabinete, ese grupo *igualitario de mujeres y hombres* con el que construiría un país mejor en base a la solidaridad y la confianza. De todos ellos, solo queda Interior, cuyo nombre y apellidos conoce el presidente, desde luego, pero a quien sigue mencionando por su cartera, siguiendo la costumbre de estos años de gobierno, en los que los ministros le han durado tan poco que no tenía tiempo de aprenderse sus nombres de pila.

—¿Qué quieres, Interior?

—Parece que estamos de mal humor hoy, presidente.

—No es para menos: España acaba de perder uno de sus principales atractivos de cara a las inversiones extranjeras y el mejor imán de votos de fronteras para

adentro.

—¿Has ganado peso? Eso se arregla en una clínica de confianza…

—¡No seas superficial, Interior! Y lo que es peor, no des por sentado que yo también lo soy. Aunque…, hablaremos en persona de esa clínica. ¿Por qué llamas con tanta insistencia?

—Para alegrarte el día. Sonríe, presidente. Una de esas grandes sonrisas tuyas de ocho millones…

El presidente, como siempre que habla por teléfono con el pequeño hombre anaranjado, mira alrededor, buscando microcámaras ocultas en la abigarrada decoración del despacho.

—No estoy para sonrisas.

—Lo estarás. Severo Justo aceptó ayudar al arzobispo Lebrón.

—¿Estás seguro?

—¿Quieres que te dé los detalles?

—¡No! Confío en ti —miente el presidente—. Pero tenme informado.

—Desde luego. Y tú sigue ensayando la sonrisa ganadora, que para las elecciones no falta demasiado.

Tras colgar, el presidente suspira entre el alivio y la pena.

Le cae bien Severo Justo. Él y su grupo de dementes le ha dado grandes éxitos al Gobierno y una imagen inmejorable en el exterior.

Pero hay límites que no se deben cruzar.

Que en las encuestas encabece la lista de los personajes públicos más confiables, seguido del arzobispo Lebrón, y relegándolo a él a un decoroso octavo puesto, es tolerable, porque el poder desgasta, ya se sabe. Que esa confianza se tra-duzca en el dato provisional de que una aplastante mayoría lo preferiría como presidente (nuevamente con el arzobispo como número dos) no lo alarma en exceso; a la gente le encanta proponer esas opciones descabelladas en los sondeos, pero a la hora de votar… Lo que no puede perdonar, lo que lo enfurece de un modo sísmico, telúrico incluso, es que el jodido Severo Justo salga en esas mismas muestras de opinión como el hombre más atractivo de España, escoltado por

Lebrón, y él los mire desde muy lejos, compartiendo un bochornoso tercer puesto con un *youtuber* cocinero y un cantante de trap.

Pero según Interior, todo se solucionará pronto. Sonríe otra vez al espejo, esta vez sin foto. Guarda el móvil sin mirarlo.

Y por eso no advierte su error reciente.

La foto de la izquierda no era la de hace un año.

Era la reciente.

Y en ambas, la sonrisa vale lo mismo.

Ocho segundos de eternidad.

8

Mirando a La Meca

En la sede de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, la reunión de urgencia convocada por Severo Justo no lo parece, piensa Dolores, que registra cada gesto de sus compañeros mientras teje mecánicamente una bufanda colorida, de esas que Mingo usa solo para darle el gusto.

La casi octogenaria percibe la euforia momentánea de Dalia Fierro al abandonar por unas horas su disfraz de anciana, *aunque la cabrona será una vieja guapa, si es que llega*. Dalia viste un vestido corto y apretado *que le sienta muy bien, la jodía*, botas negras bajas que le dan un aire juvenil, elegante y macarra al mismo tiempo, *y se ha hecho algo en el pelo que la hace parecer más joven; eso es raro, ella nunca niega la edad, simplemente la ignora*.

El cambio de Severo Justo no tiene tanto que ver con la indumentaria como con *ese aspecto de seminarista que ha pasado cerca de un puticlub y se ha asomado por la ventana*, que Dolores detecta cada vez que el exsacerdote miente u oculta algo importante.

Ya lo soltará, tarde o temprano.

Aunque espero que no sea tarde, se dice Dolores, que por un exceso de celo profesional mechado de cariño no puede evitar escudriñar la vida secreta de sus compañeros cuando los intuye vulnerables. Y no tuvo ni tendrá reparos en aplicar sus dotes de *hacker* de anónima fama internacional para hacerlo.

Con Justo, por ejemplo.

Cuando Avellaneda escapó, Dolores oyó que algo se quebraba dentro de su jefe, quien rompiendo todos sus códigos éticos *y otras chorradas de cura*, le pidió ayuda para localizarlo usando los métodos necesarios —legales y de los otros—, pero sin comentarlo con Dalia y los demás.

No acababa ahí la fractura de Severo, y poco le costó a Dolores detectar su adquisición por internet de las pastillas que por separado no llamarían demasiado la atención, pero que consumidas en conjunto resultan letales.

A Justo ya no le alcanza con evocar a sus muertas, ha decidido reunirse con ellas, se dice una vez más Dolores. *Pero antes las vengará. Y no seré yo quien se lo impida.*

Por eso utiliza buena parte del potente equipo informático camuflado en el piso de Lavapiés para rastrear al escurridizo heredero y asesino múltiple al volante. Sin grandes resultados, y eso es raro. No le ha dicho todavía nada a Severo, pero Dolores está casi segura de que hay gente poderosa protegiendo a Javier Avellaneda.

Pero lo pillaré, vaya si lo pillaré.

En cuanto a Bermúdez y el Súper, no hay misterio. Acuña ha indagado sobre posibles créditos y el comisario mantiene frecuentes encuentros y consultas con su cuñado, el hosco detective Arregui, presidente de una sólida agencia de investigaciones. *Dos más dos: estos dos, que son uña y mugre después de tanto odiarse, pla-nean pasarse el sector privado.*

Y no los culpa: Dolores sabe que la racha de suerte que mantiene en lo alto a la Brigada de los Apóstoles no puede durar mucho más. *Todo lo que sube tiene que caer, y nosotros haremos mucho ruido cuando ocurra.*

A Dolores le da igual. Ella no se siente de vuelta de todo debido a su edad, *sino yendo de nuevo pero por un camino más divertido, y mientras pueda cuidaré de este pu-*

ñado de capullos.

Y hablando de capullos, vuelve a espiar con disimulo a su nieto, el inspector Jorge Frontela, que desde niño ha sido su confidente y en las últimas semanas permanece distante de ella y distraído en su trabajo. *Algo le ocurre al chaval. Y acabará por contármelo, aunque tenga que darle con el bate de béisbol en esa dura cabeza suya.*

El que escapa a su radar es Caronte García. El enjuto forense cabezón, siempre tan retraído y poco dado a conversar con los vivos, ahora además está nervioso, un puñado de tics asoma en su cara de cavernícola ilustrado. Y por más que lo estudia, Dolores no acierta a saber qué le pasa.

—¿Quién empieza? —pregunta Severo Justo.

—Yo. —Bermúdez levanta la mano—. Tenemos seis viejas muertas y una joven muerta, en total siete mujeres degolladas…

—Eso pese al gran despliegue de efectivos y el recorrido constante de los coches patrulla —agrega el Súper—. Nadie puede moverse por las calles de Lavapiés sin que tenga un agente cerca.

—Pero tenemos tres muertas más —concluye Dalia—. Y la última

fastidia la teoría del degollador de viejas, aunque no la del asesino de mujeres. ¿Qué le robaron a la francesita? Según Caronte no hubo agresión sexual…

Frontela mira los folios sin necesidad. Conoce de memoria cada dato.

—Dinero, tarjetas y el ordenador portátil. Revolvieron todo, como de costumbre, yo diría que un poco menos. Supongo que en las casas de las ancianas buscaban joyas, pero Claire Valiant, treinta años, natural de Toulouse y profesora adjunta de la cátedra de Antropología de la Universidad de Nancy, no parecía guardar nada de valor…

—¿Y lo de su vinculación con la Unión Europea? —Al Súper, pese a todo, le siguen imponiendo las instituciones.

—Adscrita a una comisión que estudia el origen de los movimientos feministas en Europa durante el siglo pasado. No tenía relación directa con la comisión, pero habrá preguntas. Muchas preguntas.

—Y el cambio de edad de la última víctima no altera la tesis de la prensa de derechas, que culpa a los inmigrantes sin papeles del barrio. Y eso que no saben que dejan los cuerpos mirando a La Meca, porque de ahí a inventarse grupos faná-

ticos islamistas hay solo un paso de ganso —apunta Dalia, balanceando las piernas, como si volviera a sentirlas.

—Habría que tener un gesto con el colectivo musulmán —propone el Súper—.

Quizás una declaración desautorizando esas versiones, reivindicando la multicul-turalidad de la sociedad española y…

—Y una porra —se le escapa a Dolores.

Justo los sorprende a todos:

—¡Una porra, no, una docena! ¿Quién es el representante del colectivo en el barrio, Pablo?

—Ahmed Alí Bakkali —dicen a la vez el Súper y Dolores.

—De uno en uno, por favor. Las pruebas para el concurso de talentos son la semana que viene.

Dalia está intrigada por el cambio pendular que detecta en Justo: de repente está más taciturno que nunca, de repente tiene gestos

impulsivos y hasta arranques de humor.

Rzadki, se dice Dalia.

«Raro» en polaco.

Cuando algo dispara las voces dentro de su cabeza, a veces logra calmarlas repitiendo una palabra clave en varios idiomas. *Rzadki, редкий y sällsynta*; agrega el ruso y el sueco a una larga lista de lenguas que comienza a desplegarse en su mente superpoblada.

—Pablo, quiero invitar a desayunar a Ahmed Alí Bakkali mañana por la mañana, en el bar más popular del barrio. Así podré decirle cara a cara que no sospechamos especialmente de su colectivo…

—¡… y saber si él sospecha de algún grupo radicalizado! —completa Bermúdez—. ¡Estás hecho un hacha, jefe!

—Gracias, Paco. Pero la verdad es que quiero calmar a Bakkali y a todo el colectivo. No creo que esto sea cosa de un par de ladrones sanguinarios, musulmanes no. Y tampoco me cuadra la teoría de los crímenes religiosos. ¿Has podido hallar algo, Dolores?

—Poca cosa, Justo. Quitando la francesita, el resto de las víctimas responden a un patrón común: mujeres que vivían solas o casi, de más de setenta y cinco años.

Todas llevaban muchos años viviendo en el barrio, y algunas se conocían de toda la vida. Ninguna era rica, pero tampoco vivían mal. Cuatro eran dueñas de sus pisos y las otras dos alquilaban desde tiempos inmemoriales. Todas iban a misa, pero es lo que hace la mayoría de las viudas de esa edad. —Dolores lo dice como si fuera una edad ajena a la suya—. De momento, nada más. Pero sigo buscando.

Justo asiente y todos miran al único miembro de la brigada que está sin estar en la reunión, *vive sin vivir en él*, parafrasea mentalmente Dolores a Teresa de Jesús.

Ya se le piró la pinza del todo al jorobado, piensa Bermúdez.

Esto también es muy sjelden, reflexiona Dalia Fierro en noruego.

Caronte, sumido en pensamientos blandos, tarda en advertir que lo miran.

—Yo… De momento, no hay más que lo que hemos reflejado en los informes.

—Su tono es monocorde, remoto—: Cortes limpios en el cuello en todos los casos, posiblemente con la misma arma blanca afilada…

—¿Hablamos de un solo asesino?

—Yo… No lo sé. Al principio creí que eran dos, porque hay cortes de izquierda a derecha y otros de derecha a izquierda. Pero también podría tratarse de un solo asesino ambidextro.

Todos asisten pasmados a la indefinición de un Caronte García para el que los cadáveres no suelen tener secretos. Después de un año de trabajo codo con codo, han logrado disimular la incomodidad cuando el forense se refiere a sus descubrimientos diciendo que se los han contado los muertos. Pero desde que se hicieron cargo de este caso, Caronte está disperso.

Justo asume su condición de jefe y pregunta lo que todos piensan:

—¿Las víctimas no le han… dicho nada sobre su asesino?

Caronte levanta la vista, indignado, y estalla:

—Con todo respeto, Justo… ¡Soy un científico y no un charlatán! Me atengo a las evidencias, como todo forense. ¡Además, los muertos no hablan!

Y con una agilidad sorprendente, se pone de pie y sale dando un portazo.

I rrallë, selten, pəðκi, rijedak, vzácný, rar, piensa Dalia Fierro.

Y Dolores traduce, en español, el pensamiento de todos:

—Caronte está raro de cojones.

9

Bufandas de colores

Empuña el largo cuchillo que, de tan afilado, parece transparente. Lo hace girar para que el brillo límpido refleje su propia sonrisa.

Cierra los ojos y acerca el filo hacia su cuello, esta vez de izquierda a derecha.

Lo apoya apenas, casi a punto de cortar la piel.

Sería fácil acabar con todo, hacerse el favor que les hace, segar el hilo de la vida en un solo movimiento y con él todas sus preocupaciones, injusticias y maldades.

Devolverles la dignidad perdida con el fin supremo del sacrificio que la diosa exige.

Se pregunta si sería capaz de hacerlo y sabe que sí, mecánico el gesto, cor-tando músculos, tendones, impulsos, nervios, confabulados para dibujar una parábola perfecta sobre la imperfección humana, y después la sangre, brotando como si no fuera sangre de verdad, sino sangre de película, de esa que se compra por bolsas en internet, ahora todo se compra por internet, salvo cuchillos como este, con el que podría ponerle fin a todo, pero no se puede terminar cuando acaba de comenzar.

Pese a los párpados cerrados, vuelve a ver el rostro de la muchacha en el espejo, la incredulidad de su sorpresa, parecía decir que no le tocaba a ella esta muerte que anda buscando mujeres con más de siete décadas, no le tocaba, pero la merecía como un privilegio.

Separa la hoja de su propia garganta, la empuña con más fuerza, el mango se amolda a la mano y no al revés, levanta de la mesa el gran trozo de carne y realiza el tajo perfecto; lo repite con la misma fuerza e intensidad excesivas para esa porción de vaca, necesarias para un cuerpo humano y su testaruda estupidez de afe-rrarse a una vida que no le corresponde.

Doce cortes iguales, no hace falta medirlos.

Cambia de mano el cuchillo y repite el ejercicio en el sentido contrario.

Observa el resultado y sonríe con satisfacción prudente.

Nada de excesos de confianza.

Ninguna muestra de soberbia.

Lo hace porque tiene que hacerlo, aunque admite que le gusta.

Limpia y guarda el cuchillo. Toma un cuchillo normal de cocina y comienza a cortar la carne en filetes.

Todos del mismo grosor.

No es cuestión de desperdiciar una ternera tan buena.

El hombre sin edad pero con demasiados años y demasiados vinos vertidos cuerpo adentro camina tratando de mantener la estabilidad por la calle del Salitre.

Su ropa parece gastada, pero un observador cuidadoso determinaría que está impecablemente limpia. No hay demasiados observadores cuidadosos en el grupo con el que va a reunirse.

Una nota discordante de color en torno al cuello, una bufanda con por lo menos tres colores más de los que caben en el arcoíris. Siempre hay alguno que bromea sobre sus bufandas, pero no demasiado, porque todos saben que toca vestirse y abrigarse con lo que se encuentra, y los que viven en la calle no están para combinar colores.

En la esquina de la parroquia de San Lorenzo se reúne con otros como él, que, pese a la estrechez de las calles, parecen estar mirando hacia algo mucho más cercano o algo que quedó demasiado atrás.

El recién llegado saca una botella de vino, pega un trago y comparte.

Alguien mastica un aviso y esconden la botella.

Pasa un coche patrulla a paso de hombre y desde dentro un agente los con-templa entre el asco y la pena. Ellos siguen mirando más allá.

Cuando el patrullero dobla la esquina, el de la barba más larga y amarillenta, un hombrón todavía imponente entre sus harapos, suelta un sonoro escupitajo:

—Putos maderos, no hacen más que presumir con sus coches mientras alguien sigue matando viejas.

El dueño de la botella la recupera y se burla:

—¿Y a ti qué te preocupa, temes que cuando se acaben las viejas empiecen con

los viejos borrachos?

El otro suelta un golpe que busca la cara del viejo de la bufanda, que solo se aparta unos milímetros y lo deja pasar; siente en la piel el viento de ese puño lanzado que casi lo roza pero no, levanta el pico de la botella con el ángulo suficiente para que choque con la barbilla del agresor, que cae noqueado.

Nadie ha visto nada, y si lo han visto no les importa cuando saca otra botella de vino y la comparten.

Media botella más tarde, un par de compadres del noqueado se lo llevan.

Cuando se declara acabado el alcohol se marchan otros tres.

Quedan solo el de la bufanda y dos borrachos que ni hablan ni miran como borrachos.

—¿Alguna novedad?

—Tranquilo, jefe, nadie se ha acercado al palomar de tu paloma.

—En mi turno tampoco he visto nada extraño —declara el otro.

Mingo mete la mano en el bolsillo, mira alrededor y saca unos billetes que tiende a los otros.

—¿Qué hice yo para ofenderte, Mingo? —se queja el más veterano.

—Ninguno de nosotros va a aceptar su dinero, jefe —declara tajante el más joven—. Los gastos, la comida, es lo justo. Pero nada más.

—Gracias, muchachos. De verdad —dice Mingo, intentando disimular la emoción—. Id a descansar, que yo sigo la guardia. Y tú, Valverde, tambaléate un poco más al andar, que no das el pego como borracho —le dice con afecto al más joven, que asiente con seriedad.

Se marchan y Mingo sigue sin mirar a ningún sitio, pero vigilando la calle del Salitre, el portal del edificio en el que vive su Dolores, metiéndose en líos como siempre, y la doctora Dalia Fierro disfrazada.

Hace un rato se cruzó con ella y casi no la reconoce, vestida de su propia edad y sin postizos. Supo que en realidad ella lo buscaba, para

avisarle que es probable que esta noche vuelva tarde, o incluso que no vuelva.

Mingo empina la botella y simula beber por si alguien espía. Pero nadie mira

dos veces a un borracho medio dormido en una escalinata, aunque lleve una bufanda colorida.

Repasa los años de su historia con Dolores, la amistad infantil y el amor ado-lescente, el miedo a esa pasión que lo llevó a tomar los hábitos, alejarse pero volver, siempre volver a Dolores, incluso para casarla con un hombre insulso que pudo haber sido él; la huida también del sacerdocio, la vida en la carretera y en la calle, la nueva vuelta al barrio y a la mujer de su vida, para vivir frente a ella pero a su nueva manera, como si fuera un vagabundo pero sin serlo, y convertirse sin buscarlo en algo así como el líder de los que en Madrid tienen por techo el cielo.

—Dolores, cómo te quiero, vieja loca —musita besando cada palabra.

Piensa en la mutua testarudez que les impide, ahora ya mayores y libres de tener que dar cualquier explicación a nadie, llevar una vida normal, quizás casarse, y concluye que a fuerza de ser amantes en secreto durante tanto tiempo cualquier cambio que impusieran sería un error.

Como suele decirle Dolores cada vez que se siente obligado a pedirle matrimonio:

—Ya es tarde para que hagas de mí una mujer decente, viejo loco. Además, el matrimonio echa a perder el sexo y por ahí no paso.

Mira en dirección a la ventana y no le sorprende verla en el balcón, mirando sin mirar hacia su esquina.

Mingo se enrolla al cuello la bufanda de forma muy visible, levanta la botella en un imperceptible saludo hacia el balcón y la mujer, y esta vez traga un sorbo de vino mientras recuerda su pasado como sacerdote y dice:

—Amén.

—Sigo sin comprender el porqué de esta flamante debilidad tuya por los baños de masas —protesta Dalia Fierro mientras sube las escaleras

sin esfuerzo y Justo piensa que la pequeña mujer parece desconocer la ley de la gravedad en general, pero ahora, despojada de su disfraz de anciana, ese efecto se ha potenciado. Dalia flota.

—Lo dices como si fuera un estirado o una especie de ermitaño.

—Lo digo porque te pasas la vida tratando de eludir, sin éxito, las cámaras; pero de pronto planeas un desayuno promocional con el líder de los musulmanes para mañana. Y ahora, en lugar de irte a retozar con esa periodista tuya, me lías para entrevistar a otra vieja del barrio.

—Esa vieja del barrio tiene casi noventa años y fue la última persona que vio con vida a Claire Valiant, Dalia.

—¿Supones que puede haber visto algo?

—No me hago ilusiones al respecto. Pero sí he pensado que esa mujer de allí arriba debe de estar aterrorizada al saber que han degollado a la muchacha con la que estuvo de palique este mediodía, y que no vendría mal que le hiciéramos una visita para hacerla sentir más segura.

—Y que yo le haga una consulta gratuita y exprés, ¿a que sí?

—Eso también. Además, desde tu nueva personalidad de anciana, puedes com-prenderla mucho mejor…

—Y si te pego una patada en la cabeza y ruedas estos tres pisos que llevamos ya subidos, tú comprenderás que no hay que meterse con una mujer cabreada, Severo Justo. Tenga la edad que tenga, real o simulada.

—Retiro lo dicho —comenta solemne el policía, y Dalia sabe que ha vuelto a pendular en ese vaivén entre el recatado Justo de siempre y otro, bromista e impulsivo, que en los últimos días asoma a veces.

En la puerta de la última planta los espera la mujer.

Una colección de todas las arrugas que el tiempo puede practicar en una piel, con unos ojos vivaces, transparentes de haber visto tanto, pero sin embargo se-dientos de ver todavía más.

Antes de coronar la escalera, Dalia comprende que la mujer ha escrutado a los visitantes para saber si tienen alguna relación sentimental o sexual. Y hoy, que se siente niña y un poco tonta, decide aportar una cuota de confusión agarrándose del brazo de Justo con un

contacto que dura más de lo profesional.

—¿Doña Amparo Castro? —pregunta el policía sin necesidad.

—No. En realidad, soy la reina Letizia, pero es que me han pillado sin maquillar

—bromea la vieja mientras les abre el paso.

El piso es más espacioso que los habituales del barrio, y también más moderno de lo que ambos esperaban.

—Sé lo que pensáis, que más que el mausoleo para una momia vieja, esto parece un *loft* de esos que se llevan ahora. Cosas de mi nieto. Él hizo las reformas. La casa en que nací y he vivido toda la vida es un bajo en la calle de Sombrerería, pero era demasiado grande, y en una casa grande caben demasiados recuerdos. Y como no vais a preguntarme, por educación, qué hace una vieja revieja viviendo en un quinto sin ascensor, os diré que mi nieto también ha arreglado eso y el mes que viene comienzan las obras.

Sin consultar, saca de una alacena una botella de licor ambarino que vierte en pequeñas copas.

—A veces siento que han edificado este barrio a mi alrededor. Les ahorro cálculos: viví la guerra siendo niña y todo el silencio de después, y este ruido de ahora, y todo siempre, siempre, siempre, siempre en Lavapiés.

Quiebra la voz y Dalia, todas las Dalias, perciben su dolor.

—¡La pobre chica! Era francesa, ¿sabéis? Qué boba, claro que lo sabéis. Claire era francesa y dulce y amable, no tenía por qué matarla un asesino de viejas, porque ella no era vieja y tenía demasiado por vivir.

Contiene las lágrimas, se llena la copita de licor y la bebe de un trago.

—Señora Castro —dice Justo con suavidad—, puedo disponer una custodia discreta para cuidar de su seguridad…

—¿Es que crees que el asesino venía por mí y se confundió con una chica de treinta? Te he visto en la tele y me caes bien, hijo, pero no gastes recursos en mí.

¿No ves que ni siquiera un mataviejas me quiere matar?

Dalia siente un amago de solidaridad.

La cerradura cruje con un mordisco metálico y al abrirse la puerta entra un joven tan delgado que parece etéreo. Hay en sus ojos algo apagado que se enciende cuando ve a dos extraños con su abuela. A punto de saltar sobre ellos,

Amparito lo calma con un gesto.

—Tranquilo, Martín, que no estoy en peligro. Estas personas son de la policía y han venido por lo de la francesita y a ofrecerme custodia.

—Nadie hará daño a mi abuela —dice el proyecto de esqueleto con tanta firmeza que Severo Justo se lo cree durante un segundo.

—Martín vive en el piso de arriba y cuida de mí todo lo que me dejo cuidar, porque admito que soy un poco trasto —explica Amparito—. Así de canijo como lo veis, mi nieto es fuerte y decidido. No hace falta que me pongáis custodia, aunque agradezco el gesto. Y como te presentes a presidente, cuenta con mi voto, Severo Justo.

El policía parece aturdido y mientras bajan tras despedirse, Dalia le dice en un susurro:

—Está claro que no le harás caso y le pondrás una custodia discreta.

—Por supuesto que lo haré. Esa mujer es este barrio, al que ya bastante daño le han hecho.

10

El abrazo de un Cristo de madera

Severo Justo abraza el cuerpo desnudo de Lorna como si fuera la primera vez, aunque llevan un año compartiendo cama e intimidad, hasta donde el amurallado recinto del policía lo permite.

Lorna ya posee la precisa memoria de esas manos en su cuerpo, diría que en cada milímetro, pero como no está segura, dentro de un rato lo volverá a comprobar. Las manos de Justo acariciando como un náufrago a un tablón en alta mar, como un gigante temiendo quebrar una flor de escarcha, a veces manos que acarician como si desgajaran una fruta antes de llevársela a la boca, a veces manos en llagas que parecen curarse cuando acarician, siempre con la sincera austeridad con que Severo Justo lo hace todo, manos que después del calor y los

fuegos nada artificiales que provocan juntos continúan acariciando pero con educación, como si ya no estuvieran del todo allí, sino en un pasado al que siempre viaja solo.

Esta vez le sorprende la duración diferente del abrazo por parte de ese hombre contenido que a ratos se libera de las culpas, pero luego se vuelve a cubrir los pies con ellas, más por vocación que por remordimiento.

Pero al mismo tiempo, ese abrazo raro, como si otro Justo estuviera asomando dentro de Justo, un abrazo que ella celebra por momentos como el final de una larguísima convalecencia, pero que también tiene o puede tener la calidad irrepetible de anticipo del abrazo del adiós.

Lorna despeja mentalmente la pizarra de su mente, ese bloc de notas en el que lo registra todo como buena, muy buena periodista que es.

Busca motivo para la tranquilidad y lo encuentra, porque quien busca siempre encuentra, cuando se dice *deja de preocuparte, en lugar de celebrar que este hombre que tú has querido hacer tu hombre acaso comienza a resucitar del todo y no solo por partes*.

Él mantiene el abrazo y en vez de mirar al techo, como siempre, buscando una respuesta, la mira a ella, aunque en sus ojos también nadan como peces las

preguntas.

Lorna podría cometer el error de preguntar, pero ya hemos dicho que es una buena periodista y sabe que los profesionales de raza no necesitan interrogar, solo dejar abierto el canal para que el entrevistado diga lo que quería decir y a veces mucho más.

—¿Alguna vez te has preguntado quién hubieras sido si no fueras quien eres?

—pregunta Justo.

—Si no te conociera, diría que te has fumado un porro —bromea ella.

Pero en la mirada preguntona de él hay algo de niño que comparte la sospecha de un misterio, mientras el abrazo sigue y la otra mano no deja de acariciarla como se acarician las olas, de modo que Lorna Durán, una de las periodistas más presti-giosas del país, piensa un momento y confiesa:

—De pequeña quería ser veterinaria. Me pasaba la vida curando animalitos y pajaritos, estudiando sobre ellos. A veces me imaginaba salvando especies enteras, a veces sencillamente curando gatitos para ver la sonrisa que solo los niños comparten con sus mascotas. Me apasionaba todo lo relacionado con la vida animal y los métodos para curarlos, reparar en parte el daño que les hacemos con nuestra presencia en el planeta.

Justo deposita un beso en el hombro y la mano que acaricia la incita sin apre-mio a continuar.

—A fuerza de leer sobre animales, terminé tomando conciencia de las barbaridades que se cometen con los que viven en la naturaleza y las barbaridades que cometemos con los nacidos en cautiverio, y sentí que curar una patita quebrada no alcanzaba; había que contar, difundir, hacer que nadie se sintiera inocente de todo eso. Por eso me hice periodista.

—Pero no te has especializado en animales… —La mano de Justo busca y encuentra, en una mal disimulada maniobra para retrasar la pregunta que viene de camino. Sonríe burlón para asegurar la dispersión.

Ella acepta el juego, se gira y toma el mando, como le gusta hacer:

—¿Ah, no? ¿Y tú qué eres, Severo Justo?

Mucho después, mientras Lorna fuma uno de esos cigarrillos que cada seis meses promete dejar, y Justo la acompaña con otro porque él hace años que dejó de fumar, la caricia del policía sigue, nueva y antigua a la vez.

—¿Y a ti qué te hubiera gustado ser, Severo?

—Lo sabes. Eres la persona viva que más me conoce, junto con Dalia.

Lorna, segura y civilizada, siente como siempre el minúsculo pellizco de celos cuando él habla de la doctora Fierro, aunque sabe que nunca tuvieron nada *y a lo mejor por eso, si hubieran tenido sería pasado, pero siempre son un futuro incierto*; no es la proximidad en el trabajo, es la sospecha de que aunque albergan dos locuras totalmente diferentes, alguna vez serán quizás locuras complementarias.

Arranca y arruga esa página del bloc de notas.

—¡Te hubiera gustado seguir siendo sacerdote!

Él ni asiente ni niega.

—A veces me pregunto quién sería ahora…

—Con lo riguroso que eres y esa cabeza que tienes, serías por lo menos obispo

—se burla Lorna—. Un obispo sexi, como Lebrón.

Se crispa por un instante la mano de Justo, pero sigue acariciando.

—¿Así que te parece sexi, Lebrón? Y es arzobispo, no obispo. Si guardas el secreto, te cuento algo más…

—¿Que lo van a hacer cardenal?

Sorpresa en la mirada del hombre.

—Elemental, querido Justo: el Vaticano no hace más que tener gestos para con él —confiesa Lorna—. Si no mete la pata, terminará siendo Papa.

—Pues sí que estás atenta a la vida del arzobispo guaperas…

—¿Severo Justo celoso? Esto hay que celebrarlo, quiere decir que eres humano, después de todo…

Y le hace cosquillas, Lorna sabe dónde hacerle cosquillas para que Justo ría y sea por un rato un niño que no le teme al padre.

—Es un personaje interesante —dice ella—: diferente y en la cresta de la ola.

Sería imposible no fijarme en él, os mencionan juntos en las encuestas de

popularidad, como si fuerais una especie de dúo dinámico que va a devolverle a España la confianza en sí misma. Pero tú eres siempre el número uno en las encuestas, y eso que no saben lo que yo sé.

Lorna inicia otra vez el juego. El cuerpo de Justo quiere responder, pero su mente sigue nadando en un mar de posibilidades.

Ella se detiene y pasa de la provocación a la complicidad tranquila.

—No soy Dalia Fierro, pero sé lo mío de la mente humana. Tú ibas camino de ser como Lebrón y puede que mucho antes; luego conociste

a Alicia, te enamo-raste, dejaste los hábitos… Y ahora te preguntas adónde hubieras llegado en el caso de no abandonar tu vocación. ¿Es correcto?

De mala gana, Justo asiente. Lorna apoya la cabeza en su hombro.

—No te pega nada. Eres el tío menos sensible a honores y ascensos que conozco. Solo con dejarte querer, podrías ser presidente de este maldito país y te preguntas si hubieras llegado a ser arzobispo… No lo entiendo.

Pero de pronto lo entiende.

Si el joven y prometedor sacerdote Severo Justo hubiera cerrado las puertas a su amor por Alicia, jamás se hubiera casado con ella, no se hubiera hecho policía y Alicia y la niña no hubieran muerto atropelladas por un maldito conductor homicida.

No dice nada. No es necesario.

En cada uno de los ojos de Severo Justo anida el conato de una lágrima diferente. Hasta parecen de distintos colores. Como esas pastillas que él guarda en sendos pastilleros de sus americanas y sobre las que Lorna teme preguntar.

En un ojo, la lágrima es una culpa límpida y dolorosa.

En el otro, está turbia de venganzas por cobrar.

Lorna besa ambos ojos y abraza a un Severo Justo que, con los brazos abiertos, vuelve a sentirse como un Cristo de madera.

11

¿Cuánto pesa una gaviota?

Dolores aporrea los teclados de sus tres ordenadores sabiamente disimulados detrás de una estantería, para que ningún curioso improbable haga preguntas sobre para qué necesitan dos ancianas de Lavapiés esos potentes aparatos de última generación, *la clase de preguntas incómodas y estúpidas que hace la gente hasta que se da cuenta de que el tiempo es escaso para perderlo en tonterías*.

Está de mal humor, Dolores.

Y por fin puede dejarlo salir, echarlo a volar por la pequeña habitación, para que se enrosque en los arabescos del humo del cigarro clandestino innecesario; el que se ha fumado aprovechando que Dalia no ha vuelto todavía y difícilmente vuelva, *estaba vestida para matar, pero no como cuando hacía de enmascarada justiciera, no; mi «hermanita pequeña», esta noche, si pilla a alguno o alguna, los va a matar, pero a polvos*.

Pero ni siquiera el pensamiento picaresco le devuelve el buen humor y sigue aporreando los teclados, ella, que según su nieto los toca como si fuera tres grandes pianistas al mismo tiempo, para extraerles, en lugar de notas musicales, datos y conexiones del denso pentagrama de incontables líneas que forman internet.

Categoriza por orden de importancia los motivos de su rabia, que tiene superficie de espejo y lo sabe. Nada que ver con los evidentes desajustes de concentración que afectan a los miembros de la brigada, o la obligada convivencia con Dalia, que le provoca una extraña manera para sentirse vieja por primera vez frente a la doctora disfrazada de anciana. *Aunque quizás sea por eso*, o quizás porque Dolores comienza a oír un remoto tictac, un carrete recogiendo el tiempo que le queda, acaso no de vida, pero sí de esta nueva vida que encontró en una pantalla y un teclado, donde nada tiene edad porque todo ocurre al mismo tiempo.

Es y no es eso, se dice Dolores, mientras se levanta y abre las ventanas para que el humo se vaya, no sea que Dalia finalmente vuelva sin avisar y tenga que soportar sermones.

Vale, no es que me estoy haciendo vieja, es que soy vieja, llevo mucho tiempo siendo vieja y eso no debería asustarme.

En cualquier momento comenzarán los achaques irreversibles, esos mismos que Dalia parece experimentar, pero solo mentalmente, *acaso empiece yo a olvi-darme cosas, a perder hilos de este telar en el que tan fácil se me da encontrar los secretos de los demás*.

Quizás sea eso, o quizás la mala costumbre, concluye mientras vuelve a sentarse e intenta acariciar las teclas, a ver si así responden como siempre esos animalitos que buscan por ella por los caminos binarios hasta encontrar lo que necesita.

Acaso soy yo, que estoy pendiente de los demás de la brigada, mal acostumbrados por tantos éxitos seguidos; quizás me afecte especialmente este caso en el que alguien va segando mujeres de mi edad como si fueran

ramas sobrantes de un árbol que ya no las necesita.

Atenta a la búsqueda simultánea en las tres pantallas, decide que es un poco de todo eso, *pero también algo más*.

Lo que la irrita es la sensación de que está dejando escapar algo, la certeza de cometer un error básico, puede que mortal para mucha gente todavía, *un error de confianza o de vieja chocha*, se dice, y resiste la tentación de otro cigarro, pero no la de una copita de crema de orujo, *solo una y con hielo, así parece que tiene menos alcohol*. Abre también la ventana del dormitorio para que la corriente arrastre el humo y se sienta frente a los ordenadores, pero ya no golpea los teclados. Solo los mira.

El olor a tabaco se marcha y el frío de la calle entra a mayor velocidad.

Dolores busca en una bolsa y rescata una bufanda con tantos colores que parece tornasolada y la enrosca en su cuello.

¿Dónde está el error?

Ha cruzado los datos de las víctimas de todas las maneras que conoce, pero no hay nada que las una especialmente, más allá de la residencia de toda la vida *y sobre todo de esta última vida gris* en un barrio casi tan colorido como la bufanda

que lleva puesta.

—«Toda una vida, te estaría mimando…» —canturrea imitando la voz nasal de Machín, y se aclara la garganta con otro sorbo de crema de orujo.

Tengo la vista cansada, admite, ínfimas luces bailan ante sus ojos.

Una de esas chispas llama su atención, la esquirla en llamas de una idea que trata de fijar antes de que se apague, la persigue por el teclado y esta vez siente que sus dedos acarician, creando una música que solo ella puede oír, la que suena antes de un descubrimiento.

La melodía cesa, pero no su eco. Inicia otra búsqueda al azar, sin resultados, y da igual, la chispa sigue allí, aunque ya no pueda verla, y sabe que pasará toda la noche sin dormir, si es necesario, acechando el rastro hasta comprender el dibujo oculto en esta trama, algo que darle quizás mañana a la brigada, para evitar otra muerte anticipada de gente a la que toda la vida ya le queda por detrás.

Con el entusiasmo, no ha percibido que hace todavía más frío.

Demasiado.

El ruido es apenas perceptible.

Una presencia que no debería estar aquí, *y lo peor es que me dejé el bate de béisbol en la cocina*.

Dolores suspira, apura la copa y gira en su silla para enfrentar su destino.

Dalia se siente observada mientras cruza la noche de Lavapiés y se sorprende de sorprenderse, hasta que asume que solo unos días travestida de anciana han bastado para impregnar en ella la invisibilidad que se impone, obligatoriamente, a toda mujer a partir de cierta edad.

Muchos de esos hombres y mujeres que la calibran al pasar mientras sube por la calle del Olivar ni siquiera la habrían mirado vestida de Virtudes.

Aprovecha el paso frente al escaparate de una tienda cerrada y la luz de la calle le devuelve el reflejo de una mujer más alta que ella (*tenías que ponerte tacones*, cri-tica la Dalia psiquiatra forense, siempre tan práctica), con un vestido francamente prometedor del que asoman las pruebas de que tiene con qué cumplir (aplausos

entusiastas y cortitos de la Dalia terapeuta, que festeja cuando encuentra algún motivo de autoestima), el pelo de un color y un corte que nunca había usado (la Dalia psicoanalista busca motivos y asociaciones en las tonalidades escogidas), pero que sin duda la hacen parecer y sobre todo sentirse más joven (*tú miéntete todo lo que quieras*, bonita, se burla Ráfaga, la Dalia salvaje, casi asesina, la única que le cae casi bien de todas las Dalias).

Se pregunta por qué ha elegido para esta salida clandestina el mismo barrio en el que posa durante el día de abuelita de alguien que no se acuerda de que tiene abuelita. Y se responde, anticipándose a sus Dalias, que es una manera de probar la eficacia de su disfraz, la ocasión de ver Lavapiés desde otra perspectiva, quizás así encontrar algo que la encorvada Virtudes no podría captar, y finalmente, con la carcajada burlona de las otras Dalias a coro en su cabeza, admite que seguir en la misma zona en que desarrolla su misión es una forma de mentirse y decirse que no está engañando a Olga.

Aunque ha salido para engañarla, para tener a alguien y que alguien la tenga durante unas horas que no dejen marca ni compromiso, como todos esos años en los que Olga era una princesa de cuento inmóvil y dormida en una cama y Dalia acudía a contarle sus aventuras eróticas como otra forma de mantenerla viva.

Hasta hace un año, cuando ella volvió del otro lado, Dalia se movía sin complejos por diferentes barrios de Madrid cuando le apretaba el hambre en el pecho y más abajo, esas noches en que más que disfrazarse se vestía de otra, se inventaba un nombre, y salía a gustar y gustarse.

Nunca se ha preguntado por qué resulta tan atractiva a los hombres más jóvenes que ella, algo que también suele ocurrirle con las mujeres. La terapeuta aprovecha el paso en falso de los tacones sobre una baldosa floja para sugerir que es ella quien debería preguntarse el porqué de esa predilección por compañías nocturnas y pasajeras *a las que siempre sacas por lo menos quince o veinte años*.

Vete a la mierda y no nos jodas la noche, contesta Ráfaga, y como las demás le tienen miedo, callan.

Dalia aprovecha el silencio para internarse en una de las calles laterales. Lleva

tiempo sin andar por Lavapiés de noche y siente una discreta decepción al contrastar su antigua imagen canalla del barrio con esta actualidad global gentrificada, en la que todos los bares parecen *boutiques* y todas las *boutiques* tienen pinta de clí-

nica de cirugía estética.

En la calle del Olmo le llama la atención un bar que declara llamarse Malatesta, *pero tampoco estoy esta noche para aguantar a una parroquia de anarquistas y sucedáneos nostálgicos alrededor de una barra*, se dice.

Algo en las luces que se dejan ver a través de la ventana la lleva a detenerse y acercarse a la puerta, entreabrirla apenas y sentirse bañada de *rock and roll*.

Entra sin dudarlo y suspira aliviada: portadas originales de LP mitológicos por todas partes, incluso integrados en los taburetes, guitarras aerodinámicas como trofeos de la caza de la música en las paredes; hasta el propio camarero de melena larga y camiseta negra, ya entrado en años pero con la sonrisa fresca, le da la bienvenida. No hacen falta cuatro doctorados para determinar que el tipo es argentino

y la clientela de todas las nacionalidades diversas que componen Lavapiés, unidas por el idioma universal del rock.

Le pide una cerveza al argentino, que se la sirve con una sonrisa nada artificial.

Ella hace el gesto de pagar, pero él le devuelve un gesto de «después». Dalia, que todavía no ha decidido cómo llamarse esta noche, *esta costumbre de bautizarme otra, que tenía incluso cuando no necesitaba mentir para mirarme en alguien*, recorre el local, que no es muy grande pero tiene bastante historia.

Se siente a gusto en el Malatesta, quizás luego le pregunte al camarero, que por la forma de manejarse con los clientes debe de ser también el dueño, el motivo de elegir el apellido de un anarquista italiano y viajero infatigable para un bar totalmente *rock and roll*. O quizás no.

Vuelve a sentirse observada, pero ahora lo disfruta. A eso vino, a dejar de ser Virtudes la viejita, pero tampoco Dalia la malcasada, solo quiere ser esa mujer de pelo extraño y repentina ligereza en todo el cuerpo, que no baila por aquello de no llamar demasiado la atención, es decir, que no baila por fuera, pero por dentro está bailando.

Un tipo de treinta y tantos, con pinta de músico genial y por lo tanto incom-prendido, la desea con la fría distancia de aquellos que se creen genios pero no se atreven a frotarse del todo con nadie, por si acaso.

Dalia silencia sus Dalias: *si no hay nada mejor…*

Pero siempre hay algo mejor.

Un chico de unos veintisiete entorna los ojos y la mira como si ella fuera un ju-guete flamante y remoto al otro lado de un escaparate, *y sería tan fácil traspasar ese cristal, ponerse cerca…*

Pero algo en Dalia comienza a frenarse. Sabe que no es a causa de la culpa-bilidad anticipada por serle infiel a Olga, *es la culpa de no sentirme culpable*, se dice, y decide que quizás deba volver a casa con Dolores, fingirse dormida y someterse a una intensiva sesión con sus Dalias, *que de algo debería servir tanto doctorado, queridas mías*.

Entonces se acerca la chica, es de las que lloran y ríen con la misma condición de aluvión. Alguna edad entre los vientipocos y los treinta y nada. Baila por fuera, *vete tú a saber por dentro*, parece flotar, *igual es la vida, igual alguna droga de diseño*, aunque el resto de la parroquia del

bar no parece ir de ese palo; *si hay palos me llamas a mí*, dice Ráfaga, la Dalia salvaje, que aprovecha cualquier excusa para sacar a relucir su torvo sentido del humor.

—¿Sabes cuánto pesa una gaviota? —le pregunta la chica, mirándola demasiado a los ojos.

—Depende —contesta con voz sugerente Dalia—: Una gaviota en vuelo pesa menos que el aire. Una gaviota en el suelo es un adorno pesado de pico curvo.

La chica da dos saltos en el mismo lugar, celebrando la respuesta, y la premia con un beso en la boca, asomando juguetona la lengua.

Se retira lentamente, como si temiera su respuesta.

Lo cierto es que Dalia no tiene respuesta.

De los pies a la cintura, quiere bailar trenzada con esa chica en la posición que sea.

Entre la cintura y el cuello, hierven las dudas que pueden evaporarse con dos

besos de más.

Y entre el cuello y la cabeza…, *¿quién va a hacerle caso a una cabeza superpoblada de voces en desacuerdo…?*

—Me llamo Vania —dice la chica, como si fuera una declaración que alcanzara para explicarlo todo—. ¿Y tú?

—No, yo no me llamo Vania —contesta Dalia, sin saber por qué.

Pero Vania es de dirección única, al menos hasta que se le pase el efecto de lo que haya tomado o de lo que haya vivido.

Expresa su entusiasmo con sinceridad:

—¿Te imaginas que también te llamaras Vania? Seríamos como dos gaviotas volando juntas… —Le viene la risa pícara—: ¡Y vaya enredo de alas que podríamos formar!

La tentación está ahí, el pecado no existe, cada hueso de Dalia, cada músculo, necesita constatar que no es Virtudes al final del camino, *mejor no preguntarte en qué kilómetro del tuyo estás, bonita, no te cuesta tanto llamarte Vania por una noche*, le dicen por lo menos tres Dalias a

coro en su cabeza.

—Me encantaría, Vania —explica—: pero hoy vengo con nube.

Y señala por encima de su cabeza.

Vania mira, intrigada.

—Es que me espera fuera, es una nube guardiana —se justifica Dalia.

Vania, etérea, comprende todo lo imaginario, que se vuelve concreto cuando le da otro beso que, más que despedir, augura futuras bienvenidas.

—Yo suelo llamarme Luisa —le confiesa al oído—. Pero te vi y tuve ganas de llamarme Vania. Y también de que me llames.

Dalia tarda en comprender que le pide el teléfono y se lo entrega maquinalmente.

La chica teclea y le devuelve el aparato.

—Si alguna noche tienes ganas de llamarte Vania, ya sabes…

Tiene la elegancia de no repetir el beso, porque los besos son irrepetibles; pero la mira con hambre y un poco de pena mientras la mujer que no se llamaba Vania y

hoy no sabe cómo se llama paga en la barra y sale sin mirar atrás.

Por el camino a casa, las Dalias la llaman desde «estrecha» hasta «gilipollas», pasando por «cobarde». A punto está Dalia de comenzar a tararear en voz alta todo el camino para no escucharlas, pero se contiene, amasando la rabia contra sí misma, una rabia apretada casi hasta la consistencia del diamante, por no ser capaz de trazar un perfil del asesino que mata viejas, ni capaz de decirle a Olga que bienvenida a la vida, pero que no será una vida con ella, por no poder querer del todo a nadie, por no saber, a pesar de tanto doctorado.

Así llega al portal, rogando que se haga pronto la mañana, para acudir al *dojo* y descargar con algún infeliz toda esa furia con la que sube la escalera en puntas de pie, necesita cansarse para no pensar, la rabia frenada con que abre la puerta del piso sin hacer ruido, la que se vuelve púrpura al ver la silla caída en el pequeño comedor, el breve sofá en el que suele dormir, girado en ángulo por una fuerza colosal, la rabia y la certeza de haber tentado demasiado a la suerte y a la

muerte, que todavía sigue allí porque hay un ruido de agonía en el dormitorio y en él se zambulle Dalia, dispuesta a asesinar al asesino, para encontrarse con Dolores y Mingo desnudos, escalando el final de una pasión añeja pero incendiaria, que más que apagarse, parece a punto de encenderse otra vez.

Se sobresaltan sin despegarse, la miran como si viniera de otro planeta, y Dalia, ninguna de las Dalias sabe qué decir, salvo:

—Lo siento.

—Es que como dijiste que no ibas a venir y aquí al señorito le entraron las ganas… —explica Dolores sin necesidad—. ¿Estás bien, Dalia?

—Yo… sí. ¡Continúen! —ordena o se disculpa.

Y es barro que se desliza saliendo del piso, baja las escaleras como si fuera una erupción de lava fría que se derramará por la calle y, antes de hacerlo, desbloquea su teléfono, busca un contacto que antes no tenía, marca y, cuando atienden del otro lado con música de fondo, pregunta:

—¿Sabes cuánto pesan dos gaviotas abrazadas al vuelo? Me llamo Vania.

II

VIERNES

Lavapiés me amansa, me besa

con aromas de especias y fragancias.

Se busca estancia a cambio de fianzas,

onzas de polen y polvo en sobre nivelan balanzas.

Alerta en la plaza, escondan la grifa.

Hay una secreta camuflada y un madero en cada esquina, jóvenes luchando, vecinos que se animan,

niños juegan descalzos mientras *brothers* venden *weeda*.

Lavapiés desgasta, te quita la cartera,

el iPhone y la templanza.

La danza de muchos en los Cíes aparca,

hay movimientos de lucha, unidad y de alianza.

UNAI LOBO

12

Por las paredes

¿Cuándo fue la primera pintada? Es difícil precisarlo con seguridad, los muros de Lavapiés son lienzo propicio para toda clase de expresiones fugaces, protestas rabiosas y hasta formas de arte al paso. Por no hablar de los carteles de conciertos pasados y futuros, pegados con cola uno sobre otro y debajo de la leyenda oficial que deja constancia de la prohibición de pegar carteles.

Ni siquiera se puede saber si la primera pintada fue en realidad la primera. Hay quien dice que apareció en la calle del Tribulete. Otros afirman que en la calle de la Espada. Casi todos coinciden que fue entre la tercera y la cuarta anciana degollada, pero no falta el que afirma que en realidad la pintada originaria puedo verse horas después del asesinato de la joven francesa. Y algún obcecado insiste, después del octavo botellín de cerveza, que esa pintada apareció meses antes de que comen-zaran las muertes.

En lo que no hay disputa es en la forma y medios utilizados para las primeras pintadas: una plantilla de acetato, quizás una radiografía sobre la que fueron caladas las letras, y espray de pintura común de color rojo sangre.

Fueran una, dos o tres las pintadas originarias, se repitieron en decenas de puntos del barrio tras la llegada masiva de la policía.

Desde entonces, se han multiplicado, con distintos formatos: las hay realizadas con rotuladores indelebles en cuanta superficie lisa se deja escribir, algunas en colorido grafiti, otras con faltas de ortografía propias de quien todavía no conoce el idioma. En los últimos días han adoptado todas las formas posibles, incluyendo pegatinas rudimentarias, carteles de tamaño folio y hasta pancartas hechas con sábanas colgando de algunos balcones.

Ahora, la frase está por todas partes, siempre de color rojo sangre, con una leyenda que más que una protesta indica una aceptación de la realidad, la necesidad de dejar constancia que no invita a la resistencia, solo pretende que se sepa lo que ocurre y poco más.

El mismo breve texto que ha desbordado Lavapiés y se ha derramado como si fuera un ser vivo por los muros y cristales de los barrios cercanos, el que también comienza a aparecer en barrios distantes de aquella primera pintada, pero con la misma fatalista declaración, salpicando toda la ciudad: Madrid nos mata

Divinas hostias

Insistente, la voz de la madre de Severo Justo vuelve, refranera, desde la infancia y asegura que «viendo el chozo se ve al guarda». Llamar palacete al edificio sería al mismo tiempo degradarlo y engrandecerlo. Pero así figura en el expediente mental de Severo sobre Juan Lebrón, de modo que lo acepta. Tiene ese exterior intencionadamente austero de ciertas construcciones del barrio de Salamanca, como si pretendieran negar el lujo que albergan dentro.

En el mismo archivo se indica que el arzobispo no vive habitualmente en la ca-sona familiar, a la que le franquea el paso un mayordomo empeñado en no parecerlo. Tampoco vive en la sede del Arzobispado. El domicilio cotidiano de Lebrón es un piso bastante más discreto, cerca de la plaza de Olavide.

Una anotación de última hora señala como motivo de la mudanza provisional un conato de incendio en aquella vivienda, semanas atrás. Al parecer, la causa fue un fallo eléctrico y los daños, más aparatosos que estructurales, pero suficientes para demandar unas semanas de obras antes de volver a ocupar la casa «pobre»

de Lebrón.

Justo recorre el caserón, que por dentro parece mucho más grande.

Cuadros a tamaño natural de nobles en poses muy poco naturales.

Muebles cuya utilidad es declararse valiosos por antiguos y viceversa.

Alfombras impolutas y profundas que lo devuelven a la sensación del arranque de una novela de Raymond Chandler, *¿cuál era?* , Marlowe hundiendo sus zapatos baratos en la demostración de que la vida de los ricos viene acolchada de fábrica,

¡El sueño eterno!, *así que ahora nos tocaría desembocar en un vivero con demasiado calor y humedad, hasta dar con el viejo general Sternwood en su silla de ruedas*.

Pero en lugar de eso, suben hasta la última planta por escaleras de previsible mármol por las que podría transitar una familia tipo de elefantes, cruzan la amplia azotea y entran en un pabellón que acaso en otros tiempos respondiera al tópico del invernadero, pero que ha sido convertido recientemente en un espacioso

gimnasio con techo de vidrio.

Y en el centro del gimnasio, un ring.

Y en el centro del ring, desvestido de boxeador, Su Excelencia, el arzobispo Juan Lebrón.

Frente a él, un *sparring* de veintipocos años y que le saca una cabeza de estatura, pero no lo está pasando bien. Parece sorprendido, como si los golpes de Le-brón, *muy bien ejecutados, tiene técnica y fuerza*, llevaran más furia de la necesaria para un entrenamiento. El *sparring* parece enfadarse y lanza un *jab* duro y con toda la fuerza de las caderas que impacta contra la cara arzobispal. Sin inmutarse, Le-brón aplica un gancho de derecha a la cabeza, otro durísimo de izquierda al hí-

gado, y en la fracción de segundo en que su oponente no sabe dónde está, un directo al mentón que, pese a llevar el protector de cabeza, resuena en todo el gimnasio.

El *sparring* cae y Lebrón parece volver de algún lugar hostil, se agacha junto al muchacho, le pide disculpas y lo ayuda a levantarse. Desde un rincón brota un hombrecito en chándal, pequeño y ágil pese a la edad. La nariz rota lo señala como exboxeador, quizás el entrenador de Lebrón.

Cuando el muchacho sale del ring, el arzobispo ve a Justo.

—Perdone por el retraso, no me acordaba del entrenamiento —explica mientras pasa entre las cuerdas.

—En mis tiempos, las penitencias eran menos severas —lo provoca Justo—.

Bastaba con rezar un par de rosarios…

El otro tarda en comprender y, cuando lo hace, sonríe por cortesía.

—Cosas del ring —se excusa—. Usted debe de saberlo, creo que fue varios años campeón de boxeo de la Policía…

—Hace mucho. Pero pegarme a mí no era pecado…

Lebrón aprieta la mandíbula, *es un hombre acostumbrado a contener sus impulsos, pero ahora no puede y se siente desbordado*, se dice Justo.

—Pegarme a mí tampoco lo es, si quiere intentarlo…

Ambos saben que es una estupidez hacerse los gallitos cuando son ya gallos

veteranos. Pero por algún motivo ninguno baja la mirada.

Justo, que sigue sin reconocerse en este que es ahora y que le agrada y escandaliza al mismo tiempo.

El arzobispo, masticando una rabia demasiado grande que lo desorienta.

—Estará cansado, después de pegarle al *sparring*… —sigue el policía.

—Estoy como nuevo. Y Francisco no es mi *sparring*, yo soy el suyo. Ese muchacho tiene futuro en el boxeo, pero todavía no le hemos conseguido buenos patroci-nadores. Conozco a Aldo, su entrenador, desde hace años, así que le presto el gimnasio y de cuando en cuando hago las veces de saco de arena con piernas. —Se-

ñala con la barbilla la puerta de los vestuarios—. Si quiere cambiarse, allí tiene lo necesario…

Justo asiente, y cambia de opinión en cada paso que da.

Deja ya esta tontería (pierna izquierda), *¿qué se habrá creído el proyecto de Papa?*

(pierna derecha), *tú no eres así, Justo* (pierna izquierda), *yo soy como puedo, y ahora quiero romperle la cara a este niño bien* (pierna derecha), *¿resentimiento de clase, a estas alturas?* (pierna izquierda), *a saber qué guarrada querrá ocultar, y todo el ministerio para hacerle de basurero* (pierna derecha).

Ordena a sus piernas que dejen de discutir, que va a necesitarlas. El arzobispo está en forma y sabe lo que hay que hacer sobre un cuadrilátero.

Dentro del vestuario, el muchacho noqueado se ha repuesto y sonríe como si hubiera aprendido una lección valiosa.

Su entrenador, el hombre bajito y ágil, también parece contento.

A ver si las hostias del arzobispo van a resultar benditas de verdad, se dice Justo, seguro de que está a punto de recibir unas cuantas.

Se siente vagamente absurdo cuando sale, con calzón de boxeo rojo brillante, del mismo color que el protector para la cabeza, los botines

y unos guantes de primera calidad que el tal Aldo le ha ayudado a atarse.

Lebrón lo mide, dividido entre la inercia de seguir la disputa infantil o proponer una tregua. La mitad de Severo Justo siente lo mismo.

Pero ganan sus respectivas mitades machistas y peleonas.

—¿Me harías el favor, Aldo? —le pide con suavidad al bajito mientras consulta a Justo con la mirada—. Creo que con tres *rounds* estaríamos bien.

El policía recupera sensaciones olvidadas al cruzar entre las cuatro cuerdas. Le-brón da saltitos en su esquina. Es más bajo que Justo, pero más ancho y con buenos brazos.

El sonido de la campana lo toma por sorpresa.

Avanzan y se estudian.

Lebrón tiene un buen juego de piernas pero trata de disimularlo.

Justo le devuelve la farsa con una guardia baja, intencionadamente mal armada.

Somos dos perros viejos y conocemos los trucos, pero yo soy más viejo y él muerde bastante todavía.

Con la velocidad que fue una de sus armas cuando boxeaba, Justo avanza dos pasos y se mete en la guardia de Lebrón, aplica varios golpes en diferentes zonas, la mayoría impactan en los brazos del sacerdote, pero su finalidad no era infligir daño, solo hacerle saber que habrá muchos más.

El arzobispo lanza un *uppercut* que pasa rozando la barbilla del policía, que esquiva y aplica un seco golpe al costado y retrocede. Giran. Se valoran y miden.

Ahora es Lebrón el que ataca y se cubre casi a la perfección. El «casi» le vale un duro gancho al hígado por parte de Justo, que se prepara a rematar, pero suena la campana.

Marchan hacia sus rincones y se miran con respeto.

Aldo se turna para llevarles botellas de agua y comprobar que ambos están en condiciones.

—¿Aprendió a boxear así en la Policía? —le pregunta a Justo.

—En el seminario, como él. —Señala con la barbilla.

El hombre bajito se rasca la cabeza y no sabe qué decir. Corre a su sitio porque no se quiere perder el espectáculo y suena la campana.

Los dos se paran en el centro del ring. Lebrón toma la iniciativa y da muestras de una técnica excelente, lanzando golpes precisos. Justo esquiva algunos y recibe otros. Los devuelve casi por reflejo. Lebrón avanza y comienza el castigo, que el

policía encaja como si estuviera en otro lugar.

Justo no quiere pelear, quiere caer, *de una vez y para siempr* e, pero no cae, no sabe caer. De pronto comprende que, pese a los golpes que le ha dado la vida, nunca ha logrado tumbarlo.

El arzobispo sigue golpeando, pero Justo no cae. Cuando suena la campana, lo mira extrañado, no comprende esa táctica.

Ya en su rincón, Justo asume que tampoco caerá en el siguiente *round. Cuando me toque caer, será para siempre, pero antes…*

La campana los convoca y Justo siente que todo el odio, toda la ira acumulada durante veinte años, le llena los pulmones, los brazos y los guantes. Ya no piensa: golpea, una y otra y otra vez y otra y otra, hasta que Lebrón cae y solo el peso de Aldo colgando de su brazo impide que se lance sobre él y le siga pegando en la lona.

Severo Justo siente que sale a la superficie desde el fondo de un lago denso de odio. Ayuda al otro a ponerse de pie y se disculpa.

—Nadie tiene que disculparse por boxear así —dice Lebrón—. ¿He pasado la prueba?

Justo se siente torpe, repentinamente ridículo vestido de boxeador, como esos espectadores de una función de hipnotismo que vuelven a la realidad tras haber cacareado como una gallina ante el respetable.

—Yo…

Lebrón baja del ring y al pisar el suelo se encoge por el dolor.

—Mantiene usted una pegada formidable, policía.

—Ese directo al mentón suyo le hará falta en el Vaticano.

Repentinamente ligeros y caminando con cierta dificultad, marchan hacia la ducha.

14

Perdóneme, padre

El pabellón, oculto por el gimnasio, pertenece, sin duda, a la distribución de la vasta azotea anterior a los cambios dispuestos por Lebrón. Se advierte en la enrevesada estructura de hierro forjado, que a Justo le evoca, en tamaño a escala, a esas grandes estaciones de ferrocarril de antes, que ahora se usan para cualquier otra cosa pero siguen pareciendo estaciones de ferrocarril. Incluso los modernos mecanismos que permiten desplazar el techo están disimulados para no estropear el efecto de un orden ajeno al paso del tiempo.

Hace años, el pabellón habrá albergado grandes cenas informales con «lo mejor de Madrid», pero tras la muerte de los padres del arzobispo, el calendario social del palacete se ha reducido bastante.

Como su familia.

Una hermana, diez años menor que Lebrón, y un hermano mayor, *de mi edad, joder, no tan mayor*, pero ninguno de los tres habita de forma permanente el caserón, acaso lo mantienen como el único vínculo en común que les queda.

Al fondo, una breve pero bien dispuesta cocina para mantener calientes los platos y frescas las bebidas. Suele quedar elegantemente fuera de la vista por obra de unas puertas con *vitraux* modernistas originales, pero Lebrón las ha dejado abiertas mientras preparaba el café con la soltura urgente de quien prefiere hacer las cosas por sí mismo pero no suele tener ocasión.

Pese a disponer de un gran aparato de café exprés que ya quisiera una cafetería, y todo un surtido de máquinas de cápsulas, ha optado por una veterana cafetera italiana con su diseño de rombo al revés, que ya despliega vapor de locomotora y un olor a café de verdad que devuelve a Severo las fuerzas. *El café es la sangre de los hombres cansados, o algo así. Gracias, Chandler.*

El arzobispo, con un vaquero gastado y una camiseta de Pink Floyd que ya ha cumplido, por lo menos, la mayoría de edad, llega con la bandeja y parece más joven y más desolado.

No lo había advertido, perdido en mis cantos del cisne con testosterona, se recrimina Justo, *pero este hombre no está asustado. Está roto y solo la disciplina mantiene unidos sus pedazos*.

Como si se sintiera transparente, Lebrón llena las tazas y se coloca al lado de Justo. Le señala el *skyline* de una Madrid que ya despierta del todo a sus prisas.

Desde aquí arriba, la ciudad se ve especialmente bella y limpia, como si no tuviera la culpa de nada.

—Mírela, Justo: Madrid. No tiene el empaque cosmopolita de París o Londres, ni la belleza inmortal de Roma, o la estampa de cuento de hadas de Praga, pero quien pasa unos meses aquí, se enamora de esta jodida ciudad y para siempre. No tiene la complejidad arquitectónica de la Barcelona modernista, es sencilla hasta el extremo en su casco histórico y se afea de torres presuntuosas en la zona de la Castellana, pero sigue teniendo algo que atrapa. A pocos metros de la Puerta del Sol, se vuelve barrio otra vez, y las calles que descienden hacia Embajadores mantienen su vocación original de riachuelos de emergencia para evitar que las pocas lluvias hicieran mucho daño.

—En algún libro leí que las ciudades se dividen en cintura para arriba y cintura para abajo, y que en Madrid, la frontera entre ambas está muy cerca del «kilómetro cero» —piensa Justo en voz alta—. Es como si todo estuviera comprimido, un pequeño y orgulloso escenario para demasiados sainetes, y muy pocas zarzuelas.

Lebrón lo mira, levemente sorprendido:

—Usted también ama esta ciudad…

—Puede, pero por mi trabajo la conozco más de cintura para abajo. Y no me refiero a estatus económico, que también por estas alturas se cuecen habas y tra-pos sucios, Su Excelencia.

—No empecemos, por favor. Prefiero que me pegue otra paliza. Necesito su ayuda y solo me puedo fiar de usted…

—Entonces no me mienta, que yo no soy el ministro. A usted no le preocupa ningún documento comprometedor robado, arzobispo.

—No pensaba mentirle, Severo. Tampoco pensaba contarle la verdad a ese

hombrecillo. Y está en lo cierto: nadie me ha robado nada. Aunque

quizás yo le robé la vida a alguien sin querer… ¿Versión reducida o versión extendida?

—Primero la sinopsis. Si me gusta la película, le compro la entrada.

Lebrón lo mira extrañado y duda antes de hablar.

—¿Le puedo decir algo que acaso suene insolente?

—Dispare, arzobispo… Mientras no sea un directo de los suyos.

—Si he de ser sincero, yo me lo imaginaba distinto.

—Yo también me imaginaba distinto. Toda la vida. Respetuoso del orden establecido, apegado a los procedimientos, medido en mis palabras y, desde luego, jamás me hubiera atrevido a darme de hostias con un futuro Papa. Pero ya ve, últimamente, a ratos soy este, la caricatura de un detective de novela, todo lo contrario a lo que imaginaba ser.

El otro sirve más café, saca un paquete de tabaco y le ofrece a Justo, que acepta tras aclarar que hace seis años que lo ha dejado.

Fuman mientras Madrid acelera en calles y aceras.

—Fue en el último año de seminario. Yo era la gran promesa de mi grupo, aunque no tanto como usted; sí, claro que lo he investigado a fondo, Justo. El caso es que yo era el preferido de la jerarquía y no por influencias familiares, que en ese sentido nunca tuve el apoyo de mi padre: murió creyendo que me hice cura solo para fastidiarlo.

—Mejor fastidiarlo que matarlo —murmura Justo.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada. Siga, por favor. Estábamos en que era usted la esperanza rubia del sacerdocio español…, como lo es ahora.

—Exacto. Solo que tuve una crisis de fe, por llamarlo de alguna manera. Hablando claro, me acojoné al pensar, con dieciocho años, que iba a renunciar a todo lo que no había llegado a conocer de la vida. Hablé con mi director y no sé si me entendió, pero para evitar que arrojara todo por la borda, me concedió seis meses para reflexionar haciendo vida de seglar. Seis meses que se convirtieron en un año.

En el expediente que tendrá sobre mí figura que durante ese tiempo

estuve

enfermo… y creo que para ellos lo estaba.

—Quedamos en que era la versión corta, arzobispo…

—Juan, si no le importa…, Severo.

El policía asiente y lo alienta a seguir.

—Versión corta: chico que duda de la utilidad del sacerdocio, usa esas «vacaciones» para hacer trabajo de base en las zonas más desfavorecidas de Madrid y conoce a chica con las mismas inquietudes…

—¿Sociales o sexuales, Juan? —En cuanto pronuncia la broma, se arrepiente.

Los ojos del otro están muy lejos, en un tiempo mejor y perdido.

—Ambos. Charo vivía en un barrio de chabolas que quería dejar de serlo, orga-nizaba a la gente para que no se metiera en el trapicheo de drogas, conseguir la ti-tularidad de sus viviendas y los servicios básicos… Debería haberla visto, Severo: tanta fuerza, tanta energía. Comparado con ella, todo lo que me habían inculcado era papel mojado, tiritas para frenar hemorragias…

Justo se pierde parte de la letra, pero no la música de la canción de Juan, porque es un espejo de su propia canción con Alicia, hace treinta años ya. Solo que ella era, como él, alguien que venía de fuera de la miseria para combatirla. La Charo de Lebrón la conocía desde dentro.

—… le prometo que estaba tan embobado con su forma de luchar que no fui consciente de cómo nos íbamos acercando. Charo sí, pero aunque era agnóstica, no quería desviarme de mi camino, decía que para un cura decente que había conocido, no sería ella quien lo echara a perder.

—Pero usted todavía no era cura, Juan.

—Y creo que ya no quería serlo. No solo por Charo, sino porque me parecía que luchar por el alma de la gente, mientras el cuerpo enfermaba de desnutrición o lo masacraban las drogas, era… una pérdida de tiempo.

Contiene un sollozo y Justo apoya la mano en su hombro.

—Con ella aprendí que el deseo no es pecado, Justo. Yo había decidido dejar el sacerdocio y usar lo que pudiera de la fortuna familiar para hacer viable nuestro sueño de un barrio autogestionado, ¿por qué no muchos barrios, una ciudad?

Lebrón revive en el humo ese sueño juvenil que aún lo entusiasma.

—Un día, sin previo aviso, Charo desapareció, junto con el dinero que habíamos llegado a reunir entre la gente del barrio. La busqué por todas partes, sin resultado. Me volví loco, incluso tuve varias peleas con los matones del barrio, que la detestaban porque interfería en sus negocios. Yo… Rompí unas cuantas narices, pero nadie sabía nada. Dos meses después, una amiga suya del barrio, María, que nos ayudaba en el grupo de trabajo, me contó la verdad: Charo se había quedado embarazada y para no cortar mi carrera, me ocultó su estado y se fue a Marruecos para hacerse un aborto. Algo salió mal, una infección… Murió. ¡Murió por mí, Severo! Meses después volví al seminario, porque el mundo de fuera no tenía sentido sin Charo…

Justo se pone de pie y se asoma al borde de la azotea.

Mira hacia la calle.

Hay llantos que deben llorarse sin espectadores, no importa cuántos años de antigüedad tengan, *si lo sabré yo*.

—Ya puedo seguir. Gracias —dice Lebrón.

Justo regresa a su silla y escucha:

—Hace un mes recibí una carta. Ya nadie manda cartas. Había sido franqueada en Madrid. La firmaba un tal Karim Bouziane, treinta años. Decía ser mi hijo, que Charo había muerto en Marruecos, pero hace cuatro años, y que antes le contó la verdad sobre su origen…

—¿Qué quería?

—Conocerme. Solo eso. Estaba dispuesto a someterse a la prueba de ADN, pero solo para que yo le creyera. No quería ni el apellido, ni dinero, ni crear un escándalo…

—Y usted, Juan, ¿qué quería?

Lo mira y Justo sabe que no miente:

—¡Conocer a mi hijo! Entender por qué ella mintió para salvar algo en lo que no creía, tener respuestas y darle a Karim todo lo que no pude darle…

—¿Y el Vaticano?

—¡A la mierda el Vaticano!

Justo tarda en entender:

—Pero no llegó a conocer a Karim…

—No. Nos seguimos comunicando por correo electrónico, varias veces. Por las cosas que me contó de su madre, supe que era, como mínimo, hijo de Charo y que no mentía. Le propuse quedar para conocernos y aceptó, pero primero tenía que resolver un asunto, no me dijo cuál. Dijo que me llamaría. Pero no lo hizo. He llamado al número que me dio, varias veces, pero nadie atendía. Desde hace tres días, cuando llamo, una grabación me dice que ese número no existe…

Justo va hacia la cocina, que debe de llamarse de otra manera, *seguro que en francés*, busca y no tarda en hallar un buen surtido de licores.

Sirve una generosa ración de whisky con alcurnia en un vaso, piensa un segundo y sirve una medida más prudente en otro.

Regresa junto a Lebrón, que parece haber hallado el hilo que mantiene unidos sus pedazos, y le tiende el vaso más lleno.

El otro agradece y bebe. Justo lo acompaña.

No hablan. No es necesario todavía.

Justo recuerda el encuentro con el líder musulmán de Lavapiés, y se dice que ya se disculpará las veces que haga falta por llegar tarde.

Después de un rato, promete en voz baja:

—Lo buscaré, Juan. Y lo encontraré. Mándame a esta dirección de *e-mail*, es seguro al cien por cien, todos los datos que tengas de Charo, de su amiga, de Karim, todo lo que recuerdes… También los correos electrónicos y fotos de la primera carta.

El otro asiente.

—Gracias, Justo.

—¿No me pides discreción? Esto puede afectar a tu futuro…

—Te pido que encuentres a mi hijo. Solo eso. El futuro no existe si no soy fiel a mi pasado.

Beben en silencio.

Lebrón parece volver a recuperar la cohesión de sus fragmentos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Hace un rato, cuando estábamos en el ring, en el tercer *round* viniste a mí con tanta furia que creo que podrías haberme matado con tus manos. No, no te disculpes. Está claro que algo te ofuscó más allá de todo límite. Lo que me intriga es que, pese al protector bucal y la lluvia de golpes que me dabas, no dejabas de llamarme por un nombre que no era el mío. ¿Quién es ese Javier Avellaneda al que tanto odias, Severo?

Justo lo mira pero no duda:

—Supongo que, pese a tu rango, no habrás olvidado cómo recibir una confesión, Juan.

—Claro que no. Pero espera, que voy a llenar los vasos, me parece que esto nos llevará un rato.

El policía espera, con la vista perdida en el paisaje de la ciudad.

Cuando el sacerdote llega con las bebidas, brindan, intercambian las fórmulas protocolarias y Severo Justo, agachando la cabeza, dice:

—Perdóneme, padre, porque voy a matar a un hombre.

15

Roland Roland

—Hola, mi amor. Sí, sí, lo sé: quedamos en que te llamaría a diario, pero es que estoy en una misión encubierta y a veces… No, ya te dije que no puedo contarte de qué va la misión, Olga. Sería peligroso para mí y para mis compañeros. Ey, ey, ey, tampoco te asustes, es una forma de hablar. ¿Qué? Ay, amor, otra vez, no.

Claro que nadie me obligaba a participar en una vigilancia, y no me vuelvas a explicar que mi tarea es la de asesora, no de agente de campo… ¿Que por qué lo hago?

¡Porque me necesitan, Olga! Es algo que tengo que hacer, como tú volver a la facultad para terminar la carrera donde la dejaste cuando… No llores, por favor, Olga, melodramas no. Ya sé que tu vida estuvo detenida dieciocho años, creo que no pasó un día en que no fuera a verte, a contarte lo que veía de este lado, para que si volvías no te hubieras perdido tanto. Y yo también estuve detenida, amor, yo también, y lo sabes. Pero tenía que vivir de este lado, hacer lo necesario para no vol-verme loca. Y lo hice, Olga. ¿Qué? ¿Otra vez me vas a recordar que entré en la brigada pocos días antes de que tú despertaras? No entiendo qué pretendes insinuar con eso: ¿crees que yo lo sabía?, ¿eso quieres decir? Vale, vale, no llores. Prometo que intentaré ir a verte en cuanto pueda. Sí, para quedarme a dormir, guarrilla, que al final va a ser eso lo que extrañas de mí… ¿Cuándo? No lo sé todavía. Esta noche no creo. Pero pronto, mi amor, pronto. ¡Claro que no me molesta que salgas con el grupo de gente de la facultad, Olga! No tienes que pedirme permiso, ni a mí ni a nadie, que ya tienes cuarenta y uno, casi… ¡No te enfades, Olga, que sigues pareciendo de veintidós y bien que lo sabes, no me extrañaría que alguna de tus compañeras te tire los trastos…! ¿Celosa? No, Olga. Solo estoy feliz de que hayas vuelto, pero después de tantos años de verte dormida, me sigue sorprendiendo y maravillando… ¿Qué? No comprendo. O no quiero comprender lo que dices. Ya no existe «lo otro», como lo llamas, Olga. Todo ha cambiado y debes asumirlo. Yo…, me preparé para vengarte y lo esperé, sabes que lo esperé hasta que volvió al país y que estaba por hacerlo… Pero entonces despertaste, fue como una señal, Olga.

¡Claro que no le perdono lo que te hizo, pero de ahí a matarlo…! ¿Que si hubieras tardado un día más en salir del coma Yago estaría muerto desde hace un año? Sí.

¿Y te has preguntado cómo me sentiría yo, Olga? Matar a alguien, aunque sea a un hijo de puta como tu ex, habría sido asesinarme también a mí misma un poco, lo que queda de cordura en mí, que no es demasiado, puedes creerlo. Vale, vale, no llores, por favor. También hablaremos de eso. ¿Cuándo? Cuando pueda, Olga. Será pronto, mi amor. Y cuídate. ¿Has tomado las pastillas? ¿Estás segura? Mira que mentirle a tu médica es algo muy grave. ¿Así que una revisión a fondo, de esas que tanto te gustan? Prometido, muy pronto, que has sido una paciente muy mala y habrá que aplicarte un poco de rigor. Sí, sí, eso también. Harás que me ruborice en plena calle, perversa. Pásalo bien esta noche con tus compañeros, amor. Nos vemos pronto. Yo también.

Tras finalizar la llamada, Dalia Fierro se siente pesada y ligera, sucia y santi-ficada por el deseo saciado, calmada e inquieta, agotada por toda una noche de llamarse Vania y con fuerzas renovadas para ser Virtudes si eso ayuda a parar a un asesino sanguinario y le proporciona un poco más de tiempo antes de volver a una casa que jamás fue su casa y a una mujer que siente un poco hija y un poco sobrina, en otro tiempo remoto su amante y durante demasiados años una culpa y una misión de venganza.

Ahora Olga es, parafraseando una canción de Calamaro, «la novia del olvido».

Dalia se muere de hambre y se promete un desayuno suculento y un paso fugaz por el piso de Lavapiés para ducharse y cambiar de ropa.

El móvil vuelve a sonar y si es ella, no responderá.

Pero es el Súper.

Atiende y sabe que el desayuno y la ducha tendrán que esperar.

El comisario Bermúdez no entiende casi nada. Para empezar, no entiende por qué el Súper ha organizado el encuentro entre Severo Justo y el portavoz de los inmigrantes musulmanes de Lavapiés en una terraza de la plaza de Tirso de Molina, que teóricamente no forma parte del barrio, en lugar de hacerlo en alguno de

los muchos bares de la calle de Argumosa.

No entiende por qué lo que sería un desayuno se convertirá, a juzgar por la hora de la convocatoria —las once de la mañana—, en uno de esos *brunch* que tanto lo impacientan y de los que tanto disfruta en

secreto.

Y menos todavía entiende los diez minutos ya de retraso de Justo, que siempre es el primero en llegar a cualquier cita.

Para no impacientarse, deja vagar la mirada por la plaza. Conoce Tirso de Molina desde que tiene memoria y siempre ha sido un sitio contradictorio, frontera entre la cercana zona de Sol, transitada y con pretensiones de centro cosmopolita, y la Madrid de los barrios de siempre, por cuyo empedrado la modernidad avanza saltándose portales. Junto a una frutería con cinco generaciones de alcurnia, una tienda de embutidos veganos; entre dos estudios de tatuaje, una mercería que parece salida de un culebrón de la posguerra.

Y la plaza.

La plaza como ejemplo de ese mestizaje que florece a partir de ahí y se derrama por las calles de Lavapiés.

La plaza como símbolo. Un escueto trazado triangular y desparejo en el que caben dos bocas de metro, como si se tratara de un animal de dos cabezas.

Paco pide otro café con un guiño al camarero, cambia de idea y guiña dos veces, con lo que el profesional —que tiene pinta de llamarse Manolo— sabe que debe echar dos generosos chorros de aguardiente.

El comisario mira hacia arriba, a lo que rodea la plaza y no ha cambiado en treinta años. En lo alto del vetusto edificio amarillento, desmintiendo la prolife-ración de tiendas modernas y coloridas a pie de calle, los balcones anuncian las consultas de diferentes especialidades médicas con carteles pintados el siglo pasado. Junto a un pequeño letrero que anuncia DERMATÓLOGO, otro mucho más grande anuncia VENÉREAS, cuando hasta Paco Bermúdez sabe que ahora se llaman ETS.

Gira la cabeza y en el otro extremo de la plaza experimenta cierto alivio que prefiere no explicarse, al ver que persiste, en la última planta de un edificio pintado de

rojo ladrillo, el vetusto cartel de la CNT. Paco admite que lleva años con ganas de visitar el local del sindicato anarquista, y se dice que *como se retrasen Justo y el Súper, igual lo hago esta mañana*.

Decide que el que ahora le trae Manolo será el último café «perfumado» por el momento.

Para volver al contacto con una realidad que lo desconcierta, baja la vista y recorre la plaza. Sonríe al recordar el empeño modernizador de un alcalde de derechas que simulaba no serlo y que tuvo durante casi cinco años la zona en obras, para ponerla a la altura de una de las capitales más importantes de Europa…, cuando en realidad todo su empeño era erradicar de la plaza al puñado de supervivientes de la heroína, flacos fantasmas de exyonquis reconvertidos en bebedores de latas de cerveza y que ocasionalmente meaban contra los árboles.

La genial idea era abrir un moderno mercado de flores, acaso un mercadillo más selecto que el cercano Rastro, tan masificado. La estatua del monje escritor fue respetada, pero debajo de ella habilitaron una escalonada fuente de ángulos rectos, como el resto del diseño de la «nueva» plaza.

El resultado fue un mercado de flores en el que casi nadie que no sea del barrio compra, porque es imposible aparcar, unos puestos cuadrados con aspecto de hornos crematorios y un laberinto de muretes sin sentido, contra los que mean a placer los exyonquis, que regresaron en cuanto inauguraron el recinto.

En verano, cuando hace calor, se refrescan los pies en la fuente.

Paco sonríe y levanta su taza de café con aguardiente en dirección al grupo que le da la espalda.

Luego deja vagar la mirada por las mesas cubiertas de sombrillas, pobladas por gente de más países de los que él podría nombrar, y comprende el porqué de la elección de Pablo. Con la celebridad que ha alcanzado Justo, no faltará quien les haga una foto con el móvil, la suba a las redes y en media hora toda España sabrá que el jefe de la Brigada de los Apóstoles estaba charlando amigablemente con el portavoz de los inmigrantes musulmanes de Lavapiés.

Jodío Súper, piensa en todo.

Cuando se dispone a revisar el móvil, ve cómo Pablo Acuña, el Súper, se acerca con paso lento y sin levantar la mirada del suelo. Con un gesto urgente, Paco le pide a Manolo un café con tres guiños para su amigo, que se sienta frente a él y dice:

—Se cancela la reunión. Han matado a Bakkali. Esta madrugada. Le rajaron el cuello con una navaja. Como a las viejas y la francesa.

Severo Justo consigue avanzar por los pasillos de Jefatura sin que

nadie pregunte por el aspecto de su cara, con huellas evidentes de los golpes del arzobispo.

Por primera vez en su vida es consciente de esa mirada implacable de la que durante años ha sorprendido comentarios de sus subordinados. Y también es la primera vez que la usa de modo consciente.

La absurda pelea con Lebrón ha servido como válvula de escape para esa ira añeja que le cuesta contener. La empatía que ha desarrollado con el futuro cardenal es firme. Y la confesión le llevó más de lo que pensaba, menos mal que el Súper cambió el horario del encuentro con Bakkali.

Un joven de unos treinta años monta guardia en la puerta de la brigada.

Antes incluso de que hable, Severo sabe que es francés.

—Señor Justo, tengo que hablar con usted. —La pronunciación en español es más que correcta, pero el acento resbala un poco en las erres.

Hay algo vagamente familiar en la expresión del muchacho, que tiene los ojos rojos de haber llorado más allá de las lágrimas.

Tiene mirada de viudo nuevo, se dice el policía, y sabe de qué habla.

—Me llamo Roland Roland. Soy el *fiancé*…, el novio de Claire Valiant.

—¿Roland qué?

El joven pospone la urgencia y la tristeza para ofrecer una explicación automa-tizada por años de repeticiones:

—Roland Roland. El mismo nombre y el mismo apellido. Es una tradición en mi familia que el primer hijo varón se llame Roland. A mí me parece un mal chiste de mis padres, pero no tuve ocasión de pedirles explicaciones. Murieron cuando

era niño.

Justo consulta su reloj. Tiene tiempo para llegar a Tirso de Molina.

—Pase, por favor.

Cuando se sientan cada uno de su lado del escritorio, el policía dice:

—Siento su pérdida, señor Roland. ¿Ya ha podido reconocer el…?

—Sí. Y no cabe duda: es ella. Pero no entiendo por qué…

—Solo puedo decirle que seguimos todas las líneas de investigación.

—Pero no comprendo, *monsieur* Justo, la *presse* dice que la mató el asesino de ancianas y eso no tiene sentido.

—¿Tiene usted alguna otra hipótesis?

Duda, se avergüenza y baja la voz:

—Quizás haya sido un amante despechado. Claire era tan bella…

—Pero usted ha dicho que era su prometido…

—Lo fui y estaba por volver a serlo. Nos distanciamos por su viaje, pero ella me llamó para que viniera a verla y recomenzar nuestro amor desde cero.

—¿Debo entender que teníais… una relación abierta?

—La tenía Claire y yo aceptaba para no perderla. Pero cambió de idea y me dijo que quería que estuviéramos solo los dos.

—¿Cuándo fue eso?

—La semana pasada.

—¿Cuándo ha llegado usted a España?

—Esta mañana.

—¿Tenía previsto el viaje o lo hizo al conocer la noticia?

—¡Me enteré por un periódico en el avión! Vine para reconciliarnos y ahora está muerta, muerta para siempre, con toda esa belleza…

Después de tantos años de servicio, Severo Justo ya no se siente impresionado por la muerte, pero sí por el dolor que deja en los que quedan.

—Como comprenderá, la investigación debe mantenerse en reserva, pero si va a permanecer usted en Madrid…

—¡Todo el tiempo que sea necesario!

—Entonces déjeme sus datos y le informaré personalmente de lo que pueda.

—Le alcanza una tarjeta con su número—. ¿Dónde se alojará?

—Yo había pensado en la casa de Claire, pero ahora…

—De momento, imposible. Los compañeros de la policía Científica tienen para un par de días. Además, al no ser usted familiar directo…

El chico rompe a llorar.

—Yo solo quiero ver el sitio donde vivió estos meses, mirar por la ventana por la que miró y decidió volver a comenzar juntos, y por la noche, tumbarme en la cama en la que soñó conmigo…

—Bueno, veré qué puedo hacer. Mientras tanto, tendrá que alojarse en algún hotel. En la zona de Sol hay pensiones a precios asequibles…

—¡Lavapiés! —dice Roland—. Quiero estar cerca de las calles por las que an-duvo Claire. Buscaré alojamiento en Lavapiés.

Escribe sus datos en un papel y un número de teléfono.

Mira a Justo con ojos de creyente que necesita no dejar de serlo:

—Prométame que castigará al cabrón que la mató, señor Justo.

—Yo no soy quién para castigar a nadie, pero haré todo lo posible por atraparlo y que comparezca ante la Justicia.

El chico lo abraza y se despide con la mirada de alguien que se pregunta lo que no tiene respuesta y espera lo que nunca ocurrirá. Acaba de verla hace un rato en la cara de un futuro Papa que solo quiere ser papá con treinta años de retraso. La ve a diario en su propio espejo al afeitarse.

No hago más que tropezar con viudos porque yo lo sigo siendo.

Pero también sigue siendo policía, de modo que redacta un rápido correo electrónico para Frontela, copiando los datos de Roland Roland para que confirme su versión. Consulta su reloj. Llegará con tiempo de sobra a la cita en la plaza de Tirso de Molina.

Suena el teléfono móvil.

Es el Súper.

Cuando éramos Nadies

—Por turnos, por favor —ordena Severo Justo.

Las voces superpuestas se acallan en la sede de la Brigada Especial de Crí-

menes Internacionales.

Dolores piensa que esta reunión sí que responde al carácter de «urgente», pero solo en apariencia. Los Apóstoles han cambiado la dispersión de hace unas horas por una enervante actividad sin dirección. En la mente de la mujer se representa una pantalla de televisión con una vista general de un campo de fútbol y tarda en comprender.

Somos como esos equipos de millonarios que salen a jugar convencidos de que ganarán solo con estar presentes, y de pronto el cuadro más humilde los desconcierta y golea.

Hace un año, le ganamos a Nadie porque éramos unos nadies. Seguimos derrotando a criminales más preparados que nosotros, hasta que nos creímos lo que dice la prensa.

Compramos la mentira de la Brigada Internacional y ahora un asesino de barrio nos está derrotando.

La tranquiliza comprobar que Justo parece centrado y activo, aunque prefiere no preguntar el motivo de la hinchazón en su pómulo izquierdo.

Dalia es la primera en reaccionar y detiene a Frontela, que lleva ya media hora transformándola en Virtudes, haciendo uso de una de esas inesperadas habilidades que el inspector colecciona. La imagen de la doctora Fierro resulta extraña, con media cara transformada en anciana y en la otra esa fiereza sin edad que todos conocen.

—Sigo sin un perfil del asesino o asesinos, parece que cambiara cada vez que estamos a punto de fijar su imagen. Creo que hay que descartar la teoría de los la-dronzuelos que le han pillado el gusto a las víctimas fáciles. Bakkali no tenía casi posesiones materiales y medía más de metro ochenta y cinco, según el informe.

Por otra parte, su muerte, como la de la muchacha francesa, también tiene algo de simbólico, casi político, diría yo.

—¿También dejó el cuerpo mirando hacia La Meca? —pregunta Frontela sin dejar de sumarle años a la cara de Dalia.

—No. —Justo suspira—. Peor que eso. ¿Lo explica usted, Caronte?

El forense vuelve de un lugar remoto en el que es felizmente atormentado:

—Hasta ahora, había usado el mismo cuchillo, muy afilado, capaz de degollar de un solo corte a las víctimas. En este caso, ha cambiado por un cuchillo más largo, del doble del largo del cuello del señor Bakkali…

—¡Entonces es otro asesino! —celebra Bermúdez.

—Creo que no, comisario. —Caronte lamenta desinflar el entusiasmo del otro—. Por la profundidad del corte, la fuerza empleada y otros factores, diría que estamos ante un mismo ejecutante del sacrificio. Solo que en esta ocasión ha va-riado el ritual. Las víctimas anteriores fueron degolladas de pie. El señor Bakkali estaba a cuatro patas, con la cabeza paralela al suelo. Además… Le habían lavado previamente el cuello en la zona del corte…

—¡Joder, joder, joder! —grita Frontela, y todos se sobresaltan.

—¿Qué tiene de raro? —protesta Paco—. Acaban de decir que Bakkali era un tío grandote. Pues por eso lo habrá tumbado…

—No, comisario. —A Frontela le tiemblan un poco las manos—. A las primeras víctimas, todas ancianas que iban a misa, las dejó mirando a La Meca y las degolló según el rito «halal», que usan los musulmanes para sacrificar a los animales y que no sean impuros para la alimentación.

—¿Y qué?

—Que por lo que cuenta Caronte, al líder de los inmigrantes musulmanes de Lavapiés lo sacrificó según el rito «kosher». ¡El rito judío!

—¡Joder, joder, joder! —Paco repite, sin saberlo, hasta la entonación de Frontela—. Ahora sí que se va a liar en el barrio…

—Algo no encaja —murmura Frontela—. Reducir a una ancianita es fácil, pero a un hombre del tamaño de Bakkali…

Caronte se disculpa:

—Olvidé incluir en el informe que no hallamos indicios de que usaran

cloroformo u otro anestésico conocido.

Todos se miran, comparten la pregunta muda: ¿Caronte olvidando un detalle como ese?

Justo carraspea:

—En todo caso, el dato del ritual judío no debe filtrarse bajo ningún concepto a la prensa, Pablo. —Su voz es cortante—. ¿Qué conclusión sacas de este cambio de *modus operandi*, Dalia?

La doctora Fierro se pone de pie, parece asustada en sus dos mitades:

—Que se burla de nosotros. No de nosotros en particular, sino de la sociedad, de su composición actual, de la que Lavapiés es como un laboratorio, un experi-mento a escala, quizás.

—¿Era zurdo, este asesino? —pregunta Bermúdez—. Dijiste que los tajos eran iguales. Llevamos ocho fiambres. ¿Cómo va el recuento?

—Cuatro con cada mano —responde Caronte—. Y si le parece bien, señor Justo, vuelvo a la morgue, a ver si la autopsia nos revela algo más.

Acuerdan una pausa para traer café y Dalia deja que Frontela le siga sumando años a su aspecto.

Mientras Caronte se marcha, Dolores advierte que el pequeño forense calza zapatos nuevos, como nuevos son el pantalón, la camisa y la chaqueta. También se ha recortado el pelo.

—Qué guapo estás, doctor García —le dice sin burla, pero el otro se sonroja, murmura algo y se marcha.

Llega el café y Justo vuelve a la carga mientras asiste, fascinado, a la paulatina transformación de Dalia:

—Cada vez que divisamos un camino a seguir, se bifurca en varios. De modo que vamos a seguirlos todos, sin descartar ninguna hipótesis, ni siquiera la de los ladrones asesinos. ¿Algún indicio al respecto, Paco?

—Nada, jefe. Hasta los chorizos del barrio están asustados y no salen por la noche. Mis informantes tampoco saben nada.

—¿Y la gente de… Mingo? —Severo baja la voz.

Incluso para un grupo tan atípico como la brigada suena excesivo contratar los servicios de varios sintecho para vigilar el barrio.

—Nada, tampoco. Con decirte que ayer me pidió la noche libre…

Dalia tose con una ironía que solo Dolores parece comprender.

Cabrona, esta me la pagas, piensa la *hacker* mientras levanta la mano:

—Yo no sé si servirá de algo, jefe. Pero creo que he hallado una conexión entre algunas de las víctimas.

—Adelante, Dolores.

—Se me había pasado, porque solo comparaba datos en las redes, registros, movimientos bancarios, propiedades… Pero luego decidí buscar en las noticias sobre el barrio para tener una visión general. En la prensa nacional, poca cosa.

Pero encontré algo en algunas publicaciones vecinales, boletines en PDF que fui descargando.

Hasta su nieto ha detenido su labor de Pigmalión y la mira como solía hacerlo antes de esa distancia interior que Dolores no comprende.

—Sigue, por favor. —Justo susurra, apenas.

—El caso es que las seis primeras muertas eran fundadoras de un grupo que quería frenar la especulación inmobiliaria en el barrio. Se hacen llamar Stop Buitres…

Justo parpadea, luego gira la cabeza y mira al Súper, que reacciona:

—Desde que Lavapiés fue nombrado el barrio más *cool* del mundo, el turismo ha crecido y los fondos de inversión se lanzaron a comprar viviendas para acondi-cionarlas como pisos turísticos. Ante las protestas vecinales, la alternativa es comprar edificios enteros y reformarlos como *hostels*…

—… Pero no puedes comprar un edificio entero si una vieja cabezota se niega a mudarse o a morirse —completa Dolores—. Hay empresas que les compran las casas a los viejos y los dejan seguir viviendo en

ellas… hasta que mueren. No he tenido tiempo de buscar a fondo… y esos cabrones crean sociedades cruzadas difí-

ciles de vincular. Pero al menos en tres casos hallé ofertas o acuerdos con un *holding* inmobiliario llamado LocusVivus…

—Telmo Ordóñez. —El Súper pronuncia el nombre con asco y temor a la vez—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Está metido, de un modo u otro, en todo chanchullo de construcción que pasa en Madrid…

—Al parecer, lo conoces, Pablo —sonríe Justo levemente—. Mejor, así acele-ramos las cosas. Quiero reunirme con él esta tarde. En su despacho.

—Pero… Justo, no sé si Ordóñez…

—Yo sí que sé. Dile que esta tarde en su despacho, o mañana a primera hora en Jefatura y que puede que la prensa ande por aquí. Verás como hace un hueco en su agenda.

—¿Estás seguro, jefe? Este tío se desayuna con ministros…

—Y yo me doy de hostias con un futuro Papa y en ayunas.

Todos se enderezan en sus sillas. No están habituados a que Justo sea tan expeditivo. Pero esta nueva actitud los electriza, se sienten cargados de una energía que creían perdida.

Severo se avergüenza, pero solo a medias:

—Confía en mí, Pablo —dice con tono amable—: Si tenemos que recorrer varios caminos a la vez, no hay tiempo para sutilezas. Y de paso, organiza un encuentro con los compañeros de Bakkali y otro con alguien de la ultraderecha con representación en el ayuntamiento. El asesinato de Bakkali también les perjudica a ellos y quizás puedan darnos alguna pista de elementos descontrolados. Paco te echará una mano.

El Súper asiente, aturdido. Pasa al otro despacho y comienza a telefonear.

Antes de seguirlo, Bermúdez se acerca a su jefe y le dice al oído:

—No sé qué coño estás haciendo, Justo. Pero no dejes de hacerlo.

—Hay algo más —declara Dolores—: la cabecilla de Stop Buitres es Amparo Castro, la mujer que estaba con la muchacha francesa. Yo no

descartaría que el degollador vaya también por ella.

—Tiene vigilancia encubierta, porque menuda es la señora, pero haz que la sigan dos hombres, Paco. Sin que lo note, o es capaz de emprenderla a mampo-rros con los agentes.

—Dalo por hecho, jefe.

Bermúdez parte, satisfecho. Le gustan las órdenes directas y claras.

Frontela está dando ya los últimos retoques a la «viejamorfosis» de Dalia, como la llama Dolores.

Justo le indica con un gesto a la *hacker* que pase a su despacho.

En cuanto cierran la puerta, ella le dice en voz baja:

—No sé qué te da esa periodista, jefe. Pero bravo por ella.

—Me dará lo mismo que le diste tú a Mingo anoche, supongo…

—¡Justo, irás al infierno! —bromea sorprendida—. ¿Cómo lo supiste?

—Dalia trae la misma ropa que ayer y unas ojeras felices de cama ajena. Es decir, que no durmió en el piso de Lavapiés y tampoco en su casa con Olga. Mingo pide la noche libre y tú dejas una pista a medio seguir…

—Vale, Sherlock. Pero algo querrás de mí, con tanto misterio.

—¿Has tenido alguna novedad de… lo nuestro?

—Dirás de lo tuyo, jefe. Y no. Tengo alarmas dispuestas por todo el mundo, que saltarán si Avellaneda o alguien con su perfil asoma mucho el hocico. Y

ambos sabemos que la discreción no es una de sus virtudes. Un tipo con sus posibilidades económicas y su gusto por el lujo destacará en un país pequeño como una mosca en la leche. Y en los países importantes los controles son más estrictos y las influencias de Avellaneda mucho menos influyentes. Así que no podrá quedarse mucho tiempo en ninguna parte.

—Eso quiere decir que…

—Que volverá aquí, donde tiene amigos poderosos que pueden darle una nueva identidad o algún arreglo para que quede libre de culpa.

La mirada de Justo es tan dura que Dolores se apresura a agregar:

—Pero cuando se acerque, lo detectaré. No lo dudes, Severo.

El policía se relaja, retorna el sentido del deber y suaviza el tono.

—Perdona. Y gracias por todo lo que estás haciendo. No quiero que te compro-metas por mi culpa. Quizás sea mejor…

—¿Dejarme al margen? ¡Ni se te ocurra! Soy la única opción que tienes para

pillarlo y lo sabes. Pero no me has llamado solo por eso.

Severo le pide que siga las pistas de los *mails* que acaba de reenviarle y los datos de una serie de personas que figuran en otro archivo.

Al ver el nombre de Juan Lebrón en el remitente, Dolores silva:

—Joder, con tus relaciones. Esta noche te llamo con lo que encuentre. Solo dime quién ganó la pelea. Porque tienes la cara hecha un cristo.

—Tendrías que ver cómo quedó el otro…

Salen riendo en el momento en que Dalia, convertida en Virtudes, ensaya la manera más convincente de encorvarse frente al espejo.

—Por cierto, Dalia —dice Justo con suavidad—: dile a Frontela que te quite el disfraz. Necesito a la doctora Fierro para las entrevistas de esta tarde.

Mientras el policía y la *hacker* salen, la psiquiatra comienza a traducir mentalmente la palabra «cabrón» a sus equivalentes en, por lo menos, treinta idiomas.

17

Un dios con una oreja menos

Tallar el sílex es casi tan difícil como conseguirlo, pero todo se logra con per-severancia y tutoriales de YouTube.

El *técpatl* ya está listo.

Solo falta acabar de decorarlo en condiciones y practicar un poco con

el maniquí relleno de algodón, que no es lo mismo que un cuerpo de verdad, pero tendrá que servir.

Repasa con el dedo el doble filo irregular pero cortante del cuchillo ceremonial mexica, el contorno que emula una hoja de árbol. Después de tres intentos ha optado por el diseño más sencillo, *nunca se sabe cuándo será la hora del sacrificio, hasta que se sabe*.

Y sabe que será hoy.

Pinta los extremos de color rojo sangre, para advertir al pedernal cuál es su función, por qué fue tallado de un trozo mucho más grande, acuchillado mil veces con el cincel para enseñarle a ser cuchillo. El resto lo deja con el tono blanco amarillento natural de la piedra, que es parte de la tierra que será beneficiaria del sacrificio.

Observa el resultado y siente que le falta algo. Mezcla motivos de dibujos que ha visto cientos de veces en estos días, pinta un ojo, labios y dientes que sobre-salen; se deja llevar por el entusiasmo y en el otro lado, en lugar de una pupila, dibuja una @.

Le parece lógico hasta que le parece absurdo. Quita con disolvente todo lo que no sean los extremos rojos del cuchillo.

El lado que hará las veces de empuñadura se va cubriendo con tiras de cuero hasta que puede sostenerlo con firmeza y sin cortarse. *No hay que dejar ninguna muestra orgánica susceptible de ser identificada.* El resultado no es tan espectacular, aunque le recuerda la humildad necesaria para su misión.

Pero sigue siendo un técpatl *soso*, admite.

Evoca con cierta nostalgia artesanal lo poco que le faltó para completar con éxito el bello *técpatl* que emulaba, casi a la perfección, uno de los más famosos diseños precolombinos, entre los pocos que han sobrevivido al olvido y los des-pojos.

En el extremo de la empuñadura había labrado la representación de Tonatiuh, el dios del sol, con su cara redonda, ornamentadas las orejas con algo que parecían grandes aros y el penacho de plumas coronando la cabeza.

Quiso su torpeza, o esos nervios que a menudo llegan y lo arrasan todo, que cuando el arma ceremonial estaba prácticamente lista, un último golpe de cincel cercenara una oreja divina.

Y un dios con una oreja de menos no está a la altura del sacrificio.

Porque está claro que la diosa demanda otro sacrificio.

Y lo tendrá.

Empuña con firmeza el puñal de ceremonia, se planta frente al maniquí y se lo clava en el pecho.

Hasta el mango.

Luego empieza a cortar.

18

Pequeños grandes hombres

Aunque la parte sensata y habitualmente al mando de Severo Justo le advierte que ya ha excedido cualquier cuota razonable de prejuicios de clase para un solo día, resulta inevitable establecer semejanzas y diferencias entre el empresario Telmo Ordóñez y el anaranjado ministro del Interior.

Se pregunta si todavía seguirán publicándose esos pasatiempos de los perió-

dicos de su infancia y de aquellas revistas (pocas) que su madre le compraba de contrabando para que el niño fuera niño y no esa miniatura de adulto demasiado serio que por momentos la inquietaba.

Dos imágenes aparentemente iguales y el juego consistía en detectar las siete pequeñas diferencias ocultas.

En el caso de Ordóñez y el ministro, son las grandes diferencias las que los asemejan.

En el entorno del político todo es grandilocuencia, laberintos y símbolos de poder para destacar su importancia; grandes despachos y altísimos techos que hacen parecer lógica su mesurada estatura.

En el caso del expolítico metido a empresario, el lujo se advierte en los peque-

ños detalles, todo tiene un tamaño algo menor de lo habitual, pero tan pulido y selecto que produce una serena sensación de grandeza en

torno al propietario del lugar y de tantos otros lugares. Sus movimientos son lentos pero eficaces y consiguen dar la impresión de que se trata de un hombre de mayor tamaño.

También el opuesto estilo cromático los iguala: el color cobre rayos UVA del ministro es la otra cara del tono sonrosado culito de bebé del señor Ordóñez.

El titular de Interior ostenta el poder; el hombre que solo figura como titular de un par de empresas pero controla muchas más, lo detenta.

Dos pequeños grandes hombres, se dice, con ironía.

Para ser justo, el policía matiza que la estatura de ambos encaja en la media española de su generación. No es probable que hayan jugado al baloncesto en sus

respectivas juventudes, pero tampoco que hayan sido objeto de burlas en la niñez por esa causa.

Supongo que todo será cuestión de estatura moral, concluye.

—Usted dirá cuál es el motivo de esta reunión, si me permite, un tanto apre-surada, señor Justo. Aunque es un honor conocerlo en persona…

Dalia piensa la palabra «serpiente» en varios idiomas.

—Verá usted, señor Ordóñez: creo que nos puede resultar de gran ayuda su conocimiento del mundo inmobiliario en un caso que estamos investigando…

—Nada me causaría más placer, pero nuestro protagonismo en ese sector es apenas testimonial…

—Yo diría que peca usted de modestia. O que me subestima, Ordóñez.

—¿Eso también sería pecado? —El empresario recoge el guante, parece divertido o a punto de divertirse.

—Sería un error. El poder es su negocio, por lo tanto es consciente del tipo de poder que puedo desplegar en estos momentos…

Dalia lo mira, sorprendida.

—Un poder efímero, Severo Justo. Si lo sabré yo. Estar en el centro del foco de atención solo sirve para quemarse con mayor rapidez.

Rápido repaso al minucioso expediente mental (*gracias, Dolore* s) sobre Telmo Ordóñez, que incursionó en la política de centro y se posicionó durante un breve tiempo como la joven promesa de la derecha moderna, hasta que descubrió que el verdadero negocio está un poco más atrás, donde casi nadie mira. Consiguió salir de la política pública sin ser vinculado a ningún escándalo de corrupción, *aunque siempre pasaba por allí cerca*, porque nada se le pudo demostrar.

El mundo de los negocios es más seguro y no faltan testaferros, profesionales en el arte de ejercer de cortafuegos para los que de verdad controlan las ganancias.

«Al conocer por dentro los vericuetos del poder político, yo también he vivido en las entrañas del monstruo», dijo en una entrevista, cuando todavía daba entrevistas, parafraseando a José Martí.

Luego dejó de dar entrevistas y comenzó a dar órdenes en la sombra.

Eso ha permitido que en estos últimos veinte años su influencia en sectores claves de la economía sea mucho mayor de la que reconoce.

Severo Justo se adelanta en la mesa y lo fulmina con una mirada que Dalia percibe apenas de reojo y, sin embargo, la asusta.

—Eso dígaselo usted a quien tenga miedo de quemarse, señor Ordóñez. O a alguien que quiera permanecer. No a mí.

Algo habrá leído en esos ojos el empresario, porque baja la mirada y asiente. El escritorio parece quedarle mucho más grande ahora.

Justo continúa:

—Quiero toda la información sobre sus negocios directos o indirectos relacionados con la compra de inmuebles en Lavapiés. Podría conseguirla por mis medios, pero tengo prisa. De modo que no me mienta o lo sabré. Todo. Hoy mismo.

En caso contrario, convocaré una rueda de prensa y desde luego que no mencionaré directamente su nombre ni el de sus empresas, pero encontraré la forma de que miren hacia este lado…

Varias de las Dalias deciden que les gusta esta nueva versión de Severo Justo.

Es como si la furia tantos años contenida se dejara ver.

Y es atractiva.

Dalia piensa que la fragilidad acorazada de Severo solía ponerla triste.

Esta chulería justiciera te pone y punto, dicen las Dalias.

El empresario sigue tragando saliva:

—Pero…, pero… Usted no hace esa clase de cosas, señor Justo.

—Hoy, sí. Cuando hay ocho víctimas, sí. Eso y lo que haga falta.

Aunque sigue atemorizado, el hombre sonrosado sonríe con alivio:

—¿Es por lo del asesino de ancianas? Le daré toda la información que necesite sobre nuestras inversiones y contactos en ese barrio. Por supuesto, le ruego la mayor discreción, porque hay mucha competencia. Pero cuente con mi colaboración, soy el primer interesado en que la seguridad vuelva a Lavapiés. Aunque costará mucho demostrarlo en el caso de que lo intente, poseo varios edificios que se irán convirtiendo en modernos *hostels* a medida que vaya obteniendo los

permisos municipales para derribar y construir…

Ordóñez, sin perder el miedo, trata de olvidarlo con una suficiencia que convoca el refrán y la voz de la madre de Justo: «El asno muy asno se cree caballo».

Dalia pregunta:

—Hay algo que no comprendo. Al menos en mis tiempos de estudiante, un *hostel* era poco más que una pensión y mucho más barato que un hotel barato.

¿Por qué se ha vuelto un negocio tan lucrativo?

—Nuevo siglo, nuevos negocios, doctora. El turismo tradicional, de familia europea tipo con dos niños, no es el fuerte de Madrid. Esa gente busca sol y playa para olvidarse del frío el resto del año. Tampoco seremos tan ingenuos como para pensar que los extranjeros vienen a esta ciudad para ver el *Guernica* en el Reina Sofía, o las obras de Goya en el Museo del Prado. El nuevo turismo de Madrid es un turismo bastante más joven y viene por la fiesta, por la diversión que, sin llegar a ser tan legendaria y salvaje como la de Ibiza, por ejemplo, tiene el encanto de la proximidad y los vericuetos de esta ciudad. Un

tipo de turismo dispuesto a pagar por estilo, un estilo de vida en el cual un hotel de tres o cuatro estrellas no encaja, pero sí un modernísimo *hostel* que cueste lo mismo, o más…

—Y Lavapiés es el barrio más *cool* de Europa…

—Eso fue hace unos años, pero todavía alcanza con la leyenda. Y en el futuro irá a más. Por eso, señor Justo —se vuelve hacia el policía—, por más que me tome muy en serio su amenaza y sé que podría dañar considerablemente mis negocios, si lo piensa durante unos segundos comprenderá que no sería yo tan estúpido como para hacer asesinar viejecitas y señalarme a mí mismo como sospechoso, además de crear la inseguridad en una zona de la ciudad en la que tengo ya muchas inversiones…

—Lo comprendo, señor Ordóñez. Pero también comprendo que varias de las víctimas han estado en negociaciones con sus empresas…

—Como casi todas las personas mayores del barrio, Severo Justo. Con mis empresas o con otras empresas. Lavapiés es un negocio de futuro, frenado por gente que ya no tiene futuro, casi. No somos los únicos que lo saben y quieren

obtener beneficios.

«Lógico», piensa Dalia en varios idiomas, y lo lamenta, porque le hubiera gustado ejercer en el hombrecito la clase de justicia, *o lo que fuera*, que aplicaba en otro tiempo, cuando la prensa llamaba *el Ráfaga* al misterioso vigilante que man-daba abusadores al hospital.

Mientras se despiden, la doctora Fierro piensa que todo es culpa de Olga, que ha vuelto a insistir con lo de acabar la misión de venganza contra el hombre que la dejó en coma y huyó del país. Ráfaga se ha despertado dentro de ella y no es una Dalia más, porque no solo habla, hierve recóndita, dispuesta a saltar en cualquier momento.

—Aunque me fastidie, creo que Ordóñez dice la verdad —comenta Severo—.

De todas formas, le pediré a Dolores que revise del derecho y del revés la información que nos dé. Me encantaría fastidiar a ese tipo.

Regresa el Justo de siempre y agrega en voz baja:

—¿Crees que se me fue la mano al presionarlo de esa manera?

—Creo que te quedaste corto, jefe. Llevamos tiempo quedándonos cortos con los malvados.

19

Asamblea de cadáveres

A nadie le asombra ya en el Instituto Anatómico Forense que Caronte García organice, de cuando en cuando, una de esas «asambleas de muertos» de las que no se habla, porque el Súper ha sabido extender un eficaz manto de silencio y amenazas para quien filtre algo a la prensa.

En cuanto a sus compañeros en la brigada, hace tiempo que renunciaron a entender cómo funciona la relación del estrafalario forense con los cadáveres de las víctimas. Como suele sintetizar el comisario Bermúdez aplicando su eficaz filosofía de barrio, «todo lo que hace Caronte es raro que te cagas, pero funciona».

En realidad, funcionaba. Ya no. Y García no sabe por qué.

Ha seguido el procedimiento habitual, ajeno a todo procedimiento oficial, pero que a él siempre le pareció de lo más lógico.

Hizo trasladar al Aula Magna los cuerpos de las ocho víctimas de Lavapiés, vestidas con las ropas que llevaban al ser asesinadas.

Ha «sentado» a los cuerpos en semicírculo, atándolos a los respaldos para que no se derrumben.

Y se ha situado en el centro, para «oír» lo que tengan que decirle.

Todo exactamente igual que en las ocasiones anteriores.

Pero no ocurre nada.

Exactamente igual, no, y lo sabe s, se dice Caronte García.

Las veces anteriores, se quedaba solo con los muertos.

Ahora está Libitina.

Y no es porque a la muchacha le haya parecido extraño o morboso reunir a los cadáveres. Al contrario, se ha mostrado, como siempre, entusiasta y admirada, aportando incluso una pequeña *pero importante*

innovación al amarrar los cuerpos por debajo de sus ropas para que las posturas parezcan más naturales.

Pero no ocurre nada.

No me dicen nada.

En realidad, Caronte sabe que los muertos no le hablan en el sentido estricto de la palabra, pero añora los tiempos en los que le bastaba con estar a solas con una víctima, hablarle, hacerle preguntas, y comprobar cómo iban surgiendo las respuestas.

Eran buenos tiempos, se dice Caronte.

Unos solitarios tiempos de mierda.

Desde que terminó la carrera, se dedicó por entero al trabajo, hasta el punto en que sus habilidades poco ortodoxas, sumadas a su aspecto inquietante, le valieron al mismo tiempo distinciones y habladurías, luego la expulsión y los trabajos poco relevantes en funerarias de tercera categoría, hasta que Severo Justo lo rescató.

Pero incluso en los peores momentos, los muertos le decían lo que necesitaba saber. *Lo que necesitaban decirme.*

El trabajo ha sido la única pasión de su vida.

Ahora está la pálida, casi traslúcida Libitina, y esos ojos enormes que lo miran todo el tiempo con una veneración que lo turba y le dispara las pulsaciones; pero sería mezquino culparla a ella, *tan bella, tan eficaz, de mi falta de capacidad. Si los muertos quieren seguir callados, que lo hagan. Pero que Libitina no deje de hablar*.

Pero Caronte sabe que de él depende, en buena medida, que no se incremente el número de muertos. Toma una decisión que lo hará sentirse culpable durante varios días, pero que sabe necesaria.

—Libitina, ¿no cree que el señor Bakkali está un poco ladeado? —La voz casi no le tiembla y hasta consigue esbozar cierto tono amablemente admonitorio—.

Parece que estuviera en un bar y no en una reunión de víctimas…

—¡Tiene razón, Caronte! Perdone mi torpeza, por favor.

La muchacha corre a ajustar la postura de un cuerpo que no necesitaba ajustes y Caronte se siente miserable. Doblemente

miserable, porque aprovecha que ella no lo ve para sustraer, de la pila de informes, los dos primeros y deslizarlos en su portafolios.

Libitina vuelve junto a él y Caronte solo oye el latido de su propio corazón.

Disimula, toma la lista de informes, improvisa una expresión de contrariedad:

—Se han olvidado de traernos los informes de las dos últimas víctimas… ¿Le molestaría…?

—¡Los traeré encantada, Caronte! —La pálida cara se sonroja, si eso fuera posible—. Aunque…, como me temo que acabaremos fuera de horario…

—Me aseguraré de que le paguen las horas extraordinarias, desde luego.

La cara de ella es casi rosa. Un rosa tenue:

—Yo… ¡Prefiero que me invite usted a cenar, Caronte!

El forense siente que su gran cabeza va a estallar.

—Cla-cla-claro, cuente con ello. Adonde más le apetezca.

—Me da igual, si voy con usted.

La muchacha sale rauda a cumplir su cometido y Caronte trata de silenciar el estruendo de su corazón.

No tiene mucho tiempo. Libitina es eficaz y al no hallar los informes, los mandará a imprimir de nuevo.

Mira a los ocho invitados.

—No sé quién os hizo esto, pero con vuestra ayuda puedo pararlo. A todos os pilló por detrás, pero alguno tiene que haber visto algo, aunque sea por un espejo.

¿Por qué a veces usa la mano derecha y otras la izquierda?

Aguza todos los sentidos.

Los datos de los informes forenses se mezclan y comparan en su mente, mientras estudia uno por uno a los muertos.

Los rostros de Claire y Bakkali desentonan en ese cónclave que suma más de quinientos años de vida.

Se centra en las otras víctimas, seis ancianas que parecen casi idénticas, salvo por las diferencias de estatura y grosor.

Hay algo que algunas quieren decirle, pero no se deciden, algo en las expresiones que casi nadie advierte, *porque nadie mira bien a los muertos, por eso todos les parecen iguales*. Y no lo son.

Hay algo que Caronte no alcanza a identificar, una conexión que intuye vital pero se esfuma. Decide buscar en las diferencias y tiene más suerte: dos de las

ancianas tienen algo en común con los dos cuerpos más jóvenes. Pero ¿qué?

Atisba la respuesta en el momento en que Libitina vuelve a entrar con las copias de los informes. El hilo se deshace como un aro de humo, pero al menos ha dejado en Caronte un indicio a seguir.

—¿Le han dicho algo, Caronte? —pregunta la joven forense, y la sangre de García se vuelve otra vez torrente y estruendo.

—Casi.

—¡Bien, bravo por usted!

El forense toma las copias de los informes y las une a los demás.

Va revisando los nombres y mira a cada muerto sentado.

Suspira.

—No hay mucho que celebrar, Libitina. Lo único que he podido captar es que cuatro de las muertes están vinculadas de un modo directo, no puedo explicarlo, pero comparten algo en la forma de morir… Son las cuatro ancianas fundadoras del movimiento Stop Buitres. Eso quiere decir que irá por las que faltan, incluida la líder del grupo, Amparo Castro. Hay que avisar a Bermúdez.

El joven aprendiz mira fascinado a la anciana:

—¿Y no pasó usted miedo, Amparito?

El veterano carnicero suelta una carcajada que retumba por el local.

—¿Amparito, miedo? Según contaba mi abuelo, en tiempos de la posguerra, hasta los guardias civiles le tenían miedo a ella…

—Es que estaban todos escuchimizados, los pobrecillos —se defiende Amparo Castro—. Se alimentaban mal y no era muy listos: si les dabas un puzle de dos piezas, te pedían las instrucciones.

La carcajada rompe el temor colectivo, que en el barrio se disfraza de indiferencia. Nadie quiere culpar a nadie, pero todo el mundo tiene internet y lee en Twi-tter las diferentes versiones, rumores y teorías que señalan el origen «exacto» de los asesinatos que se están sucediendo en Lavapiés.

Amparo hace uso de su privilegio de clienta decana, se cuela y le pide al

charcutero que le corte doscientos gramos de jamón «del bueno» y unas buenas lonchas de queso curado.

—Creí que el médico le había prohibido el jamón, Amparito —comenta el carnicero mayor.

—Y me lo sigue prohibiendo, el muy cabrito. Pero una también tiene sus ad-miradores. —La vieja sonríe con picardía.

Luego, con una dulzura exagerada, le pide al chico más joven:

—¿Serías tan majo de hacerme un favor?

—Lo que usted quiera, doña Amparito.

—¿Me comprarías una barra grande de pan aquí al lado? Es que no quiero perder la vez…

El chico recibe las monedas y sale a cumplir el encargo.

El carnicero mayor se burla:

—Tenía razón mi abuelo: maneja usted a los hombres como quiere.

—Eso era antes, hijo. Ahora soy un pellejo que camina.

Una mujer le pregunta cómo fue lo de su amiga la francesa.

Amparo matiza que no era su amiga, pero lo hubiera llegado a ser.

Alguien dice que hay que hacer algo, ya que la policía no hace nada y

que

«todos sabemos quiénes son los culpables».

Otro dice que no hay que criminalizar comunidades, y mientras se desarrolla un tímido debate en la cola de espera, vuelve el aprendiz de carnicero con una barra de pan.

—Eres más majo que las libras esterlinas, chaval.

—Querrá decir que las pesetas, Amparito.

—¿No sabes que las pesetas ya no sirven para nada?

Otra carcajada, esta vez general, distiende el ambiente.

—Hazme otro favor: parte la barra por la mitad y ábrela por el medio.

Con movimientos que al chico le recuerdan los de una ardilla de dibujos animados, Amparito reparte equitativamente el jamón y los triángulos de queso, formando dos generosos bocadillos, y los envuelve con sendos trozos de papel

encerado que el charcutero le alcanza sin haberlos pedido.

Amparito mete los bocadillos en la bolsa en el momento en que dicen en voz alta el número de su turno. Le alcanza un papel al carnicero mayor:

—Te lo traje por escrito, para que no te líes.

El carnicero se asombra del volumen del pedido de la vieja clienta.

—¿Tenemos fiesta esta noche o has adelantado la Nochebuena?

—Ojalá. Para mí, me pones lo de siempre, que es lo de la primera parte de la lista, hasta esa raya, ¿ves? El resto es para aprovisionar a la pobre Almudena, mi amiga. Ya sabes, la que vive en Jesús y María.

—¿Está malita?

—Digamos que padece del «cólico lavapiecero». Vamos, que está toda cagada de salir a la calle, por miedo a que la maten, la muy tonta.

—¡Pero ya sabe que si nos hace el pedido, se lo llevamos a casa!

—Lo sabe, pero está tan paranoica que solo me abre la puerta a mí.

El debate vuelve a generalizarse, pero Amparo lo ignora, como si fuera una pe-lícula que ha visto ya demasiadas veces.

Se despide de los dependientes y con su paso corto pero regular, baja por Mesón de Paredes.

Antes de llegar a la esquina con Juanelo, parece ser arrastrada dentro de un portal por una fuerza superior. Emite un grito sordo y corto.

Un joven de cabellos largos, que sacaba fotografías de los balcones, corre hacia el lugar y desde la parte de abajo de la calle hace lo mismo un hombre fornido que miraba el escaparate de una tienda de abalorios.

Convergen a la vez en el portal número 7, abierto de par en par, donde se encuentran con Amparito, que ofrece un bocadillo en cada mano.

—Tomad, chicos, estoy segura de que Severo Justo os pagará los viáticos, pero no bocadillos de jamón como este. Y perdonadme la travesura, pero al subir vi el portal abierto y no me pude resistir.

Los dos policías de paisano se miran, con los rotundos bocadillos en la mano.

Amparo sigue:

—Y decidle a Justo que gracias, pero que no creo que el asesino venga por mí…, todavía. Mejor haríais en proteger a la amiga a la que le llevo la compra, que ella también forma parte de la asociación…

Los mira con suspicacia.

—Me da que no sabéis de qué estoy hablando, pero vuestro jefe sí lo sabrá.

Decídselo así. Almudena Rodas es otra de las fundadoras de Stop Buitres, por eso está acojonada y no sale a la calle. Es más, si queréis, dejaos de jugar a seguirme con disimulo y me acompañáis ahora, para conocer el lugar.

—Señora, nos compromete…

Doña Amparito mira al más alto con pena y suelta una de sus carcajadas juveniles:

—Ay, muchacho, que te estoy pidiendo que me acompañes, no que me

lleves a bailar a la Fiesta de la Paloma. —Suspira—. En fin, ya que me vais a seguir, por lo menos quedaos con la copla del portal de mi amiga. Vive en el 4 C. Nos vemos, chicos, aunque yo no debería veros, pero nadie nace sabiendo.

Y se marcha correteando entre los adoquines, como si fuera una de esas lluvias veloces de sus tiempos mozos, cuando ella también era tormenta.

20

Un Tetris en la nevera

El inspector Jorge Frontela entra a la cafetería con el gesto despistado de siempre, *pero hay algo más*, que Dalia no logra definir. Se sienta y saluda a Justo con formalidad, *pero hay algo más*, dicen algunas de las Dalias.

Observa al joven policía y la Dalia que no terminó el doctorado respectivo pero es experta en microexpresiones capta la línea de la boca endurecida, el ceño que se empeña en no fruncirse y una mirada que esquiva la del jefe y está cargada de ira.

Aunque parezca imposible, Frontela está enfadado con Justo, se dice Dalia, pero no sabe por qué.

—Perdone que le hiciera venir hasta aquí, Jorge —dice Severo en un tono que no contiene disculpa alguna—, pero no tenemos tiempo que perder. Llevo horas dándole vueltas a lo que comentó Dolores en la reunión, sobre la dificultad de localizar datos de algunas de las víctimas, y creo que hemos abusado de nuestra dependencia por la tecnología. Los algoritmos pueden cruzar datos, pero para eso los datos tienen que estar dentro del sistema, y estamos hablando, en la mayoría de los casos, de víctimas que nacieron cuando el siglo pasado todavía estaba casi por estrenar. Afortunadamente, incluso sin estar incorporada dentro del sistema, hay muchísima información antigua digitalizada en PDF.

—No entiendo adónde quiere ir a parar, señor.

Rabia contenida y mal disimulada, dictamina la Dalia psicóloga sin necesidad, y las demás la abuchean. La devoción de Frontela por Justo ha sido objeto incluso de bromas en la brigada, por eso es tan extraño este evidente mosqueo que el jefe del grupo busca incrementar.

—A que tenemos que revisar todas las conexiones entre las víctimas que no están directamente en internet. Habrá que buscar en archivos, expedientes, revolver papeles antiguos, incorporar los datos a los algoritmos de Dolores.

—Y usted pretende que yo…

—Yo no pretendo: le doy una orden. Es mi hombre más valioso y…

—Pues no lo parece, señor Justo.

A que se lían a hostias, dice la Dalia peleona y casi asesina.

Pero Justo no parece haberlo escuchado:

—Es usted mi hombre más valioso y por eso lo pongo al frente de una tarea que puede evitar nuevas muertes. ¿Necesita que le dé más razones?

—No, señor. —Frontela contiene su enfado y puede más el sentido del deber, *cuánto se parecen estos dos hombres tan distintos*—. Entonces ¿me autoriza a reclutar gente y tomar las medidas que crea necesarias?

—Lo autorizo, y quiero que coordine todo bajo la dirección de Dolores.

El más joven está otra vez a punto de saltar.

—¡Es ilógico! Si quiere que haga esto, es porque ella ha fracasado.

—Frontela, debería saber que su abuela nunca fracasa; solo a veces tarda algo más, o necesita un poco de ayuda. ¿Y quién mejor que usted?

Abre la boca para objetar, pero le puede más la dignidad. Se marcha después de ponerse en posición de firmes, aunque no lleve uniforme ni suelan utilizarse esas maneras dentro de la Brigada de los Apóstoles.

—Como no tienes ya pocos enemigos, te inventas nuevos entre los escasos amigos que te van quedando —ironiza Dalia.

—Solo hago mi trabajo. Y tengo que hacerlo pronto y bien.

—Para eso no necesitas putear al único tipo más o menos normal de la brigada… ¿Vas a seguir jugando al misterioso o me contarás qué ocurre?

—¿Tengo elección?

—Sabes que no.

Justo revuelve su café y le pide otro con un gesto al camarero.

—He recomendado a Frontela para un ascenso.

—¿Y por eso te odia de repente?

—Un ascenso significaría un cambio de destino, dejar la brigada.

—¿Y por qué le haces eso, si sabes que adora trabajar contigo?

—Es lo mejor que puedo hacer por él, Dalia. No nos engañemos: nuestro equipo tiene fecha de caducidad. Este país no admite anomalías como nosotros

durante mucho tiempo. — *Y tampoco yo estaré tanto*, se dice.

—Entonces…

—Entonces, lo mejor para un policía de la calidad y la talla de Jorge Frontela es alejarlo de nosotros antes de la caída. Porque caeremos.

—Creo que eso lo escuché ya demasiadas veces y seguimos en pie.

En todo caso, yo caeré, piensa Justo, y se muerde para no decirlo.

—Lo que tú quieras, pero no me apuesto el futuro de mi mejor hombre a esa posibilidad. Supongo que algún día lo entenderá.

—Ey, que la psicóloga soy yo, y no creo que te perdone por mucho tiempo.

Pero hay otra cosa que no me cuentas. Me parece que hoy estabas intentando to-carle las narices, enfadarlo todavía más.

—Menuda psicóloga estás hecha si no te diste cuenta de que lleva semanas ofendido con Dolores, y la pobre mujer, por dura que sea y parezca, está sufriendo.

Creo en la necesidad de este procedimiento, pero tampoco les vendrá mal tener que trabajar juntos y que se aclaren.

—Pues me la has colado.

Dalia se pregunta por qué no advirtió esas señales evidentes. La respuesta: *de tanto escapar de Olga, estás escapando también de la gente que te quiere*.

Imposible saber qué Dalia lo ha dicho.

—Jorge no es el único al que voy a cabrear —murmura Severo.

—Genial —bromea ella—. Tu nuevo puntito macarra resulta sexi…

—Tengo que pedirte un favor.

—Lo que sea —responde, y sabe que es cierto.

—Necesito que te encargues de llevar adelante los interrogatorios: el Súper o Bermúdez te acompañarán para darte un respaldo oficial, pero saben que la que manda eres tú y que tienes carta blanca.

—Pero ¿tú por qué no…?

—Porque tengo que ocuparme de otro asunto. Serán solo un par de días, espero. Y puedes llamarme si surge algo urgente.

—No entiendo —dice Dalia.

—No te pedí que entiendas, sino que me hagas un favor.

Dalia ordena silencio en el simposio de Dalias dentro de su cabeza.

—Vale, lo haré. Pero con una condición.

—Si puedo respetarla…

—Tendrás que respetarla. Yo te cubro si me prometes que eso que tienes que hacer no guarda relación con Javier Avellaneda. Mejor, júramelo, que aunque seas solo un excura, seguro que eso te jode más.

Severo Justo suspira, levanta la mano derecha imitando a los testigos de las pe-lículas y apoya la otra sobre el servilletero, como si fuera la Biblia:

—Te lo juro. ¿Estás satisfecha?

—Para estar satisfecha, tendrías que ofrecerme más cosas —provoca Dalia, y se pregunta por qué.

En lugar de escandalizarse, Justo sonríe.

—Ya te he procurado una excusa para llevar casi dos semanas fuera de tu casa.

¿Te parece poco?

—Me parece que además de más espontáneo, te estás volviendo más cabronazo. Pásame los contactos, que me ocupo de los interrogatorios. Pero cuando esto acabe, tienes que contarme de qué va.

—Palabra de cabronazo —dice Justo, y se sonroja un poco.

—De excura cabronazo. Y con eso me alcanza.

Almudena Rodas coloca los paquetitos de carne dentro de la nevera, cada uno encaja al milímetro con los otros hasta llenar el espacio disponible. Amparito se burla y le dice, como siempre:

—Lo tuyo no es una nevera, es un jodido Tetris, Almu.

—No sé cómo agradecerte, Amparito. Me estaba quedando sin nada.

—Mira que eres exagerada: con lo que tienes en la nevera podrías sobrevivir seis meses. Pero tienes que salir a que te dé el aire, mujer…

—No me atrevo. Ojalá fuera como tú. Aunque esto es un poco culpa tuya. Si no llegas a insistir tanto con lo de organizar Stop Buitres…

—¿Y qué debíamos hacer, dejar que nos quitaran las casas sin luchar? ¿Dónde guardas el licor, Almudena? Y no me vengas con que lo tienes prohibido, que te canta el aliento a coñac del caro.

Cierra la nevera, suspira y camina hasta una estantería llena de tomos encua-dernados en color verde. Desplaza un par y saca la botella. Amparo ya ha preparado dos copas. Beben y Almudena se calma un poco.

—Perdona, eres la única persona que cuida de mí y encima te echo la bronca.

¿Crees que estamos en peligro?

—No creo. Pero que se ocupe la policía. ¿Te acuerdas de Severo Justo, el pasma ese tan serio que sale en la tele? Pues te pondrá a dos agentes para prote-gerte…

Almudena está a punto de dar un salto de alivio, pero le puede más el peso de la queja permanente *que la acompaña desde que tenía cuarenta y pocos y enviudó de aquel inútil*, se dice Amparo. Almudena no pierde la ocasión de recordarle que es un año y medio más joven que ella, pero su lloriqueante forma de enfrentar la vida la hace parecer mayor.

—¡Gracias! Aunque… Me temo que al final, los buitres se saldrán con la suya.

—No seas pájaro de mal agüero, mujer. Y ponme otra copita.

El comisario Francisco Bermúdez aprovecha la soledad provisional de la sala de reuniones de la brigada para repasar nuevamente el gran panel de acrílico sobre el que durante días han ido pegando las fotos y fichas de las víctimas, los posibles nexos, las pistas que parecían prometedoras y no llevan a ningún lado.

De reojo vigila la puerta, no quiere que el Súper o algún otro lo sorprenda.

Desde el principio se ha burlado ferozmente de los que él llama «recursos de pe-lícula yanqui de la tele a la hora de la siesta», reivindicando la sabiduría y la investigación a pie de calle, el valor de los informantes, la tendencia de los delincuentes a pavonearse y presumir de sus logros, la importancia de tener algo de mano izquierda, *y si hace falta, de vez en cuando, una buena hostia con la derecha*.

Y no es que Paco Bermúdez haya renegado de ese credo callejero en el que ha

basado buena parte de su carrera. *Eso sería como hacerme del Madrid*, piensa mientras acaricia su escudo de oro y diamantes del Atlético, infaltable en su solapa izquierda.

Pero a fuerza de comprobar el acierto de los razonamientos de Dalia y de Justo, el vudú de los ordenadores de Dolores y hasta la lógica burocrática que comparten Pablo y Frontela, tiene que admitir que toda esa parafernalia *a veces resulta más práctica que salir a apretar choricillos*.

En otras palabras, aunque preferiría ser fusilado antes que confesarlo, Paco lleva un buen tiempo adquiriendo una visión global de los casos, de la que se cuida de hablar con los demás.

Incluso ha leído unos cuantos libros (en el baño de su casa, no sea cosa que su mujer se vaya de la lengua con su cuñado *y ya tengamos la broma asegurada para años*) sobre psicología del crimen, personalidades psicopáticas y otros temas que un par de años atrás le hubieran parecido una verdadera pérdida de tiempo.

Vuelve a mirar el panel de víctimas, buscando una lógica imposible, *porque no hay lógica alguna en lo que está ocurriendo*.

Sobre el gran mapa ampliado de Lavapiés que está en el otro costado de la sala hay ocho chinchetas rojas como árboles de sangre, pero tampoco la distribución de esas señales deja ninguna pista que seguir.

La pista de las cuatro viejas asociadas para frenar la especulación es prometedora, pero pierde consistencia frente a la otra mitad de las muertes.

Es como si fueran dos asesinos con dos planes diferentes, pero actuando coordinados, se dice, y se dice también que está leyendo demasiados libros. *Aunque Caronte está un poco agilipollado, incluso funcionando a media máquina es mejor que cualquier forense, y parece seguro de que es el mismo asesino. Entonces ¿por qué cambia de mano para matar?*

Piensa en los rituales diferentes para matar, hermanados por cierta vocación simbólica, *que si no la ha encontrado Dalia, mira si la voy a encontrar yo*.

Revisa nuevamente las zonas aledañas a las muertes y la disposición de las cámaras de vigilancia en la calle, los horarios de las patrullas y coches camuflados

que recorren las calles, la red paralela de mendigos supuestos y profesionales que comanda Mingo.

A estas alturas ya deberían haber hallado algún indicio y no tienen absolutamente nada.

—Es una cosa de locos —admite el comisario Bermúdez en voz alta.

Sale y apaga la luz.

Entra otra vez, enciende la luz y vuelve a revisar el diagrama de movimientos, que puede parecer lógico e ilógico al mismo tiempo.

Busca un número en su teléfono móvil, espera a que atiendan del otro lado y suelta su vozarrón:

—¿Frontela? Sí, claro que soy Bermúdez. ¿Quién coño voy a ser, el rey Juan Carlos? Y desarruga el morro, que aunque no te vea, te veo y yo no soy Justo. No sé lo que te pasa con él, pero ya me lo contarás. Ahora necesito que me hagas un favor y que quede entre tú y yo. ¿Entendido? Ya hemos probado con los ordenadores, con las cámaras, con los informantes, con los mendigos y nadie nos ha dado ningún dato.

—…

—¡Exacto! Yo he dicho lo mismo: esto es una cosa de locos. Por eso quiero que me localices al loco más lúcido de Lavapiés. ¿Detenerlo?

¿Para qué? No lo quiero como sospechoso. Lo quiero como asesor.

Almudena Rodas se detiene frente a la puerta de su piso y suspira más aliviada, pese a que bajar los cuatro pisos y volver a subirlos, aunque sea despacio y acompañada de ida y vuelta por la vivacidad de Amparito, resulta agotador. *Ella es agota-dora, no sé de dónde saca tanta energía, a su edad.*

No paró de insistir hasta que bajaron a la calle y le presentó a los dos policías de paisano que estaban cerca del portal. Y ahora, al volver, la ha acompañado hasta el último descansillo, sin dejar de bromear sobre sus temores, como si no estuviera muriendo gente.

Suspira otra vez.

Como dice Amparito, es probable que con todo el ruido que hacen en la tele con los asesinatos de Lavapiés, los buitres de las inmobiliarias tengan que dejarlas en paz. *Y si no lo hacen, al menos los hemos jodido y bien*, se dice mientras abre la puerta.

Igual hasta se permite otra copita de coñac para celebrar.

Cierra las dos cerraduras, pasa los tres cerrojos y echa la cadena.

Igual hasta son dos copas.

Al girar se encuentra cara a cara con la muerte. Lleva en la mano algo que parece una hoja de árbol pero hecha de piedra.

Tiene la punta de color rojo sangre.

Está a punto de preguntar qué es.

Pero no llega a hacerlo.

El *técpatl* se le clava en el pecho.

21

Como un cielo sin estrellas

El barrio es un barrio cercano al que en otro tiempo fue un poblado de chabolas y ahora casi no. Ya apunta tímidas maneras gentrificadoras en algunos de los bares y comercios. Hasta donde Severo Justo sabe, buena parte de los vecinos que hoy transitan con calma por las aceras provienen de aquel otro barrio en el que hace treinta años Lebrón y Charo soñaron un mundo mejor. Muchos de ellos, al menos los de mayor edad, en aquel tiempo se hubieran alarmado al ver pasar un coche de policía como el que ahora rueda a velocidad moderada y en lugar de fiscalizar a los paseantes parece proclamar que está allí para protegerlos.

Acaso me imagino todo esto porque nunca he vuelto a aquel poblado donde conocí a Alicia hace tantos años, casi los mismos que Juan a Charo, acaso quiero imaginar que también allí la prosperidad medida pero constante se logró pese a mi deserción justi-ficada por amor. Acaso, como diría Lorna, que se proclama de izquierdas aunque trabaje para una empresa de derechas («¿y cuál no lo es?», suele decir con ese gesto juvenil y rebelde que nunca vende a las cámaras por bien que le paguen, y que a mí me regala aunque mi capital se componga de tristezas), acaso todo se reduzca a que el capita-lismo necesita clientes y por eso les miente, para que sigan comprando.

Severo Justo ha realizado las llamadas y gestiones de los próximos dos días con la distancia imprescindible para dejar de mezclar su historia con la del futuro Papa. Más allá de la solidaridad del viudo, Lebrón tiene un hijo vivo. Y hará lo necesario para encontrarlo.

La propia cafetería en que lo ha citado María Gallós ratifica sus impresiones al paso en las aceras: se mezcla la experiencia de bar de toda la vida, incluidos el chino anclado a la máquina tragaperras y el borracho profesional que se habla a sí mismo y no le gusta lo que se dice, con la presencia en la carta de tostas que incluyen el inevitable queso de cabra, la verde pretensión esmeralda de la rúcula y hasta la irritante omnipresencia de la reducción de Pedro Ximénez en por lo menos la cuarta parte de las propuestas culinarias.

Por suerte, los torreznos y las gallinejas aportan la mínima cuota proletaria, y en el apartado de dulzuras, las magdalenas se siguen llamando «madalenas» y no *muffins*.

En una mesa apartada, casi un recoveco que le recuerda al suyo en el bar cerca del ministerio, una mujer que no niega ninguno de sus años

pero puede presumir de la belleza de todos ellos le hace un gesto discreto.

Severo simula no haberla visto, pide un café solo doble en vaso en la barra, lo espera y lo lleva agarrando el vaso por los costados, como si no le importara quemarse o como si no le quedara ya suficiente sensibilidad. Y ambas respuestas son acertadas.

María Gallós es morena, aunque ha dejado que las canas broten a su albedrío, y sospecha que comenzó a hacerlo cuando todavía no era una tendencia liberadora ante de la esclavitud de los tintes. Los ojos son grandes y profundos, intermi-nables, *como un cielo sin estrellas o un pozo sin fondo, habrá que ver*. Viste una camisa abierta que no oculta un cuello que, en efecto, refleja el paso del tiempo, pero tiene la poderosa condición de ciertos cuellos que lo resisten toda la vida y lo hacen jugar a su favor.

María Gallós ha sido, fue y será una mujer muy atractiva a la que parece no importarle serlo, *pero le importa, a todo el mundo le importa.*

Coordinadora de trabajadoras sociales, sigue pudiendo entrar donde casi nadie se atreve, y según los informes de Dolores, goza de un respeto bien ganado entre todos los sectores de poder de la zona.

Lo que el informe no decía es que posee un sentido del humor «directo y cabronazo», que diría Dalia Fierro, y de pronto Justo se arrepiente de no haberle pedido ayuda en este caso.

María Gallós sonríe, un poco despectiva:

—¿En serio cree que con ponerse un sombrero y unas gafas oscuras la gente no reconocerá a alguien que sale en la televisión a todas horas?

—Yo no salgo, me sacan. Y si la compromete que la vean conmigo aquí, le recuerdo que eligió usted el lugar de encuentro.

—A mí no me compromete nada, Severo Justo. Pero me mueve la curiosidad.

Por teléfono dijo que necesitaba verme, pero no para qué.

Justo bebe un sorbo de café y se quema el paladar pero disimula. Quizás incluso lo haya hecho a propósito, porque necesita no sentir nada para ser más eficaz.

—Para que me cuente, por favor, por qué le mintió hace treinta años a

Juan

—omite el apellido, pero tampoco era necesaria la aclaración: María sabe de qué Juan le habla.

—Le mentí porque Charo me lo pidió y porque él necesitaba seguir adelante. Lo hice por el bien de los dos.

—¿Y a mí?

—A usted, ¿qué?

—¿Por qué me va a mentir cuando le pregunte por Karim Bouziane…?

Se sorprende, pero disimula y pasa al contraataque.

—¿Quién lo pregunta, la policía o la Iglesia?

—¿A qué se refiere?

—No hay nadie en España que ignore que el supermadero de hoy, ayer fue sacerdote.

—Lo pregunto yo. —Aplica esa mirada temible recién descubierta, pero con ella no parece funcionar—. En realidad, lo pregunta Juan.

Da la respuesta por buena:

—Lo imaginé, pero quería estar segura. Y no tengo que mentirle: hace más o menos un mes, un chico con acento marroquí me llamó por teléfono, me dijo quién era y quedamos en este mismo bar. No le creí. Pensé que sería algún estafador, o peor todavía, algún cabrón de la prensa sensacionalista buscando un escándalo para joder a Juan. Lo mandé a paseo, se puso un poco pesado, pero por aquí soy bastante conocida y le bastó ver la cara de los parroquianos para marcharse por donde vino. Fin.

Severo Justo lleva su vaso hasta la taza de café de ella y lo choca ligeramente antes de elevarlo.

—¿Por qué brinda? —pregunta María.

—Porque ha tardado menos de lo que esperaba en hacerlo.

—¿Qué?

—Mentirme, María Gallós, mentirme. Era usted la mejor amiga de

Charo García, hasta el punto en que tuvo que participar en su escapada, es evidente. Y si Charo murió durante el aborto, ¿cómo se enteró usted para contárselo oportu-namente a Juan para que dejara de buscarla?

—Si no me cree, vaya a Marruecos y averigüe.

—No me hace falta ir: tengo una *hacker* de ochenta años que vale por seis de veinte y varios contactos importantes en la policía marroquí. Cinco años de exilio dorado en Bruselas dan para mucho, ¿sabe? Si necesito averiguarlo por mi cuenta, tardaré un poco más, pero lo haré. —La mira directamente a los ojos sin fondo—.

Pero eso aumentará la posibilidad de filtraciones y de que la historia perjudique a Juan.

Ella baja la cabeza y por un momento Severo Justo la imagina hace treinta años, cuando no sería más bella, pero sí más salvaje, y se pregunta cómo ha resistido semejante tentación un Lebrón que acababa de asomarse al deseo. Y se responde que *tenía que estar muy enamorado de Alicia, quiero decir de Charo*.

—Vale, me fiaré de usted. Pero no se lo cuente a Juan, porque eso lo destruiría.

Charo tenía dos caras: por un lado era la luchadora de los derechos de la gente del barrio y, por otro lado, quería meter la cabeza en todos los trapicheos, pero sin dar la cara. Era una cabrona, pero era mi amiga. Al principio se quiso tirar al curita porque estaba muy bueno y punto; pero luego supo quién era y la pasta que tenía su familia, y le siguió la corriente con la intención de desplumarlo.

Hace un gesto hacia su taza y Justo se asoma y le pide otro café.

—Ya entonces estaba liada, en secreto, como todo lo que hacía, con Mustafa Bouziane, uno de los primeros marroquíes que llegaron con las pateras, pero en lugar de buscar papeles y trabajo, buscó negocio fácil y encontró la droga y muchas cosas más. Pretendía ser un jefe mafioso de película, pero en realidad era solo un pequeño delincuente pretencioso. Lo que sí hacía bien era mantenerse en

segundo plano, para no llamar la atención. Pero entre los negocios que estaba haciendo Charo bajo cuerda y el ruido que hacían sus iniciativas barriales con Juan, la atención vino sin que la llamaran o porque la habían llamado demasiado. Los verdaderos jefes de todo lo que se movía por aquí empezaron a hacer preguntas, hasta que salió a

relucir el nombre de Bouziane. En esa época, Charo se quedó embarazada y no sabía de cuál de los dos. Pero su hombre era el moro y lo acompañó en su huida a Marruecos, llevándose de paso la pasta que habían juntado con Lebrón para un proyecto de cooperativa. No le dije nada a Juan porque hubiera sido capaz de ir en su busca y de allí no habría vuelto. Durante años me mantuve en contacto esporádico con ella y supe que le había dado gato por liebre a Bouziane, diciéndole que el niño era suyo, y que el moro no había tardado en meterse en líos en Marruecos, así que tres o cuatro años después se lo cargaron.

—¿Y del niño qué le dijo?

María Gallós busca en su bolso y le tiende una foto Polaroid con los colores desleídos pero bastante definida pese a los años de antigüedad, quizás porque la depositaria la ha guardado a salvo de la luz.

En el fondo se ve un barrio pobre, pero no demasiado, pocos coches, antiguos para la fecha apuntada con bolígrafo al pie, y en primer plano una mujer vestida con un caftán negro con adornos dorados, posiblemente de fiesta, que no logra disimular unas curvas rebeldes; tiene la mirada altiva, los labios carnosos, los ojos grandes y extrañamente celestes, el pelo rotundamente negro y una belleza que empalidecería la imagen que Justo se ha hecho de María Gallós en otro tiempo.

Todo esto lo registra y lo archiva en alguna región recóndita de su mente, porque el resto está atenta a la figura que hay a su lado.

Un niño de unos diez años, con mirada de pillo malhumorado, evidentemente incómodo en la ropa de domingo que le ha obligado a ponerse su madre para la fotografía.

Tiene los ojos de la madre.

Y es una miniatura a escala milimétrica del arzobispo Juan Lebrón, futuro cardenal, próximo Papa.

—Ahora está igual, pero con veinte años más —informa María—, y por suerte lleva el pelo casi rapado, que si no, lo confundirían en la calle con su padre. Me dijo que quería solamente conocerlo y hablar con él, que no pretendía nada más y mucho menos arruinar su futuro. Su madre murió hace cuatro años y solo al final le contó la verdad.

—Y fue usted quien le recomendó que escribiera la carta.

—Sí, por más años que hayan pasado, no creí que Juan hubiera cambiado tanto como para ignorarlo.

—¿Y qué más?

—Nada más. Supuse que se encontraron, a mí no volvió a llamarme.

—A Juan tampoco. Y todos los esfuerzos que hizo para localizarlo han sido en vano. ¿Le dijo al menos dónde se alojaba?

—Me dijo que estaba en un hostal en Lavapiés, pero no en cuál.

Últimamente todo ocurre en Lavapiés, se dice Severo Justo.

Pero se dice también que los ojos sin fondo están llenos de miedo.

—Hay algo que está callando usted, María. Cuéntemelo todo y le prometo dejarla fuera de esta historia.

—Es una historia de fantasmas y no creo que pueda dejarme fuera.

Justo espera.

Ella se acerca y pronuncia las palabras con susurros entrecortados:

—Hace unas semanas lo vi, no estaba segura al principio, porque iba en uno de esos coches con cristales oscuros. Un coche grande, blanco y ostentoso, de los que en nuestro viejo barrio hacen que la gente mire hacia otro lado. Pero bajó la ventanilla para tirar el cigarrillo y lo vi. Mustafa Bouziane, el muerto que no está muerto, y me temo que ha vuelto para recuperar el trono que nunca conquistó.

22

Una pared en blanco

Sabe que no debe hacerlo y por eso lo hace. Detesta sus motivos y lo que representan en cuanto a faltar a los principios de los que presume ante sí misma y todas sus Dalias. ¿Por qué lo hace, entonces? *Porque no sabes qué hacer*, le contestan algunas de ellas, *porque eres valiente para casi todo menos para lo importante, porque eres una maldita sabionda desde que éramos niñas, te avergüenzas de ello y también te regocijas, porque buscas una excusa cuando solo necesitas razones*.

Las voces callan un segundo.

Y porque eres gilipollas, concluye la Dalia que antes llamaba Ráfaga.

Dalia Fierro las manda callar con el método de repetir la palabra «verdad» en todos los idiomas que recuerda y son más de treinta, aunque al llegar a *totuus* (nú-

mero catorce, finés) se detiene.

Comienza a salir gente del feo edificio de la Facultad de Ciencias de la Información. Es casi de noche y los grupos se entretienen conversando o se dispersan rumbo al metro.

Ahora sí se siente ridícula y sucia, le parece más desleal haber alquilado un coche para espiar a su mujer que haber pasado la noche con otra, *y no descartas volver a hacerlo en breve, que llamarse Vania ya es mejor que llamarse «mentirosa»*, se burla una Dalia, y las otras ríen.

No tiene derecho a estar allí y a desconfiar de las salidas de Olga con sus compañeras de facultad, todas bastante más jóvenes; fue ella misma quien apoyó su idea de retomar los estudios donde los dejó, como si la vida no se le hubiera parado durante dieciocho años por la paliza de un energúmeno, como si solo hubiera sido una siesta larga de la que se despertó con el triple de ganas de vivir.

Creyó que sería bueno para un matrimonio que todavía no recordaba haber pro-puesto pero sí firmado.

Por eso se insulta a sí misma por estar aquí, en un coche negro y pequeño, a la salida de la facultad, para buscar un atajo, *el camino más fácil*, dice la psicóloga, *el*

que resulte menos dañino para ambas, apunta la terapeuta, *que os den a*

las dos y que no os guste, concluye Dalia Ráfaga.

En algún libro de los miles masticados durante sus numerosos doctorados, leyó que verificar una verdad que ya se conoce es como pintar de blanco una pared blanca recién pintada: mientras lo haces notas la diferencia, pero un instante después, está igual que antes.

No me jodas, eso te lo acabas de inventar, apunta Ráfaga, que por entonces casi nunca iba a clase.

Vete a la mierda. Dalia espera en vano que las demás la apoyen.

Podría recordar o inventarse una bibliografía para ganar el debate con sus voces interiores, pero no dejarían de tener razón: está ahí para intentar lavarse la última culpa, que no son los besos de Vania ni (por fin lo admite) la paliza que el cabrón de Yago propinó a Olga cuando hace tanto ella le recomendó enfrentarse a su ex. Esa supuesta culpa la estuvo pagando durante todos estos años de entrenamiento y, hasta no hace mucho, de palizas casi mortales a docenas de abusadores impunes oculta tras un pasamontañas.

La verdadera culpa que trata de pintar de blanco sobre blanco *son dos culpas y lo asumo: la primera es que no me convertí en Ráfaga para vengar a Olga, sino porque estaba destinada a serlo y para desquitarme de los propios abusos que yo, la pequeña, fuerte e indomable Dalia Fierro, dejó que un imbécil parecido a Yago cometiera conmigo*.

Eso es bueno para ti, comenta compasiva la terapeuta.

Ya era hora, apunta casi con ternura Ráfaga.

No te pares ahora, dice la psicoanalista.

Y Dalia no se para y admite que la verdadera culpa con la que ha cargado todos estos años, la que la llevó a proponerle (*sí, fuiste tú, por fin lo asumes*) matrimonio, la que aceptó sin exponer sus dudas iniciar el proceso de fecundación *in vitro*, la que le impide o al menos retrasa una ruptura necesaria, es una de esas verdades brutalmente sencillas, irreversibles.

En realidad, antes de lo de la paliza que le dio Yago, yo quería dejarlo. En realidad,

pasé estos años deseando secretamente que no despertara. En realidad, nunca estuve enamorada de Olga.

Siempre lo supo, pero ahora se permite saberlo y pensarlo y decirlo en voz alta, y por eso, porque nunca estuvo enamorada de Olga y asumirlo las libera a las dos, Dalia Fierro no alcanza a comprender el mordisco de celos, la navaja de dentro hacia fuera que la desgarra, mientras ve por fin cómo Olga sale con un grupo de gente más joven, bromean y comentan algo apasionadamente mientras deciden a qué bar trasladar la conversación y Olga toma de la mano y le da un largo y apasionado beso en los labios a un chico de pelo largo que apenas habrá cumplido los veintidós.

Ninguna de sus Dalias se atreve a decir nada.

23

Dos balas en la frente

Es mediodía, o falta poco. El sol invernal de Madrid parece asumir la vocación de primavera que toda ciudad merece y se niega. Si además es domingo, la tibieza y la luz brillan como premios por duplicado. La prisa nunca desaparece del todo de la ciudad, ni siquiera los domingos en el barrio de Chamberí, con sus aceras anchas jalonadas por bancos de los de siempre que ya nunca se ven en otras zonas y árboles con antigüedad suficiente como para dejar en claro que no están allí a causa del fervor fugaz de algún alcalde en busca de votos ecologistas. La urgencia madrileña, los domingos por la ma-

ñana, aquí se lo toma con un poco más de calma. Tan cerca del centro y con algunos resabios señoriales que emulan con gusto pero sin tanto dinero el barrio de Salamanca, Chamberí no figura en los itinerarios obligados para turistas de fuera o dentro de Es-paña.

Es esa dualidad la que hace que ellas siempre vayan a misa a la pequeña parroquia de Santa Feliciana, en la calle de Trafalgar, que por fuera parece un local comunitario, pudiendo elegir entre las más de ochenta iglesias repartidas por la capital. Es lo opuesto a la magnificencia arquitectónica de la basílica de San Francisco el Grande, en el centro, la ermita de San Antonio en Moncloa, o la basílica de San Miguel, tan cerca de la plaza Mayor. Por eso Alicia acude a misa en Santa Feliciana cada domingo, para rei-vindicar su militancia católica de izquierdas y no olvidar los días en que acudía a las chabolas del norte de la ciudad para alentar a los desalentados pobladores a no rendirse y luchar por sus derechos.

Sonríe al recordar su beligerancia de entonces, tan parecida a la de ahora, aunque hayan pasado casi diez años, lleve de la mamo a una hija que es su miniatura hasta en el pelo rebelde y en unas horas vuelva a casa ese marido serio al que solo ellas saben hacer reír a carcajadas.

En aquellas chabolas lo conoció, hace diez años: dos extranjeros de la miseria pero no turistas de la pobreza ajena. Empeñados en creer en la gente y en un mismo dios al que cada uno le exigía algo distinto.

Él, un sacerdote joven y guapo, que en lugar de alzacuellos llevaba una camisa de trabajo y vaqueros, y al que los pobladores respetaban porque se arremangaba para ayudar a reparar las precarias viviendas siempre a punto de caerse.

Ella, militante de una organización cristiana próxima a la Teología de la Liberación; en realidad, la líder de un grupo de chicas y chicos que

mezclaban a Marx con los Evangelios con dichosa ligereza, convencidos de que aquella gente podría «salir del lumpen para comenzar a formar parte del proletariado consciente y en lucha».

Sonríe al recordar el discurso que le soltó a Severo —hasta el nombre absurdo le quedaba bien— durante el primer café compartido después del primer enfrentamiento en el poblado. Lo tomaron en un bar de un barrio cercano, para no sentir que estaban traicionando sus respectivos principios solidarios. Llovía a cántaros, pero ellos apenas si se enteraban.

Y hablaron durante horas, discutieron bastante, porque Alicia sentía una urgente necesidad de oponerse a ese hombre, fabricar muros y diferencias, convencerse de que, por más sincero que pareciera, era «solo un engranaje más de la represión orquestada por el aparato de la Iglesia».

Entonces ocurrió lo imposible.

El joven cura, tan correcto, le confesó que en algo acertaba ella.

¿En qué? *, quiso saber Alicia.*

En lo de la represión, *admitió él;* estoy reprimiendo deseos y sensaciones que creía haber dejado atrás.

De inmediato se arrepintió, pero ella quería saber.

¿Desde cuándo se reprime?

Desde que te vi, esta tarde, con el pelo desordenado y las manos fabricando viento, enfadada conmigo y con el mundo y más bella de lo que nadie será nunca, desde entonces, *dijo él.*

Ahora, caminando bajo el sol templado de domingo por Chamberí, Alicia siente el mismo calor que entonces, calor de asomarse a un volcán y sentirse volcán ella misma.

Afuera llovía y llovía. Recuerda que siguieron hablando, como si él no hubiera dicho nada: libros, cine, historia y hasta política. Y por supuesto, filosofía, que era la segunda

pasión de Alicia después de la militancia.

La cultura de Severo era como él: ordenada, taxonómica, salpicada de detalles humanos. La de ella era un maravilloso caos de anécdotas y momentos entre los que saltaba, y si le faltaba un dato, dibujaba un puente con esas manos que nunca han sabido quedarse quietas.

No se dieron cuenta de lo tarde que era hasta que el camarero les dijo que una hora antes había dejado de llover. Y tenía que cerrar. Cuando salían, murmuró en voz baja:

«Buscaos un hotel y dejaos de tanta charla».

Y se miraron.

Y eso hicieron.

No, no es el sol dominguero y tampoco el rubor por recordar aquella noche y las que siguieron y siguen; la decisión indeclinable de Severo de colgar los hábitos porque ahora Alicia era su iglesia y solo quería rezar dentro de ella, el moderado escándalo en sus respectivos grupos, del que nunca se enteraron porque el resto del mundo les sobraba, el matrimonio civil y el empeño de él por ingresar en la Policía, más como continuación de un camino que como penitencia.

Y todo eso sigue igual, fresco y nuevo, después de todo este tiempo.

El calor que Alicia siente, mientras camina con su hija por la calle de Santa Engracia, es un calor nuevo, aunque conocido. Un calor feliz.

Lucía vuelve a preguntarle por qué papá no está con ellas. Alicia, todavía flotando en los recuerdos, le responde nuevamente que papá está de guardia en el trabajo. La niña insiste: por qué trabaja en domingo, si papá es jefe y los jefes no trabajan. La madre duda entre la ideología y la lógica, y responde que porque papá es papá. Y Lucía comprende.

Su manita se aprieta más a la de su madre cuando se disponen a cruzar la calle, el semáforo en verde autoriza, pero de todos modos, mira hacia los lados, como le han enseñado. Ambas lo hacen, con una sincronía que, vista desde lejos, parecería ensayada, pero no lo es. Alicia y su hija suelen ejecutar movimientos simultáneos con una elegancia de ballet *que deja absorto a Severo cuando las admira embobado.*

Ningún coche a la vista. Cruzan, conversando pero atentas.

Entonces, el rugido, lejano pero tan cerca a la vez.

Giran la cabeza al mismo tiempo y ven cómo de la nada ha surgido el enorme coche negro que parece volar directamente hacia ellas.

Alicia salta hacia delante arrastrando a la niña, el coche pasará cerca y todo habrá quedado en un susto. Mira hacia la izquierda y ve cómo el conductor corrige el rumbo para buscarlas, sus ojos enrojecidos usan el

emblema del Mercedes como mira teles-cópica y acelera todavía más, pero antes de que pueda golpearlo, Severo Justo saca la pistola y dispara dos balas certeras que impactan en la frente de Javier Avellaneda.

—¿Estás bien? —pregunta Lorna, afligida.

Cubierto de sudor, Severo Justo dice que sí, que ha sido una pesadilla y, cuando ella pregunta si la de siempre, miente y responde que no.

—Este caso de Lavapiés me tiene más inquieto de lo habitual. Pero no te preocupes, volveré a dormirme enseguida.

Ella sabe que miente sin maldad, para no entristecerla. Las pesadillas sobre el atropello de su mujer y su hija, hace más de veinte años, son parte de dormir con Severo Justo, pero hacía meses que no se repetían. Y esta, no sabe por qué, es la misma pesadilla y al mismo tiempo es diferente.

Lorna conoce por experiencia los tiempos de este hombre: lo mejor es dejar que la pena se decante; cuando esté preparado, Severo le comentará lo que ocurre y le pedirá consejo. *Es lento por fuera, aunque por dentro arda con rapidez*, se dice.

Le da un beso y se gira en la cama.

Justo la observa dormir, desnuda como una estrella, pero más cálida.

No se parece en nada a Alicia, pero sí. Ambas con la misma tierna paciencia que cicatriza por fuera heridas que él no hace más que reabrir por dentro. También el deseo es distinto y, sin embargo, parecido. Aunque jamás las confundiría, con las dos el sexo es tumulto, risa, furia por turnos y a veces acompasada, animales que se vuelven dioses a fuerza de pecar divinamente. *Amén.*

Se abraza a Lorna, que se amolda ronroneando. Le acaricia el pelo como a ella le gusta y lo sigue haciendo cuando se duerme.

Sabe que tardará en imitarla, por miedo a que vuelva la pesadilla.

Después de tantos años, debería haberme acostumbrado, se dice.

Desde que aquel Mercedes negro atropelló a su mujer y su hija, se ha repetido cientos de veces el sueño del momento en el que él debía estar para evitarlo. Al principio de la viudez lo evadía con alcohol, luego agotándose con ejercicio, recurrió también a las pastillas y leyó

cada noche hasta caer agotado. Al comienzo, le extrañaba vivir el sueño desde la perspectiva de Alicia, sentirse Alicia, pero la conocía tanto que su subconsciente podía reconstruir sus últimos pensamientos. Dalia Fierro, la única vez que hablaron del asunto, le dijo que era su forma de morir simbólicamente con ella.

Con los años, la pesadilla se fue espaciando, aunque siempre volvía, idéntica a la que acaba de revivir.

Salvo en el final.

Hasta hace un año, en la pesadilla de Severo Justo, él estaba en la acera de la calle de Santa Engracia, en lugar de trabajando en Jefatura. Y veía cómo el coche negro con cristales negros, lanzado a toda velocidad, en lugar de esquivar a sus dos mujeres, buscaba atropellarlas y lo hacía, antes de darse a la fuga.

En el sueño de siempre, no corría hacia Alicia y Lucía, rotas en el suelo; giraba para preguntar a los testigos si habían visto el número de matrícula y todos tenían los ojos vendados.

El guion cambió definitivamente hace un año, cuando un asesino mesiánico *hizo lo que yo debí hacer, saltarme cualquier norma, presionar a los testigos, lo que fuera, hasta averiguar quién era ese conductor homicida, que las mató con premeditación, pudiendo salvarlas*. Porque pese a las contradicciones de los testimonios, hubo tres que coincidieron en ese punto: la mujer y la niña saltaron y el coche pudo pasar de largo, pero buscó atropellarlas. Esos testigos luego modificaron sus declaraciones, y cuando preguntó a Capiotto, el policía encargado de la investigación, todo fueron evasivas y promesas. Severo Justo supo entonces que estaba protegiendo a alguien poderoso, *y no hice nada, cobarde escondido detrás de las normas*.

Pero lo que cambió el final de la pesadilla y propició su vuelta a las noches de Justo fue conocer en persona a Javier Avellaneda, oír su confesión cuando ambos cayeron en manos de aquel asesino llamado Nadie, tener la oportunidad de matarlo y no haberlo hecho.

Ahora conoce la cara y los gustos de ese prófugo privilegiado, sabe de las numerosas muertes que ha provocado con un coche como arma, y sabe también que, cuando vuelva a verlo, lo matará. Para dejar de sentirse culpable por no estar con ellas aquel domingo.

Y luego se quitará la vida.

De modo que Javier Avellaneda será, en cierto modo, su asesino.

Mientras llega ese momento, Severo Justo, muerto de antemano, se abraza con más fuerza al cuerpo de Lorna, que huele y respira como la vida.

Y sí se duerme, casi en paz. Casi vivo.

24

Emperatriz de Lavapiés

A diferencia de otros barrios cercanos al centro de Madrid, Lavapiés no es pró-

digo en monumentos. Sus pocas plazas son explanadas donde el verde apenas asoma y no parecen hechas para el descanso, sino para el paso. Lo mismo ocurre con los edificios. Las fachadas tienden a la sencillez y lo más característico son las corralas, que por fuera no dicen mucho, pero en cuyos interiores enfrentados por cuatro costados ante el hueco de un patio central, la gente solía y suele decirse de todo, que las peleas de vecinos nunca pasan de moda.

Puede que uno de los pocos edificios verdaderamente singulares sea el de las Escuelas Pías, que alberga una de las bibliotecas más bellas del mundo (según quienes se ocupan de organizar concursos de belleza de bibliotecas). Antigua iglesia en la que destaca un torreón y una cúpula que parecería excesiva pero no, el atractivo interior supera con creces el externo, que tampoco está nada mal.

La precede una de las plazas más extensas del barrio, que en los setenta se llamó del Sombrerete, en un arranque de originalidad basado en una de las calles que la flanquean, y avanzados los dos mil pasó a llamarse Arturo Barea, ya que dentro de esos muros el novelista dio forma a la que es, quizás, la mejor novela es-crita en España: *La forja de un rebelde*.

Pero por lo que en realidad es identificada la plaza es por la estatua de cuerpo entero de un hombre delgado, evidentemente afecto a la vida noctámbula, vestido con un traje de los años cuarenta y que apoya un brazo en el hueco del otro, que está levantado en vertical. Hay quien dice que así sostenía el cigarrillo el homena-jeado, con esa afectación desafiante que identificaba en su época a los bohemios.

Aunque en las manos de bronce no hay cigarrillo alguno y en 1975, cuando se emplazó la estatua, se fumaba hasta dentro de los quirófanos.

Como a la gente del barrio le va la ironía, no falta quien dice que, en realidad, la escultura hace un delicado corte de mangas, no se sabe si a los funcionarios del franquismo postrero que encargó la estatua, o a quienes la mirasen a lo largo de

las décadas.

En todo caso, el monumento al compositor mexicano Agustín Lara, autor entre otros del chotis «Madrid», quizás el más famoso de la historia de ese género, se ha convertido con el tiempo en un símbolo de Lavapiés, hecho al mismo tiempo de permanencias y llegadas.

El propio Lara habría encajado a las maravillas en el barrio de aquellos años y de estos, ya que escribió su famosa letra cuando no conocía España y no existían Wikipedia ni Google Earth. Lo que no le impidió rimar: «Madrid, Madrid, Madrid, pedazo de la España en que nací», y prometerle a la mujer amada —nada menos que la di-va también mexicana María Félix—: «Cuando llegues a Madrid, chulona mía, voy a hacerte emperatriz de Lavapiés».

En 1975, cuando se inauguró la estatua, las grabaciones del inefable NO-DO

—por una vez— parecían decir la verdad al hablar de miles de asistentes al acto, y mentir bastante al hablar de más de doscientos mariachis mexicanos amenizando el acto.

El caso es que Lara sigue allí, entre irónico y dandi, haciendo un corte de mangas a quien se lo quiera adjudicar, con un gesto más pensativo que burlón, acaso una pregunta que no llegó a responderse antes de morir.

Incorporado al paisaje urbano, lo mismo preside una batucada masiva que un festival de Bollywood, o alguna de las variadas protestas, que no faltan.

Se podría decir que, de tanto verlo, casi nadie lo mira.

Pero los jóvenes policías que circulan cansinos en un coche camuflado después de toda una noche de infructuoso patrullar no son oriundos de Madrid.

Y este barrio los desconcierta y maravilla a la vez.

Quizás por eso, al pasar cerca, con el amanecer como amenaza, uno de ellos mira el monumento, nota algo extraño y avisa al compañero.

Bajan del coche y corren a los pies de la estatua.

La luz no es suficiente para estar seguros de lo que ven, de modo que uno ayuda al otro a trepar hasta alcanzar la mano de Lara.

Al ver, a la luz de la linterna, lo que sostiene, está a punto de caer hacia atrás;

pero se sobrepone y lo toma, antes de pensar en la necesidad de guantes y bolsas de pruebas.

Salta horrorizado al suelo y arroja a las manos del otro un pequeño trozo de carne, frío y poco mayor que un puño.

Un corazón.

Mientras llaman al comisario Bermúdez, se fijan en un objeto depositado a los pies de Agustín Lara.

—Es de piedra o algo así. Tiene forma de hoja de árbol y el extremo pintado de rojo.

—No está pintado, López. Es sangre.

—¿Qué coño será?

Dentro de unas horas sabrán que es un puñal de ceremonias mexicas, empleado para sacrificios humanos.

Un *técpatl*.

III

SÁBADO

Calles de Madrid, noche del sábado,

tiene suficiente para no dormir.

Bebe el elixir de trago largo

mezclado con Gelocatil.

Calles de Madrid, no me esperaba

vientos de poniente junto a Jimmy Page.

Tienen que vestir telas de plata.

Me grita sin hacerse oír.

QUIQUE GONZÁLEZ,

«Calles de Madrid»

25

Golpear las dos mejillas

Unos cientos de metros y una carretera con pretensiones de algún día llegar a ser salida de autovía separan el barrio en el que ayer se encontró con María Gallós de este otro, hasta no hace tanto un poblado chabolista en el que hace tres décadas Juan Lebrón creyó encontrar el amor de verdad y acaso solo halló una mentira.

Siguiendo los consejos de Lorna, en lugar de disfrazarse de inspector Gadget con gafas oscuras, se ha vestido como suele hacer cuando está fuera de servicio: unos vaqueros que la periodista le regaló y que insiste en que se ponga para poder quitárselos, una camisa de color verde indefinido con la que se siente en casa, ninguna corbata y una cazadora de cuero negro gastado, también regalo de ella, porque dice que «no hay nada más tentador que un chico bueno vestido de chico medio malo».

Hizo bien en contarle su encuentro con el arzobispo, la pelea en el ring (se calló su furia homicida del tercer *round*), la confianza que surgió tras el enfrentamiento y también el encargo de Juan. Lorna se rio en su cara, besó cada moratón de su cuerpo, se enfadó y los tachó a los dos de machistas; volvió a reírse, le hizo el amor y después, mientras compartían un cigarrillo, *al parecer ahora ella también ha dejado de fumar*, le dijo que se alegraba de que Justo por fin tuviera un amigo.

El policía fue a protestar enumerando amistades, pero ella le tapó la boca con un beso y así le ahorró el desconcierto de comprender que era verdad lo que había dicho.

Para cambiar de tema, le preguntó:

—¿Cómo hago para llevar adelante una investigación discreta, si todo el mundo me reconoce por la calle?

Lorna volvió a besarle el pómulo hinchado, con una ternura tan aleteo de mari-posa que él se enterneció.

—Eres un gran policía y un amante aceptable, pero no tienes ni idea de cómo funciona la vida real. Si todos te reconocen, no hagas preguntas; deja que la gente

se pregunte qué quieres saber y verás que vienen a contártelo. Luego, comprueba esa información. Funciona. Así lo hago yo.

Siguiendo estos consejos, un Severo Justo claramente fuera de servicio ha dejado el coche en la calle principal del barrio construido en pendiente (como si en cualquier momento pudiera rodar de nuevo hacia su origen de chabolas) y ha caminado con naturalidad, en busca de un lugar donde pudiera sentarse y ser inte-rrogado en lugar de interrogar.

Siente las miradas, pero está pensando en Lorna y en cuánto lo quiere y en cuánto podría quererla él si pudiera seguir vivo. Lo mejor para ella sería alejarla antes de dar los dos pasos irreversibles que lo esperan.

Pero no lo hará.

Ese nuevo Severo Justo tantos años recluido en pasillos de su persona, ese que es irrespetuoso y hasta tiene sentido del humor, el que sonríe antes de volver a su refugio de sombras, el que en estos años ha dejado asomar solo durante la intimidad con mujeres maravillosas que han insistido en quererlo, como Lorna y Giselle; ese Severo Justo sabe que le queda poco tiempo y no piensa pasarlo escondido.

Un edificio bajo y ancho, que bien podría ser un pabellón deportivo o un taller mecánico, tiene pintado en el frente, en letras desparejas, un nombre que Justo no reconoce y debajo el título de «Club Social y Deportivo».

Y un bar.

En España, donde hay un grupo de casas, hay un par de bares y alguna iglesia.

Quedan menos iglesias, pero los bares resisten.

Entra, saluda con educación y, aunque sean las nueve de la mañana, pide una copa de anís para acompañar el café y el pincho de tortilla. Así quedará claro que no está de servicio. No le gusta el anís, pero puede permitírselo, ya que ha dejado de beber hace años.

Desayuna sin prisa y luego entretiene la copa de anís, dando un sorbo de cuando en cuando. «Eres Severo Justo», le dijo Lorna hace un rato. «Solo tienes que quedarte por ahí y alguien vendrá a ti para saber qué buscas.»

Como siempre, Lorna acierta.

Tras una ronda de mal disimulados clientes que, avisados de la

presencia del policía estrella, entraban al bar con excusas, se acerca un hombre de treinta y pocos años. Viste pantalón vaquero y camiseta negra sin logotipos de ninguna marca. Tiene rasgos orientales y unos modales que al policía le recuerdan a los suyos.

«El cura del barrio», piensa. «Y lo han traído desde lejos.»

Tras pedir en la barra, se acerca a su mesa, le pregunta con un gesto si puede sentarse y el policía le dice con otro gesto que por favor. Ninguno pronuncia palabra, parecen esperar algo. El dueño o concesionario del bar se acerca con una gran taza de café solo para el cura y otra copa de anís que coloca delante de Justo:

—Usted es de los buenos —asegura—. Por favor, no deje de serlo.

Justo no sabe qué decir pero agradece.

Cuando el hombre se va, sabe que comenzará la charla.

—Venga, pregúntemelo —propone con una sonrisa el cura.

—¿Qué quiere que le pregunte?

—Qué hace un chino como cura de un barrio pobre en Madrid…

—No tengo por qué. Y si lo hiciera, tendría usted que aclarar que nació en Corea, ignoro en cuál de las dos, aunque puedo suponerlo.

El cura sonríe, primero con los ojos. Extiende la mano:

—Yung Park.

Justo dice sin necesidad su nombre y se la estrecha. Ninguno de los dos juega a apretar demasiado, aunque sí lo suficiente para constatar que el joven sacerdote se mantiene en forma.

—Venga, pregúntemelo y ganamos tiempo —casi imita el policía.

—¿Que le pregunte qué?

—Qué estoy buscando por aquí, claramente de civil y sin escoltas…

El cura señala la copa de anís intacta, el policía asiente y le echa un chorrito de licor en su café. Bebe con esa calma oriental que sería solo un tópico si no fuera cierta.

—Llevo casi diez años a cargo de la parroquia de este barrio. Mi

primer destino tras ordenarme. Al principio pensé que era un castigo, una segregación, ya sabe: ser joven es maravilloso, pero también implica ser bastante gilipollas…

—Creo que lo dijo Ezequiel —apunta Justo.

—A mí me da que fue el Bautista, pero da igual. Este barrio tenía una fama que daba miedo. El lugar ideal para evangelizar y trabajar con aquellos que me habían enseñado que eran los hijos predilectos de Jesús, tratando de no preguntarme por qué los puteaba tanto si son sus predilectos. Seguía latente en el barrio el espíritu del poblado chabolista sin ley de años atrás, con la droga y la delincuencia esperando a la esquina del próximo despido o regulación de empresa; pero a pesar del pesimismo con motivos, aquí había ocurrido uno de esos milagros que el Vaticano nunca reconocerá como tales, porque fue un milagro humano, la semilla de una fe nacida de un hombre, pero que hasta un dios envidiaría.

Severo abre la boca para advertir que por menos que eso lo pueden exco-mulgar, pero está subyugado por las palabras del joven cura.

—Parte de la gente sigue participando en trapicheos, pero otra parte insiste en hacer de esto un lugar donde sus hijos crezcan tranquilos, trabajan en empleos de mierda en lugar de salir a robar, que es más fácil; los niños hacen más de una hora de ida y otra de vuelta en autobús para escolarizarse o llegar al instituto. Esa parte del barrio, que no es la mayoría, pero tampoco es minoritaria, es la que hace que yo dé gracias a Dios por haberme enviado aquí.

—Me alegro mucho por usted, pero no veo…

Yung alza la mano levemente y Severo calla.

—No es usted el primero que viene, aunque suelen ser periodistas, o eso dicen. Lo suyo me extraña, porque sé que es un hombre que hace honor a su apellido. Pero eso también me da igual. Y le dará igual a esa parte del barrio que no conseguirá que esto se parezca al cielo, pero que lleva años evitando que se asuma como un infierno.

—¿Unos treinta años, más o menos?

La desconfianza de Yung se atenúa, pero no acaba de fiarse.

—Así es. El hombre por cuyo pasado viene usted a preguntar, como vienen los otros, solo estuvo un tiempo por aquí, pero nos cambió para siempre…

—Parece que hablara de Jesucristo…

—Supongo que en realidad era un muchacho asustado, pero que creía en esta gente. Lo mismo se pasaba horas cuidando yonquis con el mono, que le sacudía unas hostias, con perdón, al miserable que le había vendido el caballo.

Severo imagina a Juan y cerca de él, la salvaje silueta de Charo. Según la luz que le da en su imaginación, por momentos ella es la fuerza de un cambio o la doble cara de lo peor del barrio.

—Quizás —dice Yung Park—, si hubiera hecho la pregunta que le propuse al principio lo hubiera entendido mejor.

—Se la hago, entonces.

—Yo nací en este barrio. Hace treinta y seis años. La historia de cómo mi madre vino a parar aquí es demasiado larga y triste, y además fácil de imaginar.

Crecí sin padre, o con demasiados, pero solo por unos días o semanas, siempre con el mismo olor a vino y la misma violencia.

El cura mira hacia arriba y en su mano se nota el gesto del exfumador que no deja de besarse los dedos para no extrañar demasiado.

—Hubo uno, algo más joven que mamá y especialmente violento. Creo que era soplón de la policía, o al menos eso nos hacía creer. Siempre presumía de sus contactos y amenazaba con hacernos echar del país.

Bebe un sorbo corto de anís.

—Yo tenía unos cinco años y soñaba con ser como los chicos mayores del barrio, hacerme respetar y, un día, tener mi propia pistola…

—Y matar a su padrastro.

—¿Cómo lo sabe? El caso es que ese tipo, la primera y única persona que he odiado en mi vida, un día le pegó un bofetón muy fuerte a mamá, yo me interpuse y me dio un puñetazo que me hizo volar varios metros. Mamá saltó sobre el gañán y pareció que él iba a asustarse, pero comenzó a golpearla y creí que la iba a matar y salí corriendo a pedir ayuda en vano, porque nadie se atrevía con él. Los gritos se

escuchaban desde la calle y volví a entrar, creo que decidido a que por

lo menos me matara también a mí.

Toma su copa y se moja los labios.

—Entonces él me frenó. Ya lo había visto varias veces en el barrio. Decían que era cura, pero no iba vestido de cura. Era rubio y tenía una mirada amable que en ese momento me dio miedo. Entró en nuestra chabola y los gritos cambiaron de tono: ahora eran los del casi padrastro maltratador. Le pegó, le pegó y le siguió pegando hasta sacarlo a la calle a golpes, y en la calle no dejó de golpearlo. En un momento se detuvo, pero no parecía cansado. Solo aturdido. Dijo en voz baja que a quien pegaba a alguien más débil había que darle en las dos mejillas.

Sonríe.

—¿Sabe que todavía sigo buscando esa frase y espero encontrarla cada vez que abro la Biblia?

Justo levanta su copa.

El cura hace lo mismo y brindan en silencio.

—Mi madre murió seis meses después, de sobredosis. Yo me fui a vivir con mi tía en otra chabola parecida, pero al menos su marido intentaba mantener un trabajo decente. Se sorprendieron cuando les dije que quería ser sacerdote, pero no teníamos medios. Supongo que hablaron con él, pero aunque suene a herejía, yo entonces le adjudicaba poderes mágicos, y me imaginé que había escuchado mis pensamientos. El caso es que hizo los arreglos y también consiguió los fondos para que yo me formara como sacerdote. Ya estaba fuera del barrio cuando supe que él también se marchó, y como mi tía murió un tiempo después, no quise volver durante años. Por eso parecía una broma del destino que me destinaran aquí, hasta que comprendí que si el designio divino existía, era para esto.

Apura la copa y Justo lo imita.

—Este club existe porque él lo levantó con sus manos y las de otras personas que no estaban dispuestas a nada por el vecino, pero sin embargo venían en sus ratos libres para hacer lo que hacía el cura rubio. La cooperativa que fundó volvió a organizarse años después y gracias a eso conseguimos tener luz sin robarla, que

los autobuses lleguen hasta la puerta del barrio y muchas pequeñas cosas que en el centro serían insignificantes, pero que cuando llegué

aquí todavía eran una qui-mera. Cuando la gente de la cooperativa tiene una duda, siempre se preguntan qué hubiera hecho él. Y lo hacen. Por eso le digo que, aunque sea usted Severo Justo y lo quieran incluso en sitios como este, nadie le va a contar nada del pasado de Juan Lebrón. Como tampoco se lo contamos a los periodistas.

—¿Aunque yo intente ayudar a Juan y él me lo haya pedido?

El cura coreano le mira la cara y el moratón en el ojo.

—¿Eso se lo hizo él?

—Ayer, mientras nos hacíamos amigos. Pero no crea, él también se llevó lo suyo.

Yung Park vuelve a ser un niño de cinco años:

—Cómo me hubiera gustado ver esa pelea.

—Si me ayuda y todo sale bien, lo convenzo para que hagamos juntos una exhibición aquí —promete Justo, y lo peor es que lo dice en serio.

El cura coreano ha decidido.

—Hay muchas cosas que ignoro de aquel tiempo, solo lo que unos y otros me han contado, pero no sé si es la verdad.

—La verdad es siempre la versión de un hombre bueno, padre Park. Creo que está en los Evangelios, después de lo de golpear las dos mejillas.

El hombre joven sonríe apenas, pero mucho con los ojos.

—Pregunte, Severo Justo. Pregunte.

—¿Recuerda el nombre del casi padrastro al que Juan le dio la paliza?

—Claro. Mustafa Bouziane.

26

El lado caro de la vida

Dolores baja del taxi y vuelve a comprobar la dirección que su nieto le envió en un escueto mensaje de WhatsApp. Es allí, no hay error

posible. Uno de esos edificios que hasta hace poco albergaban a las grandes empresas del futuro que las diferentes crisis convirtieron en pasado.

Marca en el teclado del portal el primer código que le envió Frontela, la puerta se abre y sube en el ascensor hasta la cuarta planta.

Marca otro código y accede a una vasta oficina a la que le han quitado en tiempo récord los separadores de los cubículos que ofrecían precario refugio a labo-riosos vendedores de humo, acciones, seguros o cualquier otra insegura promesa que el viento de la economía no tardó en dispersar.

Permanecen las mesas de trabajo, reunidas en islas rodeadas por varios agentes de uniforme y de civil que revisan y clasifican documentos.

Y en el centro de todo, dirigiendo ese tráfico de datos, atento como el capitán de una fragata con demasiadas velas, pero sin miedo a los vientos, su nieto.

Alguien le entrega unos papeles, los observa, indica una isla de mesas y de inmediato revisa otra propuesta, luego apunta algo en una de esas libretas suyas, en las que es imposible comprender lo que pone, porque todo está escrito en un lenguaje que él inventó cuando tenía diez años.

Mira que es raro, el chaval, piensa Dolores. *Es raro, pero lo quiero mucho, quizás por eso. Aunque parece que últimamente no me soporta.*

Frontela parece advertir su presencia y la saluda sin efusiones:

—Estamos organizando por remesas los datos de las víctimas, sus familiares y allegados. Mi gente los introducirá en su algoritmo, así que no tiene usted que preocuparse por nada.

—El que tiene que preocuparse eres tú, bonito —corta Dolores—. Mi algoritmo es como mis partes: solo lo toco yo y quien yo quiero que lo haga. Me he traído el portátil, así que haz que me lo envíen todo a este *mail* seguro y yo voy metiendo

los datos.

Frontela parece a punto de revelarse, pero se encoge de hombros.

Para ser un hombre con múltiples y siempre sorprendentes talentos, la

actuación no es uno de ellos, piensa su abuela. Y piensa también que no hay tiempo para perder en rencillas familiares cuyo origen ignora. Ahí fuera hay alguien que asesina gente utilizando métodos rituales, como si quisiera enfrentar entre sí a todas las piezas del puzle multicolor que es Madrid.

—Dame un escritorio y olvídate de mí, si quieres. La clave del wifi la he cra-queado mientras subía.

Algo asoma a los ojos del inspector, pero regresa esa ofensa opaca de los últimos tiempos y cede a ella.

—Como prefiera —le dice—. Pero le advierto que trabajaremos día y noche, y usted ya no está en edad.

Dolores lamenta y al mismo tiempo siente alivio por no haber traído en el bolso el puño americano que siempre lleva cuando sale. *Está hecho un gilipollas, pero sigue siendo mi nieto y, cuando pase esto, aclararemos lo que haya que aclarar.*

—Si quieres que me vaya, no tienes más que llamar a Severo Justo y que él me lo ordene. Eso o dame un lugar para mí y tres ayudantes que vienen de camino, y sabes que tardaremos la mitad de tiempo en reunir la información.

Frontela gruñe pero asiente y, cuando se aleja, hay algo en su andar que le evoca a Dolores otros andares de piernas largas, hace tantos años, cuando eran así de jóvenes y el dueño de esos pasos se largó a caminar el mundo para escapar de las ganas de caminarla a ella. *Pero él volvió y tú también lo harás, querido nieto, aunque tenga que darte con el bate de béisbol en esa dura cabezota de policía.*

Luego, canturreando una canción de trap subida de tono, abre el portátil y se pone a trabajar mientras llegan sus ayudantes.

Recuerda algo, busca el móvil en el bolso, *anda, pues sí que traía el puño americano, chica prevenida*, apaga el aparato y lo vuelve a guardar.

Nada debe distraerla.

Quizás, antes de apagarlo, debió revisar sus mensajes. Si lo hubiera hecho,

habría visto los mensajes urgentes de sus propios colaboradores, y también la alarma automática que los grandes ordenadores de su casa

tenían que enviar a ese número en caso de hallar alguna coincidencia en una búsqueda prioritaria.

Una coincidencia que podría cambiarlo todo.

Tras desayunar en el barrio del cura Park, volver al caserón del barrio de Salamanca le da la sensación de haber cambiado de planeta. O en todo caso, estar de visita en el lado caro de la vida. Pero no tiene tiempo para entretenerse en sensaciones. Llama a la puerta y en lugar de abrir el mayordomo empeñado en no parecerlo, es el propio arzobispo Lebrón quien lo hace. Parece a punto de desmo-ronarse, pero la llegada de Justo le devuelve algo de energía. Le da un fuerte abrazo que el policía prolonga hasta que el otro se calma.

—Gracias por venir, Justo. Yo… ¡No sé qué hacer, no comprendo nada! Por eso te llamé. Pero si crees que debo seguir los cauces oficiales…

—De momento, deja que me encargue yo, Juan. ¿Tienes las notas?

—Solo la que recibió Paloma, aunque son idénticas. Creo que la de Cayetano tendría que quitársela a golpes. Solo piensa en el escándalo y en cómo todo esto puede afectar a la empresa…

Le alcanza un sobre blanco, común, de los que se compran en cualquier papelería o cualquier tienda de chinos de cualquier barrio de Madrid. Dentro, un folio impreso, *qué pena que ya no se lleve lo de las letras recortadas de periódicos, siempre quedaba alguna pista*, se dice Justo.

Despliega el folio y lee:

Tenemos a su sobrino. Si ignoran de qué hablamos, pregunten a su hermano. Nos pondremos en contacto. Si interviene la policía, él morirá. Y los medios de comunicación de todo el mundo tendrán una sabrosa historia que contar.

Lebrón está desesperado, no deja de caminar en el mismo sitio.

—¿Por qué les han enviado las notas a mis hermanos y no a mí?

—Para presionarte. O para joderte. Quizás creen que así allanan el camino para conseguir el rescate… ¿Tus hermanos sabían lo de Karim?

—No. Paloma sabía lo de Charo, desde hace años. Estamos muy unidos. Lo del niño se lo quería contar, pero como no llegué a conocerlo… En cuanto a Cayetano…, a él solo le interesa el dinero.

—¿Me esperan?

—Como ordenaste por teléfono. Están en la biblioteca.

Lo conduce hasta una enorme puerta de roble de doble hoja, tallada con deli-cadeza por un ebanista muerto hace por lo menos siglo y medio.

—Es mejor que hable a solas con ellos —explica Justo—. Los familiares hablan con más libertad si la víctima no está presente.

—¡Pero la víctima es Karim!

—De momento, la víctima eres tú.

Antes de abrir, Justo gira y lo mira a los ojos:

—Una pregunta: ¿y si no es hijo tuyo, qué harás con el rescate?

—¡Pagarlo! Lo han secuestrado por mi culpa. Y estoy seguro de que es hijo de Charo, por lo menos…

Justo duda si confiarle o no lo que María Gallós le contó sobre Charo. Pero Le-brón ya está bastante hundido, así que opta por otra información, menos depri-mente y más fiable. Saca un trozo de papel de su bolsillo y lee:

—Karim Bouziane García nació en Marrakech, en las fechas que te dijo por carta. Figura en el registro como hijo de la española Rosario García y el marroquí retornado Mustafa Bouziane. El muchacho tiene doble nacionalidad, tramitada por su madre, que, en efecto, murió hace cuatro años. Alguien con su identidad ingresó en España hace casi dos meses.

—¿Es que no están seguros de que fuera él?

—No deja de ser un ciudadano español que entra al país. Además, no tiene antecedentes policiales en Marruecos, algo que no se puede decir de su papá titular…

—Mustafa Bouziane era un mal bicho, en aquellos años. Quería controlar el barrio y odiaba a Charo por oponerse. La odiaba y la deseaba a la vez… Y al final, la

tuvo, todos estos años. ¿Tú crees que Karim es mi…?

Justo saca del bolsillo la foto que le dio María Gallós.

Juan la mira con unos ojos que van de Charo al crío rubio con cara de mala hostia. Se le caen las lágrimas.

—Por favor, pagaré lo que haga falta, pero sálvalo. Si el precio es que renuncie a mi futuro, lo haré encantado.

—¿Crees que alguien de la Iglesia podría estar detrás de esto?

—Soy un creyente, Severo. A estas alturas, puedo creer en cualquier cosa.

—Vuelve a mirar la foto—. Ahora será todo un hombre…

—Le encargué a mi *hacker* que le agregue veinte años para tener una imagen actualizada de Karim.

—Gracias, amigo. —Lebrón no consigue apartar los ojos de la foto.

Justo siente la necesidad de confortarlo:

—Por cierto: en el bar de tu viejo barrio te recuerdan con cariño.

—¿Qué bar?

—El del club social relacionado con la cooperativa y la parroquia.

Juan frunce el ceño:

—Mira que les dije entonces que bares no. ¿Yung sigue al frente?

—¿Sabías que estaba en el barrio?

—Por supuesto: yo moví los hilos para que lo destinaran allí.

—No sé si te venera o te odia por hacerlo.

El otro lo mira extrañado:

—Cuando tenía seis años me pidió que lo ayudara a convertirse en sacerdote y volver al barrio para mejorarlo juntos. Pero yo me fui.

—Haberte quedado —le dice Justo, y se dice a sí mismo mientras piensa en su propio poblado de chabolas por aquel tiempo.

Luego se arrepiente, y como no sabe qué hacer, abre la puerta y entra en la biblioteca.

La flamante sede central del partido político de ultraderecha es grande, Dalia

diría incluso que demasiado. Unos cuantos voluntarios o empleados ponen en evidencia su condición de novatos al tratar de disimularla, y caminan de una a otra mesa, separadas para que parezca que hay más, agitando papeles y con cara de llevar en las manos el destino del país.

Pablo Acuña, alias *el Súper*, parece leer el pensamiento de Dalia:

—Son como esa gente que gana lo justo para ir tirando, gana la lotería, se compra una casa con demasiadas habitaciones y luego no sabe qué hacer con ellas

—comenta en voz baja.

—Pues te aseguro que estos saben lo que harían con España si llegan al poder

—responde Dalia en el mismo tono.

Y yo sé bien lo que haría con ellos, mastica con rabia Ráfaga, que ha despertado y no quiere volver a dormirse.

Las elecciones municipales han dado a esa formación, meramente testimonial hasta hace poco tiempo, representación en el ayuntamiento y la confianza en un crecimiento veloz que se advierte en el nuevo local.

La falta de decoración la resolvieron pintando las paredes con los colores de la bandera española: fondo rojo dividido por una franja horizontal amarilla. El resultado da la sensación de estar en un supermercado a medio vaciar o en un aparcamiento con pocos coches.

No será por falta de dinero, dice la Dalia psiquiatra. *Los sillones de diseño italiano son de los caros, lo mismo que las mesas y las sillas.*

Mejor, así les jode más cuando lo rompa todo, disfruta Ráfaga.

Desencantada hace años de la política, la doctora Dalia Fierro ha mantenido un tibio cariño por la izquierda, sin esperar demasiado de ningún partido. Por eso se extraña de que su voz más fiera se muestre tan radical, hasta que comprende: no se trata de ideologías, sino de

ira.

Será por lo de Olga, se dice. Y sabe que eso es cierto, pero insuficiente. Ráfaga está de vuelta y no se marchará sin dar pelea.

Y pelear es lo que más me gusta, ya lo sabes, le advierte la voz.

—La señora Pardo del Rosal los atenderá de inmediato. Si hacen el favor de

seguirme…

El uniforme de la recepcionista se debate entre el aspecto de traje sastre de ejecutiva de los ochenta, *pero sin hombreras, por suerte*, y la misma versión pero en plan sexi noventero, entallado y con la falda suficientemente corta como para real-zar encantos y suficientemente larga para evitar ser acusados de sexualizar al personal.

Mientras la siguen, Pablo se pregunta una vez más *qué es eso tan misterioso que tenía que hacer Paco para pedirme que venga en su lugar, con lo que le gusta a él to-carle los cojones a los políticos*.

Ráfaga, dentro de Dalia, toma nota de las entradas y salidas del lugar, como si planeara una masacre inminente y preparase la huida. *¿Te quieres ir y dejarme en paz? No te dejaré salir y lo sabes. Ya no eres necesaria, no se arreglan así las cosas, cabeçuda*, protesta Dalia, y la sigue llamando «testaruda» en varios idiomas.

En el despacho de Laura Pardo del Rosal se borra el efecto de improvisación adinerada del resto del local. Es elegante y moderno a la vez, con toques clásicos aquí y allá, como su propietaria. Porque la mujer que los recibe con cordialidad casi natural sabe que, más allá de las apariencias, todo eso es suyo. Aunque no haya querido ocupar un lugar en las listas municipales ni ceder a la tentación de buscar una banca de diputada en las elecciones generales.

Laura Pardo del Rosal es quien mueve los hilos de ese partido nacido de la capacidad de detectar un nicho de votos imprevistos en el descontento con los partidos tradicionales.

El secreto, según el informe improvisado por Pablo, es una mezcla de audacia y sangre fría poco frecuente. Pardo ha sabido aglutinar a los sectores más radicales de la derecha, que se aburrían en partidos prudentes y con tendencia al centro, y mezclarlos con el descontento patriotero de parte de los sectores más desfavo-recidos, los que no llegaron a oler un estado del bienestar que vino, pasó y se fue.

También ha sido especialmente hábil para colocarse en los lugares adecuados: nunca en primera fila, para no alarmar al machismo torero vigente en la formación y apenas enmascarado para no espantar posibles votos. Ella está donde quiere. Y

cuando intenten apartarla, será demasiado tarde.

—Ustedes dirán de qué se nos acusa ahora… —pregunta con una sonrisa cuando se han sentado.

—De nada, señora Pardo del Rosal —matiza el Súper—. La doctora Fierro y yo queríamos solicitar su colaboración para prevenir eventos que…

—Es por lo del asesinato de Ahmed Alí Bakkali, el dirigente de los inmigrantes musulmanes de Lavapiés —lo corta Dalia, y recibe una mirada interesada de Pardo—. No afirmamos que su partido esté relacionado, pero dado el sesgo racista del crimen…

—Doctora Fierro —sonríe Laura, y todas las Dalias coinciden: *esta quiere tema, chicas*—: si la población de este país fuera sincera con respecto a lo que piensa de los inmigrantes, y si además de eso fuera consecuente, ya tendríamos mayoría absoluta. Quiero decir que…

—Que no todos los racistas de España están dentro de su partido. Lo comprendo. Creo que incluso hay grupúsculos que los acusan de tibios y hasta de

«rojos»…

Pablo mira de una a otra como en un partido de tenis por la final de un cam-peonato al que no ha sido invitado.

—Así es. Somos, ante todo, democráticos. Por eso hemos dejado fuera a ciertos sectores radicales que no comprenden las reglas del juego…

—Hay nueve personas muertas y un barrio que puede estallar en cualquier momento, Laura. No estamos para juegos y lo sabes: eres la más lista de por aquí.

—Dalia consigue sonar tajante y sugerente a la vez.

Pardo del Rosal sonríe halagada y depone las armas:

—¿En qué puedo ayudarte?

—Eso te lo puede explicar mejor el comisario Acuña. Yo soy una

simple asesora de la brigada…

—Estoy convencida de que tú puedes ser lo que te propongas…, menos simple, Dalia. —Pardo mira al Súper—: Usted dirá, comisario.

—Yo… Creemos que si nos pudiera orientar sobre esos grupos radicalizados,

sería beneficioso para ambas partes, ya que también dañan vuestra imagen. —Ante el silencio de la dirigente, sigue—: Sé que Lavapiés no es un barrio especialmente táctico para su partido, pero…

La carcajada de Laura Pardo lo sorprende.

—No me burlo de usted, comisario Acuña, sino de los estereotipos. ¿Sabía que en las últimas elecciones sacamos casi el diez por ciento de los votos en Lavapiés?

Todos los barrios son tácticos para nosotros, y más aún los que se consideran feu-dos de la izquierda. Pero seamos prácticos: es cierto que si algún grupo descontrolado tiene que ver con las muertes, eso puede perjudicar a mi partido. —La forma en que pronuncia «mi» estremece a Pablo—. De modo que colaboraremos.

Se me ocurre un modo práctico de hacerlo: si algunos elementos descontrolados han rondado por allí, los habrá detectado nuestro hombre de confianza en el barrio…

Ella busca en una *tablet* de última generación y Pablo pregunta:

—¿Quiere decir que tienen ustedes sede en Lavapiés?

Ella encuentra lo que buscaba, y responde mientras apunta unos datos en una tarjeta. Duda un segundo, coge otra tarjeta y escribe un número:

—No somos tan tontos como para tener un local oficial allí…, todavía. Pero sí a la persona que se hará cargo de él dentro de un tiempo. Se llama Ricardo Contín.

Aquí tiene sus datos. Deme una hora, para que hable con él, y colaborará en todo lo que necesiten.

Luego le tiende a Dalia la otra tarjeta:

—Aquí tiene mi número personal, doctora Fierro. Por si necesita… más colaboración.

Ambas son tan sabias como para no prolongar de más el apretón de manos de la despedida. Las miradas ya han dicho lo que tenían que decir.

Cuando salen a la calle, el Súper comenta:

—No acabo de entender lo que ha pasado ahí dentro, pero si algún día me atrevo a intentar volver a ligar, te pediré que me des clases, Dalia.

La doctora Fierro ríe, porque sabe que no usará ese número de teléfono mientras en su cabeza las opiniones de sus Dalias van desde el aplauso por la coherencia ideológica a la acusación de sectarismo.

Pero ella solo escucha la voz de Ráfaga, que dice: *Venga, hazlo. Tú te la tiras y yo me la cargo.*

27

Calla, Cayetano

La belleza de la hermana de Juan es casi la otra cara de la que Justo solo conoce remota y por fotos en una Charo muerta hace años. Lo que en aquella morena felina era fiereza cerril, en esta muchacha rubia y de apariencia delicada es la firmeza interna, casi la determinación tozuda de hacer lo que cree adecuado.

Demasiados años lleva el policía escrutando pupilas y lo que protegen como para dejarse llevar por primeras impresiones, pero está claro que Paloma Lebrón Thompson es la clase de persona que se preocupa siempre por otros y casi nunca por sí misma. Quizás por eso los tres matrimonios fallidos con otros tantos caza-fortunas guaperas de manual, como revela el expediente mental del policía. Y de allí las numerosas actividades que realiza, algunas bajo el acomodado paraguas de la beneficencia, otras desde un activismo basado en proyectos concretos y su concreto dinero.

Apunta mentalmente que debe preguntarle a Dalia si existe el síndrome de extrema responsabilidad. Y si no existe, habrá que inventarlo para Paloma Lebrón, que lo primero que le pregunta después de saludarlo es:

—¿Ha visto a Juan?, ¿cómo está?

—Preocupado. Pero su hermano es un hombre fuerte.

—Fuerte y fértil, al parecer —comenta Cayetano, el hermano mayor, *no tan mayor, tiene mi edad*, que se ocupa de llevar la dirección de las empresas—. Míralo al santurrón, con lo que nos viene después de tantos años de hacernos creer que solo le faltaba levitar para ser canonizado.

—Calla, Cayetano —pide, más que ordenar, Paloma, y el Severo Justo guasón y nuevo se divierte con el juego de palabras, al mismo tiempo que tiene ganas de repetir la frase de la muchacha, pero acompañándola con un sonoro bofetón a un tipo que le ha caído fatal a primera vista. «En siendo rico, no falta el borrico», refranea lejana la voz de su madre.

Se limita a aplicarle la mirada dura y funciona, vaya si funciona. Aunque el

empresario parece recordar de pronto quién es y cae en la necesidad de hacer lo mismo con el hombre que tiene enfrente y que, por famoso que sea, no es más que un policía.

—Antes de que mi hermana o yo digamos una sola palabra, le recuerdo la importancia de la confidencialidad y que poseo influencias en las más altas esferas de su ministerio, de modo que…

Justo saca el móvil, marca un número y se lo tiende, casi se lo estampa en la cara, pero frena a unos milímetros.

—Es el ministro, aunque seguro que también tiene usted su número. Pregúntele si le conviene amenazarme o cooperar…

La voz anaranjada del ministro surge dócil del altavoz del teléfono:

—¿Hola? ¿Severo Justo? ¿Qué necesita? No tiene más que pedirlo…

Cayetano está a punto de abrir la boca, pero comprende y le devuelve el telé-

fono al policía.

—Gracias, ministro —dice Justo sin agradecer—. Perdone, ha sido un malen-tendido. Claro, claro. No se preocupe: si encuentro la menor traba, lo llamo a cualquier hora del día o de la noche.

Y cuelga, mientras se arrepiente de su chulería, pero se convence de que era necesaria. *Y la he disfrutado. Qué raro: no tengo costumbre.*

Los hermanos están expectantes:

—Me gustaría que me contáseis cómo habéis recibido las notas.

—Yo la encontré bajo la puerta de mi apartamento —dice Paloma, y tiembla como si esa proximidad le diera todavía más miedo.

—A mí me dejaron el sobre con la correspondencia del despacho, y aunque hice el seguimiento, no se ha podido determinar quién lo trajo.

—A ver si conseguimos algo más con las cámaras de vigilancia de su domicilio y también las de su empresa…

—Lo que necesite. Lo importante es ayudar a Juan. —Paloma.

—Yo nunca he tenido nada que ocultar. —Cayetano.

—¿Puedo ver su nota? —pregunta Justo.

—Claro, pero es idéntica a la de mi hermana.

—Si no le importa, prefiero comprobarlo con mis ojos.

Empresario y negociador al fin, Cayetano la tenía preparada en una carpeta de piel ribeteada en oro, sobre la mesa del despacho. Pretendía medir al policía mediático, o acaso esperar a que Justo se lo ganara.

Son idénticas, puede que salieran de la misma impresora barata imposible de localizar. Habrá que esperar el veredicto de Dolores.

—Buscaremos huellas, pero dudo que haya —piensa en voz alta.

—¿No habría que pinchar los teléfonos, por si nos llaman para pedir el rescate?

—pregunta Paloma.

—Sí, mujer: para que se llene esto de policías y se acabe filtrando a la prensa la noticia de que tu hermano el santo tiene en realidad un hijo ilegítimo y además lo han secuestrado… ¿Sabes la repercusión que tendría eso en las acciones de la empresa?

—¡Solo piensas en la maldita empresa! —Paloma parece a punto de saltar sobre él—. Juan también es tu hermano y ese chico, tu sobrino.

—Eso habrá que verlo. Y aunque lo sea: la sangre nunca ha sido una buena inversión.

—Para los vampiros, sí —dice Severo Justo, y no se arrepiente.

Paloma lo observa, agradecida y escandalizada, pero más lo primero.

El policía de siempre reemplaza al Justo imprudente:

—Entiendo sus reparos y puedo ofrecer una solución intermedia. Mi brigada tiene, digamos…, cierta autonomía. Y a estas alturas, todos sabemos que realizar el seguimiento de una llamada no sirve de mucho, pero sí grabarla. Puedo hacer que en menos de una hora les instalen un dispositivo remoto de grabación, así se aho-rran la presencia de extraños en su casa…

Cayetano sonríe satisfecho. Por fin este funcionario venido a más entiende con quién está tratando.

—Le agradezco el detalle, pero mi empresa tiene su propio departamento de seguridad y se puede encargar de eso. De hecho, yo era contrario a que mi

hermano lo llamara.

—Pero me llamó y estoy aquí, y francamente, me da igual lo que usted prefiera.

Hasta donde sé, este domicilio es tan de Juan como de ustedes. No le estaba pidiendo permiso. Solo le informaba.

—Me quedo más tranquila si está usted a cargo —dice Paloma.

Cayetano gruñe, pero opta por parecer condescendiente.

—¿Piensan pagar el rescate? —pregunta Justo.

Los hermanos contestan al unísono:

—¡Por supuesto!

—¡De ninguna manera!

El policía tiene ganas de fumar, pero lo ha dejado.

—Supongo que Juan tendrá también algo que decir.

—Un treinta y tres por ciento que decir. —Paloma mira desafiante por primera vez a su hermano, que más que rendirse, inicia una negociación:

—Lo que intentaba decir es que no estoy dispuesto a pagar si no estamos seguros de que es el hijo de mi hermano.

Aunque no le apetece, Justo reconoce que Cayetano tiene razón:

—Propongo que la llamada la atienda usted. Muéstrese dispuesto a pagar, pero exija algo que permita acreditar el parentesco.

—Me parece bien. ¿Una oreja o un dedo?

Justo cierra los puños.

—Creo que con unos cuantos cabellos bastará. Es una exigencia razonable y nos permitirá ganar tiempo, mientras busco otras pistas.

Paloma se excusa: tiene que atender alguna buena obra.

Cayetano depone su soberbia, probablemente más por a-sumir que el policía puede evitar un escándalo que por preocuparse en realidad por su hermano y un supuesto descendiente.

La voz de la madre de Justo vuelve con otro de sus refranes extremeños: «Se olvida una buena acción y no un buen bofetón», y experimenta a la vez la ternura remota y la extrañeza.

Él casi nunca piensa en su infancia, por no pensar en su padre. Y para lograrlo, también ha ido diluyendo a su madre. *No soy justo y lo sé, pero no pedí este nombre.*

Cayetano contemporiza, saca de un mueble del Siglo de Oro una botella de whisky de treinta años de antigüedad y dos vasos de cristal. Lo consulta con la mirada y el policía, como ha dejado de beber, acepta.

Mientras sirve, el empresario se disculpa:

—Perdone si me he mostrado brusco, señor Justo. Y muchas gracias por su diligencia. Veo que está usted a la altura de su prestigio y yo me he portado como un idiota. —Levanta el vaso en un brindis que parece más dedicado a sí mismo—.

Claro que quiero al mojigato de mi hermano pequeño, pese a que siempre fue el preferido de papá. La historia del hijo pródigo, ya sabe.

Aunque él nunca había vuelto vencido a esta casa, hasta hoy. Y me siento un poco culpable. Esto tiene que ser un infierno para el pobre Juan, que se ha pasado la vida resguardado de los problemas de la realidad. Supongo que lo mío es un pecado incurable de soberbia,

¿verdad? Si mal no recuerdo, usted también fue sacerdote y sabe de esas cosas…

—Hace media vida que no ejerzo. ¿Sigue siendo usted practicante?

—Voy a misa todos los domingos y hago importantes aportaciones.

Cayetano sigue hablando como si lo hiciera de inversiones.

—Si siente que ha pecado —dice Justo—, le aconsejo que se confiese con su hermano. Yo lo hice y me siento mucho mejor.

—Lo haré. Juan se sorprenderá, pero creo que eso le dará ánimos.

Se despiden y, antes de salir, Justo le recomienda que, si se confiesa con Juan, le pida que utilice el mismo método previo que usó con él.

—Es un ritual en tres rondas. Verá lo bien que le sienta.

28

Apolo a la hora de la siesta

El comisario Bermúdez baja sin prisa por la calle de Lavapiés. Cualquiera diría que está disfrutando del paseo. Y hasta cierto punto, cualquiera acertaría. Al comienzo de este caso, tener que pasar tantas horas al día en un barrio que antes apenas conocía de modo superficial hizo que se sintiera constantemente observado.

Amenazado, no.

Observado.

Por las ancianas que responsabilizarían a la policía de no impedir que alguien las siga matando, por la mirada acusadora de jóvenes y no tan jóvenes de izquierda que dan por descontada la represión policial inminente, por el temor hostil apenas disimulado de los inmigrantes con papeles que no olvidaban el tiempo incierto en que no los tenían y por los ojos entre el reto y el miedo de los inmigrantes que no tienen y puede que nunca tengan papeles.

El comisario Bermúdez se sentía exigido, sojuzgado por los prejuicios ajenos, salpicado de clichés. Hasta que una mañana comprendió que él estaba haciendo lo mismo: aplicar a los otros una definición estereotipada.

Siguiendo el consejo de los libros de psicología que lee a escondidas, decidió no interpretar esas miradas, solo aceptarlas.

Y fue entonces cuando hizo un segundo descubrimiento: su condición de miembro de la Brigada de los Apóstoles le otorgaba un estatus diferente al del resto de los policías. De algún modo se había extendido hasta ese barrio con tantas voces, tantas lenguas y tantas caras la absurda confianza nacional en un grupo de gente que hacía lo que podía e incluso a veces lo hacía mal, pero les salía bien.

Desde ese momento, Bermúdez se siente como en casa en Lavapiés. Sería exagerado decir que ha hecho muchos amigos, pero lo cierto es que conoce el nombre de la mayoría de los camareros de los bares (y los que no conoce, los inventa y los otros los aceptan y se los colocan como medallas). Tras una vida de

responder a su propio tópico, él, que siempre fue hombre de cocido, guiso, chu-letón y, como extravagancia, una paella o mariscos en Navidad, ha probado comida de por lo menos nueve países distintos, y sin considerarse todavía un experto, de cuando en cuando acude al llamado del dueño de algún restaurante hindú o senegalés para que pruebe el punto del *bhelpuri* o el marinado correcto del *ceebu jen*.

De un modo que no alcanza a explicar pero sí comprende, el comisario Francisco Bermúdez, el último de los hostiócratas, ha caído bajo el singular embrujo que sobre sus visitantes ejerce Lavapiés.

Dobla por la calle del Doctor Piga y entra en el Tapas y Fotos, un bar al que acude los domingos a mediodía. Por las noches, entre semana no suele venir, porque son frecuentes los recitales de poesía, *y todo tiene su límite, no me jodas, Paco, no me jodas*, se dice a sí mismo.

Le extraña que esté abierto por la mañana, no es lugar de desayunos, pero Frontela, aunque esté atontado últimamente, nunca se equivoca: el hombre con el que está citado propuso este bar y esta hora.

Detrás de la barra está Miguel, el dueño, que aunque Paco ha intentado mejo-rarle el nombre muchas veces como Alfonso, es perro viejo y testarudo: seguirá llamán dose Miguel, *él se lo pierde*. En las paredes, centenares de fotos tapizan el recuerdo de un pasado reciente del dueño como fotógrafo de grupos musicales y de todo lo que se

moviera o se quedara quieto ante su objetivo. Fotos en blanco y negro que Bermúdez disfruta de una en una cuando acude al local a salvo de poetas.

Sentado tras una mesa de mármol, con una mirada entre errática y serena, está el hombre que ha venido a ver. El que según las fuentes de Frontela es el loco más lúcido de Lavapiés.

Delgado, se diría que fibroso, con el cabello corto y blanco, la experiencia de Bermúdez detecta la porfiada mirada del adicto que ha decidido dejar de serlo pero no acaba de fiarse del todo.

Tiene un vaso de Coca-Cola delante y dos paquetes de tabaco a su izquierda.

Rudolf White o Rodolfo Blanco, según qué pasaporte se consulte, es medio espa-

ñol y medio portugués, se crio en los Estados Unidos, donde vivió más de veinte años con ese nombre inventado. Estuvo ingresado en psiquiátricos y lo dejaron ir o se cansaron de él. Se drogó en medio mundo, dejó de drogarse y hace años recaló en estas pocas manzanas que también lo han embrujado.

De sus gestos, que intentan ser medidos, Paco deduce que también ha sido pendenciero en una época, no el típico peleador por fanfarronería, sino del que busca que alguien apalee de vez en cuando a sus demonios.

Sobrevive dando clases de inglés a ejecutivos que le pagan mucho menos de lo que merece, según Frontela. Vive a caballo entre dos casas de dos novias, o amigas, *vaya uno a saber, y yo no pienso preguntar*.

Paco señala con el mentón la silla frente a él y Rodolfo responde, declarándola libre, con una nariz que en otros tiempos ha aspirado mucho más que el aire de tres continentes.

Miguel, que conoce a Paco, le trae un botellín con una de sus maravillosas tapas de pollo hortelano. Cuando se marche, comenzará el duelo.

—Todos los policías que he conocido son gilipollas —declara White.

—Pues yo no dejo de conocer gilipollas cada mañana. Y algunos no son policías —contesta Paco.

—Sepa que hablo con usted porque es amigo de Jorge y es el tipo con más conocimientos absurdos que he visto en mi vida. Además, creo que es buena gente, si es que eso existe.

—Jorge Frontela también es policía. ¿No lo sabía?

Se queda pensando un rato.

—No todos los policías que he conocido son gilipollas. A usted, todavía lo tengo que conocer. Él me dijo que necesitaba un loco más o menos lúcido para entender lo que está pasando en el barrio.

—Exacto. Parte de lo que ocurre puede responder a un patrón lógico y otra parte no tiene sentido alguno. Es como si todo respondiera a un plan detallado y, de pronto, se saliera de madre.

Rudolf White enciende un cigarrillo, aprovechando que Miguel está en la cocina. Y mira el techo:

—Siempre me ha llamado la atención esa expresión en español: «salirse de madre» para referirse a algo que escapa al orden preestablecido, a la lógica, a lo que debería ser. Pero si lo piensa bien, salir de madre equivale a nacer, comisario.

Y nacer es algo lógico y natural, o por lo menos eso nos han enseñado, yo no estoy muy seguro. En todo caso, me temo que lo de salirse de madre tiene mucho que ver con lo que a usted le preocupa…

Paco lo mira con la boca abierta y decide que, además de sus libros de psicología criminal, debe encargar unos cuantos de filosofía.

Miguel sale de la cocina y regaña a Rudolf por el tabaco.

El otro contesta que nadie le va a poner una multa porque el bar está cerrado a esas horas y Miguel (al que Paco le sigue viendo cara de Alfonso) contesta que ha abierto porque él se lo pidió y porque iba a encontrarse con el Apóstol.

Bermúdez agradece y le pide una copita de coñac. Le hará falta.

—¿Ve lo que le decía de las contradicciones? —comenta el hombre delgado—.

Usted es uno de los Apóstoles, pero según las escrituras, le pegaría más el papel de centurión…

—Cuando llegue el verano me pongo la falda corta y el casco. Pero

siga: ¿qué tiene que ver lo de salirse de madre con esta serie de crímenes?

—No lo sé, pero lo sospecho. La ciudad como madre, el barrio como madre, no necesariamente una madre buena. La madre y la diosa fueron figuras presentes en varias culturas y muchas piden sacrificios…

—¿Cómo se ha enterado de lo del puñal de sacrificios?

—En este barrio nadie se sorprende por nada, pero un corazón en la mano de una estatua y frente a una corrala plagada de ventanas…

Paco asiente, resignado.

Rudolf o Rodolfo, *o acaso ambos*, prosigue:

—Toda ciudad tiene algo de madre y de diosa. Madrid debe su nombre a una, dicen. Si el puñal era mexica, no busque un crimen común, sino uno sagrado. Los

mexicas arrancaban corazones para ofrendarlos a la deidad y evitar males mayores: el sacrificio como póliza de seguros.

Los hombres de Bermúdez llevan tres horas peinando el barrio con discreción para averiguar a quién pertenece el corazón hallado en la estatua de Agustín Lara.

Según Caronte, es de mujer, y de mujer vieja, con lo cual el asesino, loco o no, ha vuelto a la senda inicial… Salvo que se prepare para alternar otro sacrificio inesperado.

—¿Usted cree en Dios? —le pregunta White-Blanco por sorpresa.

—A veces —contesta distraído Bermúdez. Luego le sorprende la pregunta y la devuelve:

—¿Y usted es creyente, con todo lo que ya habrá visto?

—Todo el mundo cree en algo: en el dinero, en el estatus social, en el número de seguidores en las redes… Hasta los ateos creen en no creer.

—¿Y por qué sacrificios?

—Los hombres nunca aprendimos a hablar con los dioses y menos todavía con las diosas. Se supone que son nuestras creadoras y que su empeño sería cui-darnos. Pero desde siempre les hemos temido. Y el

impulso humano, cuando le teme a algo, es matar.

Llega Miguel con la copa de coñac. Se quedan en silencio.

Paco presiente que este hombre torrencial necesita seguir hablando por dentro y en algún momento subirá el volumen.

—¿Usted nació en Madrid, comisario? Sabrá que el origen de la ciudad es di-fuso. Hubo varios asentamientos primitivos, pero ninguno duradero. Esto era un sitio de paso, una meseta con bosques, frutos, animales para cazar y agua abun-dante en los ríos. Sí, no se ría: el Manzanares, en un tiempo, llevó bastante agua.

Sobre el siglo IX, con la expansión islámica, llegó la verdadera fundación de la ciudad, aunque más tarde, en un empeño por darle un origen cristiano, se propagaron mil leyendas. Y en tiempos de Felipe III, cuando Madrid y Valladolid disputaban por ser la capital, se inventaron un nacimiento mítico para poner la ciudad a la altura de Roma o Atenas. Es una historia divertida. Si quiere, se la cuento.

—Si tiene que ver con el caso…

—Todo tiene que ver con todo. Lo aprendí cuando me drogaba y lo comprobé cuando dejé de hacerlo.

Paco le indica que siga.

—El jefe troyano Bianor muere cuando cae la ciudad con el rollo del caballo de madera. Su hijo, Bianor II, huye a Grecia, pero se lía y acaba en lo que hoy es Alba-nia. Ya que está allí, funda un reino y se lo deja a su hijo, Tiberis, que a su vez tiene dos hijos: Tiberis II y Bianor III. El problema es que a Bianor III lo tuvo fuera del matrimonio, con una tal Manta, apodada *la Fatídica*, que según unas versiones era una bella campesina y según otras, una conocida prostituta. Para evitar follones entre sus hijos por el trono, el rey le da al ilegítimo un montón de pasta para que él y su madre se marchen y Bianor III va hacia el norte y funda Mantua, en honor a su progenitora…

—Puta o no, una madre es una madre —aprueba Bermúdez.

—Aquí se acabaría la leyenda si al bueno de Apolo no le da por aparecerse en sueños a Bianor y le promete la gloria si funda otra ciudad allá donde se pone el sol. Y Bianor III —yo creo que se habría comido alguna seta— dijo: «Chachi, lo haré». Se puso el sobrenombre de *Ocno*, es decir, «el que ve el porvenir a través de los sueños», y

durante diez años marchó con sus hombres, hasta que Apolo se le apareció de nuevo en plena siesta y le dijo que este era el lugar elegido. Habitantes temporales que se hacían llamar «carpetanos» y que, convenientemente, esperaban una señal divina para dejar de ser nómadas. Ocno les contó el sueño y todos juntos se pusieron las pilas y empezaron a construir la muralla, el palacio, el caserío… El problema fue cuando hicieron el templo: ¿a qué deidad debían consagrarlo? La discordia podía acabar en guerra. ¿Adivina lo que hizo Ocno Bianor?

—¿Otra siesta?

—Exacto. Y Apolo le dijo que la ciudad tenía que ser consagrada a la diosa Metragirta, hija de Saturno, que se había sacrificado para que la discordia desapa-reciera de la tierra…, sin grandes resultados, diría yo. Ocno Bianor tenía que hacer lo mismo. Y uno no se pone a discutir con Apolo, ¿verdad? Después de la siesta,

Ocno mandó cavar un foso profundo, se metió dentro e hizo que lo cubrieran con una losa. Soldados y carpetanos, arrepentidos, se sentaron a rezar sobre la losa, hasta que desde la sierra y envuelta en una tormenta, llegó la diosa Metragirta en un carro tirado por dos leones —no sé si le suena de algo—, sacó a Ocno de su tumba y se lo llevó. Creo que no dijo nada, era menos charlatana que Apolo. Acojonados, los testigos llamaron a la nueva ciudad Metragirta, que después se convirtió en Magerit y luego en Madrid. ¿Qué le parece la historia, comisario?

Bermúdez silba, entusiasmado:

—¡Una mierda para *Juego de Tronos*! ¿Y la leyenda es cierta?

—Qué va. ¿No le dije que se la inventaron para darle lustre a la ciudad? El que más la popularizó fue Gerónimo de la Quintana, allá por el 1600 y pico, casi sete-cientos años más tarde de la fundación musulmana y un siglo largo después de la llamada Reconquista. Pero me gusta porque define y mucho a esta ciudad. Yo siempre he creído la versión en la que la madre de Bianor III era una prostituta. Y

me encanta pensar que a Madrid la fundó el hijo de una puta…

—Que no es lo mismo que un hijo de puta.

—No. Esos vinieron después y para quedarse.

Bermúdez enciende un cigarrillo y Miguel lo mira pero calla.

—Entiendo la broma —dice el comisario—. Pero hay algo más…

—Así es: la fuerza de las leyendas está en quienes creen en ellas. Y aunque no sean ciertas, siempre albergan algo de verdad.

Paco echa el humo y niega con la cabeza, aunque afirma con la voz:

—Y Madrid nació exigiendo sacrificios humanos.

29

El porqué de una venganza

Dalia ha logrado librarse del Súper pretextando la urgencia profesional de algún paciente imaginario. Sabe que no ha engañado al veterano policía, pero también que supone un alivio para él perderla de vista por un par de horas. Pablo es un buen hombre, mucho más de lo que pensaba cuando lo conoció. Honesto y sor-presivamente leal, pero sin renunciar a su instintivo respeto hacia los mismos poderes fácticos que ha colaborado en molestar con la brigada. Pese a sus bromas al salir del despacho de Pardo del Rosal, suspirará aliviado cuando Justo vuelva a ponerse al frente de esta clase de entrevistas, en lugar de fiarse del volátil carácter de Dalia.

Por eso, ella se inventó esta excusa y un encuentro a la hora de comer para proseguir con las pesquisas. Pablo aprovechará para ir a cargar las pilas en los despachos a los que tiene tanta querencia, aunque nunca se haya aprovechado de ellos. Dalia, todas las Dalias, para descargar energía y confusión en el *dojo*. Nunca suele acudir por las mañanas, prefiere ir por las noches, porque hay más contrincantes para el *kumité*, aunque la mayoría de ellos prefiere evitar a esa mujer pequeña y sumamente peligrosa.

Quieres cansarte para no enfrentar tus conflictos, dice la terapeuta.

Deberías preguntarte por qué, propone la psicóloga.

Te dije que no dejaras la medicación, insiste cansina la psiquiatra.

Dalia Ráfaga se burla: *tú sí que sabes lo que me hace falta, chica*.

Se cambia y entrena con el saco de arena después de calentar. Cada golpe que pega es una llamada a poner en orden esa ronda de Dalias que habitan su cabeza, todas ellas brillantes. Si decidieran trabajar en equipo en lugar de llevarse tímida-mente la contraria, encontrarían el

porqué de este asesino errático y al mismo tiempo meticuloso que va segando vidas por Lavapiés.

Hay una Dalia aficionada a la antropología, que siempre ha sido mirada con desdén por las que tienen doctorados o seminarios, pero que sabe lo suficiente de

rituales y sacrificios como para intuir que detrás de todo esto se oculta un propó-

sito y un mensaje.

El mensaje está claro, dice Ráfaga: *quiere que lo encontremos y nos lo carguemos, así de fácil.*

La doctora Fierro no la escucha, no quiere escucharla, no quiere pensar en Olga besándose con un chico tan joven a la salida de la facultad, no quiere aceptar que la única manera de matar a Ráfaga sería matar a Yago el maltratador, que fue la excusa que la mantuvo viva durante todos estos años, no quiere volver a preguntarse por qué caza asesinos, cuando ella misma transporta dentro de su cuerpo escueto a la más temible, esa que un día no podrá controlar.

Las dos sabemos que siempre estuve aquí y que Olga y su drama fueron la excusa para dejarme salir con más frecuencia, que te has frenado demasiadas veces y que algún día no podrás. ¿Qué harás entonces, Dalia Fierro, cuando mates a un Yago cualquiera?,

¿esconder las pistas, investigar con tus queridos Apóstoles o entregarte y asumir tu culpa? Yo conozco la respuesta, tú no quieres ni siquiera hacerte la pregunta.

—Vete a la mierda —dice Dalia en voz alta, sin darse cuenta de que está rodeada por un grupo de gente que lleva un rato observando cómo pega metódicamente patadas y puñetazos al pesado saco.

Y frente a ella, la mira desafiante una mujer alta y fuerte, de unos treinta y cinco años, claramente amargada por tener un cuerpo fornido y encantada de tenerlo para pasar por encima de quien la mire mal.

Podría no darse por aludida por lo que evidentemente no era una provocación hacia ella, pero levanta el mentón, desafiando a la pequeña mujer que sigue golpeando el saco y que poco a poco vuelve a una discusión profunda consigo misma. La otra se agarra el cinturón negro que sujeta el enorme kimono y hace un gesto chulesco con la

cabeza, señalando hacia el tatami.

Dile que sí, pide Ráfaga ante la alarma de las otras Dalias.

—Vete a la mierda y déjame en paz —le dice Dalia en voz alta, y la rubia rotunda y rubicunda avanza un paso.

Dame este gusto, pide Ráfaga, *y te dejo tranquila por unos días*.

—Tú lo has querido —acepta Dalia.

La rubia cree que habla con ella y sonríe burlona.

Cuando llegan al tatami, se ponen en guardia. Está claro desde el principio que no habrá demasiadas reglas, tampoco está el *sensei* del *dojo* para imponer un poco de cordura en lo que los habitantes de la mañana ya anticipan como una carnicería.

Al principio, Dalia se conforma con esquivar los golpes potentes y nada torpes de la mujerona, que al lanzarlos descubre la guardia y deja huecos que no aprovecha: *¿ por qué no golpeas ahí?, podías haberle roto una costilla*, protesta Ráfaga.

Dalia ve venir el golpe y, en lugar de evitarlo, se detiene.

El puño de la rubia buscaba el pecho, pero lo ha desviado esperando la finta y golpea en el hombro de la doctora Fierro, la envía tres metros hacia atrás, pero no cae y avanza otra vez hacia el centro del tatami. La rubia lanza una patada circular que podría esquivar con facilidad, incluso aprovechar para que pierda el equilibrio, pero permite que le impacte en un costado, amortiguada apenas por el brazo.

¿Qué haces, idiota? , pregunta Ráfaga. *¿Quieres que nos mate?*

Así sabes lo que pasa cuando les pegamos, responde Dalia.

Se incorpora y empieza a esquivar a la rubia, solo para hacerla enfadar todavía más. Ráfaga planifica varias estrategias a la vez, pero ella no permite que ejecute ninguna; *la podríamos tener sangrando y en el suelo*, protesta. Dalia dice: *Ahora nos toca a nosotras*, y se frena.

El golpe de la rubia rotunda le da en la cara.

No lleva toda la fuerza que podría porque ya está cansada de golpear el aire o de golpear a la pequeña mujer que no cae del todo. Dalia suelta un par de golpes que dan en el blanco, pero son anzuelos:

quiere que la rubia la golpee, quiere que la destruya, quiere que acabe con todas esas voces que hablan dentro de su cabeza y sobre todo con la que le pide hacer ahora mismo lo que le están haciendo a ella.

Se defiende con vestigios de movimientos que le concede a Ráfaga, pero no le permite atacar. Y siente un miedo, el miedo de Ráfaga y no de Dalia Fierro, el miedo de quien se sabe invencible pero está siendo vencido, la sorpresa del que está acostumbrado a infligir dolor pero no a sentirlo.

Me rindo, dice Ráfaga. *Pero no te rindas tú, te necesitamos, gilipollas.*

Mírala los ojos, susurra apenas la Dalia psicóloga.

Y Dalia ve en ellos la impunidad, el goce de hacer daño por el daño mismo; no hay motivos para su furia. Y si los hay, nada tienen que ver con su víctima de este momento. Esta mujer odia todo lo que no se parezca a ella, odia lo que sea diferente de ella. *Esta mujer odia por odiar, se está vengando de la vida*, dice una Dalia, y lo comprenden todas.

La rubia lanza el golpe definitivo.

Dalia lo bloquea y aparta con la mano izquierda, y con la misma mano le propina un profundo golpe en el cuello. La otra se desorienta y retrocede, la mujer pequeña avanza, amaga con la pierna y, sin embargo, le pega un golpe seco en el plexo que la deja sin aire; mira los ojos de la rubia pero la mirada no cambia: sigue siendo el odio sin sentido. Dalia la deja retroceder dos pasos mientras trata de recuperar el aire y, cuando está montando la guardia nuevamente, salta y le propina una patada en la cara.

La rubia cae con la lentitud con que caen los árboles centenarios.

Dalia se acerca, solícita, le toma el pulso, comprueba que no está desmayada.

—No pasa nada. Quédate ahí un buen rato —susurra con dulzura—. Y la pr-

óxima vez que quieras abusar de alguien más débil, pregúntate por qué lo haces.

Los ojos de la rubia ya no odian. Solo tratan de entender.

Hay una muda pregunta que su boca ensangrentada no puede

formular, pero Dalia Fierro la responde ante el silencio de todas sus Dalias:

—Si vas a vengarte de alguien, tienes que saber por qué lo haces. El resto son excusas.

Un rato más tarde, disfruta en la ducha de ese mismo silencio respetuoso o asustado en su cabeza.

En realidad no es un silencio, es una muda conversación de Dalias, que por primera vez en mucho tiempo tratan de ponerse de acuerdo. Hasta Ráfaga parece estar colaborando, pero eso no podría asegurarlo.

El agua corre por todas las zonas golpeadas de su cuerpo y se ríe de sí misma

pensando en la cara que pondría Vania si la llama esta noche para seguir llamándose las dos del mismo modo.

Piensa también que en un rato tendrá la misma pinta que Severo Justo y habrá quien crea que se han peleado entre ellos.

Mientras se viste, resuenan en su mente las palabras que le ha dicho a la rubia:

«Si vas a vengarte de alguien, tienes que conocer el motivo. El resto son excusas».

No está segura y todavía tiene una hora para pensar en el asunto antes de quedar a comer con el Súper. Pero comienza a sospechar que el absurdo mapa de las muertes en Lavapiés es, en realidad, el itinerario de una venganza.

Ricardo Contín camina por Lavapiés disfrutando del miedo ajeno, porque él no le tiene miedo a nada. Demasiados años lleva callándose, disimulando sus pensamientos políticos para evitar discusiones en este barrio en el que todos posan de progresistas, pero no hacen más que subir el precio de lo que venden en sus negocios.

Prejubilado de Renfe, aunque en su vida ha subido a un tren, Contín fue un hombre sin vida propia hasta que encontró su causa. Lo tomó por sorpresa, cuando ya daba por perdida toda posibilidad de que *en España se alce un pensamiento serio, coherente y español, entre las chorradas del centro y las mariconadas de la derecha cobardona; pero mira por dónde, llega nuestra hora*.

Una pareja de chicas, ambas con rastas adornando sus cabezas, pasa junto a él. Tomadas de la mano. En otro tiempo se hubiera indignado en silencio, ahora saluda con amabilidad y de paso mira las tetas libres bajo la camiseta de la más alta.

Aprovechad mientras podáis, se dice el representante del emergente partido de Pardo del Rosal en Lavapiés. No es un cargo que ostente de manera oficial, pero lleva un buen tiempo haciendo el trabajo sutil de base, localizando en charlas de bares a otras personas que piensen como él, y está gratamente sorprendido al descubrir que son muchos más de los que esperaba y de diferentes edades. Contín no tiene prisa y, de alguna manera, lleva toda la vida esperando este momento, o el

momento que vendrá dentro de poco, cuando tengan el poder *y todas las zorras y lesbianas y maricones y rojos tengan que irse del país*, piensa mientras saluda levemente a tres muchachos negros que fuman sentados en una plaza. *Y para vosotros también habrá, vaya si habrá*, se reconforta.

Contín es un hombre sencillo, «simplón», le dijo la única mujer que durante un tiempo le dedicó sus atenciones y luego empezó a atender a otros, «menos fachas y que además funcionan mejor en la cama», le dijo la muy perra, *qué pena que no vaya a estar cuando yo sea el jefe de este barrio*.

Solo tiene que dejar que los frutos caigan por su peso y tener la misma astuta paciencia dentro del partido que en el barrio.

Y vaya que le cuesta en el partido, esa zorra de la Pardo del Rosal parece creerse la dueña de todo, aunque reconoce que se sintió halagado cuando lo llamó personalmente al móvil y le dio órdenes de atender a un hombre y una mujer de la policía que lo llamarían en breve para concertar una cita.

Pasada la primera sensación de importancia, hirvió por dentro: *¿quién coño es esa tía para hablarme así como si fuera su empleado? Paciencia, Ricardo, paciencia*, se dice. *Todo llegará en su momento. Has de callar lo suficiente y hablar cuando sea necesario para ser jefe de Lavapiés. Luego todo es cuestión de seguir creciendo. No eres el único descontento de que al frente del proyecto esté una simple mujer.*

Entra en el bar y recibe otra satisfacción cuando, de modo casual, dos o tres parroquianos con los que ha tenido leves conversaciones, tanteos para tirar de los hilos del descontento, le piden su opinión sobre lo que está pasando en el barrio.

Contín se regodea por dentro, pero por fuera mantiene el aspecto de hombre bueno que solo busca el bien común.

—Por lo que sé, este desorden no va a cesar, por más que manden policías de la tele para ayudar a las abuelas a cruzar la calle o preocuparse por la salud de los negritos. Cuidado, que yo no soy racista. Solo digo que a lo mejor no hay España suficiente para los españoles.

Quizás se ha pasado, porque uno de los habituales que le consultan opiniones políticas contesta diciendo que la mayoría de los asesinados son españoles,

españolas mejor dicho: buenas mujeres cristianas.

Contín recupera el territorio perdido, se persigna como si estuviera acostumbrado a hacerlo a diario y aprovecha la pausa para contraatacar:

—Yo no culpo a nadie, pero con esta mano blanda que nos gobierna, empiezan matando abuelas y terminarán matando a nuestras hijas.

Lo ha dicho con aire tan casual y al mismo tiempo tan tranquilo, que nota que tres o cuatro parroquianos más han asentido. Uno, más joven de lo habitual en su flamante círculo de seguidores.

Con la misma astucia que ha empleado durante toda su vida laboral para mantener el puesto de trabajo sin haber hecho nada, Ricardo Contín saluda y se retira, dejando a sus interlocutores con ganas de saber más. Tendrá que volver por la tarde, después de atender a los policías. Pretexta ciertas obligaciones imposter-gables en el centro y dice, como si fuera casualidad, que luego se pasará otro rato.

Sabe que más de uno estará por allí para escucharlo.

Mientras camina con sus pasos cortos por la plaza de Lavapiés, el sonido acol-chado de sus deportivas de marca blanca suena en sus oídos como el anticipo de un severo paso de botas marciales marcando el futuro que se acerca.

30

Yo soy la próxima

Ha sido una mañana lenta y penosa para Dolores. Uno de los mayores

atractivos de formar parte de la Brigada de los Apóstoles era pasar más tiempo con su nieto. Desde que era muy niño, ha sentido fascinación por ese chico estrafalario y al mismo tiempo sensato como pocos. Nunca ha conocido a nadie que tenga tantas áreas simultáneas de interés, ni siquiera a la doctora Fierro, pese a todos sus doctorados.

Lo de Jorge Frontela es otra cosa. Le interesan temas que a nadie le llaman la atención y sabe de asuntos tan opuestos y dispares que nunca deja de sorpren-derla. Es casi una tradición en la brigada hacer apuestas cuando surge alguna pregunta sobre un área absurda de conocimiento, sobre si sabrá o no algo de eso el inspector Frontela.

Y sabe, el capullo del niño siempre sabe.

Durante años, Dolores disimuló mal o directamente no disimuló en absoluto la poca gracia que le hacía que el nieto de una mujer republicana y de izquierdas se hubiera hecho policía.

Sin embargo, está orgullosa de ese chico alto y *aparentemente distraído solo porque está siempre pensando en otra cosa, en muchísimas otras cosas, ojalá supiera en qué está pensando ahora, que lleva unos días enfadado conmigo y apenas me dirige la palabra; si cree que voy a ser yo quien pida tregua, lo lleva claro, el chaval. Pero es un desperdicio que en lugar de trabajar juntos estemos tan lejos y a solo unos metros de distancia*.

Pese a su edad, la cabeza de Dolores sigue funcionando como una maquinaria de primera, pero no logra hallar un denominador común en todos los nuevos datos de las víctimas más ancianas. Es obvio que han tenido relaciones directas o indirectas entre sí, pero nada que pueda indicar un motivo para las muertes. Los datos antiguos se van sumando a su algoritmo con bastante rapidez, pero aun así no determinan un patrón.

Dolores se siente tentada de encender el teléfono y llamar a Mingo, que suele llevar su móvil escondido debajo de su disfraz-uniforme de mendigo limpio. No tiene mucho que contarle, pero extraña a ese viejo cabrón, que sabe tanto porque ha recorrido todos los caminos y es casi la otra cara de la misma Dolores, que todo lo que sabe lo sabe por haberse quedado quieta y en los últimos años via-jando a la velocidad de los impulsos de un ordenador.

Pero si llama a Mingo, se preocupará. La conoce mejor que nadie.

De modo que guarda el teléfono en el bolso sin encenderlo, se aleja unos pasos de su ordenador y se asoma al organizado caos de la gran

oficina, en la que cada mesa-isla va acumulando y revisando datos para que confluyan en el embudo que lleva su nombre.

Tiene gracia que todos estos chicos y chicas que nacieron con un ordenador debajo del brazo tengan que estar ahora leyendo documentos amarillos, casi papi-ros, *para que los organice una dinosauria que aprendió a sumar con un ábaco.*

Acaso sea debido a la ternura del recuerdo de Mingo, a quien conoce desde que era niña, acaso por haber imaginado a un Jorge Frontela pequeño y que siempre pedía libros absurdos de regalo, tal vez. El caso es que, por un momento, Dolores vuelve a su propia infancia, esos tiempos primarios en los que los odios todavía seguían vivos y los enemigos eran enemigos para siempre, incluso entre los niños. Una niña, no recuerda su nombre porque no quiere, pero sí recuerda que eran inseparables los tres: Mingo, ella y Dolores, que de pequeña se dejaba llamar Lola. Aquella niña nunca mostró el menor interés por Mingo, pero cuando en la adolescencia descubrió que él y Lola estaban liados, dejó de dirigirles la palabra y, cuando se cruzaban por la calle, la miraba con un odio inmune al tiempo. Tanto, que hace unos meses volvió a verla por el barrio y el odio seguía en los ojos de la mujer, intacto desde el siglo pasado. *Un odio mortal, asesino.*

Tiene la vista cansada y puntos de luz bailando otra vez ante sus ojos, como la otra noche en el piso de Lavapiés, cuando creyó ver una chispa de nitidez en la ma-raña de datos, y la vuelve a ver ahora, pero no es una chispa, es el recorrido de una chispa que puede terminar por incendiar todo un barrio.

Vuelve a buscar el móvil, pero tampoco se siente segura como para llamar a Severo Justo o a Dalia, *solo es una intuición, una sensación, un recuerdo de vieja que se acuerda de cuando era niña y si te peleabas con alguien, te peleabas para siempre.*

Deja el teléfono, va hasta donde está su nieto y lo llama aparte.

—Ódiame todo lo que quieras, pero ahora necesitamos establecer una tregua.

Creo que tengo algo, aunque no estoy segura.

Jorge Frontela descansa de la mirada prevenida y altiva que lleva tratando de mantener toda la mañana con su abuela. Sabe que la mujer tiene un don especial para relacionar datos. Entra con ella al pequeño despacho que le dispuso y pide a los agentes que la ayudaban que los dejen solos.

—Cuéntame tu teoría, abuela.

—Ni siquiera es una teoría, pero asómate un momento a la oficina grande y mira lo que está haciendo toda esa gente.

No protesta, obedece como siempre lo hacía con ella. Deja que sus ojos va-guen por la sala hasta captar lo mismo que Dolores.

—¿Crees que todo esto, en realidad…?

—Creo que en realidad es una historia antigua que está teniendo su desenlace en otro siglo. Creo que es una venganza tan vieja como la mayoría de las muertas.

Solo nos falta saber contra quién.

Amparito camina encorvada y eso es raro en ella. Lo sabría quien la haya visto aunque sea un par de veces, movediza y saltarina por el barrio. Y los dos agentes de civil llevan siguiéndola varios días, temerosos de que sea la próxima en la lista del asesino de viejas. En realidad, son cuatro agentes, porque se van relevando por parejas, y entre ellos se cuentan las ocurrencias de esta vieja de ochenta y demasiados años que parece no temerle a nada.

Pero se dan cuenta de que algo ocurre cuando Amparito baja a la calle y los busca y no puede dejar de temblar mientras habla:

—Venid conmigo, por favor, venid conmigo.

—¿Qué le pasa, doña Amparito, quiere que llamemos a un médico?

—Ojalá solo haga falta un médico, hijo —dice la vieja—. Pero ahora no per-damos el tiempo y acompañadme de una puta vez.

Amparo parece haber recuperado al menos parte de su vigor y comienza a caminar a una velocidad insospechada, remontando la calle que lleva su nombre.

—Al menos díganos qué ocurre.

—No quiero ser ave de mal agüero, a ver si por decirlo se ha cumplido…

—No la entiendo. Díganos adónde vamos y pillamos el coche.

—Ni coches ni leches. En este barrio solo son un engorro.

El agente hace un gesto y el otro llama por la radio.

—Si es un coche patrulla, ponemos la sirena y vamos más rápido. Usted solo tiene que decir la dirección.

Amparo va a protestar, pero por la esquina asoma el patrullero. Suben y ella grita una dirección de la calle de Jesús y María. Para calmarse, explica:

—Puede que sea una falsa alarma, porque esta vieja loca a veces se olvida de cargar el teléfono móvil. Pero llevo llamándola toda la mañana para tranquilizarla por las últimas noticias y no responde.

—¿De quién está hablando?

—De mi amiga Almudena Rodas.

Llegan al portal. Es sorprendente la velocidad con que Amparo desciende, entra y comienza a subir escaleras perseguida por los policías Al llegar a la puerta del 4 C, la vieja se pega al timbre, que suena estridente, pero nadie responde.

—¿Teme que le haya pasado algo? —pregunta el policía más joven.

—Temo que le haya pasado de todo —dice Amparo, y abre el bolso buscando algo—. Por aquí debo de tener la copia de las llaves que me dio por si se ponía mala alguna vez…

Finalmente encuentra lo que busca, pero le tiembla el pulso y solo logra embocar la llave en la cerradura al cuarto intento.

Los policías no se han atrevido a intervenir.

Gira la llave, se abre la puerta y los tres se precipitan dentro del piso, limpio y

pulcro como pocos. Amparo necesita ocupar el silencio:

—La manía de Almudena ha sido siempre la limpieza —dice.

Por eso se hubiera llevado un gran disgusto al ver el estado en que se encuentra su salón. Está claro que Almudena hubiera pillado un gran berrinche si no estuviera tumbada en el centro de la estancia, con el pecho abierto a la altura del corazón, manchado de la misma sangre con la que alguien ha trazado en el suelo junto a ella un dibujo extraño, que parece tener un gran ojo, dientes y algo así como un símbolo de arroba.

El policía más veterano se pone detrás de Amparo por miedo a que se des-maye, pero la anciana baja la cabeza sin apartar la vista de su amiga.

—Ahora solo falto yo —repite en voz muy baja—. Yo soy la próxima.

31

Móviles apagados

Severo Justo no es un hombre avaro ni mucho menos, pero tras tantos años de viudedad y de subsistir cubriendo unas necesidades mínimas, posee más dinero del que sabe manejar (y tampoco ha aprendido a manejarlo). Cada vez que tiene que hacer un regalo, se siente culpable de antemano y termina ofreciendo obs-equios desmesurados. Bien lo sabe Lorna, que tiene medio salón de su piso ocupado por un oso de peluche del tamaño de un *grizzly* de verdad, que Severo le envió para hacerse disculpar por uno de esos descuidos que comete cuando se muda al barrio de sus propias sombras. Si piden comida a domicilio, lo mismo acaban comiendo langostas en pijama, que una oferta de dos por uno en pizzas. Y

hace unos meses, cuando la invitó a una escapada romántica a Lisboa, olvidó las tarjetas de crédito y solo fue con los setenta euros que llevaba en el bolsillo.

También eso ha cambiado desde que el Severo Justo oculto asoma a destiempo, como un niño travieso que nunca se permitió hacer travesuras.

Ha elegido con premeditación este restaurante, que además de caro es bueno.

Y tan selecto que para tener mesa hay que reservar con meses de anticipación.

Pero este es un almuerzo improvisado de trabajo con Dalia, al que faltará con aviso Pablo Acuña, preocupado por saber en qué anda el comisario Bermúdez.

Dalia se sorprendió cuando Justo la llamó para invitarla, hace apenas hora y media. Y se sorprendió todavía más cuando le dijo el sitio. Tuvo el tiempo exacto para tomar un taxi hasta el piso de Lavapiés, cubrir como ha podido con maquillaje los golpes de la karateca rubia,

vestirse a juego con el local y bajar saludando vecinos, haciéndose pasar una vez más por la nieta de doña Virtudes, que ha ido a ver a su otra hermana a Toledo.

Mientras el taxi sorteaba el denso tráfico de Madrid, cayó en la cuenta de que la única manera en que Severo ha podido conseguir mesa en ese restaurante ha sido utilizando su nombre y su apellido célebres. Algo que nunca hacía antes. *¿Antes de qué? Lleva varios días haciendo cosas que no hacía nunca*, se dice Dalia. *También*

nosotras, responde una cauta pero lúgubre Ráfaga aplacada. *Igual estamos llegando al final de algo*, dice una de las otras Dalias, da igual cuál. La única que le preocupa está controlada, al menos de momento.

En lo que no ha cambiado Severo Justo es en su puntualidad, porque la espera en la mesa. Se ha puesto uno de sus mejores trajes, *y lo bien que le sientan al cabrón*, se dice Dalia. También valora la vestimenta de su compañera de una manera que antes no recuerda, mientras se levanta cuando llega y le dice con una voz casi divertida:

—Está usted especialmente guapa, doctora Fierro.

—Lo mismo que usted, comisario Justo.

El *maître* los recibe como a celebridades. Justo cede a Dalia la carta de vinos y ella se la devuelve: está ansiosa por ver cómo se desenvuelve este nuevo Severo en un mundo en el que parece no haber vivido hasta ahora. Pero se ve que este año con Lorna le ha servido para hacer un máster de buen gusto, a juzgar por el excelente y nada barato vino que elige.

También el sumiller aprueba su elección, pero se disculpa explicando que la casa desea invitarlos con una botella de su vino más especial, y Justo, en lugar de incomodarse como sería lo habitual, señala que no era necesario, pero que muchí-

simas gracias.

Se entretienen con el menú, que *por suerte, además de carísimo tiene muy buena pinta, porque necesito recuperar energías*, se dicen Dalia y todas las Dalias.

El sumiller regresa con una botella de Vega Sicilia del 78 y hasta Dalia piensa que es demasiado. Justo abre la boca, pero calla. Cuando vuelve el *maître*, hacen el pedido y saben que tendrán un rato para charlar tranquilos.

—Si no estuviéramos metidos en un caso tan complejo, pensaría que esto es una cita, Severo…

—En cierto modo lo es, Dalia. No creas que me he desentendido del caso; estoy al tanto del macabro hallazgo de esta mañana. Pero últimamente he descubierto que el tiempo siempre es escaso y es mejor dar las gracias a la gente que quieres cuando tienes la ocasión. Digamos que es una comida de aniversario de la

brigada, y aunque cuando acabemos con lo de Lavapiés tendremos tiempo de hacer una celebración con todos, quería hacerlo primero contigo, porque no hubiera sido capaz de llegar hasta aquí sin tu ayuda.

Solo te falta llorar, tonta, dice Ráfaga, emocionada dentro de Dalia. *No digas una bordería, pero tampoco nos hagas quedar como cursis.*

Pero Dalia Fierro solo dice:

—Gracias.

Brindan en silencio y después de un rato, ella sigue:

—No te diré que estás cambiado, porque lo sabes, y tampoco voy a preguntarte el porqué. Solo diré que estoy aquí para lo que necesites. Espero que ese caso paralelo que estás llevando no sea muy peligroso.

—No más que este para ti —dice Justo, dando muestras de que ha notado los moratones pese al maquillaje—. ¿Algún testigo violento?

—No. Yo necesitaba que alguien me castigara y pasé por el *dojo*.

—No quiero ni pensar en cómo habrá quedado tu contrincante…

—Las dos merecíamos una buena paliza. —Y Dalia ya no está pensando en la rubia, sino en ella misma y en Ráfaga—. ¿Quieres que hablemos del caso ahora o después de comer?

—Después. Te propongo que apaguemos los teléfonos por un rato y hablemos como los amigos que somos desde hace mucho tiempo, aunque yo he sido bastante idiota y mezquino a la hora de demostrarlo. Estás pasando un mal momento con Olga, y aunque soy el menos experto del mundo en asuntos sentimentales, si te sirve de algo, puedes contármelo.

—Vale. Pero primero tú me cuentas cómo lo llevas con Lorna.

La mirada del policía se ilusiona y luego se opaca otra vez. Ha pensado en lo bien que está y en todo lo que le gustaría vivir con la periodista si fuera capaz de seguir vivo. Pero el nuevo Justo sabe disimular:

—No creía que pudiera volver a ser feliz, pero si lo consigo será con ella. Es la persona más generosa y menos posesiva que he conocido en mi vida, y al mismo tiempo, aunque suene petulante, sé que está enamorada de mí. Y, sin embargo, no

me pide prácticamente nada. ¿Sabías que cada tres meses organiza un viaje para que vaya a Ginebra a ver a Giselle? La última vez le dije que no, pero me gustaría saber por qué lo hacía…

Giselle Legrand es una inteligente y atractiva funcionaria europea que acompañó la soledad de Justo durante el último tramo de su exilio dorado.

—Lorna jamás te pedirá que elijas entre ella y otra mujer. Solo que compartas con ella lo que puedas. Y creo que no está siendo poco…

Levanta su copa de vino. Brindan.

—Venga, ahora cuéntame tú lo de Olga —dice Justo, y deposita la copa junto al teléfono móvil apagado.

La tregua ha funcionado, aunque es claramente temporal. Volverán los recelos, pero no será hoy y Dolores lo sabe. Ella y su nieto han vuelto a funcionar como un equipo formidable, capaz de entenderse con señas, medias palabras, ideas apenas esbozadas. Han repasado las diferentes posibilidades a partir de las relaciones entre las mujeres más viejas, dejando aparte lo que no encaja pero que luego po-dría tener una explicación que ahora no pueden ver. Codo con codo, cada uno di-seña su propio diagrama y periódicamente se espían. Entonces Frontela no puede evitar una sonrisa admirada al ver la habilidad de su abuela y cómo la llena de vida una actividad febril que para cualquier otra mujer de su edad sería demoledora.

Es una competencia, pero como siempre han hecho, cada uno hace su propio resumen para contrastarlos, y cuando terminan al mismo tiempo, llegan a la misma conclusión: el círculo mortal que se va cerrando casi a diario rodea a Amparo Castro.

—Justo le puso dos agentes para que la protejan —trata de tranquilizarse Dolores.

—Hablamos de un asesino que ha burlado nuestra vigilancia durante casi dos semanas —dice Frontela—. Dos hombres no son suficientes. Habría que llamar a Justo y pedirle que refuerce la custodia de la señora. Pero si él ha dicho dos hombres, sabrá por qué. Al fin y al cabo, es el jefe…

El tono de resentimiento sorprende a Dolores, *parece que está más ofendido con Severo que conmigo*, piensa con cierto alivio egoísta, y enciende su teléfono.

—Le aviso yo, si quieres —propone mientras su nieto se marcha física y emo-cionalmente.

Dolores ve, en cuanto el aparato se activa, ese mensaje de alarma automática de su ordenador. Y también un mensaje de audio. Sigue el enlace, comprueba la información y activa el mensaje de voz. Comienza a soltar tantos insultos a gritos que su nieto vuelve, pensando que le ha dado un ataque. Dolores tiembla y le alcanza su móvil:

—Lla-lla-llama tú a Justo, nieto. Esto es más urgente que una venganza del siglo pasado.

Frontela no comprende y su abuela, en lugar de explicar el complicado proceso que ha desembocado en esa alarma, lo resume todo en tres palabras.

El inspector tarda unos segundos en asimilar la información.

Palidece y comienza a llamar a Severo Justo mientras no cesa de repetir:

—¡Mierdamierdamierdamierdamierda!

Han disfrutado de sus platos exquisitos. También de una calma que necesitaban y acaso merecían. Con esa perspectiva, repasan el caso de los crímenes de Lavapiés. Justo coincide con la doctora en la tesis de la venganza ancestral, aunque haya otras víctimas que no encajen en la hipótesis. *Pero acabarán por encajar*, se dice. De momento, la conclusión impone una urgencia:

—Si esto es un ajuste de cuentas con muchas décadas de atraso, lo más probable es que la próxima víctima sea Amparo Castro.

Justo paga la cuenta, después de insistir demasiado y prometiendo

volver a corto plazo. *Este sitio le encantará a Lorna*, se dice, y se sorprende de tener un pensamiento tan normal.

Tratan de no correr hacia el callejón donde está aparcado el coche del policía.

Él se tranquiliza en voz alta diciendo que Amparito está custodiada por dos de sus mejores agentes, Dalia recordando que rara vez el asesino ha actuado en pleno día.

Casi no hablan mientras se acercan como autómatas al coche, las mentes analizan todas las posibilidades, los cuerpos se mueven por inercia.

No son los reflejos entrenados de Severo Justo, ni la agilidad de Dalia cultivada en el gimnasio.

Es Ráfaga quien los salva, aunque sea Dalia la que empuja al policía en el último momento para evitar que el coche negro los atropelle.

Más que verlo, parece haberlo adivinado.

Justo gira en el aire mientras intenta sacar su pistola, pero el propio cuerpo proyectado de Dalia lo empuja contra otro coche aparcado, mientras el bólido negro se aleja a toda velocidad.

—¿Estás bien? —pregunta Dalia, pero Justo no contesta—. Tenía los cristales tintados, el cabrón. ¿Has podido ver la matrícula?

El policía sigue en silencio. La sangre ha abandonado su rostro y parece uno de los clientes de Caronte García, pero menos parlanchín.

Mecánicamente, saca el teléfono móvil de su bolsillo y lo enciende.

Cuando se activa suena una llamada. Atiende.

Es la voz de Dolores, nunca la había oído tan asustada, pero se alivia al escuchar su respuesta.

—Justo, Justo, Justo, ¿eres tú? Tienes que tener cuidado: Javier Avellaneda ha vuelto a España y temo que intente algo contra ti.

—Lo sé, Dolores. Acaba de tratar de matarnos con un coche. Pero volverá a intentarlo. Y esta vez estaré preparado.

Una gran «A» dorada

En cuanto entran a la sede improvisada en las vastas oficinas de la Castellana, Justo evalúa el despliegue organizado por Frontela y aprueba con un gesto imperceptible. Dalia le da un codazo y el policía opta por la palabra:

—Menudo operativo ha montado aquí, inspector…

El joven se hamaca entre el hábito de justificar sus actos y la necesitad de provocar a un jefe al que admira. Pero Justo le ahorra la decisión:

—Le felicito, es todo un récord, en tan poco tiempo. —Camina hacia el despacho, pero se vuelve—: ¿Amparito está protegida?

—Dos hombres fuera de su casa, otros dos en las escaleras y cuatro más dentro del piso, con ella. Creo que por poco tienen que golpear al nieto para que los deje entrar. El comisario Bermúdez coordina el dispositivo.

—¿Cómo está la anciana?, ¿cuándo cree que podré interrogarla?

—Cuando usted quiera. Está impresionada por lo de su amiga, pero según el comisario, impaciente por hablar con usted.

—Perfecto. Pero antes tengo que hablar un asunto con su abuela…

Mira a Dalia, a Frontela.

El Severo Justo de siempre duda. El otro, no:

—Eh… Lo que tengo que tratar con Dolores no se relaciona con este caso, ni con ningún otro que lleve la brigada. Es más: me temo que incurriré en varias irre-gularidades, así que no sé si comprometeros…

—Señor Justo, diga lo que necesita y no nos toque…

—… los ovarios —completa Dalia.

—Iba a decir la moral, pero también me vale. —Frontela sonríe a su jefe por primera vez en semanas.

Pero ya los ha visto Dolores y tira de ellos hacia el despacho, al tiempo que despide a sus jóvenes ayudantes.

En cuanto se quedan solos, pregunta:

—¿Era él?

—Sí —dice Justo.

—No sabemos si era él —matiza Dalia.

—Sí que lo sabemos. Usó el coche como un arma. Es él.

—¿Y quién es él? —quiere saber Frontela.

—Nieto, que pareces el Perales. Javier Avellaneda. Quizás ha vuelto.

—De quizás, nada —corrige Justo—. Acaba de intentar matarnos.

Frontela boquea como un pez sorprendido fuera del agua.

Su abuela le ofrece su vaso de café y lo bebe de un sorbo.

—¿Qué tenía este café? Huele como los de Bermúdez…

—Es su receta, nieto: coñac y ganas de trabajar.

Pero la anciana ya está detrás de la mesa y abre una carpeta:

—Que quede claro, jefe: solo hay un ochenta por ciento de posibilidades de que Avellaneda haya vuelto a España en los últimos dos días.

—¿Desde dónde?

—Hay varias posibilidades. Yo apuesto por Portugal o Francia. No iba a ser tan bobo como para venir directamente por vía aérea a Barajas. Sigue siendo uno de los fugitivos más buscados…, aparentemente.

—¿Aparentemente? —se extraña Frontela.

—Así es. En la práctica, la prioridad que se le ha dado a su captura es menor que a la de cualquier rapero que se haya pasado de rosca. Otra cosa son los medios de comunicación, las redes sociales… Avellaneda es el asesino de la mujer y la hija del hombre más querido de España…

—Y de varias personas más —apunta Justo.

Dolores capta el mensaje y busca entre sus papeles:

—Así es: en la confesión que grabó Dalia hace un año, reconoció al

menos otras seis víctimas de sus jueguecitos mortales al volante. Y creo que la cuenta puede haber crecido…

—¿Cómo? —casi a coro preguntan los tres. Dolores resopla:

—A ver, doctora: ¿recuerdas el perfil psicológico sobre ese cabronazo que te

pedí cuando se fugó? —La frena con un gesto—: Es una pregunta retórica, no contestes. Definías a Avellaneda como un psicópata de manual, sin consideración alguna por la seguridad ajena, impulsivo y propenso a la lucha y la competitividad desmedida. También decías que no suele planificar a largo plazo, es incapaz de sentir culpa y bastante manirroto con la pasta. ¿Correcto? No me contestes: sé que es correcto. Señalabas un narcisismo patológico y la tendencia a creerse con derecho natural a la impunidad. Para mí estaba claro que el fulano volvería a las andadas al volante, en lugar de tratar de pasar inadvertido. Así que metí sus datos en varios procesos de búsqueda, tanto en la red como en la *deep web*. Buscaba noticias sobre atropellos con fuga y carreras ilegales. ¿Sabéis lo que encontré?

—¿Qué? —Esta vez consiguen la sincronía total.

—Varios accidentes mortales, en varios países de América del Sur, en los que el agresor logró escapar. Y también a un misterioso piloto, por llamarlo de alguna manera, que participa en carreras clandestinas sin reglas. La descripción física encaja con Avellaneda. Corre siempre con coches de lujo, apuesta mucho dinero…

—Pero eso no es suficiente para… —comienza Dalia.

—… y a cada bólido le pinta en la puerta una gran letra «A» de color dorado.

—Sí que es suficiente. Y le pega un montón esa chulería.

—¿Por qué no me has dicho esto antes? —reclama Justo.

—¿Para que fueras a lo loco por toda Sudamérica, a perseguirlo pistola en mano? Además, no pasa mucho tiempo en cada país.

—¿Y si no es él? —duda Frontela.

—Tampoco yo estaba segura… Hasta ahora. Resulta que el tal míster «A» fue detenido en Colombia hace cuatro meses y en Brasil hace tres semanas. Redadas en las carreras clandestinas, seguramente que a raíz

de un soplo a policías en busca de sobornos. Y funcionó, porque no hay nada sobre esas detenciones, ni siquiera las fichas con las huellas y las fotos de cuando lo detuvieron. Nada. En realidad, casi nada. Porque con las prisas por quitar de en medio lo importante, tar-daron en borrar los atestados el tiempo suficiente como para que yo consiguiera copias, que mi buen dinero me han costado, en realidad «tu» buen dinero, jefe.

Eso me dio dos identidades posibles a seguir y algo mucho más importante: la certeza de que Avellaneda tendría que volver pronto a España.

—¿Por qué? No comprendo la relación, Dolores.

—Pareces nueva, Dalia. Cuando tienes que localizar a un millonario asesino y con delirios de grandeza, hay una norma: no sigas al hombre…

—¡Sigue al dinero!

—Así es, pequeña. Tras su fuga, la Justicia congeló los fondos de la familia Avellaneda… Los fondos legales. Esta gente suele tener dinero en más de un pa-raíso fiscal. Pero hay demasiados. Además, él no es ningún genio de las finanzas.

Así que he vigilado a su abogada, que casi le ejerce de madre desde hace más de veinte años.

Saca unas fotos y las despliega sobre la mesa. Muestran a una mujer de una belleza contradictoria: al mismo tiempo parece inmune o casi a los seguro cincuenta años que estará por cumplir, *derrotada desde mucho tiempo atrás en una lucha que nunca quiso ganar*, se dice Dalia.

—Adela Acosta —lee Dolores—. Nacida en Santander ha-ce sesenta y seis años. Abogada de Avellaneda sénior desde que salió de la Facultad de Derecho y, según se dice en las empresas del grupo, su «colaboradora más íntima», en todos los sentidos de la palabra. Yo creo que la pobre se enamoró siendo muy joven de Avellaneda padre y que él, a su modo, también de ella. Tras su muerte, sigue al frente de todo y se encargó personalmente de organizar la defensa del hijo, de su traslado a la clínica psiquiátrica y juraría que también de su fuga. Pero es lista y no dejó huellas.

Justo trata de disimular su impaciencia y le pide un cigarrillo a Frontela, que también ha dejado de fumar y le convida. Dolores sigue:

—Yo sospechaba que el tarambana de Javier seguiría tirando el dinero como si fuera confeti, de modo que en cuanto tuviera una urgencia acudiría a Adela para que lo saque del apuro. Supongo que ella le pasa periódicamente una buena cantidad mediante sociedades interpuestas casi imposibles de detectar. Pero ante una emergencia del niñato, actuaría como cualquier madre postiza y a la mierda las

precauciones. Hizo dos transferencias importantes a Colombia y Brasil en las fechas que os dije y eso me llevó a las efímeras detenciones del piloto fantasma «A»

y me puso sobre su pista.

Frontela alza la mano para hablar:

—No haré el recuento de acciones ilegales…

—No quiero comprometerte, Jorge —anuncia Justo—. Si te marchas ahora, nadie mencionará tu nombre si esto nos estalla en las manos…

Frontela lo mira a los ojos:

—No me joda, señor. Lo que me molesta es que no haya contado conmigo antes para esto. Y claro que me quedo: aquí, si caemos, caemos todos. Ya es casi una tradición, ¿no?

Justo le estrecha la mano. Dalia advierte la emoción en los ojos de Dolores, que le ruega con la mirada que no la deje llorar en público.

—Luego os besáis, chicos —dice—. Yo sigo sin saber de dónde viene ese ochenta por ciento de certeza en el retorno de Avellaneda, Dolores.

La anciana finge ofenderse y con los labios le dedica un mudo «gracias».

—Eso es que de tanto disfrazarte de vieja se te habrá arrugado el cerebro, doctora. Por una parte, fijé una alerta en mis ordenadores sobre cualquier vuelo desde Sudamérica a cualquier país europeo a nombre de las dos identidades falsas de Avellaneda. Pero no soy tonta y si ha comprado un pasaporte, lo mismo se habrá comprado seis. Puede cambiar de nombre cuantas veces quiera. Lo que no cambiará será la personalidad del cabrón: narcisista y dependiente de su exhibición de privilegiado. Yo no tengo tus doctorados, pero eso me indicó que Javier volvería en primera clase, en lugar de camuflarse en turista, como haría cualquiera. Eso reduce considerablemente el

número de pasajeros a vigilar. Y también deduje que no se agregaría edad ni cambiaría en exceso su fisonomía. ¿El resultado? En los últimos dos días han llegado a Europa desde seis países diferentes otros tantos «candidatos» que encajan con el perfil de Avellaneda.

—Pero hay algo más —afirma más que preguntar Severo Justo.

—Tienes razón. No quise decirte nada para no darte esperanzas. He pinchado

el móvil de Adela Acosta. No preguntes cómo lo hice ni qué favores tuve que pedir.

No quieres saberlo. Solo diré que tengo a Do, Re y Mi, tres *hackers* de total confianza, escuchando sus llamadas y leyendo sus mensajes. Y hoy me llamó Re porque se dio cuenta de que había pasado por alto algo importante. Pero yo, como gilipollas, tenía el móvil apagado. Cuando escuché el mensaje, supe que Avellaneda ya estaría llegando o a punto de llegar.

Acaricia la foto con pena.

—Mi «ayudante» escuchó hace tres días una llamada del médico de Acosta. Le ratificaba unas pruebas que se había hecho varias veces. Tiene un avanzado cáncer de páncreas y le quedan semanas de vida. Mi muchacho volvió a revisar sus correos electrónicos y descubrió uno escrito en clave, aunque no le costó mucho descifrarlo: Adela ha convocado a Javier para darle personalmente todas las claves de los fondos escondidos.

33

Escuchar a la diosa

La vida es un milagro concedido por los dioses. *Pero no es un regalo, apenas un préstamo*, se dice. No comprende cómo la gente ignora esta verdad, cómo todas esas personas viven sus pequeñas y absurdas vidas acumulando lo que no podrán llevarse mientras dilapidan lo que no les pertenece, lo que cualquier día la diosa les va a reclamar sin renegociación posible de la deuda.

Las civilizaciones antiguas lo tenían claro: bastaba una hambruna, una epi-demia, una guerra de nada con un vecino más numeroso para que todo un pueblo muriera, daba igual la altura artificial de las murallas que los hombres construyeran para creer que hacían algo parecido a los dioses.

Por eso los sacrificios, para que los insignificantes muñequitos mimados por soplos divinos recuerden lo efímero de su existencia, el gesto colectivo generoso en que pierden unos pocos para salvar a los demás.

El problema estaba y siempre estuvo en saber escuchar a los dioses.

Y por supuesto, en detectar a los farsantes que buscan enriquecerse fingiendo unos dones que no poseían y que solo podían traer desgracia y el enfado de los dioses.

Ha leído lo suficiente como para saber que la historia estuvo plagada de impostores de esa clase, y solo muy de vez en cuando ha surgido alguien genui-namente dotado para ejercer de antena entre los pensamientos divinos y la ceniza con patas que es la humanidad.

Alguien como yo, se dice.

Y recuerda el tiempo no tan lejano en el que dudaba de sus revelaciones, cuando llegó incluso a recurrir a curanderos, médicos y otros charlatanes, que inten-taron convertir ese favor divino en alguna especie de locura. *Pero pronto supe que no, es decir que sí, que tengo razón, que escucho a la diosa y conozco su voluntad, su justo apetito de sacrificios, y que debo realizarlos para que la ciudad y el barrio no caigan en desgracia.*

En la tele ve cómo los maquillados periodistas le dan la razón: Lavapiés y toda la ciudad parecen a punto estallar en conflictos; se habla de la organización de diferentes manifestaciones de signos

opuestos y de actos aislados de violencia que quizás se conviertan muy pronto en actos masivos.

Y solo yo puedo impedirlo, se dice entre satisfecho y preocupado.

Hasta ahora, han sido sacrificios individuales, fáciles de realizar y de los que no disfrutaba en absoluto, *que no, que no, que no, que no disfruto, solo obedezco a la diosa, interpreto sus deseos y ejecuto su voluntad*, se repite varias veces al día.

Pero hace ya un tiempo que le pide un sacrificio doble y significativo, difícil de poner en práctica, a la altura de los deseos divinos, más difícil todavía de realizar sin que lo atrapen los esbirros armados de los hombres.

Pero eso no le importa si antes logra realizar el encargo.

Además, la diosa le ha hecho llegar desde el cielo un arma, una pistola cargada.

Así que antes de caer, se llevará a unos cuantos consigo.

El sacrificio doble es el único encargo que todavía no ha cumplido, porque no encontraba la fórmula adecuada. Tuvo que repasar en su mente y en sus textos, esos que le obsesionaron desde siempre, los diferentes rituales de sacrificio, hasta dar con el único adecuado.

Siempre se puede confiar en los egipcio s, se dice, mientras repasa los libros y los artículos de internet. Se burla de los historiadores que todavía defienden que en el pueblo de las pirámides los sirvientes eran sacrificados para seguir ocupándose de sus reyes y reinas del otro lado de la vida.

Vaya soberbia. Nunca entendieron a los diose s.

Cuanto más poder terrenal y volátil tuviera el mortal que creía no serlo, más aumentaba el apetito divino de sacrificios.

Los siervos no eran sacrificados por amor a sus amos.

Solo eran el aperitivo de los dioses.

Y la ciudad, Madrid, su diosa, tiene el doble de hambre de lo habitual.

Así que habrá que ofrecerle un sacrificio egipcio y doble.

Una bomba con muchas mechas

Ricardo Contín está contento y puede que un poco borracho. Le hacía falta un buen copazo después de aguantar la insolencia de esa pequeña mujer y del policía elegante, en especial después de comprobar que quien llevaba la voz cantante era ella, la bajita. *Bajita pero buenorra, ya la pillaba yo y le enseñaba lo que es un hombre…*, se dice.

Y una voz remota en su cabeza, de aquella lejana mujer que lo dejó tirado, se burla diciéndole otra vez en la memoria que él es «cualquier cosa menos un hombre».

Ricardo aguantó el tipo durante la entrevista, de alguna manera mostró hasta modos de estadista, *estadista modesto, de los que saben canalizar el sentir y el descontento del pueblo*, y respondió a sus preguntas con amabilidad pero sin servilismo.

Tampoco había mucho que contar, porque Ricardo sabe que si alguien de su formación tuviera que ver con estos asesinatos, él estaría al tanto, *soy el hombre del partido en Lavapiés*, se dice, y en su cabeza suena la risa de ella antes del portazo, se mezcla su cara, que ya tenía borrada, con la de la doctora Fierro y se superpone con la de Pardo del Rosal, y a ratos también con la de su madre; *todas las mujeres son iguales*, dice Ricardo Contín para sí mismo, *y el orujo es la máquina del tiempo*.

Pide un café doble porque necesita estar sobrio cuando se vayan acercando los pocos parroquianos que hay en el bar.

Sabe que fue un acierto quedar con el policía y la loquera justamente allí; en vez de esconder el encuentro lo ha exhibido, que se note que son ellos los que han venido a hablar con él, y cuando la gente le pregunte, dirá en tono misterioso que le pidieron consejo por su conocimiento del barrio y las necesidades de sus habitantes.

Poca gente se le acerca, porque poca gente hay en el bar, en las calles y en las plazas del barrio. En cuanto se anuncia la noche, se esfuman las personas y apa-recen las sombras.

Pide otro chupito, porque ante la falta de parroquianos no tendrá que mantener el tipo mucho rato, y de paso brinda para celebrar su pronto ascenso en el partido.

Esta tarde lo ha llamado al móvil la mismísima Pardo del Rosal para felicitarlo por la colaboración que había mostrado con la doctora Fierro y el comisario Acuña. Por mucho que odie a la pija de su jefa, a Ricardo le pone cantidad, y más cuando ella menciona nombres y apellidos y cargos.

Hace un rato, durante esa breve llamada telefónica, tuvo la primera erección que recuerda despierto desde el día del portazo.

Eso merece otro brindis.

Además, por fin alguien se interesa por su entrevista con los policías y también por la opinión de Ricardo Contín (a quien llama «Don Ricardo», y él escucha la

«D» en mayúscula) sobre los asesinatos en el barrio.

Y Ricardo le expone sus opiniones, feliz de tener un auditorio nuevo aunque se reduzca a un solo espectador, pero es un hombre joven, y como bien explicó una vez Pardo del Rosal, los simpatizantes jóvenes valen el doble, porque los viejos no sirven para planes a largo plazo *y al menos en este barrio, la mitad son rojeras o sociatas*.

Así que Contín despliega, generoso, sus opiniones entre chupito y chupito de orujo, porque nunca le ha dicho que no al alcohol gratis.

La mirada de ese hombre joven, entre el vapor del orujo, lo convence de que va por buen camino para captar un nuevo adepto. Por si le queda alguna duda, el muchacho lo anima a seguir, se disculpa por robarle el tiempo a una persona tan importante, y cuando Ricardo, con la magnanimidad que caracteriza a los grandes, le dice que no se preocupe, que tiene todo el tiempo que necesite para explicarle la realidad y el futuro, el otro se alegra, le toma la palabra, pide otra ronda de chupitos y le ruega que, por lo menos, le permita invitarlo a cenar en un sitio muy español que conoce allí cerca.

Un líder se debe a sus seguidores, piensa Ricardo.

Acepta y apura el chupito, a ver si antes de ir a cenar consigue que el muchacho le pague dos o tres más.

La mitad de sus hombres han desertado y solo quedan los más fieles, los que desde hace años acuden a Mingo para que dirima pleitos, les solucione la admi-sión en albergues o los recomiende para empleos con los que volver a intentarlo. A más de uno le ha conseguido

también una segunda oportunidad con su familia, y más de uno ha vuelto a la calle después de un tiempo. La calle no es un hogar, pero se vuelve la casa de casi todos los que creen que están allí solo por unos días, que solo fue una caída y en cuanto vuelvan a levantarse escalarán otra vez hasta lo alto de algún edificio para ser propietarios o inquilinos.

Y cuando vuelven a caer, allí está Mingo para echar una mano, pero no desde arriba, sino de igual a igual.

Él no buscó convertirse en el líder de nada ni de nadie, pero fiel a su pasado como sacerdote, asume que los sintecho son su parroquia, aunque nunca los ser-monea.

Hace años, alguna vez ha tenido que sacudir a alguno que intentaba convertir la necesidad en una excusa para abusar de los más débiles. También ha encabezado, hace no tanto, algún grupo para cortarle las alas a pandillas de cachorros de nazis, cuya diversión era apalear o quemar mendigos. Y no tiene buena relación con esas pequeñas mafias a las que le queda grande el nombre, pero que existen más allá de las leyendas urbanas y explotan a la gente que pide ayuda en las aceras.

Demasiado ha visto Mingo como para asustarse de nada.

Pero ahora tiene miedo.

En otros tiempos recorrió más de treinta países, viviendo con lo mínimo o ga-nando mucho dinero solo para meterlo en una cuenta bancaria que nunca supo si utilizaría. Pero en ningún sitio había respirado tanta crispación como la que bulle en las calles de Madrid.

Muchos de sus hombres y mujeres que lo ayudaban en la tarea de vigilancia para atrapar al asesino de Lavapiés han desertado porque el barrio ya no es seguro, le hablan de esvásticas pintadas en las cortinas metálicas de negocios de afri-canos, de cómo estos se están armando con palos y cuchillos para defenderse, de ancianos y ancianas desempolvando viejas reliquias de la época de la Guerra Civil,

dispuestos a matar antes de que un asesino invisible los degüelle. Le cuentan de grupos de musulmanes organizando patrullas y grupos de defensa que en algún momento acabarán pasando al ataque, y luego está todo lo que sale en la tele, magnificado pero con base cierta en el miedo recíproco de las colectividades que forman el barrio y también la ciudad.

Es cuestión de días, o de horas, se dice Mingo, y se alegra de un modo

egoísta de que su Dolores esté poco menos que autosecuestrada en las grandes oficinas de la Castellana.

Allí tardará más en llegar la onda expansiva.

Porque todos los mensajes que recibe llevan a la misma conclusión: Lavapiés es una bomba como aquellas que aparecían en los tebeos: una bola redonda como una bala de cañón de la que salía el cordel de una mecha.

Solo que el barrio es una bomba con demasiadas mechas.

Y da igual cuál de ellas se encienda primero.

Porque hará explotar la ciudad.

35

La aristocracia del barrio

—Me temo que no me ha contado usted toda la verdad.

Justo mira a la mujer a los ojos con la seriedad de quien puede perdonarlo todo menos las mentiras, por piadosas que sean.

Amparito parece el doble de vieja que hace solo unas horas.

Tan vieja que casi es una niña confesando pecados pequeños y pueriles.

—Tienes razón, hijo. Quise convencerme de que esto era cosa de los buitres inmobiliarios, pero en el fondo sabía que no, que es culpa mía.

—Cuéntemelo, Amparo.

Asiente la anciana, pero antes pide, como si no estuviera en su casa:

—¿Me darías una copita de licor?

Dalia asiste casi sin respirar a la suavidad con que Justo se levanta y busca la frasca y también tres copas de la alacena.

Están solos los tres en el piso de Amparo, que unos minutos antes parecía, según la anciana, «el camarote de los hermanos Marx». Los agentes se agolpan en la escalera y hasta Martín, el nieto devoto y estrafalario, ha vuelto a su casa en el piso de arriba, convencido por su abuela de que tenía que hablar «con el señor cura cosas de mayores».

Beben y el silencio es un reloj desandando el tiempo en la mirada de Amparito.

—Aunque ahora los alquileres estén tan altos, este nunca fue un barrio de ricos, ¿sabías? Tú que eres culto y se te nota, seguro que has leído la trilogía de *La forja de un rebelde*, de Barea. —Señala con el mentón un estante—. Hay una parte en la que dice, más o menos, que Lavapiés era un sitio para los que estaban tratando de subir o los que estaban comenzando a caer. Mi padre era de los segundos, pero nunca terminó de entenderlo del todo. Un niño bien venido a menos, o eso al menos afirmaba. Lo de venido a menos nunca lo reconoció. Hasta donde pude saber, lo del origen adinerado era cierto, tan cierto como su afición al juego y su falta de inteligencia. Cuando la familia se hartó de pagarle deudas, se vino a un

piso que tenían en Lavapiés, como quien espera que pase una tormenta. Pero en lugar de una tormenta, pasó una guerra civil, que creo que es lo más incivil que he visto en mis ochenta y seis años de vida, pero eso es otra historia. El caso es que mi padre siempre fue un enemigo de la República y un entusiasta defensor del bando nacional. Más que por convicción política, lo hacía con la esperanza de recuperar su posición perdida cuando Franco y los suyos ganaran. Además, su familia, la misma que lo había rechazado, pese a tener mucho dinero, había apo-yado a la República.

Se moja los labios con el licor.

—Así que el bobo de mi padre, cuando acabó la guerra, creyó que le iban a cubrir de honores, pero tuvo que conformarse con un pequeño cargo como chivato del régimen en el barrio. Prácticamente no pintaba nada para los mandamases, a los que Lavapiés les daba igual. Sin embargo, él se daba lustre, presumía de sus influencias imaginarias y ganaba un buen dinero con el estraperlo y vendiendo una protección que no podía garantizar, pero que la gente pagaba, por si acaso. Ten en cuenta que en esa época todo el mundo era sospechoso de haber sido rojo y un jefecillo, aunque fuera de barrio, podía sacar pingües ganancias. Así que mientras esperaba que se le hiciera la justicia política que creía merecer, se rodeó de otros pringados como él, organizando una especie de aristocracia del barrio, tan ridícula para los demás como necesaria para ellos.

Amparito bebe otro trago y tarda un rato en volver, como si siguiera jugando en algún patio de posguerra.

—Éramos un puñado de niñas, hijas de esos jefecillos venidos a más a los que los jefes de verdad siempre hicieron de menos. Quizás por eso se empeñaron en darnos una educación y modales de señoritas, para casarnos bien con jerarcas del Movimiento. Éramos siete en ese grupo, que en realidad nunca fue un grupo: Ana, María, Eva y Piedad, las cuatro primeras que han matado, participaban por empeño de sus padres. El núcleo éramos Almudena, Luisa y yo. Luisa nunca se creyó las veleidades de grandeza de nuestros padres. Era delgadita, pálida, poquita cosa…

Pero tenía algo, nunca supe qué era, pero la hacía especial.

Amparo recorre con un dedo el fondo de la copa y lo chupa con gesto de niña.

—El francés llegó al barrio en 1950. Nosotras teníamos entre trece la

menor y dieciséis años la mayor, que era yo. Guapo como un san Luis, el *jodío* francés. Y

muy refinado. Tendría unos veinticinco años. Mi padre, que era imbécil desde pequeño, llegó a la conclusión de que, como era tan fino, sería maricón, y por lo tanto confiable para ocuparse de enseñarnos lo necesario para casarnos bien y no desentonar en la alta sociedad. —Suelta una carcajada—. Como veréis, la inteligencia de mi padre para medir a las personas era equiparable a su olfato para la situación política.

—Puso un zorro a cuidar de las gallinas —piensa Dalia en voz alta.

—Yo creo que fue al revés, doctora: las zorras fuimos nosotras, que ya despun-tábamos calores de cintura para abajo y nunca habíamos visto un hombre como aquel francés.

Justo acerca la frasca a la copa y la doctora advierte que, aunque tarda como para llenarla, en realidad solo ha puesto un tercio de licor.

—Lo que iba a pasar estaba escrito, pero yo creo que nuestros padres, además de ingenuos, eran bastante analfabetos y no sabían leer en la vida, empeñados como estaban en leer en la indiferencia de los jerarcas que les arrojaban las miga-jas del poder. Mi padre se hizo con algunos pisos de rojos verdaderos o que él se inventó. Sus amigos de otros barrios cercanos hicieron lo mismo. Pero tenían la astucia de los mediocres y sabían que no debían llamar la atención. Desde que nací, vivimos en la casa de la calle de Sombrerería, que daba a un solar donde hubo diferentes intentos de fábricas que no prosperaron. Mis amigas tampoco vi-vían en lugares más lujosos, aunque éramos de las pocas vestidas con esmero, para que se notara el rango que nuestros padres creían merecer.

Se entretiene mirando el aire durante un momento.

—Sería injusto culpar al francés: se lo pusimos demasiado fácil, soñando que nos llevaría con él a ese otro país donde se hablaba diferente y se olía mejor. Por primera vez desde la infancia, cada una guardó en secreto sus intenciones. Y cada una intentó llamar la atención del profesor, que solo tenía ojos para la mosquita

muerta de Luisa.

Amparito deja caer unas lágrimas que se canalizan por los surcos de su cara y demoran en caer.

—Yo no sé si fui la primera, pero sí la que más se enamoró de él. Aunque Almudena durante muchos años me siguió disputando ese estúpido privilegio, las dos sabíamos que en eso le ganaba. Las otras también se deshacían en suspiros por el francés, pero no tanto como nosotras. Y a las seis nos pareció un atentado contra la lógica, una aberración y hasta un pecado que él se enamorase de la sosa de Luisa. Podría mentir y culpar a cualquiera de las muertas, pero ya ves para lo que ha servido la mentira. Fui yo la que se enfureció, la que le dijo a mi padre que ese francés, aparentemente tan conservador, en realidad era un agente de los maquis.

Dalia saca un pañuelo de papel y seca sus lágrimas.

—Creía que solo le darían una paliza y lo mandarían de vuelta a su país, pero a alguien se le fue la mano. Y apareció degollado en la calle de Argumosa. Creo que ni siquiera llegó a salir en los periódicos. Supongo que mi padre y sus amigos movieron sus pocas influencias y en aquel tiempo no eran raras las venganzas pendientes de la guerra. Luisa desapareció al día siguiente y nunca más supimos de ella. Su familia la repudió. También para nosotras hubo consecuencias. Por tontos que fueran, nuestros padres se dieron cuenta de que el francés nos había ense-

ñado a coger algo más que los cubiertos. A mí me mandaron dos años a Salamanca, a casa de mi tía Eduviges, que era peor que un convento. Cuando volví, asistí al rápido deshacerse de mi padre en su espera inútil. Creo que la cirrosis ayudó bastante. Murió en el 61. En cuanto pude, me casé con un hombre que se parecía a él pero que era más manejable. Solo tuve una hija, a la que llamé Luisa, y que nunca fue muy lista. Ella y su marido murieron por un escape de gas, y el niño, Martín, el que conocéis, se quedó así desde entonces, o igual ya estaba malito de nacimiento, porque traemos una semilla maldita. Lo he criado yo, todos estos años, y aunque hubiera podido, no salí del barrio, como una forma de purgar mi pecado. Y también porque cuando te sientes culpable de algo, debes estar

localizable por si vienen a vengarse.

Justo habla con suavidad:

—Después de tantos años, ¿quién iba a volver para vengarse?

Amparo pilla la frasca y le da un trago. La apoya sobre la mesa.

—Nunca fui muy amiga de la aburrida de Luisa, pero Almudena era tan sosai-nas como ella y también su confidente. Denuncié al francés

porque Luisa le había contado a Almudena que estaba embarazada. Cuando todo pasó, una prima suya nos dio a entender que ella había conseguido llegar a Francia y que tuvo el niño, amparada por la familia del profesor.

Justo habla como si la anciana pudiera romperse:

—¿Y cree usted que un descendiente de ese joven francés está haciendo un ajuste de cuentas con setenta años de retraso?

—No quería creerlo, pero ahora lo sé. Y solo quedo yo.

—La protegeremos, Amparo. ¿Recuerda el nombre del profesor? Sería de gran utilidad para localizar a sus descendientes.

Amparo sonríe:

—Claro que lo recuerdo. No solo porque fue mi primer amor, aunque fuera unilateral. Es que tenía un nombre ridículo, me dijo que era una costumbre de su familia poner al primogénito de cada generación el mismo mal chiste como nombre. Se llamaba Roland Roland.

36

El coño de la Francisca

De sus cinco años en Bruselas, a Severo Justo le queda el recuerdo de un tiempo sin tiempo, el síndrome del viajero que pospone todas las decisiones para su regreso, porque en su caso volver era decidirse a morir y, como ha sabido después, también a matar.

El Justo de antes era un hombre medido y excesivamente respetuoso de las jerarquías, *pero no gilipollas. Sabía que me enviaban a un exilio dorado pero no por qué. Ahora comienzo a darme cuenta*.

Cuando le das una brillante comisión de servicio al policía más condecorado de España y le confías la tarea de oficiar como enlace con el resto de los orga-nismos de seguridad de la Comunidad Europea, parece que estuvieras dándole un premio.

En la práctica, fue la forma de alejar a un policía con demasiado rango e historial como para no darle un puesto de importancia en el máximo organigrama de la institución, pero tan inflexible y apegado al reglamento, que durante su paso al frente de Asuntos Internos terminó expedientando a la mitad de su propio personal.

Bruselas fue un castigo disfrazado de premio para un Severo Justo al que todo le daba igual, salvo responder a su sentido del deber. Participó en cuanto curso y seminario de especialización aparecía en el horizonte, tuvo un trato formal y respetuoso con todos sus iguales y, cuando lo llamaron de regreso a España, traía en la maleta decenas de diplomas y en su agenda telefónica media docena de nombres de policías con los que había podido conectar, policías de verdad, *los pocos árboles en un nutrido bosque de burócratas*, se dice, y siente un poco de culpa. Pero solo un poco.

Uno de esos colegas fue Jules Rutés. Todavía mantienen un contacto basado en el afecto y el respeto. El francés, antes de ser policía, se debatió entre estudiar Filología Hispánica o Psicología, y de alguna manera le fascinaron las

contradicciones que intuyó en su compañero español.

Pequeño, de apariencia imperturbable, Rutés podía engañar a cualquiera que se detuviera en la observación superficial y que vería a un hombre de los que se toman demasiado tiempo para cada decisión. Puede que eso lo acercara a Severo.

La realidad era que dentro de ese aspecto de funcionario a la antigua bullía una mente poderosa e intuitiva que compraba datos y posibilidades con la velocidad de un ordenador, pero pendiente siempre de los aspectos éticos, «algo que las jodidas máquinas nunca aprenderán, *mon ami*», solía decirle.

La sed de conocimientos de Rutés es equiparable a su velocidad para aprender.

Fue él quien enseñó a Justo a modernizar el funcionamiento de su archivo mental, a cambio de que le enseñara español, porque el francés quería leer *El Quijote* en idioma original.

Pero no se detuvo ahí. Su antigua pasión por el idioma tomó una deriva poco previsible, revelando una verdadera debilidad por los insultos y palabras malso-nantes, tanto del español de España como de sus modalidades de los países de Hispanoamérica. El resultado es que Rutés habla español con la pronunciación de un académico, pero un vocabulario lleno de tacos cuyo origen y contenido suele confundir, de modo que Justo, que apenas puede decir uno sin sonrojarse, tiene que corregir constantemente a su amigo para que hable bien cuando habla mal.

Cuando Rutés se cansó de lo que él llamaba «los bailes de salón» de

Bruselas, amenazó con renunciar si no lo devolvían al servicio activo en territorio francés, y tranquilizó a sus superiores especificando que no quería ningún cargo en París. Así que un año antes del retorno de Justo a España, Rutés fue destinado al sur de Francia, desde donde a veces le cuenta la felicidad de volver a ser un policía de verdad.

La llamada lo sorprende porque es sábado y Justo nunca lo llama fuera de horario de trabajo para preguntarle por su mujer y sus hijos, conversar de cuatro cosas cotidianas, pero que el francés intuye imprescindibles para su amigo, como si el verificar esa rutina de una familia ajena pero querida le devolviera en parte la suya.

— *Allô.* ¿Justo?

— *Bonjour*, Jules. ¿Estás ocupado?

—Para ti no, joder, cojones. Y lo sabes.

—Perdona por llamarte en horario de trabajo…

—No me toques la chucha, boludo. Además, tú siempre estás trabajando, coño. —Recuerda y se preocupa—: ¿Todo va bien por Madrid? Con ese caso qui-lombero que os han dado, me sorprende que puedas incluso cagar sin que se asome un periodista a tu cuarto de baño…

—Sí, bueno, tengo una periodista con la que comparto cuarto de baño, ¿recuerdas? Pero lo usamos por turnos, ya sabes que soy muy pudoroso.

Rutés se desorienta por esa ironía inusual en su amigo:

—Perdona, tío: ya sabes que soy gilipollas desde chamaco. No le cuentes a Lorna que he dicho esa pendajada porque si no la cabrona me llamará, durante un mes, a las tres de la mañana, solo para mandarme a tomar por culo…

Hace seis meses, durante una escapada juntos por la zona de Toulouse, Lorna tuvo ocasión de conocer a Rutés y a su familia. Y fue amor recíproco a primera vista con todo el clan. Hablan por lo menos una vez por semana, y luego la periodista le hace a Justo un resumen tan preciso y cercano que se siente parte de ese universo familiar y no un mero satélite.

—Entonces ¿no te pillo ocupado?

—Ocupado estoy todo el pinche día, pero no para ti, capullo.

Justo se enternece, lo ha llamado «capullo» con genuino cariño.

—Tengo que pedirte un favor policial, pero me temo que extraoficial…

—¡ *Oh là là*, me cago en la hostia! *Pardon*, Justo. A veces me olvido de que fuiste cura. Cuenta con lo que necesites, pero casi me caigo de culo… ¿Tú pidiendo algo por fuera del reglamento? Es para mear y no echar chorra…

—Gota, Jules. Es «para no echar gota». Necesito que averigües lo que puedas sobre un joven de unos treinta y tantos, natural o vecino de Toulouse, que se llama Roland Roland.

—¿Tiene dos nombres o dos apellidos?

—Uno de cada, pero repetido. Al parecer, es una tradición familiar.

—Menudo culero el que la inició… Dime qué necesitas saber.

—Comprobar los datos que te mandaré por *e-mail*. Pero me interesa mucho más lo que no está en los papeles oficiales pero se cuenta en los pueblos. Necesito saber todo lo que puedas sobre el padre… y el abuelo.

—Eso suena a misterio antiguo que te cagas, huevón. Me informo y ya cuando puedas o quieras, me cuentas de qué va todo esto. ¿Tiene algo que ver con el marronazo ese que os encajaron del asesino de Lavapiés?

—Es muy probable que en esa historia esté la clave.

—Pues me pido un par de días libres y me ocupo personalmente. Sé que estáis con la mierda hasta el hombro con este asunto. El pobre Paco no gana para sustos, entre el degollador y lo mal que va el Atleti…

Al Justo de siempre le hubiera sorprendido esa facilidad para trenzar relaciones. Bastó una visita de Jules a Madrid para que entre él y Bermúdez surgiera uno de esos afectos instantáneos que siempre le resultaron ajenos.

Este Justo nuevo se permite una leve punzada de celos.

El pequeño Rutés está impaciente por comenzar:

—Me pongo a ello y te tengo al tanto de lo que descubra, Justo. Además, así me quito de en medio de Jefatura, que con las elecciones tan cerca, cada uno tira para su lado y esto es el coño de la Francisca…

—Bernarda, Rutés. Es el coño de la Bernarda.

—Joder, por eso me miraron raro el otro día en París, cuando lo dije durante un discurso en español en un acto oficial delante de tu ministro… Bernarda, Francisca, da igual… Al final, los españoles seréis tan tiquismiquis como nosotros los franceses con las sutilezas del idioma…

—Yo creo que ha sido por eso que se molestó el ministro, Jules: por las sutilezas. Un abrazo y espero tus noticias.

Al finalizar la llamada, Severo Justo toma nota mental de comprar por internet algún diccionario de insultos en español y enviárselo a su amigo como regalo anti-cipado de cumpleaños.

Porque faltan todavía seis meses.

Y con un poco de suerte, él no llegará vivo a esa fecha.

Javier Avellaneda, tampoco.

37

Ocho horas y tres minutos

En apenas un par de horas, las oficinas alquiladas por Frontela se han convertido en la sede extraoficial de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales. Por primera vez desde la fundación del grupo, Justo ha hecho uso de la prerrogativa presidencial que le permitía no escatimar en recursos humanos o económicos.

La costumbre de hacer lo correcto es un vicio difícil de abandonar y Severo llama al titular de Interior para contarle que han identificado a un sospechoso de los crímenes de Lavapiés, un ciudadano francés en paradero desconocido. Y que para atraparlo han montado esta base provisional.

—¡Perfecto! —dice el ministro sin entusiasmo—. Tenemos que dar una rueda de prensa y mostrar la cara del gabacho en todos los medios y…

—Mi plan es difundir su rostro como el de un desaparecido y apelar a la solidaridad ciudadana. Si alguien lo ha visto, tendremos una pista.

—¿Y el franchute será tan bobo como para tragar ese anzuelo?

—No lo sé. Pero parece que se considera un vengador iluminado. Si cree que nos ha engañado, quizás dé un paso en falso.

El ministro anaranjado acepta todo, pero baja la voz y le pregunta si ha podido ocuparse de «lo otro».

Y lo otro es el arzobispo Lebrón.

Justo no piensa hablarle al ministro del hijo ilegítimo y mucho menos del secuestro, aunque sabe que si algo sale mal deberá decir adiós a su carrera y a la posibilidad de localizar a Avellaneda.

—Llevo el asunto personalmente, ministro. Voy por buen camino. Si quiere que le dé los detalles… Aunque no sé si es prudente…

—¡No, no, para nada, Justo! Me fío de usted. Además, entre nosotros no vamos a andar con formalismos, si me está haciendo usted un favor…

Comprende que cayó en su propia trampa, pero ya es tarde.

—A propósito de favores… —Justo intenta sonar relajado—. ¿Ha habido

alguna novedad en relación con la búsqueda de Javier Avellaneda?

—Por ahora, no. Y le aseguro que he tensado todos los resortes a mi alcance, tanto aquí como en el resto de la comunidad europea, donde, como usted bien sabe, gozamos del favor de los estamentos…

—Me fío de usted —dice Severo Justo, que no se fía na-da—. Ahora, si me disculpa, tengo que atrapar a un asesino de ancianas.

Y cuelga.

Frontela, a su lado, parece un niño que sueña con ser mago y se ha colado en el camerino de Harry Houdini mientras practicaba sus trucos.

—¿Qué novedades tenemos, Jorge?

Como siempre, consulta unos papeles que no necesita leer:

—El número de teléfono que le dio existe, pero el aparato está apagado y es ilocalizable. Un tal Roland Roland llegó en vuelo procedente de Toulouse el día y hora en que le dijo a usted. El resto de los datos de su filiación tardarán un poco más, porque hemos tenido que recurrir a los cauces habituales. —Baja la voz—. Le dije a Dolores que moviera a su gente, pero me temo que está concentrada totalmente con «lo otro».

Y lo otro es un Javier Avellaneda retornado, con un coche de lujo como arma mortal y que espera volver a tener a tiro a Severo Justo.

El jefe del grupo ha insistido en reducir el conocimiento de esta operación paralela a las cuatro personas que estaban al tanto, pero Dolores no cedió en la necesidad de tener trabajando allí mismo a Do, Re y Mi, sus tres *hackers* ayudantes, que al fin y al cabo también sabían de esta búsqueda.

—Así que el despacho se ha convertido ahora en Hackerlandia y ni siquiera yo me atrevo a cruzar esa puerta —se excusa Frontela.

—Me sabe mal concentrar tanto potencial de búsqueda en algo que solo me atañe a mí, Jorge.

—Señor, si alguien lo quiere matar, nos atañe a todos. Y no vamos a parar hasta atraparlo. Sabemos, por ejemplo, que el tal Roland Roland no se aloja actual-mente en ningún hostal, pensión, ni *airbnb* de Lavapiés. El día de su llegada

reservó por teléfono una habitación en el Nirvana Confort Hostel, pero nunca llegó a tomar posesión de la misma.

Frontela vuelve a buscar en los papeles:

—A propósito de hostales y alojamientos, mi abuela dice que el otro chico por el que usted preguntó tampoco se aloja en Lavapiés. Ignoro a qué se refiere y tampoco voy a preguntar, pero si necesita…

—Necesito, Frontela, necesito. Necesito a alguien con la cabeza bien puesta sobre los hombros y centrado en los asesinatos del barrio. Dolores y Dalia siguen tan preocupadas por un nuevo ataque de Avellaneda que están distraídas. Yo intento centrarme, pero me cuesta. Dependo de usted para detener esta sangría, Jorge.

El inspector busca en la carpeta:

—He hablado con un compañero que conocí en París durante los cursos de la Interpol a los que me envió este verano y me ha mandado una foto del pasaporte de Roland Roland. ¿Es el mismo hombre con el que habló usted?

La misma mirada desamparada, que ahora se le antoja siniestra.

—Es él.

—Pero… por la edad, no puede ser el supuesto hijo de la tal Luisa, que habría nacido en 1950 o 1951.

—Lo sé, Jorge. Quizás sea el hijo del hijo. Vaya usted a saber. Es poco probable que haya dos Roland Roland dando vueltas por Lavapiés con más de setenta años de distancia en el tiempo y que solo sea una casualidad. Además, el que conocí decía ser el novio de una de las víctimas. La llegada en avión esa misma mañana no vale como coartada. Si es nuestro hombre, pudo matarla a mediodía y volver a Toulouse en un coche alquilado a otro nombre. De aquí hasta allí se tardarán…

—Ocho horas y tres minutos, según Google, señor.

—Y si apura un poco, se ahorra los tres minutos. —El Justo bromista asoma por un momento—. En todo caso, con un coche, pudo estar aquí durante semanas, matar a las ancianas y después de degollar a su ex, volver a Toulouse con tiempo de sobra para regresar en avión y representar el papel del novio desolado…

Suena el móvil de Justo y el número es desconocido pero reciente. Se dice que es un número de mujer y le parece absolutamente estúpido este pensamiento, pero cuando descuelga es una voz de mujer la que le dice:

—Han llamado los secuestradores, señor Justo. Piden cinco millones por liberar a mi sobrino.

—¿Cómo se siente usted, Paloma? —pregunta.

—Bien y decidida a pagar aunque tenga que vender mis propiedades. A Juan le he dado ansiolíticos convenciéndolo de que eran aspirinas, pero aun así está hecho un manojo de nervios.

—¿Y Cayetano?

—Como usted ordenó, Cayetano pidió la prueba de vida y algo de material genético para analizar el ADN… Estuvo impecable. Creo que hasta lo disfrutó.

Todo lo que signifique demorar el pago es casi un placer para él. Yo estaba presente cuando llamaron. No se tomaron a mal las exigencias de mi hermano, como si esperaran algo así. Le dijeron que hoy nos harán llegar la prueba de vida y un mechón de cabello de mi sobrino para los análisis. Tengo miedo de que le hagan algo, señor Justo.

—Creo que no le tocarán ni un pelo… Salvo los que se necesiten para la prueba de ADN. Cinco millones es una buena cantidad, incluso diría que una cantidad razonable para que la puedan reunir ustedes sin despertar sospechas. Eso quiere decir que los han estudiado y quieren una transacción limpia, sin errores ni amenazas más allá del propio secuestro.

—¿Está seguro?

—Bastante. Una vez que tengan las pruebas, les darán entre uno y dos días antes de fijar las condiciones del pago del rescate…

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Es bueno si Cayetano no hace ninguna estupidez…

—No, no. Yo no creo que él… —La voz de Paloma es delatora.

—Está ahí a su lado, ¿verdad?

—Ehhh… Sí. ¿Le paso?

—No hace falta, pero asegúrese de que me escucha. Estoy yendo en contra de todos mis principios al no dar parte a mis superiores. Eso le conviene a Cayetano: cuanto menos gente lo sepa, menos posibilidades hay de que se filtre la historia.

Así que le advierto que si implica en este asunto a su propio personal de seguridad, no me hago responsable de lo que ocurra con Karim, pero sí lo haré responsable a él. Y por si tiene dudas, dígale que no es una advertencia. Es una amenaza que pienso cumplir si me obliga.

Se oye un cuchicheo. Y unos pasos que se alejan.

Paloma suena un poco divertida, pero triste como siempre.

—Vaya susto se ha llevado. Lo conozco y le aseguro que no correrá riesgos. No sé cómo agradecerle lo que está haciendo por mi hermano…

—No me agradezca nada todavía. Dígale a Juan que iré a verlo en cuanto pueda, pero que de momento solo hay que tener calma. Dentro de un rato, un colaborador de confianza la llamará para darle la dirección de un laboratorio en el que no harán preguntas para realizar el análisis de ADN en tiempo récord.

En cuanto cuelga, suena otra vez su teléfono y es otro número nuevo, aunque se dice que no es el de una mujer y se vuelve a llamar «idiota», pero cuando atiende es una voz de hombre que le suena vagamente conocida:

—¿Severo Justo? Usted me había pedido cierta información…

Es el cura Yung Park, pastor de almas en un barrio que siempre intentan domi-nar los desalmados, como el hombre del que le va a hablar a continuación.

38

Aniversario

—¿Olga? ¿Cómo estás, mi amor? No, no: no pasa nada, solo tenía ganas de escuchar tu voz. Yo también te extraño. Además, llamo para darte una noticia: ¡esta noche duermo en casa, contigo! O no dormimos, eso depende de ti… No. No hemos resuelto el caso, pero nadie me va a privar de pasar una noche con mi mujer. ¿Qué? Ah. Claro que lo entiendo: como no sabías que iba a ir a casa, hiciste planes, es lógico, un sábado por la noche. ¿Qué? No, no, de ninguna manera:

¿cómo vas a dejar tirados a tus compañeros de facultad? ¿Celebráis algo en particular? Entiendo: el aniversario de tu resurrección… No, Olga, no había olvidado la fecha, en realidad por eso elegí tener esta noche juntas, porque aunque no sea el día exacto, que por lo menos coincidiera con la semana del aniversario desde que despertaste del coma. No, de verdad: no quiero que cambies tus planes… Aunque, si quieres, me sumo yo a los vuestros… Entiendo: será un poco raro, además tus compañeras y compañeros me deben tener demasiado vista de la tele, no sería una celebración natural. Tienes razón. Sí, me imagino que esas cosas suelen terminar tarde y si me quedo en casa esperándote en la cama te pasarás toda la fiesta pendiente de la hora. No te preocupes, amor. Ya lo celebraremos juntas. ¿Sabes qué?

Cuando acabe este caso, pensaba darte una sorpresa que te va a encantar… ¿Qué dices? No, Olga, ya te dije que eso quedó en el pasado, olvídate de Yago. Lo que quería proponerte era que nos fuéramos juntas a Venecia, como siempre quisiste.

Venga, no nos enfademos ahora, que además vas a ir a la fiesta con los ojos hinchados de llorar. ¿Estás mejor? No te preocupes por nada y disfruta. Más tarde pasaré por casa para buscar algo de ropa. ¿A qué hora? Todavía tengo trabajo, así que cuando vaya te habrás marchado. Mejor: así cuando volvamos a vernos habrá más emoción. ¿Enfadada? No, ¿por qué me iba a enfadar? Tú disfruta y mañana hablamos. Yo también.

Dalia se queda con el móvil pegado a la oreja.

Quiere escuchar cómo Olga finaliza la llamada, sentir que ese sonido marca

también el final de algo, aunque no sepa bien de qué.

Olga estaba a punto de salir, así que dará un rodeo antes de ir a casa. Por el camino hace la lista mental de la ropa que necesita y varias de las Dalias reco-miendan un vestido rojo y sexi que le encantaría a Vania.

Ráfaga susurra que, *ya que estamos, podrías pillar mi viejo uniforme. Llevo un año sin utilizarlo y nunca se sabe cuándo nos puede hacer falta*.

Dalia Fierro es, por una vez, la suma de sus muchas voces.

Esta noche va a obedecerlas a todas.

39

Saber mirar, saber odiar

Durante los primeros tiempos de Severo Justo como policía, aprendió a disfrutar de los talentos naturales que ignoraba poseer y trabajó duramente para desa-rrollar aquellos que no traía de fábrica. Por ejemplo, la puntería. La suya no era la peor de la Escuela Nacional de Policía. Pero estaba muy lejos de ser la mejor. Y él no quería ser el mejor, solo hacerlo lo mejor posible.

Por eso, el joven cadete aprendió a apuntar con la mirada cada vez que obser-vaba lo que fuera: una nube, un pájaro, una ventana, un coche que pasaba. *En realidad, imaginaba que aquello a lo que apuntaba era mi padre y por eso empecé a dar siempre en el blanco.*

Con ese porfiado tesón extremeño que prefería adjudicar a su madre, el muchacho delgado y serio del que todos se reían en las prácticas terminó siendo líder en las competiciones de tiro. Nunca se sintió orgulloso de esos logros. Era su obligación.

Por eso, cada vez que ha tenido que sacar el arma durante una actuación policial (hace tiempo que dejó de participar en torneos por considerarlos un acto de vanidad), sabe de antemano que tiene que esforzarse el doble, porque empezó siendo un mal tirador y aunque acierte casi siempre, no ha dejado de serlo.

Tampoco se ha fiado demasiado de las habilidades innatas, que nunca supo de dónde le venían, pero le ganaron el respeto en sus primeros trabajos policiales, esos que le imponían con la esperanza de que se cansara o metiera la pata, para librarse de un futuro inspector que ya demostraba tomarse demasiado en serio el reglamento.

En ese tiempo se descubrió una aptitud inesperada para algunas de las tareas que a otros les resultaban aburridas o estériles

Por ejemplo, las vigilancias. Seguir a un objetivo no consiste en tomar café y beber rosquillas como en las películas americanas. Tampoco funciona, o por lo menos nunca funcionó para Severo Justo, hacerlo en pareja y contarse la vida con

gente que sabes que no te cae o no le caes bien. Desde que era un principiante, destacó en ese tipo de vigilancias y seguimientos por su capacidad para mimeti-zarse con el entorno. En más de una práctica o un ejercicio no avisado, sus compañeros juraban haber mirado varias veces dentro del coche en el que estaba el cadete Justo y solo haber visto el asiento. Lo mismo ocurrió en las primeras misiones verdaderas en las que se jugaba algo más que una calificación.

Un tiempo en el cual aquel policía alto y sereno se ganó la fama de invisible, incluso un breve periodo en el que un Severo feliz en los brazos de Alicia y con una nueva vocación por el orden se permitió sentir cierto orgullo por esa habilidad para seguir a alguien sin ser visto. Pero enseguida se vacunó a sí mismo, no porque esa posible infección de vanidad lo hiciera ser mal policía; es que todavía se sentía culpable de no haber sido un buen sacerdote.

Si no lo veían, es porque nadie miraba, así de fácil. A saber cuántos años ha-brán pasado desde esas misiones y de las que vinieron luego, en las que siguió participando después de que alguien le atropellara la vida con las dos mujeres que le dieron sentido.

Este nuevo Severo Justo, casi al final de su camino, más excitado que temeroso por un nuevo ataque de Avellaneda, *porque eso significa que está aquí y voy a poder matarlo para acabar con todo esto antes de acabar conmigo*, se permite cierto orgullo al comprobar que lo que nunca quiso admitir como un don sigue funcionando.

Nada llama tanto la atención como un coche con los cristales tintados. Una furgoneta de servicio alerta al delincuente más novato, que después de tanta pe-lícula la imagina llena de agentes y de máquinas para escuchar y detectar los movimientos. Un coche demasiado viejo destaca igual que un lujoso deportivo. Un coche intermedio, con alguien que no intenta ser invisible, puede pasar inadvertido durante horas.

Por eso y porque no quiere poner en riesgo al cura Park, que le dio la información con el tono de quien se siente un chivato pero necesita

serlo por coherencia, Severo ha venido solo al barrio cercano al otro que ayer fue un poblado de chabolas, y conduciendo el coche que le prestó Frontela sin hacer preguntas

aunque siga enfadado con él. Si tuviera que decir de qué marca es el coche, dudaría. Es solo un coche que no merece una segunda observación.

Y dentro del coche, el hombre invisible por voluntad y paciencia, inmóvil como el asiento o el reposacabezas. La regla número uno de las vigilancias es la ausencia total de prisas. Además, Park solo pudo ofrecerle una hora aproximada y el tipo de coche que espera ver salir del barrio.

El ostentoso coche blanco, con cristales ahumados y reminiscencias de limu-sina, pasa por la avenida de este nuevo barrio rodando lento para poder ser temido y envidiado.

La regla número dos de Severo Justo es no tener más reglas que la ausencia de prisa. Pone en marcha el coche anodino y sigue con calma al llamativo vehículo en el que viaja Bouziane.

Sabe que un delincuente viejo *o un viejo delincuente, a saber cuál es la diferencia, seguro que la misma entre un policía viejo y un viejo policía, no tengo tiempo para estas cosas, no tengo tiempo más que para resolver este caso, encontrar al hijo de mi amigo nuevo, matar a mi viejo enemigo de siempre, quizás detener al degollador de Lavapiés y luego irme*, un viejo delincuente como Bouziane tendrá sus rituales y sus ritmos para percibir si alguien lo sigue.

El truco, si es que hay alguno, está detectar esos ritmos.

Hombre nervioso, Bouziane frena a destiempo para percibir la actitud de los coches que vienen detrás, sin saber que crea un código de señales que advierte en qué momento bajará la guardia.

El coche de Severo Justo dobla en una calle lateral y busca una paralela. Cuando la encuentra, acelera, se salta un par de ceda el paso, reduce la velocidad y logra salir casi doscientos metros delante del coche de Bouziane, con toda naturalidad.

El coche blanco, prepotente como su dueño, lo adelanta con desprecio, pero de inmediato se ve frenado por una pequeña caravana de vehículos. Así que es ló-

gico y nada alarmante que ese coche insignificante que acaba de

superar esté de-trás del suyo durante un buen tramo del trayecto. Cuando la pequeña congestión se disipa, se estiran las distancias, Bouziane acelera y dobla a la derecha con la

naturalidad de quien conoce el camino. Justo sigue de largo, da el rodeo necesario tras una mirada al GPS y desemboca en un cruce en el que frena para ver pasar el coche blanco.

No puede ir demasiado lejos, cerca de allí se acaba esa calle cortada. Severo deja su coche y da una vuelta a la manzana andando. *Solo un tonto va detrás de la presa todo el tiempo*. Se esconde, no detrás del contenedor sino a un costado. Sabe que la mirada del otro no va a verlo porque no está mirando donde debiera y lo que debiera.

Después de tantos años de haber dejado el tabaco, solo tiene ganas de fumar un cigarrillo, pero lo hace de memoria.

Vuelve a considerar qué hará a continuación.

Cuando supo del secuestro de Karim, no dudó de la implicación de Bouziane en el asunto, y tras una rápida llamada a un colega marroquí, recibió su abultado expediente judicial. El primer impulso de Justo fue ir a liberar al muchacho al barrio en el que fue engendrado. Luego se dijo que Bouziane no sería tan idiota de tenerlo allí, donde primero buscarían si Lebrón optaba por llamar a la policía.

Por eso le pidió a Yung Park que lo informara de los movimientos de Bouziane.

Su idea era seguirlo discretamente hasta hallar el sitio donde tiene encerrado a Karim.

Pero no puede ser aquí. El del coche blanco espera a alguien.

Llega otro coche, rojo, casi tan ostentoso que el conductor solo sabe manejar a tirones. Frena junto al blanco y hablan de ventanilla a ventanilla, como si ninguno quisiera rebajarse a subir al coche del otro. Logran un acuerdo, ambos bajan y se alejan para hablar al final de la calle.

Severo Justo deja lentamente de ser parte de la sombra de un contenedor y se acerca, agachado, a los coches.

La regla número tres de sus vigilancias es que no hace falta tener todos los datos de una vez. Solo los imprescindibles. Y él ya sabe lo que necesitaba. Casi todo lo que necesitaba, porque aún ignora dónde

tienen al muchacho.

Le falta el *dónde*.

Cinco millones son el *por qué*.

En cuanto al *quién*, desde el principio sospechó que era un *quiénes*.

Unos metros más allá, Mustafa Bouziane, secuestrador del hijo de su amigo, según María Gallós, futuro jefe de una mafia de barrio con la ambición de llegar más lejos; ese hombre que desde hoy es su enemigo le ofrece un puro de los caros a otro hombre al que nunca se ha atrevido a odiar hasta ahora, y lo odia hasta tal punto que un Severo Justo diferente le pide descargar la pistola en su cabeza.

Pero no lo hará, porque necesita saber más, el encuentro furtivo no durará mucho más y hay que decidir.

Busca en su bolsillo el pequeño dispositivo que le dio Dolores.

Abulta menos que una caja de cerillas, se dice, y se sorprende al comprender que ya nadie usa cerillas. En todo caso, el rectángulo de plástico, con un poderoso imán en una de sus caras, es la mitad de delgado que una caja de cerillas y pesa bastante más. Será por la batería que alimenta el localizador por GPS. Justo sonríe al recordar la respuesta de Dolores al preguntarle por qué no tenía una luz roja que parpadeara: «¿Para que hasta el más gilipollas vea el reflejo en la oscuridad y sepa que lo estás siguiendo? Tú es que ves demasiadas películas, jefe».

Toca decidir en cuál de los dos coches coloca el dispositivo.

No hay dudas: en el de Bouziane.

Al otro sé dónde encontrarlo, se dice, y suena como una sentencia.

Desliza la mano detrás del parachoques del coche blanco, localiza una gruesa pieza de metal a la que el dispositivo se adhiere con firmeza y regresa a su coche.

Algo le dice que el secuestrador no irá esa noche a ver a su prisionero, tendrá sica-rios que se ocupen.

De todas formas, Justo podrá saber, en tiempo real, adónde va.

Obedece a la urgencia de alejarse, conduce despacio, ajeno a los volcanes de furia que le explotan por dentro.

Pasa tres semáforos en rojo, a escasa velocidad, necesita la inercia que lo dis-tancie de esa calle sin salida.

Porque si para, volverá allí.

Y si lo hace, adiós a la posibilidad de rescatar al muchacho.

Llama a Lorna y le dice que esta noche no irá a su casa, porque acabará muy tarde. Ella comprende que pasa algo más, pero no pregunta lo que Justo no está preparado para responder.

Ya en su casa, que es un templo en el que todo sigue igual desde hace más de dos décadas, como si Alicia y la niña fueran a volver de misa en cualquier momento, Severo bebe en su estudio mientras recuerda la cara del hombre que hablaba con Bouziane, su socio en el secuestro y seguro que en algún otro negocio sucio.

Capiotto.

Pedro Capiotto.

«Ni burro negro ni hombre que se llame Pedro», solía decir la madre de Severo Justo.

Subcomisario Pedro Capiotto. El hombre que hace veinte años echó tierra sobre las pistas que podían conducir al asesino de su mujer y su hija. El que incluso ahora, veinte años más tarde, sigue intentando frenar la búsqueda, pagado y bien pagado por el dinero de los Avellaneda.

El otro hombre que probablemente Justo mate muy pronto, ahora que está decidido a morir.

40

Casidomingo

El clima en estas urbanizaciones acomodadas nunca es extremo, como si intentara evitar molestias a sus prósperos habitantes o lo tuvieran en nómina. La noche es templada y la ausencia de comercios hace que poca gente circule por las calles. Es un bello lugar para vivir, *y para matar*, dice Ráfaga, pero ambas saben que lo dice solo para provocar. Predomina el verde y aquí y allá, salpicadas como si no hubiera un orden aparente, pero lo hay, las casas selectas pero no ostentosas, alejadas la una de la otra lo suficiente como para disfrutar de la intimidad familiar.

Un barrio acomodado para gente acomodada que no quiere que la incomoden, se dice Dalia.

Además del cuidado parque en el centro de la urbanización, en cada sector hay miniaturas de bosques para reforzar la ilusión de contacto con la naturaleza. Los coches de vigilancia privada que recorren las calles de vez en cuando son discretos y eléctricos. Cuesta incluso distinguir la insignia de la empresa y podrían pasar por el segundo o tercer vehículo de cualquiera de esas familias formadas por gente guapa y tranquila.

Hace un año que no venía por aquí, y de algún modo le parece que fuera la misma noche en que cambió su vida.

Seguro que él tampoco ha cambiado, dice la voz punzante de Ráfaga dentro de la cabeza de Dalia, *no habrá cambiado de rituales y tampoco de la costumbre de abusar y machacar a los más débiles*.

Eso no lo sabes, dice Dalia. *Puede haber cambiado, la gente cambia.*

Los depredadores no cambian, doctora Fierro. No cambiamos.

No vamos a hacer nada, Ráfaga. Solo vinimos a observar para darte el gusto. Nada más. Mira que si me jodes dejo que la próxima rubia gorda que nos quiera machacar termine la faena. ¿De acuerdo?

De acuerdo, pero con matices, doctora. No estoy aquí para observar, sino para saber.

Hace un año, la condena a muerte de Yago no fue conmutada; solo aplazada, y las dos

lo sabemos.

I qetë, Ruhe, miran, klidný, rolig, pokojný, rahulik, tyyni, dawel.

Dalia se pide y consigue «calma» en diferentes idiomas.

Sabe que no cederá la iniciativa a Ráfaga. Solo le ha dado el gusto para que no moleste, y tiene que reconocer que se siente plena otra vez con su elástico traje negro, el pasamontañas cubriéndole la cara, a la cintura la funda donde lleva la porra, al otro lado el estuche de cuero con el puño americano que le regaló Dolores «porque nunca se sabe cuándo toca defenderse, cariño, hay mucho hijo de puta por ahí», y sobre todo, la sensación de ser furtiva, libre e invisible.

La seguridad del lugar es buena, pero el empeño progre de los acaudalados habitantes del barrio para que no parezca un campo de concentración de lujo provoca inevitables grietas que alguien entrenado como Ráfaga puede aprovechar sin esfuerzo. Una seguridad centrada en evitar el robo de los valiosos objetos que con-tienen las casas grandes y discretas, es decir, enfocada en el control de salidas y entradas de vehículos.

Alguien ágil como ella puede colarse con facilidad, saltar un par de vallas, eludir las cámaras y volver como ahora al mismo proyecto de pequeño bosque donde hace un año esperaba a Yago para matarlo.

Ηρεμία, *kalm, nyugodt, logn, mierīgs.*

Yago, que volvió al país con otro nombre y la apariencia de un ejecutivo portugués de éxito europeo, pero que prioriza la vida familiar.

El mismo Yago, aunque ahora se llame João, que hace tantos años le dio una paliza que creyó de muerte a Olga porque te prefería a ti al novio pijo y maltratador, doctora, recuerda Ráfaga sin necesidad. *El que huyó y la dejó en coma dieciocho años. El que prometiste matar si volvía. Y ha vuelto.*

Dalia respira hondo.

Ramus, смиреност, rolig, spokój.

Tiene la mirada fija en la casa cercana. Hay una luz encendida en la planta alta.

La luz que se acerca por la calle es de un coche más grande que los de

vigilancia.

Un sub familiar que aparca en la entrada de la casa y luego descansará en el garaje,

junto al coqueto eléctrico de la bella mujer de João/Yago y el deportivo que él apenas usa pero al que nadie le pedirá renunciar, con todo lo que hace por la familia.

Del coche bajan, riendo y contándose cosas, un niño y una niña entre los seis y los nueve años. Llevan paquetes y bolsas con el emblema de unos grandes pero selectos almacenes.

Luego baja él. João. Yago. *Atlético y todavía guapo, el cabrón.*

Lleva una montaña de cajas de pizzas y exagera cuando les pide a los niños que abran pronto porque queman y se le caerán. Los críos saben que es broma, pero se alarman y ríen. La niña reclama que para ella la de cuatro quesos, el niño pide la que lleva piña, padre y hermana dicen a coro que «puaaaajj» y simulan vomitar entre risas. El padre pide un poco de calma y declara que hay pizzas para todos, pero que la de trufa es para mami. Anuncia que lo siente mucho, pero luego toca maratón de películas. Los niños, encantados, simulan protestar, pero enseguida olvidan la impostura y comienzan a pelear sobre cuál verán primero. Papá dice que lo echarán a suertes.

El niño se ha empeñado en abrir la puerta y pelea con la llave.

La niña le pregunta al padre si esta noche también saldrá a correr.

Seguro que sí, dice Ráfaga. *Yago siempre ha sido un fanático del cuerpo y no perdona una noche sin su carrera para mantenerse en forma.*

Osoyishta, pide Dalia.

—Esta noche no, mi amor —dice João a la niña—. Es casidomingo y esta es noche de películas y pizzas.

Ráfaga se retira de mala gana al fondo de Dalia, que aprovecha lo que queda de ella para salir de la urbanización y volver al coche.

Si se da un poco de prisa, tiene tiempo de llegar al piso de Lavapiés, ducharse y quedar con Vania.

Piensa: *yên lặ ng*. «Calma» en vietnamita.

Vaffanculo, contesta Ráfaga en italiano.

Pero no puede disimular cierto alivio sorprendido.

Lavapiés no es un barrio propiamente dicho. Si nos atenemos a las defini-ciones municipales, forma parte del distrito de Embajadores. Si escuchamos a los vecinos, los límites varían, pero hay cierto consenso que establece que comienza por arriba en la plaza de Tirso de Molina y sigue la estrecha línea de la calle de Magdalena; finaliza por abajo en la ronda de Valencia; a la izquierda, visto desde la plaza, se codea con el Museo Reina Sofía, y a la derecha se separa del barrio de La Latina por la calle de Embajadores.

Eso deja, fuera, por unos metros, el Rastro, algo que alegra a los vecinos más nuevos y cosmopolitas, que arrugan la nariz frente a ese mercado de pulgas en el que hace mucho que no hay pulgas, pero sí cientos de puestos que atraen cada domingo a turistas de dentro y fuera de Madrid.

Mal que les pese a esos puristas, la historia de Lavapiés está unida a la del Rastro. Aquí las calles dejan de tener nombres de santos y adquieren otros más terrenales. La más importante es Ribera de Curtidores; en esa parte alta del barrio estaban los talleres de curtido y trabajo con el cuero de las vacas y cerdos que venían del Matadero, de modo que ese tráfico de animales muertos dejaba un rastro de sangre, a cuyas orillas fue creciendo, hacia 1740, un mercadillo entre clandestino y tolerado, centrado en la venta de objetos usados, algunos se supone que robados.

Pronto fueron llegando los vendedores de callos, salchichas y demás casquería, los ropavejeros, los vendedores de botones… Para el año 2000 el número de puestos superaba los tres mil quinientos.

Marca el inicio del Rastro la estatua del Cascorro, que sería un soldado desconocido si no fuera porque se conoce su identidad y rememora a Eloy Gonzalo, joven soldadito huérfano que se alistó, dicen que voluntario, para la guerra de Cuba y ganó la inmortalidad muriendo, como suele suceder, al incendiar un caserío «enemigo» llamado Cascorro. Antes le ataron una cuerda a la cintura para recuperar su cuerpo si era abatido. Se ignora si los pobladores que murieron carbo-nizados en esa aldea tienen su monumento, pero si le preguntamos, por ejemplo, a un cínico y desapasionado observador de la historia como Rudolf White, Rodolfo Blanco o viceversa, dirá que «va a ser que no».

Más allá de este origen épico, la estatua del Cascorro es el punto de

encuentro

«original» donde se dan cita los domingos todos los que son ajenos al barrio. Es decir, que siempre está atestado.

Sin embargo, por las noches, cuando cierran los bares, la calle queda desierta y el soldadito, solo. Luego pasan, si es sábado, como esta noche, los camiones que limpian y riegan para que a la mañana del domingo todo esté limpio y dispuesto para que los puestos brillen y los turistas compren.

Será un domingo más en Lavapiés.

Otro domingo cualquiera en el Rastro.

Un domingo como tantos otros en cientos de años de historia.

Salvo cuando a las cinco y media de la mañana un coche patrulla que ruede perezoso detecte a los pies de la estatua lo que los agentes creerán un borracho dormido y, cuando vayan a despertarlo, encuentren a un hombre pequeño con el cuello cortado, los brazos cruzados sobre el pecho y, a su lado, pintado con sangre, una especie de jeroglífico egipcio.

De su boca retirarán un DNI a nombre de Ricardo Contín.

Y en la base de la estatua, contra la que apoye su cabeza, entre dos carteles ta-maño folio, de esos que pueden verse en todos los muros del barrio y llevan la foto del desaparecido Roland Roland, destacará una pintada de color rojo, fresca todavía:

Madrid nos mata

IV

DOMINGO

¿No hay un calofrío

en los zaguanes?

¿Un poco de terror

en la blancura ascendente

de una escalera?

Paso con premura.

Todo ojo que me mira

me multiplica y dispersa

por la ciudad.

ALFONSINA STORNI,

«Calle»

No tan desarmado

Durante los primeros cinco años tras la muerte de su mujer y su hija, cuando bebía para olvidar y despertaba recordando demasiado, Severo Justo se convirtió en lo que tiempo después, cuando se lo contó, Dalia Fierro definiría como un

«alcohólico de clausura». Y es que solo bebía cuando nadie podía verlo, encerrado en el estudio de su casa, único sitio en el que seguía rodando el tiempo, ya que el resto de la vivienda se había convertido en una fotografía de aquella mañana de domingo, *como hoy*, cuando ellas salieron para ir a misa y no volvieron jamás.

Nadie llegó a conocer el secreto de ese policía inflexible, que cumplía de manera ejemplar sus tareas y por las noches se emborrachaba a solas y de modo meticuloso, hasta que en su mente sonaba un reloj y se permitía dormir cuatro horas, las suficientes para llegar treinta minutos antes de lo necesario a su trabajo y volver a comenzar la rutina sin padecer resaca alguna.

Cumplidos los cinco años, cambió ese hábito por otro igual de inútil y obse-sivo. Dejó de beber, *por eso bebo de vez en cuando*, pero llevaba mucho tiempo sin pillar una borrachera como la de anoche.

Quizás será por eso, *o porque la edad pasa factura*, por la comprobación de que Capiotto era un corrupto, *como siempre supe*, o simplemente porque este nuevo Severo Justo no aguanta tan bien la bebida como el de siempre, que despierta a las cinco y media de la mañana, con la cabeza partida en dos por dentro y el estómago revuelto.

Lo desorienta la sensación de estar donde no debe.

Porque no se ha dormido en el sofá cama de su estudio, un tanto abandonado desde que pasa casi todas las noches en casa de Lorna.

Siente las piernas colgando del aire y sabe que la borrachera y la nostalgia lo trajeron al cuarto de su hija Lucía y a esta cama que entonces acababan de comprar y le quedaba enorme para sus siete menudos años, la que no pudo acabar de llenar porque no la dejaron crecer.

Dice su nombre como si fuera un secreto.

Más que convocarla en vano, la nombra para que no se borre de su

memoria.

Estudia la decoración que pretende hacerle creer que en cualquier momento la niña *todopelo y manos inquietas*, miniatura sincronizada con su madre, abrirá la puerta del cuarto y saltará riendo sobre su padre.

Pasa un rato mirando la puerta, pero ella no llega.

Fija la mirada en el póster de El Canto del Loco y revive su amago de protesta cuando, hace veintiún años, declaró que era más propio del cuarto de una adoles-cente que del de una niña, se ofreció a cambiarlo por uno del ratón Mickey, y la madre y la hija hicieron un corro a su alrededor mientras le cantaban «carroza, carroza, papá es un carroza».

Algo le molesta en la mano y antes de abrirla sabe lo que es: la estrella metálica de *sheriff* que la niña insistió en que le comprara, porque de mayor sería policía como papá.

Recuerda la última vez que tuvo esa estrella en las manos, hace algo más de un año. La llevaba como amuleto y recordatorio. Luego, cuando Avellaneda volvió a escabullirse, Justo dejó de ser digno de ese símbolo y volvió a dejarlo en la mesita de noche de la niña.

Este Severo de ahora, con un sentido del humor bastante lúgubre, decide que tiene que ponerse la estrella y cumplir su misión como los policías de las series y las películas que veía de niño, *quizás es lo que me ha faltado, el símbolo que debería clavarme en la piel y no en la rop* a *para cumplir mi misión*, y al decirlo recuerda que tiene más de una.

Lebrón. Bouziane. Tengo que averiguar dónde tiene a Karim.

Acaricia la estrella de *sheriff* y la deja en su sitio en la mesa de noche. No hay ningún mensaje ni llamadas perdidas en el móvil. Camino de la cocina activa el programa de localización y seguimiento de GPS, similar al que utilizan los dueños de flotillas de camiones para vigilar a sus empleados, aunque él lo use para seguir los pasos de un secuestrador bastante perezoso, porque según el programa lleva toda la noche aparcado en una calle del barrio de Tetuán, no muy lejos de su

propia casa *y demasiado céntrico para tener a un prisionero*. Las casas de ese barrio suelen tener paredes delgadas. Bouziane no sería tan tonto como para tener al chico en el viejo poblado, donde podría buscarlo, pero tampoco en un sitio donde un grito bastaría para llamar la atención de los vecinos.

Marcha a la ducha vigilando la pantalla, por si acaso decide pasar cerca del coche blanco, inspeccionar la zona.

Se ducha maquinalmente, se pregunta dónde y cómo estará Karim, que vino a buscar un padre perdido y solo ha encontrado un cautiverio, *todos los padres decep-cionan, desde el más alto al más bajo*, se dice, y habla del suyo pero también habla de sí mismo, que no estuvo donde debía para impedir que un asesino idiota atrope llara a su hija; *no le pasará lo mismo al hijo de mi amigo*, se dice mientras se seca, y sigue mirando en la pantalla del móvil el plano de la ciudad, que vista así, en una cuadrícula y desde arriba, le parece ajena aunque haya crecido en ella.

Severo Justo se asume extranjero de todas partes.

Se pone el vaquero, un jersey cómodo y unas tenis negras de cuero que le regaló Lorna diciendo que ya que iba a ir siempre de luto, por lo menos lo hiciera con estilo.

Karim también es extranjero aquí, lo mismo que Roland Roland.

Se parecen en la extranjería. Aunque de uno solo tenga una foto de infancia y su resultado envejecido por ordenador, y la cara de viudo del otro aparezca por todas partes, desde carteles en las paredes hasta las pantallas omnipresentes de televi-siones, ordenadores y teléfonos.

Hay distintas clases de extranjeros: los que nunca son de un sitio aunque lo conozcan desde siempre, como es su caso, y los que, como estos dos muchachos, llegan al lugar desconocido atraídos por el pasado. *Casi los envidio, yo soy apenas un hombre sin futuro, un punto más que puede perderse en esas calles vistas desde arriba, un nombre imposible de leer aunque amplíes la pantalla.*

El parpadeo lento del coche de Bouziane es como el latido de un corazón, ojalá sea el de Karin que sigue en marcha. Y que el de Roland Roland resuene tan fuerte como en el relato de Edgar Allan Poe, para poder localizarlo antes de que traiga

más muerte.

La resaca casi ha desaparecido mientras baja en busca del coche y sigue sin apartar un ojo de esa pantalla.

No es fácil para un extranjero desaparecer por completo en una ciudad desco-nocida; Madrid es una cara llena de ojos y Paco Bermúdez tiene a los mejores en bares, hoteles, hostales y toda clase de refugios.

Pronto sabrá más de los movimientos previos de Roland Roland, debe de llevar en la ciudad desde que comen-zaron los crímenes, *y eso deja huella, no se puede estar quince días en un sitio como Madrid sin que la ciudad te mire, se relama y se coma un trocito de ti*.

Nunca sabrá qué Severo Justo es el que tiene la idea, porque no llega a tenerla del todo, solo asoma como un cachorro juguetón que se burla y necesita que lo persigas un rato. Justo también tiene ganas de jugar con la idea, tratar de atraparla y con ella atrapar a Roland Roland, pero en ese momento, en la pantalla del móvil en el soporte del tablero de su coche, el punto rojo, que es el de Bouziane, comienza a moverse sin prisa.

Está a menos de un kilómetro de distancia. Decide seguir el rumbo que llevaba y pasar ante la guarida de Bouziane.

Le extraña y no le extraña comprobar que el sitio es una especie de discoteca llamada Kasbah, de la que salen los clientes rezagados: *el secuestrador se daba a la fiesta mientras el cazador se daba a la bebida*, se dice, aunque toma nota del nombre del lugar para que Dolores averigüe si guarda alguna relación con Mustafa Bouziane.

Falta poco para el amanecer y el coche de la pantalla se aleja del centro. Tiene lógica: si vas a hacer una visita a tu secuestrado, ¿qué mejor que un domingo muy temprano, cuando casi no hay gente en la calle?

Podría acelerar, tratar de cortarle el paso, deducir su recorrido. Pero solo quiere seguirlo a una distancia prudente. La resaca es apenas un vapor tenue en su cabeza, todos los sentidos están alerta. Por eso se sobresalta cuando suena el móvil y lo silencia. Alcanzó a ver que era Bermúdez, pero esta misión le compete solo a él, será Severo Justo quien rescate a Lucía, *querrás decir a Karim*; igual no se le pasó

del todo la borrachera.

Pero puede que sí, porque descubre al mismo tiempo dos cosas.

Una es que no ha traído su arma.

La dejó en casa, en el tercer cajón de su despacho y bajo llave, como hacía cuando ellas estaban.

El otro descubrimiento tiene que ver con las habilidades policiales de Severo Justo. Porque una de las primeras cosas que debe aprender alguien que hace un seguimiento es detectar si lo están siguiendo.

Hay un coche pequeño y gris que lo sigue con una naturalidad que si no nace del entrenamiento, tiene origen en el sentido común. Rebobina la memoria: lo sigue desde que salió de su casa. Ni tan cerca como para ser detectado, ni tan lejos como para perderlo de vista.

No parece un coche que se dignara a conducir Javier Avellaneda, pero bien po-dría ser el tipo de vehículo en el que un Roland Roland, posible asesino mesiánico, se movería por la ciudad sin llamar la atención. Y si es el demente que parece, no sería extraño que eligiera como víctima al policía encargado de darle caza.

Da igual. Un enemigo por vez, y ahora le toca al enemigo de mi amigo.

Acelera y el coche gris se hace pequeño en el retrovisor, hasta que lo pierde de vista.

Volverá. Sabe dónde vivo.

En el mapa, el punto rojo del coche de Bouziane se aleja a una velocidad de paseo y busca la salida de la ciudad, la zona del tanatorio, y sigue por la circun-valación en dirección a Mercamadrid. Justo decide dar un rodeo, no necesita contacto visual con el gran coche blanco.

Abandona la autovía y callejea entre naves industriales.

El punto rojo se detiene en el mapa y late. Justo asoma el coche entre las naves y calibra el descampado y la suave loma que tendrá que cruzar para llegar hasta el sitio donde tendrán cautivo a Karim. *Será una nave baja o una vivienda aislada*, deduce. Debería llamar a Bermúdez y pedir refuerzos, pero esto tiene que hacerlo solo, no sabe por qué, pero lo sabe.

Baja del coche y comienza a correr, descampado arriba. Quizás debería haber dado un rodeo antes, para reconocer el lugar desde otro punto, pero tiene prisa.

Esto es algo que tiene que hacer pronto y solo.

Y desarmado, se dice cuando está a punto de coronar la loma.

No sabe si se dejó el arma en casa por un descuido involuntario e imper-donable, o porque en su interior ya pesa más el suicida en ciernes que el asesino obligado.

Se tumba en la tierra para recuperar el aliento.

Cuando salte, puede que ya no haya marcha atrás.

Quien tiene un rehén en una casa aislada, tiene un vigía.

Algo le pincha por dentro en el bolsillo del vaquero. Mete la mano y descubre la estrella de *sheriff* de su hija, a saber en qué momento la recogió de la mesa de noche, puede que siga un poco borracho, después de todo.

Esto es algo que tengo que hacer pronto, solo y desarmado.

Recorre el contorno de la estrella de metal en su bolsillo.

No tan desarmado, piensa.

Y se pone de pie.

42

Con minifalda y cabeza de perro

Son las seis y en un par de horas llegarán los puesteros del Rastro a montar sus estructuras de metal, madera y tela para exhibir cientos de camisetas estam-padas con frases ocurrentes, bisutería, discos, relojes, calcetines de colores, ropa alternativa nueva y otra de pretendido lujo y segunda mano, láminas con reproduc-ciones de carteles de películas y series, ropa interior, mochilas, bolsos y carteras de cuero con un fuerte olor que los vendedores jurarán se pasa en unos días y dura para siempre, pendientes de plata, sahumerios y portasahumerios, los mismos vestidos en cientos de puestos, salpicados muy de vez en cuando por los pocos que ofrecen objetos artesanales frente a tanta manufactura de por lo menos cuatro continentes.

El público vendrá a partir de las diez en parejas o pequeños grupos y en rebaño a mediodía.

Pero muy pronto, demasiado para el Súper y Bermúdez, habrá gente haciendo preguntas en torno a la estatua del Cascorro.

—Menos mal que tu chaval Frontela es un hacha y tomó nota con lo del corazón en la estatua de Lara, Paco. Si no, a ver cómo hacíamos para cerrar el Rastro en domingo, con miles de visitantes preguntando por qué.

—Solo falta que se lleven pronto el cadáver —contesta Bermúdez.

Ambos fuman fuera de la gran jaima de lona plástica blanca que Frontela ha hecho instalar y oculta de posibles curiosos el monumento, el cuerpo de Contín y un perímetro de diez metros a la redonda.

Entran y encuentran al inspector como lo dejaron ha-ce tres cigarrillos: inmóvil y en cuclillas, estudiando el muerto. Bermúdez también observa el cuerpo breve, tendido boca arriba y con los brazos cruzados sobre el pe-cho:

—Parece… —piensa en voz alta.

—Una momia —completa Frontela en un susurro.

El Súper lleva a Paco a un costado.

—¿Has podido hablar con Justo?

—Tiene el móvil en silencio. No está en casa de Lorna ni en la suya.

—¿Y Dalia?

—Otra partidaria del silencio.

—¿Y tú crees que estos dos…?

—Si no fue hoy, será otro día. Son listos, pero no se dan cuenta.

—Parecemos dos cotillas de barrio.

—Así practicamos para cuando seamos detectives privados. —El comisario sigue observando a Frontela con cariño—. Nos lo deberíamos llevar para la agencia. Tiene alma de sabueso. A saber cuánto llevará sin dormir y currando por cuatro personas a la vez.

—Lo sé, Paco. Me dio pena llamarlo. Pero para un muerto tan raro, si no están Dalia ni Justo, es el único que nos puede ayudar.

—Hablando de raro… —Bermúdez señala con el mentón a Caronte García, que imita a Frontela desde el otro lado del cadáver.

—Desde aquí se huele el perfume.

—¿Y le has visto las manos? Creo que se hace la manicura. Y la bata planchada, limpia, impoluta. ¿Qué le estará pasando a Caronte?

—Un misterio por vez. Primero ocupémonos de nuestro muertito.

Se acercan, pero a sus espaldas una discusión que acabó casi antes de comenzar llama la atención de los dos policías. Por la entrada de la tienda asoma la cabeza Dalia Fierro, que evidentemente no ha dormido, pero sonríe. Detrás de ella, tumbado en la acera, uno de los agentes de civil que pusieron una puerta de la jaima para que nadie entrara.

—Despertará enseguida —se disculpa—. Es que olvidé la credencial en casa y tu mensaje decía que era urgente —le dice al Súper, que corre a reanimar al policía.

Dalia se pone a los pies de Contín y en la mente de Paco Bermúdez los tres cerebros se enlazan formando un triángulo mental. *No me extrañaría que estén hablando por telepatía, los jodidos cerebritos*, se dice el comisario.

Y así debe de ser, porque asienten a la vez y Dalia lo llama con un gesto, sin

mirar siquiera. Bermúdez también se acuclilla.

—Evidentemente, es un ritual egipcio —dice Dalia.

—El dibujo de Anubis está bien realizado —apunta Frontela—, como si lo hubiera practicado muchas veces.

—No lo mataron aquí —señala Caronte—. Fue hace seis horas y guardaron parte de la sangre que salió de su garganta para hacer el dibujo.

—Parece una momia. —Vuelve a decir Bermúdez.

Caronte se rasca la coronilla:

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué dejarlo en plena calle y correr el riesgo de que alguien lo viera mientras hacía los preparativos y el dibujo?

A Paco, el diseño trazado sobre la acera le suena de alguna película. *Un hombre delgado, con minifalda y cabeza de perro. ¿Anubis, han dicho?*

—Si disponía de una furgoneta como las que veremos docenas por aquí, le ha-brán bastado unos minutos —reflexiona Frontela—. Ribera de Curtidores será un río de gente dentro de un rato, pero por la noche es una calle desierta y sombría, casi sin tráfico.

—Me preocupa el simbolismo —dice Dalia—. Los primeros sacrificios parecían provocaciones: el rito musulmán de degollar animales para las víctimas cristianas, el rito judío para el dirigente musulmán… El rito mexica para la víctima anterior fue el primero con carácter de sacrificio sagrado, de los que se realizaban para pedir la protección de un dios…

—O de una diosa —murmura Bermúdez.

—Dudo que tratara a este tipejo como un faraón. —A Dalia, Ricardo Contín le pareció un hombrecillo nefasto cuando lo conoció la tarde anterior.

—¿Y si fuera un faraón, por qué dejarlo tirado en la calle y no en su propia casa para que le haga de pirámide? —pregunta Paco.

Se miran los tres en silencio y comienzan a hablar interrumpiéndose:

—¡Los egipcios no sacrificaban a los faraones! —grita Frontela.

—¡Tienes razón, sacrificaban a los sirvientes…! —apunta Dalia.

—¡Para servir a sus señores en el otro mundo! —completa Caronte.

Dalia se pone de pie y busca con la mirada a Pablo Acuña, que ha llegado a la misma conclusión a juzgar por la cara de espanto.

—Hay que mandar a alguien de inmediato a la casa de Laura Pardo del Rosal

—dice el Súper.

—Hazlo, pero envía también unos cuantos hombres de confianza y acordona la zona del local. Ese era el palacio de Laura y me temo que también será su pirá-

mide.

Severo Justo rueda por la tierra y no puede contener los espasmos. Su parte seria se preocupa y evalúa la posibilidad de un infarto; su parte nueva encuentra en esto otro motivo para la risa. Se queda boca arriba, mirando el cielo de la mañana, que comienza a volverse de un celeste irreal.

Cuando logra calmarse vuelve a mirar la pantalla del teléfono móvil y comienzan otra vez las carcajadas hasta las lágrimas, que por una vez no son del todo tristes. El punto rojo sigue latiendo en la pantalla, a

un par de cientos de metros del lugar donde el policía más famoso de Europa se revuelca entre carcajadas.

Luego se levanta, se sacude el polvo de la ropa, vuelve a mirar la pantalla y luego a la edificación en la explanada.

El depósito de vehículos de la Empresa Municipal de Transportes, a donde la grúa lleva los coches mal aparcados, como estaría el blanco y presuntuoso de Bouziane, que todavía seguirá de fiesta en la discoteca Kasbah.

Vuelven las carcajadas y él las deja brotar, como si se las debiera desde hace muchos años. Se acerca al depósito y espía entre las rejas hasta comprobar que allí está el coche blanco con los cristales negros.

Menos mal que no pedí refuerzos, se dice, y vuelve a soltar la carcajada, mientras desanda el camino hasta su coche. Cuando consigue por fin dejar de reírse de sí mismo, revisa los mensajes del teléfono móvil.

Y busca el centro de la ciudad.

La risa se ha llevado lo que quedaría del alcohol de la noche anterior.

El Severo Justo serio y el bromista están atentos, porque los nuevos muertos del asesino de Lavapiés pueden tener una repercusión que supere a la brigada.

Cuando lleva un rato conduciendo, percibe por el retrovisor al coche pequeño gris que lo sigue.

No hace falta ser egiptólogo para reconocer el dibujo de la diosa Isis trazado con sangre sobre el suelo del amplio despacho. *Una mujer flaca*, piensa Bermúdez.

Con vestido rojo, alas desplegadas y un tocado raro, anguloso.

—¿Qué es? —pregunta señalando—. Lo de la cabeza.

—Una corona —contesta Dalia—. Con forma de trono. Isis era una de las diosas más importantes de Egipto y, si no recuerdo mal, cuando resucitó a Osiris, contó con la colaboración de Anubis…

—El dibujo del Rastro. ¿Y quién es el Osiris que querían resucitar?

—Quizás no sea un quién, sino un qué —interviene Frontela—. Por lo que sé, esta señora intentaba revivir a la extrema derecha y no le estaba yendo mal…

Al mencionarla, todos apartan los ojos del dibujo y miran a la mujer.

Laura Pardo del Rosal parece dormida, pero para toda una eternidad, con los brazos cruzados sobre el pecho, como Ricardo Contín; aunque hay algo en la postura que llama la atención de Dalia.

Al parecer, Frontela está pensando lo mismo que ella:

—Le ha acomodado el cabello y la ropa. Lo ha dispuesto todo de modo más delicado, casi reverencial. Y ha puesto a su lado su bolso de marca, su teléfono y sus gafas de diseño, todo alineado, como si dejara a mano las pertenencias. Quiere marcar la diferencia entre su servidor y ella…

Severo Justo llega con la ropa llena de polvo, pero nadie parece notarlo.

—Hasta donde sabemos —dice—, es el primer crimen que comete fuera de Lavapiés. Esto rompe la dinámica.

—No necesariamente —interviene el Súper, todavía con el móvil en la mano—: Dolores ha encontrado una conexión entre Pardo del Rosal y una de las empresas que quería hacerse con edificios en Lavapiés…

—¿Estaba asociada con el *holding* LocusVivus de Telmo Ordóñez?

—No. Con una empresa competidora.

Dalia resume el pensamiento del grupo:

—¿Y qué pinta en esto el nieto vengador de un profesor francés muerto hace setenta años?

—Tenemos que averiguarlo —murmura Justo—. Y pronto, porque creo que este último crimen puede encender el polvorín que ya es Madrid.

43

Un lince

Caronte García regresa a la morgue en el asiento trasero del coche patrulla, ajeno a la conversación de los dos policías que lo llevan, casi aliviados de no tener que hablar con el forense.

Él solo piensa en llegar y ver a Libitina, aunque sabe que nunca se atreverá a decirle nada. Y es absurdo esperar a que ella dé el primer paso.

Como si al pensar su nombre la hubiera invocado, aparece en el teléfono móvil de Caronte el nombre de ella y en el círculo de la foto de contacto, una que le tomó casi a escondidas, desde lejos, mientras cosía un cadáver, *con qué gracia y deli-cadeza lo hace*.

Consigue casi no tartamudear cuando responde y ella le informa, disculpándose, que tiene que tomarse un par de horas para asuntos personales.

Caronte responde que por supuesto, que el tiempo que le haga falta, y cuando cuelga teme haberle dado a entender que no la necesita.

Pero teme algo peor.

Para ser un tipo que casi nunca se relaciona con personas vivas, Caronte sabe detectar de inmediato cuándo mienten, quizás porque los muertos no lo hacen.

Libitina le ha mentido.

No es un asunto personal, ni siquiera la aparición de un novio que lleva temiendo desde que ella llegó a su morgue. Es otra cosa lo que origina la mentira.

Algo profesional. Y llega a la peor de las conclusiones: la joven forense, desen-cantada de su triste ídolo, está realizando gestiones para conseguir otro destino.

Caronte García es un hombre habituado a regatear con la tristeza.

La soledad le alcanza como compañía y el trabajo ha sido siempre la pasión que se permite. De modo que no es extraño que, mientras se acercan al Instituto Anatómico Forense, su pensamiento se refugie en el mosaico demente de este caso del degollador de Lavapiés que ya no solo actúa en Lavapiés.

Tantos muertos, diferentes métodos, diferentes edades y ninguna muestra de tejido

del asesino, ni un cabello, ni una pestaña siquiera.

Eso quiere significar algo, pero todavía no sabe qué es.

Habrá que preguntarle a sus víctimas antes de que vuelva Libitina.

El teléfono sigue siendo verde, pero cuando lo mira, el presidente lo vuelve a ver de color rojo. Ya no está escondido en un cajón de su escritorio, sino a la vista.

Y últimamente lo mira más que a sí mismo en el espejo. Cuando algún colaborador poco habitual ha preguntado por ese aparato anacrónico, el presidente se limitó a fulminarlo con la mirada. Los colaboradores más cercanos establecen diferentes teorías respecto a ese teléfono, pero saben que no deben preguntar.

En todo caso, hoy hay pocos colaboradores rondando por el despacho del presidente. Es domingo y se permite estar en chándal, no el que usa para las fotos oficiales mientras hace *running,* sino el de andar por casa, aunque su reloj digital en la muñeca marca que ha hecho ya más pasos sobre esa alfombra de los que suele dar cuando posa en el parque de la Moncloa.

Suena el timbre irritante del teléfono verde y el presidente atiende sin hacerse esperar los seis tonos de costumbre.

Es Interior, por supuesto.

—¿Cómo de grave es la cosa? —pregunta directamente.

—Muy grave, presidente. Pese a ser domingo, gracias a las jodidas redes sociales la noticia se ha difundido en minutos y todo el mundo opina. Los de Pardo del Rosal quieren sacar rédito del resto de los crímenes y reivindican a las viejas católicas muertas en Lavapiés como si fueran propias, se olvidan de la feminista francesa y del representante musulmán, y enarbolan a su dirigente asesinada como a una mártir.

—¿Y del otro que mataron anoche, cómo se llamaba?

—Ricardo Contín. Ah, no. A ese no lo menciona casi nadie. La cosa está com-plicada, presidente. Aún no es oficial, pero preparan una

manifestación masiva para el lunes.

—Habrá que ver si es tan masiva, que luego se desinflan.

—Por lo que confirman mis fuentes, la manifestación terminará en la plaza de Lavapiés.

—Mierda.

—Eso no es todo. Hay iniciativas para organizar varias marchas a la misma hora y con el mismo destino. Una de jubilados, otra de colectivos feministas, y una más de inmigrantes. Todas con el mismo lema: «Madrid nos mata». Pero me temo que acabarán matándose entre ellos.

El presidente se busca en el espejo y, como siempre, encuentra en él un motivo para el optimismo:

—Esto va a joder también a Severo Justo. A ver cómo queda ahora en las encuestas, si con todo el poder que le dimos no es capaz de localizar a un asesino francés loco. ¿Crees que deberíamos quitarle el caso para que la opinión pública sepa que es un inútil?

—No lo recomiendo. Podría salirnos el tiro por la culata.

—Tienes razón, Interior. Y… ¿cómo va lo otro?

—Creo que se ha complicado un poco. Pero con paciencia funcionará.

El presidente se siente estratega: los grandes hombres no decaen ante la adver-sidad, al contrario, se crecen, incluso Napoleón, que era bajito, y no alto y guapo como él.

—Nos vendrá de perlas para distraer la atención de esto cuando pase. Y si Justo logra atrapar al asesino de Lavapiés, después de tantos muertos, su imagen saldrá dañada y con lo otro lo rematamos.

—Como siempre, tienes razón, presidente. Eres un lince. Un lince.

Las palabras resuenan en el oído del presidente, que vuelve a ensayar una sonrisa de ocho millones de votos después de colgar el teléfono.

Un lince, se dice.

Y continúa sonriendo hasta que recuerda que el lince ibérico es una especie en extinción.

—¿Hola?, ¿quién es? ¡Olga, no había reconocido el número, no es tu teléfono!

Ah, perdiste el tuyo… Si quieres, te compro otro hoy y… Vale, te ha prestado ese una compañera de facultad, qué maja. ¿Qué tal estuvo el aniversario anoche? Me alegro mucho. Sí, yo también creo que tenemos que hablar, tienes razón: estamos demorando un tema, pero eso no hará que se resuelva. Quedamos cuando quieras.

¿Te parece bien esta noche? Bueno, si no puedes esta noche, cuando digas. Solo quiero hacerte una pregunta: ¿desde cuándo lo piensas? No comprendo: ¿desde hace un año? Es imposible, acababas de despertar… A ver, anticípame, por favor, de qué quieres que hablemos. Ah. Ya. Eso. Otra vez con eso. Ya te he dicho que no lo haré, Olga. Pasó el momento y aunque eso no disculpa lo que Yago te hizo, creo que ha cambiado. Espera, que me aparto un poco. ¿Si hablo así, me oyes? Bien.

Tienes que pasar página, Olga, he estado vigilando a Yago y creo que ha cambiado, no me puedes pedir que lo… ¿Olga?, ¿Olga?

Dalia Fierro se queda mirando el teléfono.

No sabe si rescatar el número entre las últimas llamadas para volver a entablar un diálogo de sordos. Por un momento sintió el alivio culpable de que fuera Olga quien diera el primer paso para una separación que ya sabe inevitable. Hubiera sido una buena señal: si Olga era capaz de pasar página de ella, también pasaría la oscura página de Yago.

Pero ahora sabe que da igual si el chico de la facultad es un amorío o un amor duradero: Olga sigue respirando odio, y no la culpa.

Lo que ocurre es que Dalia lo hizo durante dieciocho años y ya no le queda mucho odio que respirar.

Lo que ha dicho de Yago es cierto, al verlo por la noche con sus hijos, supo que no podría matarlo aunque quisiera. La forma en que hablaba con los peque-

ños, el cariño con el que mencionaba a su mujer…

Un mensaje de WhatsApp de un número desconocido la distrae. Antes de abrirlo recuerda que es el mismo desde el que acaba de llamarla su mujer.

Abre el mensaje, preparada para una larga diatriba por escrito, pero solo ve tres fotos.

Reconoce, desde otro ángulo, el escenario de fondo: el chalé en una

urbanización tranquila, salpicada de pequeños parques. Está tomada al atardecer y Dalia se pregunta dónde se habrá escondido Olga para hacerlas.

Las tres fotografías no varían demasiado, salvo en el acercamiento de la última.

Muestran a una mujer todavía joven y en otro momento guapa.

El maquillaje no oculta los moratones en los ojos y en el cuello.

Lleva el brazo en cabestrillo y la forma encogida en que se mueve delata por lo menos una costilla rota o fisurada.

Una mujer que mira hacia delante con miedo, por ella y por los suyos.

La mujer de Yago, que ahora se llama João.

En la parte superior de la pantalla aparece un mensaje que dice «escribiendo».

Luego brota el texto:

Las fotos son de la semana pasada. Nadie cambia. Nunca.

Libitina Molina baja del taxi y vuelve a leer el mensaje, tan inapelable y directo que ni siquiera llamó para pedir aclaración. Lleva poco tiempo en la brigada, pero es más que suficiente para saber que hay ciertas órdenes que no se puede permitir desobedecer.

Marca el código, ingresa al edificio de la Castellana, sube por el ascensor y vuelve a teclear ante la puerta. Cuando se abre, la sorprende la actividad callada y febril dentro de la gran oficina, el concentrado ajetreo de las personas en torno a las islas de mesas atestadas de documentos. No hace falta ser detective para deducir que buena parte de esa gente lleva toda la noche sin dormir.

Libitina no sabe qué hacen exactamente, pero sí que es importante, a juzgar por la seriedad con que estudian cada papel y lo comentan.

—Ven por aquí, maja —suena la voz en dirección al despacho.

Es la señora Dolores, que la invita con un gesto.

Al entrar, le llama la atención el contraste entre el gran tamaño de las pantallas y la escueta talla de los tres *hackers* que se afanan ante ellas.

Uno es casi un niño, aunque lleva la cabeza afeitada.

Otro, que luce una melena gris hasta la cintura, ha cumplido hace tiempo los

cincuenta años.

Y la muchacha, de edad indefinida, lleva media cabeza rapada y en la otra mitad luce un largo cabello de color púrpura.

Dolores da unas palmadas:

—¡A ver, Do, Re y Mi, iros un rato a tomar un café o lo que sea, que tengo cosas que hablar con la doctora!

—¿Se siente usted enferma, @grafuvolf? —pregunta el canoso.

—Ya quisieras tú tener mi salud, niñato. ¡Venga, tenéis media hora y luego otra vez al tajo!

Los tres miran a Dolores con veneración, y cuando se marchan, Libitina comprueba que, en efecto, todos tienen la misma estatura, por debajo del metro y medio.

—¿Do, Re, Mi? ¿Son sus nombres?

—Qué va. Estos son los mejores *hackers* del país, no tienen nombre, sino *nick*, pero yo los llamo así y les encanta. En fin, a lo nuestro: ¿quieres un cafetito, un re-fresco, un chupito de whisky?

—No, no. Un poco de agua, si puede ser.

—Ay, mi niña: que el agua oxida. Pero bueno, tú sabrás.

Le sirve el vaso y se sientan en dos sillones enfrentados.

—Perdona que te llamara con tanta urgencia y secreto, pero es muy importante.

¿Hiciste lo que te dije, viniste sin decirle nada a tu jefe?

—Sí. Pero la verdad es que me sabe mal… El doctor García es tan bueno conmigo. Además es el mejor forense que he conocido…

—¿De verdad? Pues a mí me han dicho que es bastante chapucero…

Toda la timidez desaparece de la pálida cara de la muchacha, que parece a punto de saltar sobre la anciana.

—Con todo mi respeto, señora Dolores: no le permito que dude de la profesio-nalidad del doctor Caronte García. ¡Ese hombre es un genio y debería obtener el reconocimiento que merece desde hace mucho tiempo!

Dolores suelta una carcajada dulce:

—Venga, venga, tigresa. No me saques los ojos y siéntate, que solo te estaba poniendo a prueba…

La chica se tranquiliza.

—No comprendo…

—Sabes que lo mío son los datos, como lo vuestro son los cadáveres, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Pues si falta un dato o una variable, no hay algoritmo que funcione. Y a mí me faltaba un dato, pero ahora lo tengo. Mira que tenía que haberlo adivinado, pero se ve que estoy perdiendo facultades con la edad.

—¿Qué dato era?

—El dato eras tú, bonita.

—¿Yo qué tengo que ver?

—Ya sabes que Caronte es único tratando con los muertos, parece que le hablaran. Llevo solo un año trabajando con él, pero he visto cosas que me parecían poco menos que increíbles.

—Es lo que yo le decía: es un genio —sonríe dulcemente Libitina.

—Sin embargo, en este caso no da pie con bola, no digo que haya cometido errores, pero parece… Un forense normal.

—Es un caso complejo, con demasiados cadáveres. —La muchacha intenta, sin mucha convicción, defender a su jefe.

—No es eso. Yo debería haberlo sospechado hace tiempo y tú me parece que te estás dando cuenta ahora, bonita.

La muchacha se sonroja. O casi:

—¿Usted cree que…?

—Por imposible que parezca, a ti te gusta Caronte… ¿Me equivoco?

—No. No se equivoca.

—¿Y no te has dado cuenta de que él está también coladito por ti? Por eso no se entera de lo que le dicen los muertos: porque el corazón le late tanto que no puede escucharlos.

—Entonces ¿es mi culpa? Si mi presencia va a arruinar el trabajo de alguien como el doctor Caronte, me marcharé.

—¡Ni se te ocurra, porque entonces será peor!

—¿Y qué puedo hacer, señora Dolores?

—A mí se me ocurre alguna idea —dice la vieja, y sonríe con picardía.

44

Una bolita roja

El comisario Bermúdez toma un café solo doble y esta vez sin bautizar con ningún licor. Necesita estar lúcido para atrapar el pensamiento esquivo que lo ronda desde hace días, pero que ahora oye como una melodía escondida, *como un maldito hilo musical, en el que te suena una canción pero no eres capaz de identificarla*.

La plaza de Tirso de Molina le ofrece la sensación de estar por un rato fuera del problema. A mano, por si pudiera ser de utilidad y sintiéndose más inútil que nunca.

La población de la plaza se divide entre turistas pobres y turistas ricos. La diferencia no está en las ropas; en estas semanas Bermúdez aprendió a distinguir un harapo natural de uno fabricado y mucho más caro.

Los turistas ricos, ricos en comparación con los otros, son habitantes temporales del desorden madrileño tan atractivo frente a la cuadrícula europea. Se sientan en las mesas de las terrazas y prueban las especialidades *typical* a las horas más absurdas para un español. *¿Dónde se ha visto cenar a las siete de la tarde?*

Los turistas pobres se apoyan en los poyetes del laberinto absurdo cerca de la estatua. Algunos bromean, otros miran desafiantes, los hay que trapichean con tan ingenuo disimulo que el comisario tiene ganas de invitarlos a una cerveza y explicarles cómo se hace. Otros, solo esperan, con la mansa calma de quien no sabe si lo que espera llegará.

Le vienen a Bermúdez a la memoria unos versos de Ángel González:

—«Te llaman porvenir porque no vienes nunca.»

Sí, el comisario Bermúdez ahora también lee poesía en el baño.

La semana pasada, Ana, su mujer, descubrió el libro escondido debajo de un cesto lleno de periódicos deportivos, lo miró durante un rato, le pegó una bofetada y le preguntó si tiene a otra mujer.

Él le dijo que no y no mentía. Ella se emocionó y lo besó, y esa noche hicieron el amor como si fuera en vacaciones, pero no eran vacaciones.

Vuelve a estudiar esos rostros oscurecidos por la sombra de los

árboles, como si los muretes fueran la frontera entre los turistas que vienen porque quieren y los que no tienen otro sitio adónde ir.

Bermúdez hace un esfuerzo por recordar esa plaza a la que de pequeño su padre lo traía a veces.

Especialmente una tarde. No recuerda qué vinieron a hacer, puede que alguna de esas visitas periódicas que su padre hacía a la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol para hacerse perdonar el pecado de haber sido rojo, «de ser bocazas», decía su madre, y Paquito nunca quiso preguntar demasiado, porque salir con su padre al centro era lo más parecido a ir a un parque de atracciones.

El viejo hablaba y le contaba cosas que entonces no entendía y ahora no recuerda. Tenía veinte trabajos por no tener ninguno, conocía la calle como la palma de su mano y cuando salían le indicaba los distintos oficios del delito, los resortes escondidos de una ciudad que aparentaba funcionar como un reloj franquista,

«pero por debajo, Paquito, por debajo la vida sigue y se busca la vida», solía decirle, y le mostraba casi con admiración las aproximaciones de los carteristas a los incautos visitantes de provincias, el fugaz intercambio de pequeños objetos robados, el policía recibiendo su parte por mirar hacia otro lado. A veces le señalaba lo disimulados contactos de las que él llamaba «mujeres de la vida» con potenciales clientes, pero cuando el niño le pedía explicaciones, su padre cambiaba de tema.

No fueron tantas las visitas al centro y menos los chocolates con churros en la plaza de Tirso de Molina, pero para la memoria sentimental del pequeño Paco, jalonaron su infancia. Andando el tiempo y haciendo gala de su habilidad para un oficio que su padre nunca acabó por perdonarle, llegó a la conclusión de que las excursiones no habían sido más que media docena.

Y solo recordaba con nitidez una en especial.

Fue en esa misma plaza y había un corro de personas rodeando algo que debería ser muy interesante. El pequeño Paco, tan prudente, «porque bastante tenía papá con lo suyo como para molestarlo», le decía mamá a todas horas cuando su marido no estaba, en esta ocasión se dejó llevar por el entusiasmo y llevó a su

padre hacia el corro.

El niño fue apartando gente hasta ponerse en primera fila.

Entonces lo vio.

Dos cajones apilados formando una mesa y sobre ellos tres pequeños vasos de plástico de café. Nunca olvidará la mirada vivaracha de aquel hombre, recorriendo el corro de casi pobres que lo rodeaban, ni su cantinela hipnótica.

Levantaba un vaso y debajo no había nada, el otro y tampoco.

Debajo del tercero había una pequeña bolita roja.

Comenzaba a mezclarlos y desafiaba al público a adivinar dónde estaba la bolita previo pago de una apuesta.

Su padre le presionó el hombro para marcharse, pero Paquito estaba hipno-tizado, soñaba con ser mago, aunque su madre decía que la magia era poner un plato de comida en la mesa para él y sus tres hermanos cada día y que se dejara de tonterías.

Un hombre más o menos elegante puso un billete sobre la mesa, el de la voz hipnótica comenzó a mover los vasitos y cambiarlos de sitio. Cuando se detuvo, Paquito estaba seguro de dónde estaba la bolita. El hombre también, porque señaló el mismo vaso, y al levantarlo allí estaba, la demostración de que el pequeño Francisco Bermúdez tenía futuro en la magia. Miró ilusionado hacia su padre, que se retiraba un poco entre la gente. El mismo hombre redobló la apuesta, y el niño y él adivinaron otra vez. Hubo murmullos cuando cobró su dinero y se marchó. Otros se atrevieron, pero ninguno volvió a acertar con el paradero de la bolita. Paquito tampoco, y dejó de mirar el vaivén de las manos para mirar los ojos de aquel hombre con esa mirada inquisitiva que años más tarde conseguiría decenas de confesiones espontáneas.

El hombre acabó por fijarse en el niño y sus ojos de taladro, de algún modo pareció reconocer algo familiar y levantó la mirada como si escalara por su árbol genealógico, hasta que tropezó con los ojos de su padre y dijo «Paco» como quien dice «hola» o «adiós», entre la tristeza y la nostalgia.

Su padre se convirtió en estatua, como aquellas que decía el cura en misa, pero

no había mirado hacia atrás. Así permanecieron durante media hora en la que cambió todo el público menos ellos y el señor elegante volvió, apostó y ganó de nuevo un par de veces y todos los demás perdieron. Un rato después alguien dijo algo que provocó la dispersión

del grupo y Paquito captó la mirada fugaz entre el hombre y su padre poco antes de desaparecer.

En lugar de alejarse rápidamente, como solía ocurrir las veces en que había policía cerca, el padre llevó al hijo hasta una cafetería, lo invitó a chocolate con churros y esperó sin esperanza, como hoy hacen los turistas obligados, los extranjeros pobres en esta misma plaza.

Paquito apenas se sorprendió cuando vio llegar al hombre, sin cajón y con una cazadora de otro color. Le pareció natural que se sentara en la mesa y que hablara con su padre con la prevención que había visto con compañeros que luego supo lo fueron de su paso por la cárcel al final de la guerra. Algunos, a veces, lo saludaban murmurando «camarada».

El hombre de los ojos rápidos solo repitió «Paco» y hablaron con palabras que el niño no comprendía, lo que sí captó fue el ofrecimiento de algún negocio, como decía el hombre que se llamaba Rafa, que no podía fallar y que solucionaría los problemas de su amigo.

Su padre se mostró inflexible y dijo que eso era pasado y que una cosa era caer por defender a los pobres y otra robarles lo poco que tenían.

Rafa se dio por vencido y prestó atención al niño, que le preguntó cómo hacía la magia con la bolita.

«Que te enseñe tu padre, era mejor que yo», dijo Rafa.

Paquito no quiso creerle. Su padre acabó admitiendo que en un tiempo sabía, pero luego lo olvidó.

Rafa sacó los tres vasitos y la bolita roja, y le contó que aquello no era magia y que había dos formas de hacerlo. Una era quitar la bolita del juego disimula-damente y dejarla caer donde conviniera. Lo hizo a cámara lenta para que el niño entendiera, pero a Paquito la trampa no le parecía interesante.

Quiso conocer la otra forma y el hombre dijo, con aires de mago venido a más,

aquello de que la mano es más rápida que la vista. Su padre protestó, pero Paquito le pidió que por favor un rato más.

Rafa trazó un baile vertiginoso con los tres vasos y, cuando se detuvo, Paquito no acertó. Lo hizo otras dos veces y tampoco. A la cuarta el

niño le dijo que le mostrara las manos y se hizo el ofendido, pero al abrirlas no tenía nada.

Paquito miró los vasos fijamente.

Señaló el de la izquierda y allí estaba la bolita.

En otros tres intentos volvió a detectarla.

Rafa lo miró admirado y le dijo a su padre que el niño tenía futuro si quería seguir con la tradición familiar. Paco padre dijo que ni en broma y le deseó suerte como quien se despide de alguien que no volverá a ver jamás.

El camarero, ahora no recuerda cómo lo ha bautizado, le pregunta al comisario Bermúdez si quiere otro café y él le pregunta si tiene orujo, y por supuesto que tiene, y le pide una copita con dos hielos, y cuando llega la saborea despacio, la hace durar como su padre hacía durar ese lujo infrecuente hasta el día en que murió.

Ya casi no quedan trileros en Madrid y los que quedan han perdido la elegancia estropeada que tenía ese Rafa de ojos saltarines.

Paquito se convirtió en Paco, se hizo policía y durante sus primeros años de servicio en la calle se especializó en pillar trileros, pero antes de detenerlos los desafiaba. Y siempre fue capaz de encontrar la bolita.

—Espero no haber perdido la habilidad —dice en voz alta—. Lo que pasa en el barrio me suena a jugada de trilero. Solo que al final de los movimientos, en lugar de una bolita roja, siempre hay un muerto. Y me temo que solo yo puedo descubrir el truco.

45

El niño de La isla del tesoro

Anochece cuando Severo Justo llega a las inmediaciones del caserón en el barrio de Salamanca, pero frena doscientos metros antes, como si hubiera encontrado un aparcamiento ideal e inesperado. En realidad solo quiere comprobar lo que hace el conductor del pequeño coche gris que lo ha seguido todo el día desde lejos para no ponerse en evidencia.

Justo observa por el retrovisor mientras llama a Juan Lebrón.

—Soy yo. Supongo que tendréis algún parking privado en tu palacio. Vale.

Llego en un minuto. Ábreme la puerta. Luego te explico.

Acelera a fondo y al llegar junto a la casa ve el portal del garaje que se abre, entra derrapando y frena justo a tiempo para no pisar al arzobispo.

—¡Cierra la puerta, cierra la puerta! —ordena Justo.

El otro obedece sin comprender.

El policía se siente travieso y bobo al mismo tiempo. Su sombra gris pasará horas dando vueltas a la manzana mientras busca en vano su coche.

—¿Qué novedades tenemos, Juan?

—La novedad es que no hay novedad, Justo. No llaman para decir dónde hay que entregar el dinero y eso me hace temer lo peor…

—Lo peor pueden ser demasiadas cosas, Juan. —Justo enciende un cigarrillo—. Mi presencia en el viejo barrio no habrá pasado inadvertida y quizás están esperando para comprobar si has implicado a toda la policía o voy por libre. Esto tiene más ramificaciones de las que creíamos y que ya te explicaré, pero ahora necesito que tengas paciencia.

—Tú tramas algo, Justo. ¿Qué es?

—Todavía no estoy seguro y ya he hecho el idiota una vez hoy. Pero por suerte no había testigos y prefiero que siga así, por si vuelvo a equivocarme.

—Cuenta, por favor. Una pista falsa es mejor que esta incertidumbre.

—Sospecho que sé dónde tienen a Karim.

—¡Entonces, vamos!

—No, Juan. Voy a ir yo, a comprobar que estoy en lo cierto. Si me equivoco y hay un escándalo y apareces tú, van a conseguir lo que querían.

—¡A mí me da igual el escándalo! Las pruebas de ADN no han dejado ninguna duda: Karim es mi hijo, Justo.

—Con más razón. Haré una misión de reconocimiento y, si estoy en lo cierto, lo rescataremos con un grupo de hombres de confianza. Ya sé que te da igual que trascienda, pero es mejor moverse con astucia que montar un operativo que pondría en peligro la vida del muchacho.

Lebrón asiente.

—Tienes razón. Y confío absolutamente en ti.

En eso me llevas ventaja, piensa Justo, pero comenta en voz alta:

—En cuanto compruebe que tu hijo está bien, te llamo. Pero todavía es temprano. Debo esperar a medianoche, por lo menos. —Recuerda algo, busca en su móvil y le muestra la pantalla a Lebrón—. Mira, este es el aspecto aproximado que tendría Karim en la actualidad según mi *hacker*.

Juan estudia cada rasgo de la foto como si estuviera recordando:

—Se parece a mí, pero por suerte tiene muchos rasgos de Charo…

¿De cuál de las dos, amigo, la luchadora que tú recuerdas o la arribista delincuente que me han contado? , piensa Justo, y para disimular, pregunta:

—¿Puedes darme algo de comer? Llevo en ayunas desde ayer y me rugen las tripas. Seguro que aquí tenéis por lo menos un chef francés…

—Japonés. Cayetano está empeñado en hacer negocios con Tokio. Pero con lo del secuestro, hemos dado vacaciones al personal. Puedo improvisar algo en la cocina. Aunque mejor te invito a un restaurante. En este barrio están algunos de los mejores de Madrid y…

—Quita, quita. Me apaño con lo que tengas en la nevera. Los restaurantes de lujo no me sientan muy bien. La última vez que fui a uno, trataron de matarme a la salida.

Es una leyenda reciente en la que los más jóvenes nunca acabaron de creer y los veteranos tomaban como broma al principio, para luego comentar con respeto.

Un detalle que llegó a filtrarse a la prensa, pero que no se publicó por las gestiones de Lorna, que ha conseguido frenar parte de las tonterías que sus colegas se inventan sobre un grupo tan atractivo para los

medios.

Una leyenda o un bulo, pensaban algunos. Una exageración, decían otros. «Un superpoder», bromeó hace meses un subinspector chusco, con tanta mala suerte que lo escuchó el comisario Bermúdez y desde entonces procura mantenerse alejado.

«Un don, hermano. Un don», explicó el propio Paco cuando el Súper le preguntó sobre esto hace meses.

En el centro de datos de la Castellana, dos docenas de jóvenes policías que parecen haber olvidado respirar acaban de comprobar que es cierto.

El inspector Jorge Frontela puede dormir de pie.

Tiene una mano en un expediente y la otra apoyada en la mesa.

Parece estar reflexionando con los ojos cerrados.

La cabeza inclinada anuncia en la coronilla una calvicie que se hará esperar pero vendrá, inexorable. De no ser por el leve ronquido, cualquiera pensaría que está pensando.

El silencio intriga a Dolores, que sale del despacho y se encuentra con el espectáculo de su nieto de espaldas y todos los miembros de lo que ella llama «la sinfó-

nica de Jorgito» mirándolo entre el asombro y el miedo.

Se pone a su lado y ya sabe lo que ocurre. Toma un folio y escribe algo con un rotulador; lo muestra a los presentes:

A quien lo despierte, le corto las orejas. Bajen y esperen instrucciones.

Uno de los policías está a punto de protestar, comentando quizás que la anciana no está al mando, pero un gesto de Dolores, representando con el índice y el dedo medio una tijera junto a su oreja, lo detiene. Ha leído claramente en los labios de la anciana: «Y los cojones, también».

Se retiran de puntillas, sin dejar de mirar a Frontela, que sigue durmiendo de pie.

Do, Re y Mi, los *hackers* auxiliares de Dolores, lo miran sin extrañeza,

como si eso fuera lo más normal del mundo, y se marchan también.

Dolores detiene con el gesto a Beatriz, una oficial ayudante morena y menuda que desde el principio de la brigada forma parte del grupo de confianza de su nieto, *y no forman juntos más cosas porque son bastante lentos, los chavales*, piensa.

Hasta hace poco, su nieto pasaba horas conversando con Dolores y se sonrojaba cuando le preguntaba por Beatriz, a la que él se empeñaba en mencionar por el apellido, *pero nunca nadie pronunció «Gutiérrez» con tanta dulzura*.

Dolores se aparta con la muchacha y hablan en voz apenas audible:

—¿Cuánto lleváis sin dormir?

—Menos que él. —La chica señala con la cabeza hacia Frontela con la misma mirada bovina con que su nieto la mira cuando ella no lo mira, *hay que ver cuántas cosas no vemos por mirar a destiempo*, se dice Dolores.

—Pues ahora bajas y le dices a esa gente que tienen seis horas para dormir o hacer lo que quieran y luego los quiero aquí. Puntuales. Y si alguno protesta, le dices que bajo y le doy un par de explicaciones…

—No protestarán. Pero yo quisiera quedarme, porque él…

—Vale, pero por lo menos vete a tomar un café, come algo y vuelve en una hora. Yo te preparo el sofá del despacho para que duermas aquí.

A la chica le cuesta marcharse, pero obedece.

Dolores vuelve junto a su nieto, pone una silla detrás de él, lo toma por los hombros con suavidad y le canta la vieja canción de la Guerra Civil que hizo las veces de nana para un Jorgito que desde niño se dormía de pie cuando se le ago-taba la energía tratando de comprenderlo todo:

—«La hierba de los caminos, la pisan los caminantes. La hierba de los caminos, la pisan los caminantes. Y a la mujer del obrero, la pisan cuatro tunantes de esos que tienen dinero.»

La anciana canta en un susurro con ternura inesperada, y el inspector Frontela

se deja guiar blandamente a la silla mientras ella sigue:

—«¿Qué culpa tiene el tomate que está tranquilo en la mata? ¿Qué culpa tiene el tomate que está tranquilo en la mata? Si viene un hijo de puta y lo mete en una lata y lo manda pa Caracas. Si viene un hijo de puta y lo mete en una lata y lo manda pa Caracas.»

La abuela pliega su jersey como almohada y apoya la cabeza del nieto sin dejar de cantar. Después de un minuto, él comienza a roncar al compás de la vieja canción de trinchera:

—«¿Cuándo querrá el dios del cielo que la tortilla se vuelva? ¿Que la tortilla se vuelva, que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda?»

Media hora después, con la misma naturalidad con que se quedó dormido de pie, Frontela despierta como si solo hubiera transcurrido un parpadeo. Mira a su abuela, mira el vacío alrededor y comprende:

—Gracias —le dice.

—Descansa un poco más; hasta tú tienes un límite.

—Ya no podría. Le prometo que esta noche paro. ¿Cuál me cantó?

—La del tomate: era la que más te gustaba de pequeño.

Frontela sonríe, la mira a los ojos y dice:

—No merezco sus canciones, soy una mala persona.

—¿Tú? No me hagas reír.

—Sí. Usted me enseñó a respetar las decisiones ajenas. Y estoy enfadado conmigo por estar enfadado con usted, aunque no tengo derecho.

—Mira que eres complicado, nieto. —Le revuelve el poco pelo y el policía vuelve a ser un niño solitario que leía demasiado—. Llevas semanas mirándome con cara de culo, así que me da igual que tengas o no derecho. Cuéntame y así lo sabemos los dos.

—Yo me alegro por usted y sé que el tal Mingo es más que un mendigo y no es un aprovechado, como creí cuando detecté que ustedes…

—Sigue.

—No tengo nada que opinar sobre su vida sentimental…

—Y sexual, nieto. Que soy vieja, pero no estoy muerta.

Habituado al carácter de su abuela, Frontela encaja y sonríe:

—Soy quien más la conoce de toda la familia. Pero no sería buen policía si no me fijara en los detalles… ¿Cree que no me he dado cuenta de cuánto me parezco a ese hombre? Hasta andamos del mismo modo…

Dolores contiene la respiración.

—Yo…

—Repito que no tengo derecho a juzgarla, pero el abuelo Alfonso fue importante para mí, aunque fuera tan pequeño cuando murió. Y no logro entender por qué se le fue infiel a un hombre como él…

—¿Qué recuerdas de tu abuelo?

—En lugar de mirarme como un bicho raro porque leía a los cuatro años, me apoyaba y me llevaba a museos. Me regaló aquel libro sobre los egipcios y un juego de tampones para hacer jeroglíficos, ¿se acuerda?

Los ojos de Dolores se humedecen.

—Claro que me acuerdo.

—Todavía tengo todos los libros que me traía y que mamá decía que no eran para niños: desde la cábala hasta el de taxidermia. Apenas lo recuerdo, pero si soy como soy, es gracias al abuelo, y por eso me duele que usted…

—¿Recuerdas cómo te llamaba?

—Claro que sí. A veces me decía Jimbo y otras veces señor Hawkins.

—Y conociéndote, habrás averiguado el porqué de esos apodos…

—El niño protagonista de *La isla del tesoro*. Cuando él me llamaba así, aunque yo era muy pequeño, me sentía orgulloso…

Dolores va hasta su despacho, vuelve con su petaca de whisky y sirve dos pequeños vasos.

Jorge acepta mecánicamente.

—Tu abuelo Alfonso en su puta vida leyó un libro, Jorge. Solo sabía obedecer al jefe de turno y nunca hizo ninguna pregunta. No diré que no te quisiera, pero tampoco te prestó mucha atención.

—Pero yo recuerdo su mano, la cicatriz en la palma, que yo recorría con los dedos como si fuera una medalla…

—¿Con lo buen policía que eres nunca le has mirado la mano a Mingo? Era él, nieto. Siempre fue él. No sé si es tu abuelo biológico, porque en ese tiempo solo nos uníamos cuando el deseo y el cariño podían más que cualquier prevención.

Luego él se iba a dar la vuelta al mundo y volvía al cabo de unos meses, porque nunca pudo estar demasiado tiempo lejos de mí. Cuando pase esto, si quieres, os hacéis las pruebas, y me da igual si se lo cuentas a tu madre o no. No espero que me entiendas. Solo puedo contarte una historia. Acomódate y si te duermes, no te preocupes, que no pienso morirme pronto y te la contaré las veces que haga falta.

Niño otra vez, Frontela cruza los brazos debajo de la cabeza, apoya la mejilla y escucha mientras su abuela le acaricia el pelo y comienza a contar:

—Había una vez un chico y una chica que crecieron juntos en el mismo barrio…

Uchu sanango

Realiza sus ejercicios con la precisión de quien ejecuta una danza sagrada. Llevaba días esperando en vano que la diosa le hablara, para reconocer su tarea como casi nunca hace, para regañarlo por sus errores, como casi siempre, o para indi-carle el camino a seguir.

El último sacrificio ha sido más complicado y peligroso, pero también más pla-centero de llevar a cabo. Pese a la inspiración divina, los detalles corrieron por su cuenta, así como la planificación y la puesta en escena.

Cambia de brazo para hacer las flexiones, ahora solo apoya el peso del cuerpo sobre tres dedos, mientras sube y baja el tronco sin esfuerzo.

Luego va al baño, se rasura con esmero todo el cuerpo aunque no tiene vello alguno y se da una ducha innecesaria: tras una hora de ejercicio no ha llegado a sudar.

Abre el frasco y el aroma dulzón del *uchu sanango* inunda toda la casa. Es como el de las gardenias, pero más penetrante.

Lo sabe porque hace tiempo tuvo un ejemplar de la planta sagrada de la Amazonía peruana. Soñaba con tener varias, un jardín de ellas, como el buen chamán que llegará a ser. Pero durante un tiempo la diosa dejó de hablarle en sueños, y eso que dormía todo el tiempo esperando su revelación. Fueron tantos días que apenas recuerda, pero cuando reaccionó, la bella planta de grandes flores blancas se había secado.

Lo interpretó como una señal y lo era.

Ya no alcanzaba con el entrenamiento y los rituales.

La diosa se lo dijo: había llegado la hora de los sacrificios.

Esta hora.

Ha tenido que conformarse con la esencia de la planta divina, comprada por internet a precio de oro, porque dicen que la prepara un chamán cerca de Iquitos.

Pero por lo menos, después de tres compras fraudulentas en otros tantos portales,

esta esencia huele como su planta. Se embriaga del olor dulzón, casi puede pala-dearlo, se marea y baila una danza ritual que es una mezcla de todas las que conoce, y conoce una cuantas.

Luego abre la ventana, para que el olor se marche a purificar la ciudad enferma.

Ni siquiera reclamó por las esencias falsas: la diosa siempre ha dicho que su mi-sión es más importante que cualquier otra cosa y que no debe llamar la atención.

Nadie debe saber que es el elegido, hasta que llegue el momento.

Y ya falta muy poco, se dice.

Enciende la televisión y se enfurece al comprobar que solo mencionan a la mujer elegante, sin dar detalles de su obra. Y ni siquiera han hablado del hombrecillo a los pies del Cascorro, aunque ese dibujo fue mucho más complejo de realizar sobre las baldosas cuadriculadas.

Solo hablan de la indignación en los sectores políticos afines a la mujer sacri-ficada, y un aprendiz de chamán con corbata, uno de esos psiquiatras que no po-drían hacer más de tres flexiones soportando el cuerpo solo con el pulgar, declara que todo apunta a un delincuente común en busca de notoriedad.

Otro farsante parecido al primero disiente de su colega y deduce que el autor de los crímenes es un desequilibrado, un místico que confunde sus fantasías con realidades.

Dice lo mismo que aquellos médicos, que yo creía escuchar a la diosa pero que solo hablaba en mi imaginación, como si no la hubiera escuchado desde siempre, dejando que me formara para esta misión.

En la televisión hablan de posibles tumultos en el barrio de Lavapiés con motivo de las manifestaciones que mañana convergerán en la plaza. Un contertulio repite cuatro veces la palabra «caos» con horror y demostrando su ignorancia: *toda nueva vida proviene de un caos primigenio*, se lo dijo la diosa o lo leyó en algún libro y luego le preguntó, a veces no recuerda las cosas. Pero sí recuerda la respuesta de la diosa: este barrio, esta ciudad, tienen que renacer de sus cenizas.

Pero para eso, antes deben arder.

Desarma y limpia el arma.

Vuelve a armarla y camina impaciente por la habitación.

Da igual que en la televisión no hablen de la esmerada realización de los sacrificios, *ya hablarán, vaya si hablarán*.

Ahora debe mantener la calma, falta tan poco. *Muy poco.*

Revisa los cerrojos de la puerta, busca bajo la cama y saca la pesada caja de madera.

Cuando la abre, observa el contenido, brillante y mortal.

Siente que su cara es bañada por una luz divina.

Muy poco. Solo unas horas.

Caronte García es hombre de pocas alegrías. Tan pocas, que cuando tiene una parece brillar en la oscuridad, en este caso en la semipenumbra de una de las salas del Instituto Anatómico Forense. El motivo del fulgor es el retorno de Libitina Molina, que también resplandece al verlo.

—No tenía por qué volver, Libitina —le dice Caronte.

—No tenía, quería —responde ella, y baja la mirada—. Además, había que lim-piar y dejar todo en orden aquí.

—Ya me he ocupado yo, puede marcharse a descansar —dice Caronte con una voz que en realidad le pide que se quede.

—Me siento en deuda, doctor. Una mente como la suya no debe distraerse en tareas menores, sino centrarse en un caso importante como este…

—A propósito del caso: creo que he descubierto algo interesante.

—¿Se lo han dicho las víctimas?

—En parte sí. Veamos: por un lado, en ninguno de los escenarios hemos encontrado la menor muestra de ADN del agresor. Nada de nada.

—Salvo que lleve un traje de astronauta, no lo entiendo.

—No sé si llegará a tanto, pero creo que es meticuloso y además de utilizar guantes, llevará el cuerpo y la cabeza completamente

afeitados.

—Tiene lógica, pero entonces sería llamativo en su vida cotidiana.

—En la actualidad existen pelucas tan buenas que cuesta diferenciarlas del

cabello real, y lo mismo puede decirse de las cejas postizas. Y cuando va vestido no tiene por qué notarse que está depilado…

Libitina salta:

—Me alegro de que los muertos hayan vuelto a hablarle, Caronte.

—No mucho. Pero me han recordado algo que pasé por alto.

—¿Qué es?

—La profundidad de los tajos, sobre todo en las primeras muertes, era la misma siempre, ¿verdad? Pero las víctimas tenían diferente constitución, no es lo mismo cortar el cuello de una anciana octogenaria que el de un hombre fuerte y fornido como el señor Bakkali. Los cortes son casi idénticos al milímetro, incluso cuando el asesino ha cambiado de mano.

—Eso quiere decir que…

—Buscamos a una persona con los brazos muy poderosos, capaz de controlar su fuerza hasta esa exactitud.

—¿Un fisicoculturista?

—Más bien un atleta. Además de fuerza, hace falta una gran agilidad para saltarse todas las vigilancias que hay en Lavapiés. Ya ve que no es demasiado lo que he escuchado, pero al menos así no me siento tan inútil.

Ella lo mira con adoración.

Solo queda el personal de guardia en el edificio del Anatómico Forense y están acostumbrados a que Caronte y su gente trabajen a deshora. Nunca se atreven a molestarlos.

Se acerca y lo mira a los ojos:

—Caronte…

—Libitina… —El corazón del forense late con tanta fuerza que apenas escucha su propia voz.

—Volverá a escuchar lo que dicen los muertos, estoy segura.

—Ojalá.

Ella se acerca todavía más.

Lo hace retroceder hasta la mesa de acero inoxidable y lo empuja suavemente

hasta tumbarlo:

—Te lo garantizo, Caronte mío —dice la doctora Libitina Molina mientras trepa sobre él.

Dalia compara lo que ven sus ojos con la fotografía en el teléfono. *Se ha tomado desde aquí*, piensa mientras se esconde entre el pequeño grupo de árboles, casi una separación natural entre chalés.

Pues sí que le echó valor Olga, se dice.

Igual ha liado a su noviete, tenía cara de pringado, comenta Ráfaga.

Olga es incapaz de algo así, defiende Dalia sin ganas.

Tú no sabes de qué es capaz Olga.

Y todas coinciden en admitir que *en realidad no la conocemos*.

Olga fue, hace tanto, el descubrimiento de que podría amar a otra mujer, la rebeldía de creer defenderla de un novio maltratador, la paciente convertida en obra maestra para una psiquiatra con veleidades de genialidad y urgencia por olvidar el maltrato que ella misma había permitido de otro novio tan parecido a Yago…, *y que se fue de rositas*, agrega Ráfaga.

Olga fue entonces unos meses, ni siquiera un año, de pasión alimentada por el morbo que le daba a la muchacha lo que su familia consideraría una relación prohibida y la necesidad que entonces tenía Dalia de subvertir lo que fuera, para no pensar en esa rabia que tanto la asustaba.

Dalia, otra vez vestida de negro Ráfaga, permanece tan inmóvil que cualquiera la confundiría con otro árbol, pero por dentro todo es

movimiento y convulsión.

Se impone los procedimientos aprendidos para no pensar demasiado y revisa el equipamiento. Trae el mismo de la última vez, *el mismo no*, le dice Ráfaga con aire burlón, mientras Dalia palpa la funda del cuchillo de combate y dice *no quiero hacerlo* y Ráfaga insiste: *sabes que quieres*, y en esa discusión desganada ambas comprenden que no saben qué hacer.

¿Necesitas que Yago mate a su mujer para convencerte de que podías frenarlo? , pregunta Ráfaga sin la ferocidad habitual.

Solo digo que quiero que estemos seguras.

Todas estaremos más seguras si lo matamos, incluida su mujer.

¿Y si cayó de verdad por las escaleras, como dice el parte médico de la clínica privada que nos consiguió Dolores?

Sí. Y también puede ser que nosotras nos casemos vírgenes.

El resto de las Dalias calla. No quieren comprometerse.

Y Dalia Fierro, después de casi veinte años de odio, después de tantas palizas en las que se frenaba a tiempo para no eliminar al abusador, después de tantas promesas junto al lecho de Olga cuando todavía era un bello vegetal, se enfrenta a la verdad que no quería mirar: no sabe si será capaz de matar, aunque sea a Yago, que ahora se llama João y puede que siga maltratando a su mujer como antes maltrató a Olga, o puede ser quizás ese padre bondadoso que cuida a la madre de sus hijos porque de verdad se cayó por la escalera.

Está por salir. Si no te atreves, déjame a mí, propone Ráfaga.

Faltan por lo menos diez minutos, déjame pensar.

Se ha desinflado el globo de la rabia y después de tantos años solo le queda el entrenamiento, los reflejos, el conocimiento de los puntos estratégicos para inmovi lizarlo, *cortarle los tendones con el puñal, meterlo en el bosquecillo como tenía pensado hace un año y acabar con él de un corte limpio en la garganta*, y ese pensamiento le regala una imagen y la pregunta a coro de todas las Dalias menos Rá-

faga:

¿En qué nos vamos a diferenciar del degollador de Lavapiés? Seguramente

él o ella también se creen en posesión de la verdad, también siguen rituales que van in crescendo. *¿Qué haremos después de eliminar a Yago, seguiremos matando cabrones que creemos malvados?*

Ráfaga no responde, pero manda en sus movimientos, tienen que llegar por de-trás al bosquecillo cercano, paso obligado de Yago en su habitual carrera, *salvo los días que son casidomingo*, pero hoy es casi lunes y por la tarde Madrid va a estallar en llamas.

Se pone a cuatro patas para gatear hasta la salida de los árboles y su mano

tropieza en el césped con un objeto que no debería estar allí. Lo levanta del suelo y busca la luz de la luna para reconocerlo.

Y se asusta al reconocerlo.

El teléfono de Olga.

Si las fotos las hizo con el móvil prestado, a saber cuántas veces ha estado acechando a Yago. ¿Desde cuándo?

La muy imbécil no sirve ni para esto, dice Ráfaga, despiadada. *Menos mal que lo encontraste, este lugar será lo primero que registre la policía cuando encuentren un muerto en el bosquecito de al lado y la pringada de Olga hubiera cargado con la culpa.*

Muy shakespeariano, ¿no te parece?

Pero ya no van a encontrarlo, dice Dalia. *Así que vamos.*

Es Ráfaga la que duda: *¿Estás segura de que lo quieres hacer?*

No. Pero tú sí. La pregunta es si luego sabrás parar.

Yo no soy como el degollador de Lavapiés.

¿Estás segura?

Ese es un demente que se cree iluminado, o algo por el estilo.

Lo dice una de las muchas voces con las que hablo en mi cabeza.

Ambas ríen y por primera vez se sienten casi en paz.

En el chalé de enfrente se enciende la luz del recibidor y sale Yago vestido con chándal de marca.

En el marco de la puerta, la cabecita del niño y la de la niña asoman una sobre la otra, como si fueran un pequeño y bello animal con dos cabezas.

Él le dice que no tarde y ella que le robe una flor en algún jardín, como hace siempre. João dice que sí a los dos y que cuiden a mamá.

También podemos vigilarlo hasta estar seguras, dice Ráfaga. *Así no me das la vara con la conciencia.*

Con ayuda de Dolores podemos conseguir pruebas irrefutables para empapelarlo si ha vuelto a las andadas, propone Dalia.

Vale, pero antes le daríamos una paliza, por lo menos un par de costillitas rotas.

¿Hay trato?

Hay trato.

Yago se aleja sin saber que ha salvado la vida y Dalia y todas sus Dalias gatean en busca del coche con el peso extraño del móvil de Olga en un costado y una terrible certeza que apunta hacia Lavapiés: *A diferencia de nosotras, el asesino no se detendrá. Pasó de matar ancianas solitarias a un asesinato doble. Lo próximo será mucho más espectacular y mortal, quizás decenas de personas. No sé qué es, pero estoy segura.*

Yo también, dicen todas las Dalias.

47

Kasbah

Severo Justo se siente ligero, casi rejuvenecido tras la charla con Lorna. Necesitaba contarle lo que hará esta noche y ella, pese a preocuparse, lo comprendió.

Por algo ha dedicado su vida a conocer la verdad y, cuando puede y la dejan, a difundirla. Podría haberle recomendado que envíe a sus hombres, no faltarán en la brigada los que estén dispuestos a lo que sea por su jefe. Pero sabe que Justo necesita ir solo porque ella haría lo mismo. Han reído de buena gana cuando le contó su estúpida persecución de un coche y una grúa. Se ducharon juntos y, cuando las caricias se multiplicaron, ella propuso: «Luego, cuando regreses con tu misión cumplida».

Es casi medianoche y va rumbo a la discoteca Kasbah, trazando un itinerario errático y pensado para despistar al pequeño coche gris, que al parecer ha dejado de seguirlo.

Mientras realiza el último rodeo, recuerda la mirada de Juan Lebrón hace solo unas horas. Le llamó la atención la habilidad del arzobispo entre los fogones, improvisando un delicioso guiso lleno de sabores y aromas. Brindaron con poco vino y menos palabras, y cuando Justo anunció que se marchaba a casa de Lorna, Lebrón lo abrazó en silencio.

—Cuando el muchacho esté libre, te llamo —volvió a prometer Justo.

Ojalá se sintiera tan seguro como les ha hecho creer.

Una comprobación superficial demostró que tanto el edificio de la Kasbah como el piso de arriba y el local del bazar de chinos de un costado son propiedad de un empresario marroquí al que una búsqueda un poco más profunda relacionó con los negocios de Bouziane en Casablanca. Al otro costado de la discoteca hay un edificio de oficinas.

Justo estudia los planos y se dice que está haciendo trabajar demasiado a Dolores, *pero bendita sea su habilidad para conseguirlo todo*.

Es domingo por la noche, lunes en un par de minutos, y la Kasbah está cerrada.

Tampoco hay luz en el piso de arriba de la discoteca, aunque el GPS indica que el coche blanco de Bouziane, rescatado del depósito municipal, duerme a buen re-caudo en un parking privado a menos de cien metros de allí.

Tendrá más coches, se dice Justo.

Y se dice también que una discoteca, con sus sótanos y almacenes, no es mal lugar para esconder a un secuestrado: cuando está en funcionamiento, la música camuflará cualquier grito, y cuando está cerrada al público, bastará con amorda-zarlo.

Queda el problema de cómo entrar.

En las series y las películas siempre hay una puerta de emergencia mal cerrada u otra coincidencia conveniente que allana por arte de magia algo tan difícil como acceder a un lugar cerrado. Las ganzúas no siempre funcionan al instante y Justo, aunque no lo suele confesar, es bastante hábil para abrir puertas, pero no infalible.

Si las puertas se ponen difíciles, siempre quedan las ventanas, se consuela. El plano indica que al otro lado de la manzana, detrás de la Kasbah, hay una explanada, un solar que espera desde hace años la construcción de un gran edificio que las diferentes crisis han postergado.

Justo camina pegado a las paredes para eludir la luz de las farolas. Hay pocos coches en la calle, *bienaventurada sea la grúa municipal*, y en ninguno detecta centi-nelas.

El solar está protegido por un muro más simbólico que efectivo, la entrada de alambre hace tiempo que desistió de impedir el paso a esa nada de tierra apiso-nada en la que llevan tiempo creciendo los hierbajos.

La luna llena y la sombra de un edificio cercano trazan una bisectriz sobre el te-rreno y lo dividen en sendos triángulos de sombra y luz, la parte iluminada a las espaldas de la Kasbah, la oscura más cerca de Justo, que estudia la pared trasera del edificio y las ventanas, altas pero no inaccesibles. Una de ellas parece cerrada a medias, acaso para ventilar el ambiente cargado de un local en el que duda que se respete la ley antitabaco. *Puede ser eso. O puede ser una trampa.*

Recuerda la mirada de Lebrón y ya no hay dudas.

Mira hacia la luna y le parece que el halo blanquecino se enrojece.

Ya es lunes, un lunes que por la tarde se volverá sangriento en Madrid. Desde hace un rato le ronda en la cabeza el mensaje de texto de Dalia Fierro y sus conclusiones, con las que coincide: el asesino de Lavapiés ya no se conformará con degollar ancianas, prepara algo más llamativo, y qué mejor que una manifestación de grupos enfrentados. No sabe cómo será, aunque si atrapan antes a Roland Roland…

Pero eso será dentro de una horas.

Esta noche le debe a su amigo el riesgo de cruzar el solar y quedar al descubierto. Si Karim está prisionero allí, intentará liberarlo. Si hay demasiados guardianes, ya le he pedido a Bermúdez que tenga listos cuatro hombres de confianza para actuar de madrugada.

Se asoma, deja que lo bañe la luna de sangre y el peligro de una emboscada.

Antes de dar un segundo paso percibe la sombra detrás de él y una mano que agarra su brazo con violencia. Aprovecha la fuerza del giro para propinar un golpe en la cara cubierta con el pasamontañas, lleva poca contundencia pero alcanza para desorientar por un momento al atacante, que se rehace y devuelve el golpe al pecho de Severo Justo, que apenas alcanza a saltar hacia atrás para limitar el impacto. Gira y avanza, golpea el brazo del hombre y luego su estómago. El otro es ágil y mientras se dobla lanza un gancho que da en el pómulo sano de Severo.

Todo ocurre en silencio, apenas se oyen los golpes y las respiraciones.

Su contrincante se mueve más por instinto que por entrenamiento, eso lo hace imprevisible y previsible a la vez. Justo detecta una repetición en los directos que deja al descubierto la barbilla, lo provoca para que intente su golpe estrella y no-quearlo, pero cuando el otro ha caído en la trampa, el policía, en lugar de avanzar, retrocede dos pasos y baja las manos, mientras dice, como si fueran dos críos pe-leando en un solar abandonado:

—Me rindo.

Gira y se aleja por la acera.

El otro no comprende nada, hasta que comprende y lo sigue.

Cuando están a cien metros, Justo gira lentamente y le tiende la mano. El hombre la estrecha, desconcertado.

—Severo Justo —se presenta sin necesidad—. Pegas casi tan fuerte como tu padre.

El muchacho se quita el pasamontañas.

Se parece mucho a la foto digitalmente envejecida por Dolores y también a aquel niño con cara de mala hostia posando en una calle de Marruecos. Comienza a explicarse, pero el policía lo corta con amabilidad:

—¿Qué te parece si buscamos un bar y nos contamos todo?

—¿Un bar abierto, a estas horas?

—Esto es Madrid, muchacho. Siempre hay un bar abierto si sabes buscar.

¿Vamos en mi coche o me sigues en tu utilitario coche gris? Yo que tú, no lo dejaba aquí: la grúa pasa con frecuencia.

Un cuarto de hora después están sentados en un bar de taxistas, de esos que dejan pasar las horas de la noche con la calma del que sabe que siempre habrá clientes con hambre y sed.

—Yo no quería atacarlo, señor Justo. Solo evitar que cayera en una trampa.

Pero respondió usted con tanta violencia que…

—O sea que fui el rescatador rescatado… ¿Me estaban esperando?

—No lo descarto. Mustafa se puso de los nervios cuando supo que estaba usted involucrado en el asunto, pero luego, de algún modo se enteró de que no lo hacía de manera oficial y presumía todo el tiempo de que iba a derrotar al policía más famoso de España.

—Demasiado sabes tú para ser un simple secuestrado, Karim…

El joven baja la mirada con vergüenza sincera:

—A estas alturas ya sabe que nunca fui un rehén. Crecí con un padrastro delincuente que iba y volvía de la cárcel o la clandestinidad y una madre que nunca me contaba la verdad. Bouziane dejó de golpearme cuando comprobó que yo podía devolverle los golpes. Entonces intentó sumarme a sus negocios, pero mamá sacó un cuchillo de cocina y se lo puso en la garganta.

—No hay nada como una madre con un cuchillo de cocina —dice Justo, recordando una vez en que la suya, pequeña y sonriente casi siempre, se interpuso de ese modo entre la borracha furia de su padre y el pequeño Severo. El hombre grande y tosco desapareció durante varios días, para volver como si nada hubiera ocurrido.

—Gracias a ella estudié: soy psicólogo —dice Karim con orgullo.

—Como quien dice, el lado civil del negocio familiar. —Justo imagina la cara de Lebrón cuando lo sepa—. Pero si odiabas tanto a tu padrastro, ¿por qué te com-pinchaste con él para fingir el secuestro?

—No ocurrió así. Hace cuatro años, antes de morir, mamá me contó la verdad.

Pero luego Mustafa, que corrió con los gastos médicos y parecía reformado, me machacó con su versión, la del niño rico aprovechándose de la muchacha pobre y luego dándole la espalda cuando la supo embarazada. Me envenenó la mente, y aunque ya tengo mis años, cuando creces a la sombra de una mujer tan fuerte como era mi madre, te quedas doblemente huérfano: de sangre y también de cri-terio. Yo podía volver a España cuando quisiera, por mi doble nacionalidad, así que decidí venir a conocer a mi padre y leer en sus ojos la verdad.

—Y Bouziane no dejaría pasar la oportunidad…

Karim asiente.

—Consiguió volver al país, vaya usted a saber de qué manera, y se dedicó a rea-vivar un odio que nunca sentí del todo. Me tomé lo del secuestro como una prueba para Lebrón, quería saber si era el hombre que me contó mi madre o el que me enseñó a detestar mi padrastro…

—Y mientras tanto, tomaste contacto con él y fuiste conociéndolo, aunque fuera en la distancia.

—Así es. Decidí no seguir adelante, pero Mustafa ya había enviado la nota de secuestro. No quiero el dinero de mi padre, solo conocer la verdad. Se lo dije a Mustafa, discutimos y me fui de su casa. Llevo siguiéndolo a usted desde ayer, buscando la forma de abordarlo para contarle la verdad y que Lebrón no pague el rescate.

Severo Justo tiene sueño.

Sabe que mañana es hoy y le espera un día muy duro.

Y que muchas vidas dependen de que esté lúcido y despierto.

Pero le enseñaron a cerrar siempre los casos.

—Si quieres, vamos ahora a casa de tu padre, le explico todo y os dais ese abrazo que os debéis desde hace treinta años.

Sonríe como un niño ilusionado, pero luego se frena.

—Creo que debo hacerlo solo. Lo veré mañana. Me da vergüenza haber parti-cipado en este engaño y prefiero que nos encontremos cara a cara, a la luz del día.

¿Me haría el favor de decirle que no pague ningún rescate y que me gustaría conocerlo si es que todavía quiere?

—Querrá. Lo conozco poco, pero querrá.

El chico se marcha en el pequeño coche gris. Justo vuelve al suyo y marca el número de teléfono del arzobispo, que atiende al instante, como si tuviera la mirada fija en la pantalla esperando su llamada.

—Tu hijo está libre. Mañana se pondrá en contacto contigo, podréis veros y te explicará todo.

—Mil gracias, Justo. ¿Cómo está?

—Entero. Pega como una mula, se ve que es cosa de familia.

Severo vuelve a casa de Lorna, hace el recuento de moratones ante el espejo del baño y diferencia los del padre, que ya tienden a desaparecer, de los del hijo, que brotarán mañana.

Sonríe ante su extraña forma de hacer amigos.

Entra al cuarto de puntillas.

Lorna suelta una carcajada desnuda y le dice que parece un crío que llega a deshora de la discoteca, y que si pensaba que ella iba a dormir tranquila mientras él se metía en la boca del lobo.

—No llegué a meterme en la boca del lobo, pero el chico está a salvo.

—Entonces, ven, tontorrón, y métete en mí.

Hacen el amor como siempre, pero parece nuevo.

Severo duerme en calma, casi feliz, y cuando despierta es lunes por la mañana.

Por la tarde puede arder un barrio y una ciudad.

Y él, de pronto, sabe dónde puede encontrar a Roland Roland.

V

LUNES

El barrio es un monstruo, como dice mi socio El Puchy. El barrio te machuca, te trajina, te educa, te empuja, te arrastra, te levanta, te tira en el suelo y te pisotea.

El barrio te hace un hombre o un traste.

Y uno no tiene más remedio que levantar las manos y dejar que el barrio haga su trabajo.

LORENZO LUNAR,

Que en vez de infierno encuentres gloria

48

«Toujours»

El carnicero mira la lista que le ha dado la vieja y suelta un silbido:

—¿Es que se ha montado un restaurante en casa, Amparito?

—Qué va, hijo, lo que pasa es que no puedo ver a la gente comiendo bocadillos, y con tanto guardaespaldas como me ha puesto Severo Justo, tengo el piso lleno de juventud hambrienta. Y eso que ya sabes que yo soy de filete vuelta y vuelta y poco más, pero aunque insisto en invitarlos a un restaurante, dicen que cuanto menos salga de casa, mejor. No veas la que tuve que montar para que me acompa-

ñaran hasta aquí.

—Así que tiene más guardaespaldas que la reina, Amparito.

—Más no sé. Pero más guapos, ni te cuento. —Recorre con la mirada el breve local—. Poca gente veo hoy por aquí, para ser lunes…

—Es que está todo muy revuelto y el personal tiene miedo, hay convocadas no sé cuántas manifestaciones para esta tarde. El asunto acabará mal, acuérdese de lo que le digo.

—Qué va, hombre: la gente es puro blablablá y griterío.

—Ojalá tenga usted razón, Amparito. ¿Y qué me dice del francés ese que ha desaparecido? Su foto sale en la tele y por aquí hay carteles por todas partes… Verá que al final será otra víctima del degollador…

Amparo palidece, parece marearse.

—¿Se siente mal, doña Amparito? —se preocupa el aprendiz.

—Un mareo de nada, chaval. Como olvidé tomar la píldora, igual me he quedado encinta.

Ya es la de siempre, disfrutando de las risas que provoca.

—¿Quiere que el muchacho le lleve el pedido a casa, así no va cargando con todo esto? —ofrece el carnicero.

—Quita, que para eso tengo media docena de maromos esperándome ahí fuera. Ya que les voy a matar el hambre, por lo menos que trabajen.

Cuando se marcha, el ayudante se asoma y vuelve a entrar divertido:

—Parece que fuera la reina de Inglaterra: la van rodeando unos tíos altos como montañas. ¿Tú crees que le pondrán guardaespaldas a cada vieja del barrio?

—Amparito no es cualquiera. Ella siempre fue muy especial.

—Se ve que la conoces.

—Son años, chaval. Aunque, en realidad, quien la conoció bien fue mi abuelo.

Pero cuando lo sonsacaba, el viejo se cerraba como una ostra.

El chico se queda pensativo, mientras el carnicero aprovecha la ausencia de clientes para afilar los cuchillos:

—No sé cómo acabará todo esto. La gente está enfadada y tiene miedo. El barrio lleva semanas lleno de policías, pero siguen apareciendo muertos. Dicen que ayer amaneció otro al lado de la estatua del Cascorro, pero la pasma lo quitó de en medio. ¿Crees que doña Amparito está en peligro?

—Me temo que sí, chaval. —El carnicero afila con cuidado el cuchillo grande, que al rozar rítmicamente con la chaira provoca un sonido agudo y ancestral—. Ya han matado a todas sus amigas y solo queda ella.

El chirrido de metal contra metal eriza los vellos de la mano del aprendiz, que aparta la mirada.

—Tenemos que dejar de vernos así, comisario —bromea Rudolf White mientras saca los hielos de su vaso de Coca-Cola y los tira hacia atrás, sin mirar si caen en otra mesa de la terraza del bar de Tirso de Molina.

—¿Le preocupa su prestigio?

—El suyo. Yo solo tengo mala fama y me encanta fomentarla. Le veo más preocupado, esta mañana. ¿Es por las manifestaciones de la tarde?

Paco Bermúdez duda, resopla y se decide:

—Es información reservada: creemos que el asesino intentará pasar a ligas mayores esta tarde… Ya sabe: dejar el asesinato minorista.

—¿Un atentado? Creía que lo suyo era degollar en plan ritual…

—Pero va a más. Y sigo pensando que la clave es el barrio, pero por más que lo

recorro y lo respiro, hay algo que se me escapa, como con los trileros. ¿Usted se acuerda de los trileros? —Hace el gesto con las manos.

La cara de White/Blanco es magra, de modo que la ancha sonrisa la abarca por completo:

—Claro que me acuerdo. Incluso intenté desplumar turistas en San Francisco, hace años, con el truco de la bolita perdida. Pero tenía tanto mono de caballo que me temblaban las manos y siempre me pillaban.

Bermúdez asiente distraído. Con la mirada recorre los carteles en los

balcones de los edificios que rodean la plaza triangular.

—¿Sabe lo que acabo de descubrir? Que soy gilipollas.

—Si usted lo dice… ¿Por qué?

—Porque llevo días y días viniendo a esta plaza, comparándola con la de mis recuerdos de infancia y mi juventud como policía de calle. Pero en lugar de constatar las diferencias, las integré con mi memoria. Mire allí y allí, por ejemplo: los carteles de los balcones. Algunos permanecen idénticos, como el de la CNT, pero otros han cambiado. Y, sin embargo, seguía viendo los mismos: el de VENÉREAS

donde ahora hay uno de ODONTÓLOGO, el de DERMATÓLOGO, en vez del actual de ESTUDIO JURÍDICO. Sospecho que esa incapacidad para ver lo evidente es la clave de este caso…

Blanco enciende un cigarrillo con el anterior y mira al cielo.

—Puede que tenga razón. Este siempre fue un barrio que oculta otro bajo las apariencias, territorio de pobres que no se querían reconocer como tales, hasta que el siglo XXI lo puso de moda. Las casas siguen siendo modestas, pero sus precios no. Ni siquiera el nombre tiene un origen cierto. Durante décadas se dijo que lo de Lavapiés venía por las sinagogas y las abluciones que debían realizar los creyentes.

Vamos, que el barrio era una judería fuera de las murallas primitivas. Luego se supo que de judería nada, pero todavía hay guías turísticos que repiten el bulo. La otra teoría del origen del nombre me parece más realista y cachonda. Habrá visto que desde aquí las calles bajan abruptamente. Hace cientos de años eran de tierra, claro. Y cuando llovía, se convertían en arroyos torrenciales y caudalosos. De ahí

que quienes vivían en la zona alta se mofaran diciendo que aquí los pobres se acababan lavando los pies aunque no quisieran…

—Cabrones siempre hubo… —Paco sigue recorriendo los balcones de la plaza—. Imagino el barrizal cuando parase la lluvia. La gente tendría que ir mirando dónde pisaba…

—Todavía hoy lo hacemos. Entre los adoquines de las calles, propicios a los tropiezos, los pivotes de las aceras, que como tienen diferentes alturas igual te das en las rodillas que en los cataplines, y los regalos de los perros, aunque ya hay menos, porque los nuevos vecinos llevan su bolsita para recoger las mierdas de sus mascotas, pero nunca falta alguno que se olvida…

El comisario Bermúdez da un salto en la silla, su jarra de cerveza vuela pero la atrapa en el aire:

—¡Eso era! Mirar hacia arriba. ¡Es usted un puto genio, Rodolfo!

Le indica que lo espere allí, llama a Dolores mientras busca un estanco, le cuenta su conclusión y afinan la búsqueda; todo esto mientras compra seis cartones de cigarrillos rubios de la marca que fuma Rudolf White. Mientras vuelve a la mesa, logra hablar con Justo, que parece tener prisa, pero celebra su hallazgo y le dice que están a punto de detener a Roland Roland. Bermúdez ofrece sumarse al grupo, pero su jefe le pide que siga sondeando el barrio, puede que el francés no actúe solo.

Todo esto en menos de cinco minutos.

White lo mira cuando deja a su lado los cartones de tabaco:

—No tiene por qué pagarme, comisario. No soy su informante.

—Pero sé que usted solo trabaja para pagarse el tabaco y calculo que fumará dos paquetes por día, ¿correcto? Así que ahora puede tocarse las narices durante un mes y dedicarse a pensar. Alguien tiene que hacerlo.

Caronte está animado: los muertos le hablan con tantas voces que se mezclan, pero él comienza con paciencia a separarlas. Libitina lo mira con la admiración de antes, pero ahora es más cercana, de igual a igual, *horizontal*, piensa ella, y sonríe:

nunca mejor dicho.

Revisan otra vez a todas las víctimas, van de un cuerpo a otro, por momentos se rozan las manos y se miran embobados, pero sus cerebros funcionan a toda velocidad.

García es feliz. Su corazón sigue latiendo con estruendo, pero en lugar de aca-llar las voces de los muertos, ejerce de caja de resonancia.

—¿Qué te dicen, Caronte?

—Hay dos grupos de víctimas. Y aunque no descarto que tenga un cómplice, puedo asegurar que es el mismo asesino. Meticuloso, puede que ensaye cada movimiento millones de veces, que se haya pasado la vida haciéndolo. Las primeras víctimas fueron sorprendidas, no

esperaban el ataque. La chica francesa tampoco, pero tuvo tiempo de crisparse por la sorpresa: tiene los puños cerrados y los labios abiertos, como si les hubiera quedado a medio pronunciar un nombre entre querido y odiado.

—Roland Roland —murmura Libitina.

—Con respecto a Contín, Del Rosal y Bakkali, me costó localizar el nexo, porque buscaba donde no debía. Contín era fácilmente reducible y tenía bastante alcohol en sangre, pero la señora Del Rosal estaba en forma y está claro que practicaba artes marciales. Y en cuanto a Bakkali, no era un titán, pero tampoco un hombre fácil de manejar. Ahora que me han hablado, puedo asegurar que los tres fueron narcotizados con una mezcla de plantas de la Amazonía peruana, con un efecto similar al cloroformo, pero que en lugar de dormirlos, los habría atontado lo suficiente como para poder manipularlos sin peligro.

—Cuando hablas con esa seguridad me pones a mil…

—Y tú a mí incluso sin hablar, Libitina. Pero antes llama a Dolores y dile que busque en internet compradores de estas plantas que te apunto aquí. No creo que haya demasiados. El tiempo apremia. Estamos ante un asesino ritual que planifica con anticipación cada uno de sus movimientos…

—Es decir, que si tiene pendientes más sacrificios, el próximo ya estará preparado y listo para ejecutarse.

—Eso me temo, diosa mía.

—No me digas esas cosas, que me distraigo, mi barquero favorito.

Severo, Dalia y un grupo de agentes ascienden en silencio por la escalera del edificio de la calle del Calvario. El piso de Claire Valiant es el único de la última planta. Nadie ha vuelto por allí desde que los de la Científica terminaron su trabajo sin hallar nada de relevancia. Por eso nadie ha notado que el precinto policial está roto.

Severo mira hacia sus hombres y uno grande y fornido se dispone a patear la puerta, pero lo detiene con un gesto tajante.

Le pide a su gente que retroceda. Y consulta en voz baja con Dalia:

—Sabes que nunca he vuelto a preguntarte por tu «amiga», la que

viste de negro…

—«Vestía» de negro —miente Dalia a la defensiva—. Y no es mi amiga.

—Vale, te lo compro. Pero quería preguntarte por sus habilidades. Conozco en carne propia las de combate, pero imagino que también se le darían bien las ganzúas y esas cosas…

—De maravilla —sonríe Dalia—, pero aquí no tengo…

Justo saca un manojo de ganzúas de la mochila negra, la misma que anoche llevaba en una misión de rescate que terminó en encuentro.

—No dejas de sorprenderme, jefe.

—Pues anda que tú.

La conversación ha transcurrido entre susurros.

Dalia elige con qué varilla abrirá la cerradura. Justo ordena con un gesto a sus hombres que saquen las armas, pero que no quiten el seguro. La mirada es tan dura que ninguno se atreverá a dejarse llevar por la adrenalina.

Él desenfunda su reglamentaria, la oculta con el cuerpo y sí que quita el seguro.

Alguien tiene que dar una respuesta rápida si ese muchacho es tan letal como teme.

Los ruidos que hace Dalia son apenas perceptibles, pero a todos les resuenan

como un tambor dentro de una catedral.

Un pequeño «clic» final indica que el cerrojo ha cedido.

Justo envía a su gente detrás y gira lentamente el picaporte. Cada vez que ha tenido que hacer algo así, ha temido el disparo a través de la puerta, a veces incluso lo ha deseado. Pero ahora no, *ahora me queda muy poco tiempo para cumplir pocas misiones*.

Abre la puerta con suavidad y entra en el apartamento con el arma por delante.

Apenas presta atención a la silueta trazada sobre el suelo porque

sentado a la mesa de estudio de la muchacha, de espaldas a la puerta, hay un hombre joven y rubio.

—Roland Roland, levante las manos lentamente… —ordena Justo.

Pero Roland Roland no obedece.

Severo apunta al hombro derecho del muchacho y vuelve a repetir:

—Levante las manos, sin movimientos bruscos. Ahora.

La cabeza del joven se inclina, su respiración es agitada.

Cae hacia un costado y se desliza de la silla, hasta quedar tendido junto a la silueta de Claire en el suelo. Tiene dos cortes profundos en las muñecas y de reojo, Severo ve en el suelo la cacerola en que ha vertido su propia sangre y un cúter con la punta enrojecida.

Dalia le toma el pulso y dice que está vivo, pero no por mucho tiempo.

Alguien llama a la ambulancia.

Severo Justo tiene la vista fija en los dos cuerpos sobre el suelo, el ausente de ella y el reciente de él.

Sobre sus cabezas, un corazón dibujado con sangre fresca, y dentro, las iniciales «C» y «R».

Debajo, con letra temblorosa, se lee la palabra «toujours».

Dolores ha sido implacable y un Frontela reconciliado con su abuela no ha podido desautorizar sus órdenes cuando envió a casa a la mayoría del personal del centro de datos de la Castellana.

—Aquí ya no pueden hacer más, toda la información está clasificada, cada

personaje de esta historia tiene su propia madeja y yo necesito hilos de los que tirar. Tampoco me sirves de nada tú aquí. Vete a la calle, recorre los escenarios de los crímenes, encuentra algo que me sirva para saber dónde buscar, que yo aquí con mis tres minifrikis me basto y me sobro para el trabajo. Llévate a Beatriz, que dos cabezas piensan más que una. ¡Y desayunad bien, que tenemos por delante un día muy largo!

Ambos, sin saber por qué, se cuadraron y salieron a cumplir las

órdenes. Mientras desayunaban, Frontela propuso ir del escenario más reciente y retroceder hasta el primero. Descartó los crímenes del domingo, porque estuvo en ambos escenarios y los tiene frescos en la memoria.

Así que han empezado por el piso de Almudena Rodas, en la calle de Jesús y María. Bastó una llamada al Súper para que alguien les llevara las llaves al bar.

Cuando entran al lugar, Gutiérrez, que suele ser seria y diligente, necesita bromear para espantar la presencia de la muerte:

—Supongo que después de lo que ha pasado aquí, el alquiler será más barato, voy a preguntar.

—No seas insensible, Gutiérrez. Aquí mismo, hace cuatro días, le arrancaron el corazón a esa señora…

—Tiene que haber sido descorazonador.

Jorge intenta reprenderla, pero se tienta y ambos sueltan la risa.

En ese momento, el único sonido de fondo en el piso, el motor de la nevera, se detiene. Comprueban que se ha ido la luz, pero solo allí, porque la lamparilla del descansillo funciona.

—Da igual, con la luz que entra por la ventana nos alcanza —dice Frontela—.

Esta mujer era la amiga más próxima a Amparo Castro desde que eran adoles-centes. Una historia que les marcó la vida tiene que haber dejado huellas. Bus-quemos por todas partes, en los sitios más absurdos.

Y siguiendo esas instrucciones, mientras Jorge revuelve en los libros, Beatriz busca en las alacenas de la cocina y abre la nevera.

—Joder. Ven un momento, inspector.

Frontela también se asombra ante el abigarrado encastre de envases de plástico que llena todo el espacio de la nevera.

—Hay comida como para pasar meses sin salir de casa…

—Que se echará a perder si no vuelve la luz —apunta Gutiérrez—. Y lo de allí es un arcón congelador de los grandes. ¿Qué te apuestas a que también está lleno de comida? —Lo abre y grita—: ¡Bingo!

—No es asunto nuestro, Gutiérrez. Tenemos que seguir buscando.

—¿Y dejar que todo esto se pudra mientras hay gente que pasa hambre? Si quieres sancionarme, hazlo, inspector. Pero yo vaciaré estas neveras en un pispás y me llevo el contenido al comedor social que hay cerca de la plaza de Tirso…

Y comienza a vaciar la nevera, revisando cada táper.

—Venga, te echo una mano y acabamos antes —resopla Frontela, aunque está encantado con el carácter de la muchacha. Abre el arcón de congelados y va sacan-do envases herméticos de plástico. Cada uno tiene una etiqueta en la tapa que anuncia el contenido y las raciones. Lo de la nevera está organizado del mismo modo—. ¡Cocido casero, dos raciones! —canta el inspector.

—¡Marchando una de alubias con jamón! —responde Beatriz.

—Veo y apuesto dos de carrilleras con patatas.

—Subo a cuatro de langostinos crudos congelados.

Ríen y celebran una corriente de confianza que hasta ahora habían contenido.

Se miran un momento y se mirarían todo el tiempo. Jorge pide:

—Venga, Beatriz, aceleremos con esto, que tenemos que pillar a un asesino en serie. —Se ruboriza cuando agrega, en voz más baja—: Y si este «operativo nevera» te ha abierto el apetito, esta noche te invito a cenar…

—Encantada.

Beatriz también se sonroja y para ocultarlo se zambulle en la nevera y sigue apilando recipientes de plástico. Cuando llega al fondo, saca uno igual a los demás, lee la etiqueta y grita:

—¡Joder, Frontela, mira esto!

Le alcanza el táper en cuya tapa se lee:

Cocina Francesa de Posguerra.

Lo abre y dentro hay otro recipiente y dentro otro. Al abrir el último

no encuentra una ración de *cassoulet*, sino un pequeño libro con tapas de piel.

Un diario.

Severo Justo ha improvisado un cuartel general en el piso de Claire Valiant.

Bajar hasta la ambulancia a un Roland Roland agonizante resultó menos llamativo de lo que esperaban, porque no hay gente en las calles y los postigos de los balcones permanecen cerrados. Dos suboficiales de confianza viajan con el sospechoso, atentos a cada palabra del joven francés, que morirá pronto sin saber si tuvo dos nombres o dos apellidos, pero quizás revele, antes de irse, la naturaleza del último crimen ritual que ha dejado organizado.

Justo, Dalia, Bermúdez y el Súper pasean por el pequeño salón, Dolores está al teléfono desde el Centro de Datos, Caronte hace lo mismo desde su morgue y Frontela anunció por WhatsApp que en unos minutos se unirá, porque está confir-mando una pista que puede ser reveladora.

—¿Descartamos la posibilidad de que todo haya acabado con el suicidio de Roland? —pregunta el Súper sin creérselo del todo—. Quizás se sintió acorralado y decidió quitarse la vida antes de ser atrapado…

—Ojalá tengas razón, Pablo —responde Dalia—. Pero no lo creo. Hasta donde sabemos, su venganza era contra un grupo de chicas que hoy son bisabuelas y contra el barrio que fue escenario de la muerte de su antepasado. Le falta acabar con la jefa de esas niñatas de entonces, Amparo Castro. Y en cuanto al barrio, ha conseguido convertirlo en un polvorín, pero aún no ha explotado. No creo que abandonara. Puede que el intento de suicidio sea la forma de hacer que bajemos la guardia…

—¡Como los trileros! —grita Bermúdez.

—Algo así —apoya Justo—. Además, aunque Caronte garantiza que es un solo asesino el que ejecuta a las víctimas, no podemos descartar que tenga un cómplice… ¿Qué opinas, Dolores?

—Que la pista de Bermúdez nos puede ayudar si hallamos los datos a tiempo

—dice la anciana desde el teléfono—. Para ser un madero, has

demostrado tener cerebro, Paquito.

Bermúdez lo toma como un cumplido porque lo es.

—Debí pensarlo antes. ¿Cómo podía actuar el asesino con tanta libertad si teníamos vigilado cada adoquín de las calles? Alguien me hizo ver el error: solo mirábamos para abajo y olvidamos mirar hacia arriba, al mar de tejados irregulares que une el barrio…

—Mis chicos están buscando entre las personas relacionadas al caso un pasado de gimnasta, escalada y todo lo que tenga que ver con la capacidad de surfear en ese mar de tejas que dice Paco.

—Gracias, Dolores. Yo he preguntado lo mismo sobre Roland al amigo Rutés y estoy esperando su respuesta.

—Y yo corto, que me está llamando Do y parece que encontró algo. Si es de utilidad, vuelvo a llamar enseguida.

El ánimo decae y Justo alienta a su gente:

—No podemos relajarnos. En un rato, las manifestaciones llegarán a la plaza, y si dejó un atentado previsto o un cómplice que lo ejecute, tenemos que evitarlo.

¿Los tédax han hallado algo, Pablo?

—Ni rastro de explosivos. También los puede arrojar desde algún tejado, eso limita las posibilidades de prevención. Sin embargo, tengo gente en los tejados de los edificios que rodean la plaza… Pero puede atacar desde cualquiera de las calles que convergen y hacer una matanza.

—Estoy casi segura de que también intentará acabar con Amparo, aunque no imagino cómo —apunta Dalia.

Paco resopla tras leer un mensaje en su móvil:

—Pues se lo pondrá fácil. Según los que la custodian, está empeñada en ir a la manifestación.

—¡Pero es una locura! —estalla Justo—. Iré a hablar con ella.

Su teléfono resuena y es Rutés, desde Toulouse. Justo escucha y otra llamada

entrante, de Frontela, se anuncia en la pantalla, pero cesa mientras

escucha a su colega francés.

Ahora toca el turno del móvil de Dalia, que atiende y dice: «Es Frontela», y una llamada entrante de Dolores pide paso en el teléfono de Justo, que la rechaza y pide:

—Un segundo, Rutés. —Mira a Bermúdez—: Llama a Dolores.

Y sigue escuchando al francés con la boca abierta de asombro.

Él, Dalia y Paco forman un triángulo, cada uno con su teléfono al oído y haciendo gestos que indican la importancia de la información recibida.

—Gracias, Rutés —se despide Justo—. Sí, que te folle un pez también a ti, amigo.

Y cuelga casi al mismo tiempo que los demás.

Antes de que puedan hablar, suena el teléfono del Súper.

Atiende, escucha y su expresión es tan seria que los demás aguardan expectantes.

—Roland Roland ha muerto antes de llegar al hospital —declara.

—¿Sabemos si dijo algo antes de morir? —pregunta Dalia.

—Sí. Dijo «merde», pero no creo que fuera una pista.

Cuando calla la diosa

La asistencia a las diferentes manifestaciones ha superado incluso las previ-siones más optimistas de los respectivos organizadores. Cada una ha partido de un punto diferente de la ciudad con rumbo a la zona de Tirso de Molina, desde donde bajarán por diferentes calles a la plaza. Los comercios están cerrados y los que no tienen persiana metálica han tapiado sus cristales con paneles de madera.

Incluso las manifestaciones organizadas por sectores del barrio han salido de Lavapiés para que su protesta se vea en el resto de la ciudad, y ahora regresan, sin incidentes por el momento.

Como informa Lorna Durán, que ha cambiado el plató por la calle para informar desde cerca: «Hasta ahora todo sigue en paz, pero es una paz crispada, que cualquier incidente podría romper en mil pedazos».

Cada columna porta sus propias banderas y carteles con grandes fotos de las caras de las víctimas que reclaman como propias.

La manifestación de los simpatizantes del partido de Pardo del Rosal es la que más fotos lleva: todas, a excepción de la de Ahmed Alí Bakkali.

El cartel de Ricardo Contín se improvisó en el último momento con una fotografía de hace más de veinte años.

Llama la atención la imagen con el rostro de Roland Roland, a quien consideran otra víctima del asesino de Lavapiés, y no un desaparecido como afirman las versiones oficiales.

En todas y cada una de las marchas, se repiten las pancartas con un lema común, que cada cual corea con ritmos diferentes:

Madrid nos mata

—Sigo pensando que es una temeridad, señora Castro.

—Cómo se nota que has sido cura, Severo Justo… Ni siquiera yo, que tengo

más años que el hambre, usaría la palabra «temeridad». Y no hay nada

que discutir. ¿Tú crees que Stop Buitres éramos solo media docena de viejas? Es todo un movimiento y yo soy la fundadora, tengo que marchar con la columna… Además,

¿no dices que el pobre nieto de Roland Roland se ha suicidado y a las otras víctimas las asesinó por encargo de los de LocusVivus y ese desalmado de Telmo Ordóñez? ¡Ya no hay peligro y estábamos en lo cierto!… Tengo que celebrarlo con mi gente.

Severo Justo hace un último intento:

—No sabemos si Roland actuaba solo, Amparo. Si tenía un socio, usted será su objetivo prioritario, y dejarla ir a la manifestación sería lo mismo que usarla como cebo…

—¡Pues te doy permiso, es más: te ordeno usarme como carnada!

El policía se da por vencido:

—Con dos condiciones: se pondrá usted un chaleco antibalas…

—¿Y estropear mi figura para una vez que salgo y puedo ligar?

—Esto es serio, Amparo. Sin chaleco no sale.

—Es de los modernos y no abulta demasiado. —Dalia le muestra el chaleco—.

Pesa menos de dos kilos y también protege contra cuchilladas…

Amparito cede:

—Vale. Pero te estás cargando mis posibilidades de hallar pretendiente. ¿Cuál es la otra condición?

—Nosotros vamos con usted —dice Justo.

—¿Y me quitas a mis ángeles de la guarda cachas después de que les he dado de comer?

—Vienen también con nosotros.

—Me sigue pareciendo una exageración, pero acepto. Ya debe de estar bajando la manifestación y no me la pienso perder. Date la vuelta, que me tengo que des-nudar para ponerme el chaleco y nunca me he fiado de los curas, ni siquiera de los retirados.

El comisario Bermúdez ha trepado la calle del Olivar, aunque podría haber subido por cualquiera de las cuatro que ya se van atestando de gente y pancartas.

Más que ver a la multitud, Paco la intuye por los cánticos, porque su mirada va de un tejado a otro, desde cualquiera puede venir el peligro, y aunque suele confiar en Severo Justo, más confía en su instinto de precoz cazador de trileros. Con tantos años de servicio, sabe que el riesgo siempre está al acecho, *y no hace falta un asesino genial para matarte, puede ser un yonqui tardío o reciente, con menos de media hostia pero una navaja inesperada y síndrome de abstinencia, un ejecutivo encocado hasta las pestañas al volante de un coche de lujo, un viejo facha con un arma oxidada, o un facha nuevo con una pipa impresa en 3D; la muerte es mi otra mujer, la mujer de todos, y yo lo que quiero es volver esta noche con la mía, a la que no sé si esta mañana al irme le dije todo lo que me importa y a lo peor esta noche no puedo*.

Y el comisario Bermúdez, el último de los hostiócratas, saca el teléfono móvil, le da a la tecla «1» de marcado rápido y cuando atiende su mujer, extrañada porque casi nunca llama cuando está de servicio, le dice:

—Eres lo mejor de mi vida, Ana. Siempre. Toda.

Y cuelga, avergonzado del miedo, pero no del sentimiento.

Se golpea en la rodilla izquierda con un pivote de la acera y mientras encadena una sucesión de insultos que harían las delicias del comisario Rutés, mira hacia abajo.

Luego mira hacia arriba.

Y otra vez hacia abajo.

Y comprende.

Marca el número de Severo Justo.

Pero está apagado.

Amparo se ha puesto de punta en blanco:

—Venga, vamos, Justo. Y si esto termina pronto, me llevas a bailar. Tú también puedes venir, doctora Fierro, pero el más guapo es para mí, Los guardaespaldas, habituados a su humor, ríen. Ella se extraña:

—¿Por qué subimos, si tenemos que bajar?

—Para buscar a su nieto. También puede ser objetivo de la venganza.

—Martín ya habrá bajado para pillarme sitio.

—Mejor estar seguros. Llame usted, para que no se alarme.

Amparito golpea la puerta y dice:

—Abre, Martín. Vengo con Severo Justo, vamos a la manifestación.

Abre la puerta el nieto, desgarbado, cabezón y alarmado:

—¿Estás bien, yaya?

—Como una rosa. Venga, que se nos hace tarde.

—¿Ha cerrado las ventanas? —Justo se dirige a Martín—. El asesino es un acróbata y no quiero que se encuentre una sorpresa al volver.

Mientras habla cruza el breve salón del piso y revisa las ventanas mientras el muchacho, grotesco dentro del chaquetón que le queda grande, como todas las prendas, lo observa pasmado.

—Están bien cerradas —dice Justo—. ¿A qué huele?

—A gardenias —dice Dalia.

Una voz de mujer resuena en la casa. Parece venir de todas partes:

—«Un, dos, tres, probando.»

—¡Es la diosa! —exclama el muchacho, y su rostro se ilumina.

—¡Es una trampa! —grita Amparo mientras busca la puerta, pero uno de sus custodios le corta el paso.

—¿Qué deseas, diosa? —pregunta Martín mirando al techo.

—¿Te habla desde que eras pequeño? —dice Dalia con suavidad.

—Desde siempre.

—Salvo cuando te mandó a cumplir la primera misión: llegar a ser el alumno más aventajado del Cirque du Soleil…

—Pero cuando volvía a Madrid, me hablaba de nuevo.

Amparito estalla:

—¡Te toman el pelo! ¿No te das cuenta de que no es la misma voz?

—¿Y tú cómo sabes que no suena igual? ¿Acaso la diosa te habla?

—La diosa no existe, Martín —explica Dalia—. Era tu abuela, que te hablaba mientras dormías cuando eras niño, y luego hizo instalar en tu casa altavoces ocultos y micrófonos, para seguir manipulándote…

—¡No es verdad! ¿No la oyes, no acabas de escucharla?

—«Soy la inspectora auxiliar Beatriz Gutiérrez.» —La voz cambia a un tono coloquial y compasivo—. «Lo siento, Martín.»

El muchacho, desesperado, se rasca la cabeza y se queda con la peluca en la mano. Su calva reluce.

Retrocede hacia la ventana. Con agilidad inesperada, saca una pistola del bolsillo del chaquetón.

Es antigua pero brilla como una nueva. Apunta en abanico a todos.

—¡Que nadie se mueva! —gritan Martín y Justo a la vez.

Con la mano libre, el muchacho se abre el chaquetón y lo deja caer.

El chico que parecía torpe y enclenque tiene un cuerpo fibroso y elástico. Sobre la piel desnuda lleva un chaleco del que cuelgan, unidas, doce granadas deslum-brantes y mortales.

—Son granadas defensivas de piña F18 de cuarenta segmentos, de la época de la Guerra Civil —informa Frontela, que también sabe de eso.

—A mí me parecen bastante ofensivas —dice Dalia.

—Buscábamos una bomba y la bomba es él —murmura Justo.

—¡Quiero la verdad! —exige Martín, sujetando una arandela al final de un alambre que la une al chaleco explosivo.

Los mira, uno por uno, a los ojos y se detiene en Justo:

—Usted. No me mienta.

—No lo haré. Hace más de setenta años, tu abuela se encaprichó de un profesor francés con el que tuvo amoríos, pero él se enamoró de Luisa,

otra chica de su grupo. Tu abuela los mató a los dos, aunque nos hizo creer que el profesor fue víctima de matones fascistas y Luisa huyó embarazada a Francia para tener su bebé.

—¡Eso no lo puedes demostrar! —interrumpe Amparo.

—Hace una hora, policías disfrazados de albañiles han cavado en el patio de su vieja casa de la calle de Sombrerería, Amparo. Hallaron dos esqueletos y no costará identificarlos. Por cierto: sabemos que el nombre del profesor francés no era Roland Roland. —Mira al joven—. Tú habrás jugado en ese patio de niño, Martín. Sobre esos muertos. ¿Recuerdas a Almudena, la amiga de tu abuela que la diosa te ordenó matar? Llevaba un diario detallado de todo. Por eso supimos lo de los altavoces en tu casa. Era su cómplice, pero no sospechó lo que le esperaba.

—¿Por qué mentirme toda la vida? —Martín solloza sin soltar la pistola ni la arandela mortal.

—¿Y por qué no? —Ya no es Amparito la que habla, sino una mujer brutal y sin edad—. Si tenía que cargar con un nieto medio idiota tras la muerte de tus padres, por lo menos que me sirvieras para algo…

—A propósito. —Justo sigue mirando a Martín—. Hemos reabierto la investigación sobre la muerte de tus padres por un escape de gas, no me extrañaría que también haya sido cosa de tu abuela.

Amparo ríe:

—Ya da igual admitirlo…, este bobo nos hará volar a todos por los aires. Tuve que vivir en este puto barrio con el palurdo de mi marido, que se murió joven antes de que me lo cargara, mientras la tonta de mi hija era feliz, casada con un arquitecto guapo y con dinero, viviendo a todo tren en su chalé… Pero cuando ella me dijo que estaba embarazada otra vez…

El disparo retumba en toda la casa pero nadie se mueve, salvo Amparo, a quien le nace una flor de sangre en el cuello y cae.

Martín sostiene con firmeza el arma recién disparada, la mirada perdida, pero en sus movimientos la precisión del elegido de la diosa.

—El barrio es un animal enfermo que le duele a la ciudad, la ciudad es la diosa y necesita sacrificios. Solo su voluntad importa…

Detrás de él, al otro lado de la ventana, asoma agachada la figura de

Paco Bermúdez sobre el tejado.

Martín reza una oración delirante que mezcla idiomas y religiones, cuya

cadencia anuncia un *crescendo* final tras el que tirará de la arandela.

Bermúdez se dispone a saltar. Martín se acerca al final:

—… es solo el umbral de una vida nueva, viviremos hoy, viviremos otra vez, de muchas formas retornaremos. Poderosa Santa Muerte, asísteme, ampárame, protégeme y concédeme lo que te pido… Amén.

Paco salta contra el cristal, que no se rompe y cae hacia atrás.

El sonido distrae a Martín, que gira la cabeza un instante, al tiempo que Frontela salta hacia la mano armada y Dalia frena la que tira de la arandela. Martín cae hacia atrás con ambos encima y grita:

—¿Habéis visto? ¡Era la diosa que vino a mi ventana!

—¡Ayuda para inmovilizarlo, que está fuerte, el cabrón! —pide Dalia.

Entre varios policías le sostienen los brazos alejados del cuerpo.

La doctora Fierro mira a Martín con profunda compasión:

—Solo eres una víctima más en este drama, pobrecillo…

Y le da un golpe con el codo en el mentón que lo desmaya.

Alguien ha abierto la ventana y por ella entra un maltrecho Bermúdez, con la ropa sucia de polvo y despeinado.

Varios de los presentes aplauden y Justo le da un abrazo.

Entre las voces se cuela la de una Amparo agonizante y se hace silencio a tiempo para escuchar con nitidez sus últimas palabras:

—Que os den a todos por cu…

La noticia de la detención del asesino de Lavapiés y el rumor de un artefacto explosivo en la plaza, diseminados en las redes por Dolores y sus pequeños Do, Re y Mi, han logrado que las manifestaciones se frenen a unos cientos de metros y retrocedan con ligereza, evitando cualquier enfrentamiento.

Con la indiferencia de los lugares que han visto demasiado, Lavapiés recupera con perezosa velocidad su anormal anormalidad y lo demuestra en sus bares, que se abren con aire festivo.

En el Tapas y Fotos, la Brigada de los Apóstoles disfruta de una pausa antes de

emprender las tareas rutinarias que implica un caso tan complejo. A ese grupo reducido se ha incorporado, por derecho propio, Beatriz Gutiérrez. Faltan con aviso Caronte y Libitina, impacientes por proceder a la autopsia de Amparo Castro.

En cuanto a Dolores, viene de camino tras celebrar brevemente con sus *minihackers*, «que estos son de infusión y descafeinado, pero yo necesito un buen copazo».

—No entiendo por qué montaste esa escena, Justo.

—Porque soy imbécil, Paco. Quise enfrentarlos para que confesaran dónde estaba el artefacto explosivo y no caí en que el artefacto era él… Menos mal que tú sí que lo pensaste.

—Pura casualidad. Iba mirando hacia arriba, me di en la rodilla con un jodido pivote y pensé que antes fallamos por mirar solo hacia abajo…

—¡Y nos rescataste con el vuelo del moscardón, hermano! —celebra el Súper—. ¡Un brindis por el comisario Bermúdez!

Cuando el camarero sirve las copas, Paco se disculpa:

—Perdona por el jaleo, es que estamos de celebración, Miguel.

—Usted puede llamarme Alfonso, si quiere.

Brindan y Dalia lamenta:

—Qué pena que fuera mentira lo que le contaste a Amparo de la vinculación en los crímenes de Telmo Ordóñez y su *holding* de buitres…

—Mentira a medias. Lo hice para que no sospechara que la habíamos descubierto, pero en el despacho de Pardo del Rosal hallaron un dosier comprometedor sobre los negocios de Ordóñez, que incluyen financiación en el tráfico de drogas, así que su grupo tiene los días contados.

Dolores, que acaba de llegar, pide un brindis por Frontela y por Bea, que encontraron el diario que fue la llave para descifrar el caso.

Y brindan.

—Lo que no sé es por qué hizo todo esto Amparito —pregunta el Súper—.

Además de la casa de Sombrerete, era dueña del piso donde vivía y de otros seis más…

—… sin contar los de las mujeres asesinadas, que compró mediante empresas testaferro… Incluido el de su amiga Almudena —agrega Dolores.

—A eso me refiero: volvió loco a su único heredero y ella tenía casi noventa años… ¿Para qué quería tantos pisos que se iban a desvalorizar por los crímenes que ella misma fomentaba?

—Por lo mismo que mató al profesor francés: para que no los tenga nadie más

—dice Dalia—. Amparo no era capaz de querer nada: solo sabía odiar.

—Pero menuda trilera, la vieja. —Paco enciende un cigarrillo—. La jugada de Roland Roland fue magistral. Conoce a la francesita en la carnicería, le da palique y se entera de que tiene un exnovio pesado que está a punto de venir. Hace que el nieto se la cargue con la movida de la diosa y con los datos de su ordenador monta la distracción que nos tuvo mirando hacia otro lado.

—Pero esa misma distracción la señaló cuando Rutés me dijo que el abuelo de Roland Roland sigue vivo en Toulouse y jamás estuvo en España, porque en esos años cumplía condena por robo a mano armada.

En cuanto acaba la frase, suena el teléfono de Justo.

Es Lorna, y se aparta para decirle las ganas que tiene de verla.

—¿Solo de verme? Me temo que estoy perdiendo atractivos —bromea ella aliviada—. Te espero en casa, y cuando vengas salimos a festejar o nos festejamos sin testigos. Y dile a Dolores que *chapeau*: solo ella puede haber desmovilizado a toda esa gente con cuatro ordenadores.

La sonrisa de Justo dura cuando acaba la llamada y se mantiene

cuando atiende sin mirar, convencido de que es ella otra vez.

Pero no es Lorna, sino Lebrón.

—Ahora piden quince millones y que los entregue yo en persona, Justo. Le han dado a Karim una paliza de muerte. Te mando las fotos que me han enviado. ¿Qué debo hacer?

—¿A qué estás dispuesto?

—A lo que haga falta.

—Ponte ropa cómoda y espera mi llamada. Vamos a salvar a tu hijo.

Cuando cuelga, su mente completa la frase: *o a morir en el intento*.

50

Como en las putas películas

Insistieron en acompañarlo sin saber adónde. Pero Justo fue inflexible:

—Necesito de vuestra ayuda, pero es voluntaria, puede que ilegal y solo si ha-céis lo que os pido. Y no, Dalia: no tiene que ver con Avellaneda. Por cierto, si me ocurriera algo, no pares hasta encerrar a ese cabrón.

Y les explicó su plan, que es apenas un esbozo de emergencia.

Mientras buscaba la salida de Lavapiés, envió el primer mensaje.

Había recuperado el coche del parking cuando recibió la respuesta.

Copió el texto y se lo reenvió a Frontela.

Luego llamó al arzobispo y le dio instrucciones.

Camino de la casa de Lebrón cometió una infracción grave al llamar por su telé-

fono sin usar el manos libres y le dijo a Lorna que quizás llegaría más tarde de lo previsto. Ella, atenta a la solemnidad de su voz, quiso saber cuánto más tarde y él intentó aportar tranquilidad diciendo que quizás no mucho. Pero lo que alarmó a la periodista fue que Severo, antes de cortar la llamada, le dijo «te quiero».

Ahora frena en la puerta de la casa de un Juan Lebrón al que el pantalón vaquero negro y el jersey del mismo color le dan aspecto de cura o de espía de pe-lícula setentera.

Trae, como le indicó Justo, un bolso de viaje de tamaño mediano.

—¿Lo has llenado de libros, como te dije?

—También metí el dinero que había en casa, unos quince mil euros…

—Calderilla, como suele decirse.

—Y todas las joyas de Paloma, dice que valdrán unos ciento cincuenta mil.

Justo aparca en una calle tranquila:

—Bouziane no solo quiere tu dinero, quiere destruirte. Te odia porque amaba a Charo y ella no te olvidó. Y odia a tu hijo por parecerse a ambos.

—¡El pobre Karim! ¿Has visto cómo lo dejaron?

Justo recuerda las fotos y se estremece.

No solo por la paliza brutal que le han dado, es el miedo en los ojos del muchacho lo que lo preocupa.

—Aunque le pagues los quince millones y tires tu futuro por el retrete, no te lo devolverá. Quiere que sufras. Por eso, aunque mi plan puede tener más agujeros que un colador, es lo único que nos queda. ¿Lo comprendes?

Lebrón asiente y ensayan durante un rato la llamada que debe hacer.

Cuando Justo se da por satisfecho, le dicta el número que le llegó por mensaje de texto.

Juan marca y, cuando lo atienden, habla:

—Ponme con Mustafa. A ti te da igual quién soy; si no me lo pasas te vas a arrepentir. —Espera unos segundos—. ¿Bouziane? Sí, soy Juan Lebrón. No te importa cómo conseguí este número. ¿Qué harás, idiota, cambiar de compañía? Sí: a ti te llamo «idiota» y te llamaré «cobarde» en todo el viejo barrio, porque te escu-das detrás de un muchacho en lugar de enfrentarme como un hombre. ¿Quieres mi dinero? ¿Me quieres a mí? Pues nos vemos en una hora en la explanada frente al

club social. Tú y yo. Sin armas. ¿O todavía me tienes miedo después de treinta años? No, no llevaré a la policía. Me acompañará un amigo y no importa en qué trabaja. Si quieres, trae a uno de tus matones. Si me ganas, te quedas el dinero y me matas. Si te gano, sueltas a mi hijo y quizás te perdone la vida, pero no te aseguro nada.

Y cuelga. Severo Justo lo mira fijamente:

—¿Lo hice bien? —quiere saber Lebrón.

—Hasta yo me lo creí.

—Es que hablaba en serio.

Justo hace una llamada a Dolores, pero no hay nada concluyente.

—Si Bouziane fuera listo, estaría saliendo de Madrid tras quemar ese móvil y cambiar a Karim de escondrijo. Pero perdería los quince millones…

—… y el honor. No lo traté mucho, hace años, pero creo que has acertado al prevenir sus acciones. Acudirá al desafío…

—Hará trampa. No creo que venga con un solo hombre y desarmado.

—Lo doy por hecho, Justo. Llevo en el bolso mi Walther Q4 SF y cuatro carga-dores de quince balas cada uno.

—¿Tú dónde hiciste el seminario, en el Mossad?

—Cuando era niño, mi padre quería que fuera cazador, como él, y la forma de contentarlo fue hacer tiro de competición. No se me daba mal.

—Yo llevo la S&W 380 en la tobillera y la Ruger LCP 9 mm corto en su funda detrás del cuello. Viene bien si te sorprenden y te hacen poner las manos en la nuca. Saqué la idea de un libro.

—Es que leyendo se aprende, siempre lo he dicho.

La ciudad va perdiendo su arrogancia de capital y falta poco para llegar al barrio que hace años fue un enjambre de chabolas.

—¿Crees que funcionará, Justo?

—De una forma u otra. Y la mayoría de esas formas no son buenas para nosotros dos. Pero sí para Karim.

—Me alcanza con eso.

—Bouziane no se arriesgará a venir solo, por lo que tendrá que dividir a sus hombres, que como lleva poco tiempo de vuelta en España, no serán demasiados.

Eso facilitará la tarea del grupo que irá a rescatar a tu hijo tras localizar su móvil por tu llamada…

—Si está en el mismo sitio en el que estaba Bouziane cuando llamé.

Suena un mensaje en el móvil de Justo. Lo lee y dice:

—Está.

—¿Cómo conseguiste esa información y el teléfono?

—Secreto de confesión —responde Justo.

Entran en el viejo barrio rodando despacio. Han llegado veinte minutos antes de la hora para no dar tiempo a que Bouziane les prepare una emboscada, pero está claro que ya se ha corrido la voz del desafío.

Las calles están desiertas y los postigos de las ventanas, cerrados.

Severo y Lebrón bajan del coche y el arzobispo deja el bolso de viaje entrea-bierto y sobre el capó, bien a la vista.

—No tenías por qué jugártela por un tipo que acabas de conocer, Justo.

—Tampoco es que yo conozca mucha gente, Juan.

Sacan tabaco y fuman.

Lebrón está nervioso pero sonríe:

—¿Te das cuenta de que somos lo menos deconstruido que se pueda imaginar? Dos hombres solos, al filo de los cincuenta… esperando a un montón de delincuentes, porque sabes que serán muchos, fumando y haciendo bromas, como en las putas películas.

—Los arzobispos que dicen tacos no van al cielo, Juan. Y a veces, muy pocas veces, la vida se parece a las putas películas.

Justo recuerda algo y saca del bolsillo del vaquero un objeto metálico

dorado y se lo prende en el pecho.

Lebrón ve que es una estrella de *sheriff*, pero no dice nada.

Un coche blanco con los cristales renegridos llega desde el otro extremo y se detiene a cincuenta metros.

Se abre la puerta del conductor y baja Mustafa Bouziane.

Del lado del acompañante desciende un hombre muy alto y de espaldas anchas, y de la parte trasera, otros cuatro secuaces que, en comparación, parecen pequeños. No llevan armas a la vista.

—Igual solo han venido a alentar a su jefe, en plan animadoras.

—Sabes que no, Justo. Pero mientras sean solo seis, tenemos una chance. Y si te avisan que han rescatado a mi hijo…

—… pillamos el coche y huimos cual gacelas, ya lo he pensado. Y me temo que eres más bueno en religión que en matemáticas. Mira.

Otro coche se sitúa a la par del blanco y bajan cinco hombres más.

Un nuevo vehículo llega, pero ahora por detrás.

Justo lo mira y maldice:

—Cabrones…

Lebrón mete la mano en el bolso pero el policía lo detiene.

—¿Cómo me habéis seguido?

—Te puse en el coche un aparato que me dio Dolores —dice Dalia.

Bermúdez y el Súper vienen con ella.

—Seguimos siendo cinco contra once, amigos.

—Quince —corrige Lebrón—. Ha llegado otro coche. Gracias por venir, doctora, comisarios. Lamento conoceros en estas circunstancias…

—Avanzan —avisa Justo.

El grupo de Bouziane recorre unos quince metros.

El de Lebrón otros tantos. Se detienen.

—No tienes palabra, Mustafa. Nunca la tuviste.

—Y tú no entiendes este mundo, señor cura. Lo que importa es quién gana. Y

seré yo. —Señala con el brazo el barrio, las luces apagadas, las cortinas cerradas—. ¿Dónde está ahora esa gente en la que creías cuando éramos jóvenes, Le-brón?

—Aquí —dice una voz curiosamente amable.

De las sombras sale el cura Yung Park y se suma al grupo de Justo.

Otros hombres lo siguen.

Ya hay la misma cantidad de siluetas de un bando y del otro.

—Como en las putas películas —dice Justo, y solo Lebrón lo escucha.

—Este barrio no te quiere ni te teme, Bouziane —grita Park—. Vete en paz, pero vete.

Han perdido la superioridad numérica, pero son delincuentes curtidos.

Esperan una orden para atacar.

Suena el teléfono de Justo. Atiende, escucha y cuelga.

—Karim está a salvo —dice en voz baja.

—¿Frontela lo ha rescatado? —quiere saber Dalia.

—No. Pero está a salvo. Es decir, que podemos marcharnos ahora, mientras ellos dudan. Eso o…

—¿O qué? —pregunta Bermúdez.

El candidato a suceder al Papa y el jefe de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales sonríen como dos críos traviesos y gritan a la vez:

—¡O hacemos como en las putas películas!

Y echan a correr hacia los de Bouziane.

Tras un instante de sorpresa, los demás corren tras ellos.

Alma de tango

Dentro de unos años, no demasiados, cuando este barrio siga siendo un barrio humilde pero tenga nombre y apellido y en cada esquina un letrero bautice su calle respectiva con el nombre de una flor exótica, un escritor olvidado o un futbolista a punto de retirarse, se seguirá hablando de la mítica batalla campal de esta noche.

Se contará, en testimonios directos o indirectos, de la agilidad pasmosa de la pequeña mujer y del cura coreano de nombre chino que en realidad era un ninja japonés, y de cómo cruzaban el aire repartiendo golpes y patadas; del policía de grueso bigote que pegaba bofetadas tan fuertes que hacían temblar las ventanas de las casas, y de su amigo que boxeaba como los ingleses de las películas antiguas; pero especialmente de los dos curas (vestidos, por supuesto, con sotana de las de antes), el rubio y el canoso con una estrella de *sheriff* en el pecho, que espalda con espalda iban apilando enemigos. Como suele ocurrir con todo evento notable pero extraoficial, la cantidad de personas que dirán haber sido testigos e incluso co-protagonistas de la Batalla de la Explanada será tan amplia que una simple operación matemática permitirá calcular varios cientos de contendientes por cada bando.

Se afirmará, desde luego, que el enfrentamiento entre los curas, sus amigos y la gente del barrio contra una banda de mafiosos procedentes de Rusia según unos, de Italia según otros, de Marruecos según una minoría de testigos, duró desde el comienzo de la noche hasta el amanecer siguiente.

En realidad, todo eso será cierto en parte y espectacular incluso quitando los adornos del folklore popular de este barrio futuro, que siempre será humilde pero algún día tendrá veleidades de clase media acomodada.

El enfrentamiento duró solo unos minutos.

«Pero qué minutos», dirá Dolores cuando Paco y el Súper le cuenten lo ocurrido, tras quejarse por no haber sido convocada, que sigue sin estrenar en su bolso el puño americano «y se me acabará oxidando».

Cuando vieron venir a Justo y Lebrón, seguidos unos metros detrás por el resto del grupo improvisado, más que escapar, los hombres de Bouziane se abrieron, dejando al jefe en primera fila, para que demostrara los fundamentos de la leyenda de peligro de la que tanto

presumía a cuenta de sus años en Casablanca.

Hombre bien plantado y en forma, Mustafa no tuvo nada que hacer frente a la euforia liberadora de un Lebrón que llegaba a pecho descubierto; tampoco le sirvió de mucho la navaja, que Juan hizo volar lejos de un solo golpe, mientras arremetía contra el secuestrador de su hijo con la velocidad y contundencia de un joven Tyson albino. Justo tenía que vérselas con el matón gigantesco, que pegaba como una mula pero por suerte era un poco lento. Se distrajo un momento admirando la técnica de su amigo y casi le cuesta la cabeza, que hubiera volado literalmente con el impacto del gran puño que la buscaba, de no ser por el empujón de Dalia, que al mismo tiempo barrió con sus piernas las del matón, que cayó hacia atrás.

Bermúdez y Acuña se cuidaban mutuamente mientras hacían retroceder a los que tenían cerca, y el cura Park demostró de modo empírico la justicia de aquella frase bíblica aprendida en la infancia («a quien pega al más débil, hay que darle en las dos mejillas»), que seguía sin encontrar en las escrituras, pero que en algún lado estaría.

Dalia y Ráfaga se alternaban para controlar el pequeño cuerpo, liberado de la vejez anticipada tras semanas del disfraz de septuagenaria y por una vez de acuerdo entre ellas. En cuanto a los vecinos participantes, pelearon con la rabia de quien está cansado de tener miedo.

Lejos de encarnizarse, Lebrón fue a por otro secuaz y dejó a Bouziane en el suelo. Este decidió que, a falta de barcos, que más valía coche que honra y se arrastró en las sombras hasta llegar al ostentoso vehículo blanco, en el que se dio lentamente a la fuga.

Uno de los matones tuvo la mala idea de sacar un arma, pero al ver brotar pistolas y revólveres de todo calibre de las manos de los curas y algunos de los otros, cambió de idea.

Es lo que acaba de ocurrir.

Lo que queda de las tropas de Bouziane levanta las manos.

Justo ordena a los suyos guardar las armas y da el ejemplo con las dos peque-

ñas pistolas que empuña.

—¿Qué hacemos con esta gente? —pregunta el Súper.

—Dejarlos ir, Pablo.

—Pero eso es completamente irregular…

—¿Y lo que acabamos de hacer te parece regular? Además, el ojo clínico de Paco se ha quedado con sus caras y lo van a tener encima.

—Bouziane huyó y el secuestro es cosa seria. Habría que detenerlo.

—Eso no es decisión nuestra. —Señala con la barbilla a Lebrón, que tras la pelea, mira a un lado y a otro, como si esperase algo. Justo se acerca y le habla con suavidad—: El coche de Mustafa sigue llevando mi localizador, Juan. Pero si lo pillamos, sacará a relucir toda la historia de tu hijo secreto.

—Nunca quise ocultarlo. No sabía de su existencia, pero ahora sí. Tengo que dar la cara, Justo.

—La prensa se dará un banquete contigo…

—Seguro. Pero al menos quisiera tener la oportunidad de contar mi historia antes de que nadie la manipule. —Sonríe—. Y creo que tú conoces a una periodista de las buenas. ¿Cuándo podré ver a Karim?

Justo mira hacia un coche cuya presencia ha detectado hace un rato.

—Puede que muy pronto. Espérame aquí, por favor.

Camina hacia el coche de color gris, uno de esos coches que apenas llama la atención si lo ves por el retrovisor y te sigue. Dentro hay dos siluetas. Antes de que Justo llegue, se abre la puerta del acompañante y baja un Karim golpeado pero sonriente. Se acerca y no sabe si darle la mano o abrazar al policía.

—Yo quería intervenir, pero no me dejó.

—Hizo bien. Venga, ve a conocer a tu padre.

El muchacho corre, cojeando un poco, y Severo Justo entra al coche y se sienta en el sitio del acompañante.

Dentro, María Gallós fuma y mira al frente como si estuviera en un cine que

proyecta la película de su vida. Ni siquiera se inmuta cuando Justo le quita el cigarrillo de los dedos y le da una calada.

Ven a Karim llegando ante Lebrón, cómo se miran indecisos y finalmente se abrazan, para soltarse luego, un poco avergonzados pero sonrientes. Se apartan del resto mientras hablan.

—Siempre fui una envidiosa —murmura María Gallós sin dejar de mirar al frente—. Me gustaba Juan y me gustaba Mustafa, porque a ellos les gustaba Charo.

Le mentí sobre ella, era yo quien jugaba a dos puntas y la convencí de que debía irse cuando se quedó embarazada. No contaba con que Mustafa se iría con ella y Lebrón se iría del barrio. Soy mala y tonta.

—Pero al final hizo lo correcto.

—Porque usted me escribió. Se les había ido la mano con Karim, me asusté y quise hacer méritos, por si acaso. Soy mala y cobarde.

—Pero antes lo alojó, le contó la verdad y hasta le prestó el coche para seguirme. Ni el padre ni el hijo le guardarán rencor. Y en cuanto a Bouziane, es un reyezuelo destronado, no faltarán voluntarios para delatarlo. Caerá, pero no por el secuestro, así que no la arrastrará con él.

—Lo más probable es que termine yendo a la cárcel a llevarle tabaco y hacerle el vis a vis. Mi madre siempre me decía que tengo pinta de cantante de ópera, pero alma de tango.

Justo apaga el cigarrillo en el cenicero y abre la puerta. Antes de salir, nunca sabrá por qué, le da a la mujer un beso en la mejilla.

—La ventaja de los tangos sobre las óperas es que, aunque sean tristes, a veces acaban bien, María Gallós —le dice, y baja del coche.

52

No siempre llovió

El subcomisario Pedro Capiotto se anima un poco en cuanto cruza el portal del edificio cercano del metro de Delicias, pero no tanto como para quedar a la vista des-de la parada. Sube por el ascensor hasta el tercero, y al ver la puerta con la letra «C» se siente en casa incluso antes de abrirla.

No es su domicilio oficial, sino un picadero más o menos secreto que alquiló hace años para escapar unas horas al día de su mujer, que ni

siquiera lo deja fumar en casa.

Lo bautizó su «antro de perdición», pero solo ha perdido el tiempo y una pequeña parte de su dinero ilegal para pagar sexo triste de prostitutas aburridas.

Eso sí: aquí fuma todo lo que quiere.

El piso no es solo un refugio para soñarse soltero, es el lugar donde guarda los dosieres que considera sus seguros de vida. Capiotto es un veterano residente de ese incierto territorio que los medios de comunicación llaman «las cloacas del Estado». Y quien vive en una cloaca, sabe que hay que temer más a los silencios que a los ruidos. Silencios como los de esta noche, por parte de sus informantes y colegas de oficio escondido, que lo llevaron a hacer preguntas y enterarse de cierta batalla campal en un barrio perdido, la fuga de su contacto Bouziane y la posible caída en desgracia de algunos de sus protectores.

Demasiados años lleva Capiotto acumulando servicios que no figuran en los expedientes de ascenso, como para no intuir cuándo conviene quitarse de en medio. Al menos hasta que la cosa se calme y sepa hasta qué altura llegará la sacu-dida del árbol del poder.

Siempre estuvo preparado.

Detrás de esa puerta, en un escondite imposible de encontrar, *que por algo uno es experto en cuestiones de seguridad*, guarda un puñado de pasaportes, otros documentos de diferentes identidades, una importante cantidad de dinero en efectivo, *aunque me hubiera venido de perlas mi porcentaje de los quince millones de Lebrón*, y

las claves de una cuenta en Suiza con dinero suficiente como para llevar una vida discreta y cometer alguna indiscreción de vez en cuando.

Siempre que llovió, paró, se dice, recordando la frase que repetía constantemente un colega argentino en esto de los secretos y los favores.

Cuando hace girar la llave, su confianza se multiplica: en menos de una hora estará lejos y mañana, en otro continente. Un sitio con calor y playas y mulatas que mientan amor por un precio moderado. Siempre soñó con llenar un *jacuzzi* de champán y mujeres desnudas, y si no puede volver, después de un tiempo habrá hecho contactos suficientes para entrar en el mismo negocio bajo otra bandera.

—Siempre que llovió, paró —dice mientras cierra la puerta del piso.

Lo primero que ve es a la figura vestida de negro y con la cabeza cubierta con un pasamontañas del mismo color, sentada en su sillón favorito.

Lo segundo, el cuchillo de combate que lleva en la mano izquierda.

Lo tercero, que en la otra mano sostiene una cámara de vídeo.

Y lo cuarto que ve son los ojos de la mujer, *porque es una mujer y no muy alta*, y le dice adiós al sol tropical, el *jacuzzi* y las mulatas.

De este lado de la vida del subcomisario Capiotto, ha comenzado una tormenta que quizás no pare nunca.

Severo Justo dormirá sin pesadillas ni remordimientos, porque siente que está donde quiere y debe estar. Los golpes casi no duelen, aunque mañana no pensará lo mismo, y la alegría con que lo recibe Lorna se mezcla con la suya para hacer una alegría más grande, mientras le pide todos los detalles sobre la pelea en el barrio de Lebrón, no como periodista, sino como alguien que no ha estado en una fiesta pero quiere compartirla de otro modo. Justo la ve saltar sobre la cama, desnuda bajo una vieja camiseta suya que le queda grande y le queda bien, mientras ella pone en escena lo que le va contando y siente que ve a Lorna por primera vez.

«Amor con amor se paga», le dice su madre en su memoria, y le da la razón, pero no sabe si tendrá tiempo.

El teléfono suena y es Dolores. Por eso atiende.

—Perdona que te llame a esta hora, Justo. Pero creí que tenías que saberlo: Adela Acosta acaba de morir.

—¿Quién?

—La fiel abogada y ángel de la guarda de Javier Avellaneda. Su cáncer estaba más avanzado de lo que creíamos.

—Pero vivió lo suficiente como para darle las claves del dinero negro…

—No creo.

—¿Por qué?

—El sábado, en la Patagonia, en Argentina, durante una carrera clandestina, hubo una colisión entre varios coches, un incendio y dos pilotos muertos. Uno de ellos encaja con las características físicas de Avellaneda y la identidad que más usó.

—¿Y no puede ser casualidad?

—En la puerta delantera del coche del lado del conductor había pintada una gran «A» de color dorado. Creo que era él.

—¿Y el intento de atropello del sábado, en Madrid?

—Tu colega Bouziane, que no quería manchar el coche blanco.

Se despiden y Justo tarda en asimilar la noticia. Lorna lo abraza y él poco a poco va asumiendo la certeza de un alivio inesperado: ya no tiene que matar a nadie, ni morir antes de tiempo.

El ministro anaranjado sigue en su despacho y nadie se atreve a molestarlo. Lo de Telmo Ordóñez ha sido un duro golpe y queda por ver hasta qué punto sal-picará al partido. Para colmo, Severo Justo y los suyos han acabado pillando al asesino de Lavapiés y su popularidad subirá hasta la estratosfera. Les queda una última carta, pero su hombre de confianza no llama para informar desde la línea segura.

Mira fijamente al teléfono, como si no creyera que el aparato fuera capaz de desobedecer su voluntad ministerial.

Y al parecer, no es capaz, porque el teléfono suena.

—Capiotto, ¿eres tú? —Baja la voz aunque su despacho es el único libre de micrófonos ocultos de todo el Gobierno. O eso cree—. ¿Por qué has tardado tanto en llamar, qué ha pasado?

Escucha durante un rato y el color desaparece de su cara.

—¿Cómo que dejaste que te grabaran una confesión en vídeo? ¡Da igual que fueran media docena de matones rusos! ¿Y hasta dónde contaste? ¿Todo?

¿Hasta…? —Mira hacia el techo como si mirase al cielo—. Joder, Capiotto. ¿Y por qué tenías dosieres de nosotros? Vale, claro que yo también tengo, pero yo soy ministro, joder. ¿Y te han dicho lo que quieren a cambio del vídeo y los dosieres?

¿Cómo? Vaya… Eso se puede arreglar. En fin, en unos días nos vemos con discreción. Espera: ¿eso que he oído es la megafonía de un aeropuerto? ¡Capiotto, Capiotto, contesta!

El ministro cuelga y suspira.

Saca del cajón del escritorio otro teléfono, marca un número que es con el único que comunica el aparato y, cuando responden, dice:

—¿Presidente? Perdona que llame a estas horas. Hay que parar toda la operación Lebrón-Justo. Y cualquier otra que tengas en marcha contra ellos. Mañana te lo explico en persona, pero si quieres llegar en el cargo a las elecciones, sigue prac-ticando tu sonrisa ganadora y olvídate de ellos.

Confiesa que te ha encantado, le dice Ráfaga.

Vale, pero solo un poco y porque era necesario, contesta Dalia.

Pues Justo no te pidió que lo hicieras, bonita.

Por eso lo hice, porque él jamás habría cruzado ese límite.

No sé yo, últimamente está más lanzado, el curita.

Pero no hasta el punto de obligar a Capiotto a grabar una confesión completa. Qué crack Dolores, que localizó su picadero en minutos.

¿Y dónde piensas esconder esos dosieres? Son dinamita.

Solo si me obligan a hacerla explotar, Ráfaga. Y ya sabes dónde.

El viejo escondite que mantiene desde los tiempos en que Ráfaga estaba en

plena actividad, un piso sin vecinos cotillas, entre edificios de oficinas y que alquiló hace años bajo un nombre falso.

¿Uno que ni siquiera Dolores podría encontrar, querida Dalia?

Por si acaso, no la tentemos.

Ese piso al que llega y entra tras realizar las medidas de precaución de siempre y comprobar que nadie ha entrado. Abre su escondite imposible de localizar y los guarda allí.

La Dalia terapeuta pregunta si no se parece bastante al refugio de Capiotto que acaban de allanar, pero Dalia y Ráfaga la mandan a la mierda y ya no insiste.

Dalia Fierro se da una ducha y desiste de la idea de volver al piso de Lavapiés porque no quiere pillar de nuevo a Dolores y Mingo celebrando. Tampoco quiere ir a su casa para no tener que preguntarle a Olga por el teléfono perdido frente a la casa de Yago.

Se quedará esta noche aquí, en un lugar que no existe, a disfrutar de una paz breve pero merecida.

Está bien lo que acaba bien, le dice la Dalia psicóloga, que tiene tendencia a hacer de *coach*.

Comienza a adormecerse cuando la vibración del móvil, que ha puesto en silencio, la despeja. No conoce el número que le envía el mensaje de WhatsApp, pero lo abre.

Muestra un enlace que la conduce a una noticia fechada esta mañana y que habla del asesinato del empresario portugués afincado en Madrid João Mendes, de cuarenta y tres años y con dos hijos, apuñalado mientras realizaba su habitual carrera nocturna por la urbanización en que vivía. El ataque tuvo lugar la noche del domingo, en un bosquecillo cercano a su domicilio.

Minutos después de que le perdonáramos la vida, dice Ráfaga.

El teléfono vibra otra vez.

Nuevo mensaje, y es una foto.

Tarda en comprender lo que ve, porque es su coche, con la matrícula visible, aparcado en las afueras de la urbanización de Yago.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —pregunta en voz alta.

Y ninguna de las Dalias responde, porque todas temen la respuesta.

EPÍLOGO

No nos une el amor sino el espanto;

será por eso que la quiero tanto.

En diez días puede cambiar todo y no cambia casi nada. Madrid ha vuelto a presumir de sus alturas y a avergonzarse de sus bajos. Lavapiés retornó casi de inmediato a la rutina acrisolada, hecha de tantas voces, sabores y colores.

Claro que se habla del asunto, pero a la manera del barrio: sobran los que afirman que siempre sospecharon de Martín Castro y no faltan quienes lo compa-decen por la dura vida que llevó el pobre muchacho.

Nadie, o casi nadie, habla de las atrocidades de su abuela; prefieren mantener el recuerdo de la Amparito que hacía chistes verdes y parecía formar parte del paisaje del barrio.

En otros bares se especula sin ganas con variadas conspiraciones o supuestos chivos expiatorios, y en el que solía frecuentar Ricardo Contín, alguien preguntó esta mañana por ese prejubilado de Renfe, «cómo se llamaba», de cuyo nombre nadie se acordó. Otro dijo que creía que se había ido del barrio y dos borrachos nostálgicos coincidieron en que «era un sabio».

Según Rudolf White o Rodolfo Blanco, que presume de haber sido expulsado de las mejores metrópolis del mundo, «toda gran ciudad es una diosa más preocupada por olvidar, para poder creer en su inmortalidad, que por recordar a sus mortales».

Se lo comentó ayer al comisario Bermúdez y al Súper en uno de esos encuentros matutinos en el Tapas y Fotos que van camino de convertirse en tradición, y en el que hablan de arreglar el mundo, beben Coca-Cola y fuman ante la resig-nación de Miguel, que ya ni se enfada cuando algún cliente lo llama Alfonso.

Los dos policías han aparcado, al menos de momento, la idea de pasarse al sector privado. Y Pablo Acuña saldrá esta noche con una mujer que le presentó Justo. El Súper, que se siente un poco oxidado en esto de las citas, le pidió consejo a su jefe sobre dónde debía llevar a María Gallós.

—Ofrécele ir a ver una ópera o un espectáculo de tango. Y que ella elija —fue la respuesta.

En estos diez días, los dueños de los medios de comunicación se frotaron las

manos ante la avalancha de primicias, mientras los periodistas (becarios o redac-tores mal pagados) se frotaban las espaldas en previsión de innumerables horas extras no remuneradas.

Pero ambos sectores de la información, el arriba muy arriba y el abajo tan abajo, navegaron de sorpresa en sorpresa: el drama del degollador de Lavapiés ha tenido que competir con el escándalo de LocusVivus y la fuga de su dueño, Telmo Ordóñez; con las declaraciones del partido de Laura Pardo del Rosal, que ha pasado de los primeros intentos de convertirla en mártir de la ultraderecha (sin descartar la canonización) a relativizar su importancia dentro de la formación política cuando se hicieron públicas sus conexiones con otros conglomerados inmobiliarios y casos de corrupción.

Pero todas esas noticias pasaron a segundo plano tras la entrevista por sorpresa y emitida en directo concedida a Lorna Durán por el arzobispo Juan Lebrón, candidato a cardenal en Roma y futurible como Papa, en la que contó la historia de un hijo cuya existencia desconocía hasta días atrás. La cadena de Lorna ha emitido la entrevista completa cuatro veces y fragmentos de la misma saturan YouTube.

En especial uno:

—¿A qué se dedicará en el futuro? —preguntó ella.

—A recuperar el tiempo perdido y conocer a mi hijo.

Lorna sonrió:

—Me refería a su futuro en la Iglesia.

—Haré lo que dicten las autoridades eclesiásticas.

—Según fuentes consultadas, no pueden obligarlo a renunciar, ya que era soltero y no había sido ordenado cuando ocurrieron los hechos…

—Estoy al tanto de los requisitos, Lorna. Pero acataré lo que decida la Santa Sede. Y no fueron hechos, fue amor. Aunque respeté el celibato desde que soy sacerdote, hace treinta años que me siento viudo.

La popularidad de Lebrón se ha disparado y el Gobierno se apresuró a ofrecer su mediación ante el Vaticano. Por más que la prensa del corazón ha buscado al hijo del arzobispo, no ha podido conocer su identidad ni su aspecto, y varios

«audaces reporteros» que se asomaron al barrio de exchabolas en el que Lebrón hizo trabajo social en su juventud han vuelto hablando de la hostilidad de los vecinos, inmunes a las ofertas económicas y encabezados por un cura japonés y karateca.

Lebrón y Justo están en una cafetería cerca del viejo barrio.

Llevan un rato sin hablar.

—Gracias —dice Juan—. Si no fuera por ti, no habría llegado a conocer a mi hijo.

—No me agradezcas, todavía. Tu futuro en la Iglesia tiene los días contados y lo sabes.

—Lo sé. Voy a dedicarme como seglar al viejo proyecto de los barrios autogestionados. El cura Park está encantado de ayudarme y todavía hay muchos poblados de chabolas.

Severo duda, pero tiene que decírselo:

—En lo de Karim, Bouziane no estaba solo. Había un policía corrupto, alentado desde el ministerio para fastidiarte a ti y, de paso, a mí…

—Pues les salió fatal, ¿no?

—Hay más, Juan: hubo un cómplice dentro de tu familia. Lo sospeché desde el primer momento. De niño, mi madre siempre decía: «No hay peor ladrón que el de tu misma mansión».

Se entristece un poco la sonrisa de Lebrón:

—Nunca creí que Cayetano cayera tan bajo, joder.

—No fue Cayetano. Fue Paloma. Está arruinada por sus matrimonios con gorrones y hasta las joyas que te dio eran falsas. Creyó que Karim no correría peligro y que con su parte del rescate podría cubrir el desfalco que ha cometido en su propia fundación…

Lebrón mira hacia adentro, quizás hacia su propia niñez.

—¿Puedes enterarte del monto de ese desfalco?

—No es legal, pero sí. Lo vas a cubrir, ¿verdad?

Asiente.

—Y cuando la vuelva a engatusar uno de esos estafadores que tanto le gustan,

¿qué harás?

Juan Lebrón, que pudo ser Papa y anhela ser papá, sonríe:

—Partirle la cara al malvado. Según el cura Park, lo pone en la Biblia.

—Qué poco deconstruido estás, Juan Lebrón —dice Justo.

Y sonríe.

Últimamente, Severo Justo sonríe mucho más.

Desde hace diez días Dalia lee hasta la última línea de todos los periódicos, pero no se ha vuelto a publicar nada sobre el asesinato de João, aunque esta ma-

ñana de jueves encontró una noticia breve y perdida al final de la sección de sucesos de un diario digital sobre la muerte accidental, en un lujoso hotel de Acapulco, de un turista español de apellido Capiotto.

Al parecer, se ahogó en el *jacuzzi*.

Dolores, ya de vuelta en su casa y su cuarto secreto lleno de ordenadores, se permite sentirse abuela porque su nieto ha venido a visitarla con Beatriz de la mano, *aunque la sigue llamando Gutiérrez, este nieto mío es capaz de hablarle de usted en la cama*.

Casi no se han visto desde aquella noche de confidencias en la oficina de la Castellana, y ella teme que hayan vuelto las distancias.

Los dos están vestidos como para ir a un sitio más elegante que la casa de una abuela loca y casquivana, se dice.

—¿Vais a celebrar algo?

Frontela sonríe como si le hubiera tocado la lotería y su abuela sabe que es por Beatriz y por algo más. Se miran y ríen:

—Estamos celebrando mi no ascenso, abuela.

—No entiendo.

—Justo me recomendó para un puesto de mayor importancia, fuera de la brigada. Y ya sabe cómo es cuando toma una decisión. Pero como la operación de rescate del hijo de Lebrón fue una acción no autorizada, me ha «castigado»

haciendo que me quede.

—Y ya veo cómo estás sufriendo, nieto.

Frontela consulta un reloj de pulsera que Dolores nunca había visto en su mu-

ñeca y sin embargo le suena, y dice:

—Tenemos que irnos, abuela.

—¿Tan pronto?

—Antes de ir al restaurante, quiero presentarle a mi abuelo a Gutiérrez.

Dolores balbucea:

—Entonces ¿sabes..., sabes dónde...?

—Claro, cruzando la calle, en la casa escondida detrás de lo que parece una montaña de escombros. Llevo una semana yendo a verlo todos los días. ¿Sabías que estuvo dos años en Egipto?

Mientras los despide feliz, Dolores se dice que *la vida, mayormente, es una mierda, pero a veces merece la alegría*.

Algo parecido, pero con otras palabras, piensa Severo Justo mientras termina de recoger sus cosas en esa casa-templo que de momento seguirá igual, pero sin él como otro fantasma durmiendo en el estudio.

Es imposible determinar cuál de los dos, Lorna o él, se sorprendió más cuando le propuso, hace tres noches, que vivieran juntos.

Ella le hizo la pregunta más difícil de responder:

—¿Por qué?

—«El amor y la fe, en las obras se ve» —dijo Justo, repitiendo la voz de su madre en los refranes.

Pasará esta última noche en el cuarto de Lucía, esta vez sobrio y con menos pena, porque la muerte de Avellaneda ha cerrado un círculo y por fin asume que no podía salvarlas, pero al menos les debe ser feliz.

Se prende la estrella de *sheriff* de la camisa. Está abollada y tiene una de las puntas dobladas, pero el padre se dice que a su hija le hubiera gustado más así.

Dalia tardó tres días en volver al chalé. Olga no estaba y su madre no supo o

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de

memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por

haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena*

el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y

estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la

cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no

decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran:

Amén.

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no

decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran:

Amén.

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022

no quiso darle explicaciones. Halló una nota en la almohada de la cama:

«Perdón.»

Pero no decía por qué: si por los cuernos que no le importan, por haber matado o hacer matar a Yago, por espiarla, o por resucitar sin parecerse a la muchacha que Dalia idealizó durante dieciocho años y en solo uno se le volvió terrenal y cargante.

Como ella tampoco conoce la respuesta, dejó junto a la nota el móvil que Olga perdió frente a la casa de Yago y ha vuelto a su refugio, este piso *que no se parece a la horterada de Capiotto, y me da un poco de pena el cabronazo, a saber si se suicidó, lo suicidaron o fue víctima del accidente más tonto y conveniente de la historia. Hay cosas que es mejor no saber*.

Se adormece con ese pensamiento, y todas sus Dalias murmuran: *Amén.*

A Severo Justo lo despierta el teléfono a las cuatro de la mañana y no es el móvil, sino el fijo que hace años que no usa y no sabe por qué sigue pagando.

Antes de ir hacia el despacho, se queda observando el lado interior de la puerta del cuarto de su hija, pero el teléfono insiste.

A Dalia la despierta su móvil y tarda unos segundos en saber dónde se encuentra. Salta, se pone en guardia y se siente absurda. Luego recoge el teléfono y ve que es una llamada del número de Olga.

Atiende. Escucha. No sabe qué responder y dice:

—Vale.

Luego cuelga y se pregunta dónde se esconden las palabras que no decimos a tiempo. Busca en un mueble y saca una botella de alcohol.

No sabe qué es. Tampoco le importa. La abre y bebe.

Justo vuelve como un sonámbulo al cuarto de su hija. Se sienta en la cama y mira el interior de la puerta como si quisiera aprenderlo de memoria. Trae una botella en la mano, en la casa tiene varias porque dejó de beber. Bebe y sigue

mirando la puerta. En lugar del póster de El Canto del Loco, alguien ha pintado una gran «A» dorada. La A de Avellaneda. Y un pósit que dice: La próxima vez.

Dalia ya no dormirá en lo que resta de noche, ensordecida por el eco de las palabras de Olga:

—Estoy embarazada, mi amor.

Justo no sabe si le aterra más saber que Avellaneda sigue vivo y estuvo en su casa, o lo que acaba de escuchar en el teléfono:

—Soy tu padre, hijo. Tienes que venir. Tu madre se está muriendo.

Madrid, 2020-2022